

**BIBLIOTECA "GOATHEMALA", DE LA SOCIEDAD
DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA**

VOLUMEN XXI

Memorias para la Historia del Antiguo Reino de Guatemala

**Redactadas por el Ilustrísimo Señor Doctor Don
FRANCISCO DE PAULA GARCIA PELAEZ
Arzobispo de esta Santa Iglesia Metropolitana**

TOMO I

TERCERA EDICION



Guatemala, C. A.—1968

**MEMORIAS PARA LA HISTORIA DEL
ANTIGUO REYNO DE GUATEMALA**

**BIBLIOTECA "GOATHEMALA", DE LA SOCIEDAD
DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA**

VOLUMEN XXI

Memorias para la Historia del Antiguo Reino de Guatemala

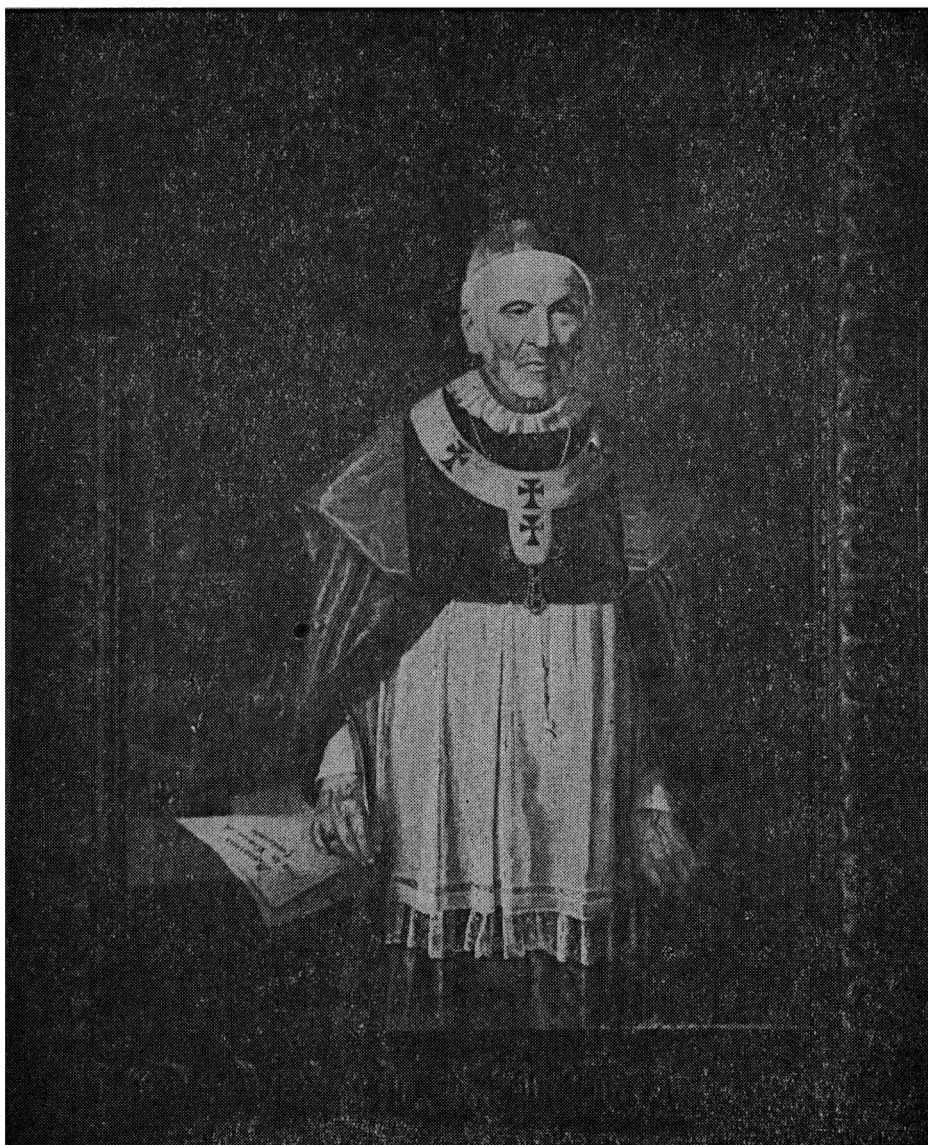
**Redactadas por el Ilustrísimo Señor Doctor Don
FRANCISCO DE PAULA GARCIA PELAEZ
Arzobispo de esta Santa Iglesia Metropolitana**

TOMO I

TERCERA EDICION



Guatemala, C. A.—1968



Francisco de Paula García Peláez, óleo de Salvador Falla, 1868. Cortesía de la familia Falla Aris. Fotografía de Mario Quiñónez.

MEMORIAS
PARA
LA HISTORIA
DEL ANTIGÜO REYNO
DE GUATEMALA,

REDACTADAS POR.

EL ILMO. SEÑOR DR. D. FRANCISCO DE PAULA GARCIA PELAEZ,

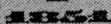
ARZOBISPO DE ESTA SANTA IGLESIA METROPOLITANA.

TOMO PRIMERO.



Guatemala.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE L. LUNA,
Calle de Santa Rosa, N. 4.



Primera edición de las Memorias.

EL DOCTOR DON FRANCISCO DE PAULA GARCIA PELAEZ ^a

Por el socio fallecido: Francisco Fernández Hall.

La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala al ir reeditando en la *Biblioteca Goathemala* las obras de los antiguos cronistas coloniales, o editándolas por vez primera, como lo hizo con la de Ximénez, ha ido encabezando esas ediciones con datos biográficos y juicios críticos que facilitan el conocimiento de la vida y obras de los hombres que durante la época colonial tomaron a su cargo la no fácil tarea de investigadores de nuestra historia y narradores, más o menos imparciales y afortunados, pero siempre dignos de loa, de nuestros fastos nacionales.¹ Siguiendo sus narraciones, desde la de Bernal, el soldado historiador que cuenta las jornadas épicas de la conquista, hasta la de Juarros, el distinguido eclesiástico que nos refiere sucesos ya cercanos a la época de la Independencia Nacional, se puede reconstruir toda la era del coloniaje, estudiar a sus hombres más prominentes y apreciar en su verdadero valor la obra civilizadora realizada por España en este corazón de la América, formado por los pueblos del istmo, que antaño integraron la Capitanía General de Guatemala. Pero la labor investigadora por ellos iniciada, ha tenido en la época independiente dignos continuadores y el amor a la patria historia ha impulsado intelectos y voluntades para proseguir en la búsqueda de datos y consignación de hechos, mediante las cuales las generaciones del mañana podrán saber lo que Centroamérica fue durante la Colonia y ha sido y será durante la República.

Entre los hombres que en nuestra patria se han dedicado con más ahinco a la investigación histórica y al estudio de las antiguas crónicas y de los documentos existentes en los viejos archivos, figura uno de los preladados de la iglesia guatemalteca, cuya larga vida fue de fecunda actuación intelectual, al par que de un exactísimo y fiel cumplimiento de las obligaciones anexas a los diversos cargos que durante ella ejerció, que fueron

^a Este artículo fue publicado originalmente bajo el título de "Historiadores de Guatemala posteriores a la Independencia Nacional: El Doctor don Francisco de Paula García Peláez", en *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*, año XV, tomo XV, número 3, marzo de 1939, pp. 261-278.

¹ El autor hace referencia al deseo que tuvo la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala desde esos años, de incluir las *Memorias*, entre la colección de los volúmenes que integran la *Biblioteca Goathemala*.

múltiples y de gran importancia. El nombre del Ilustrísimo señor Arzobispo de Guatemala, Licenciado y Doctor Francisco de Paula García Peláez, no debe ser desconocido para ninguno de los que laboran en los trabajos de historia patria y sus *Memorias* constituyen un valioso aporte para nuestra historia nacional, encontrándose en ellas muchísimos datos de sumo interés. No obstante esto, la figura de García Peláez hasta hoy ha sido poco estudiada y su obra, por no haber sido impresa en Guatemala más que una sola vez y esto en forma de entregas semanales y no en un solo volumen, es en la actualidad de difícil adquisición.² Esto nos ha impulsado a la publicación de los siguientes apuntes biográficos y de algunas consideraciones acerca de las mencionadas *Memorias* suyas, para que la vida del ilustre prelado y su meritoria obra sean conocidas y puedan ser debidamente apreciadas por las generaciones modernas como lo fueron por sus contemporáneos. Un hombre que como García Peláez no sólo gobernó con acierto y suma prudencia su dilatada diócesis durante muchísimos años, sino que se dedicó a la enseñanza en la Universidad, de materias tan ajenas a su ministerio sacerdotal, como lo es la Economía Política; que rebuscó en nuestros archivos datos de gran valía para la historia, y a quien rindieron homenajes y tributaron elogios sabios de la talla de Brasseur de Bourbourg, venidos a Guatemala en aquella época, es digno, por cierto, de que su labor sea recordada en la época presente.

SU NACIMIENTO

En la poética y no muy apartada villa de San Juan Sacatepéquez, que rodean elevados árboles de pino y en la que ponen la nota típica indígena de sus trajes y lenguaje muchos centenares de aborígenes que han mantenido durante siglos sus sanas tradiciones de amor a la tierra y de constancia en el trabajo, vino a la vida el día dos de abril del año de mil setecientos ochenta y cinco, en que la iglesia católica festeja al apóstol de la caridad, fundador de la orden religiosa de los *Mínimos*, o sea de "los pequeños", San Francisco de Paula, un niño, hijo del legítimo matrimonio de los señores Leandro García de Salas y Nicolasa Peláez, pertenecientes ambos a las familias ladinas radicadas en San Juan; y que gozaban en la población de general aprecio por su intachable vida y múltiples virtudes. Era aquel un matrimonio modesto que disfrutaba de algunos medios de fortuna, los que los padres supieron emplear muy bien dando a su hijo una educación sólida y brillante dentro de las limitadas condiciones de la época. Al ser bautizado aquel infante se le dieron los nombres de Francisco Mariano de Paula, siendo su madrina en aquel acto su tía doña Teresa García de Salas, en representación de otro tío suyo llamado don Vicente García. Un año después, el 11 de junio de 1786, le fue conferido el sacramento de la confirmación por el Arzobispo, apadrinándolo don Ignacio Santa Cruz.

² De la fecha en que escribía el autor a esta parte existe otra edición de las *Memorias*, en la colección Biblioteca "Payo de Rivera", 1943-44, en tres volúmenes.

PRIMEROS ESTUDIOS

Ignórase dónde cursó García Peláez sus primeros estudios. Pero sí consta que quien le inició en el estudio de la lengua latina y probablemente inclinó su ánimo a abrazar el estado eclesiástico, fue un tío paterno suyo, sacerdote radicado en esta capital, que se llamaba don Domingo García de Salas, quien apoyó eficazmente al futuro Arzobispo para proseguir su carrera y obtener sus títulos en la Real y Pontificia Universidad Carolina de Guatemala. En ella se distinguió pronto García Peláez por su despejado talento y constancia en el estudio, habiendo sido uno de los más aventajados estudiantes de su época, como lo comprueba el hecho de que al celebrarse un acto universitario en honor del Rey de España, don Fernando VII, "El Deseado", y como prueba de adhesión al monarca legítimo y de protesta contra la invasión de España por las huestes napoleónicas, fue don Francisco de Paula escogido para pronunciar el discurso en aquel acto solemne al que concurrió en pleno el Claustro Universitario, vistiendo todos los Doctores sus vistosos capelos que eran de colores diversos, según la Facultad a que pertenecían. Este acto tuvo lugar el año de 1809, cuando García Peláez cursaba la Teología. Siete años antes, el 9 de febrero de 1802, había obtenido en la Universidad el grado de Bachiller en Filosofía, grado que era como la puerta de ingreso para la prosecución de los cursos en las otras Facultades y que equivalía entonces al Bachillerato en Ciencias y Letras de la época moderna. Pronto fue obteniendo en la Universidad el joven y dedicado estudiante nuevos y merecidos triunfos. El 13 de marzo de 1806 se graduó en Derecho Civil; el 1º de julio de 1807 en Derecho Canónico, y el 26 de octubre de 1809 en Teología. En varias de estas asignaturas tuvo la suerte de escuchar las sabias lecciones de hombres de gran valía intelectual que desempeñaban las cátedras, como el distinguido mercedario Fray Mariano Rayón y el Doctor Crisanto Tejada. En Derecho Civil fue su Profesor el gran Maestro Doctor don José María Álvarez, autor de un Tratado de Derecho que sirvió de texto no solamente en nuestra Universidad, sino también en las de algunas de las naciones sudamericanas. El año de 1819 coronó brillantemente sus estudios universitarios, obteniendo la borla y capelo de Doctor en Teología, siendo ya desde 1809 Licenciado en Derecho Civil y reconocido como Abogado de Guatemala en el Colegio de Abogados, que entonces congregaba en Guatemala a los hombres de toga.

SU CARRERA SACERDOTAL

Conjuntamente con su carrera jurídica, fue García Peláez haciendo la del sacerdocio para la que tenía decidida vocación. Fue su carrera sacerdotal notablemente rápida, para lo cual le ayudaron sobremanera sus sólidos conocimientos en el idioma latino y sus cursos universitarios de Teología, Filosofía y Cánones. El día 23 de julio de 1805 vistió por vez primera la sotana clerical como manteísta, previo el permiso correspondiente que le fue dado por el Gobierno Eclesiástico, y tres años después,

el 10 de junio de 1808, año en que con tanta pompa se hizo en Guatemala la proclamación y jura del Rey Fernando VII, se le dio la tonsura, confiéndole las cuatro primeras órdenes menores. Al día siguiente, el Arzobispo de Guatemala lo ordenaba de Subdiácono; el 12 del mismo mes de junio de Diácono y el 2 de febrero de 1809 de Presbítero, concediéndosele el 23 del mismo mes y previos los exámenes reglamentarios, las licencias respectivas para la predicación, audición de confesiones, etcétera.

SU ENTUSIASMO POR LA ECONOMIA POLITICA

Entusiasmaba en la Universidad en la época en que García Peláez hacía sus estudios, la Economía Política a varios de los más connotados elementos intelectuales entre profesores y estudiantes. La difusión de las doctrinas de Smith, Say y otros autores y el estudio de las cuestiones económicas preocupó muchísimo a nuestros hombres de letras a principios del siglo XIX. El sabio don José Cecilio del Valle les había demostrado que el conocimiento de la Economía Política era de indiscutible y absoluta necesidad; y el futuro Arzobispo de Guatemala fue uno de los que con mayor tesón y entusiasmo se dedicaron al estudio de esa rama del saber humano, antes tan poco conocida por los hombres que querían cifrar toda la ciencia en el *Peripato*, contra el cual luchó con tanto acierto el sabio Goicoechea, a quien años después rindió García Peláez merecido homenaje en sus *Memorias*. No contento con estudiar para provecho propio las doctrinas económicas conocidas en aquella época, quiso contribuir a su difusión en Guatemala y el año de 1814 obtuvo García Peláez, por oposición, la cátedra de Economía Política en la Real Universidad Carolina, sirviendo aquella asignatura gratuitamente, y dando a la publicidad un opúsculo que tituló "Observaciones Rústicas sobre Economía Política".

DIVERSOS CARGOS EJERCIDOS

Un año después de su ordenación sacerdotal, el Capitán General de Guatemala, González Mollinedo y Saravia, nombró al señor García Peláez Capellán de la Real Audiencia, el día 15 de enero de 1810; y dos años después, el 7 de julio de 1812, recibía del Arzobispo de Guatemala, Doctor y Maestro Fray Ramón Casás y Torres, el nombramiento de Vicerrector del Colegio Seminario de La Asunción, colegio conocido con el nombre de "El Tridentino", por haber sido fundado de acuerdo con las prescripciones dadas para el establecimiento de seminarios, en todo el orbe católico por el célebre Concilio de Trento. Durante dos años ejerció el entonces Presbítero don Francisco de Paula aquel cargo de Vicerrector, y después se dedicó al ejercicio del ministerio pastoral, sirviendo con gran celo y dedicación diversas parroquias, entre las que se enumeran la de su pueblo natal San Juan Sacatepéquez, que era de las principales de Guatemala en aquella época y que tuvo a su cargo García Peláez durante muchísimos años, y la Rectoral de Los Remedios, o de El Calvario, en esta capital. Pero

donde permaneció durante más tiempo y donde escribió su voluminosa obra titulada *Memorias para la historia del Antiguo Reyno de Guatemala*, fue en la Antigua, donde sirvió la parroquia de San José, establecida en la parte reconstruida del soberbio templo que antaño fuera la Catedral de Santiago de los Caballeros de Guatemala. Allí, junto a aquellas magníficas ruinas que son alto exponente de la valía que tuvo aquella sede que llegó a ser la tercera ciudad del mundo americano, en medio de la plácida tranquilidad antigüeña y ante los venerables vestigios y recuerdos de Pedro de San José Bethancourt, el apóstol de la caridad en Guatemala, y de Rodrigo de Arias Maldonado, su digno sucesor en la gobernación de la naciente Orden Betlemítica, García Peláez, sin descuidar un momento sus graves atenciones parroquiales, dióse a la tarea, gratísima para él, de ir consultando autores y registrando viejos infolios para escribir su obra histórica, por encargo que le hiciera su amigo el Jefe del Estado Doctor don Mariano Gálvez, quien para que García Peláez pudiese escribir en la Antigua las *Memorias*, dio órdenes de trasladar allá gran parte de los viejos archivos y los textos de los cronistas coloniales, cuyas obras aún estuvieran sin editar.

LA OBRA HISTORICA DE GARCIA PELAEZ

Consta ésta de tres volúmenes, en los cuales sin mucho orden y sin sujetarse, infortunadamente, a un plan bien determinado, fue consignando multitud de datos relacionados con nuestra historia patria. Él no pretendió formar la historia completa de Guatemala, ni estaba dotado de las condiciones de analista y crítico indispensables en los hombres que acometen la empresa de hacer surgir en sus narraciones la vida anterior de los pueblos. No se empeñó en ser el artífice, el constructor de la obra: su labor fue mucho más modesta. Se contentó, como infatigable peón, en ir haciendo acopio de materiales que pudiesen ser útiles a los que viniesen en pos de él. Desde este punto de vista hay que juzgar su trabajo y considerándolo así, no puede menos de alabarse al hombre que lo realizó con acucioso empeño. Durante diez años permaneció inédita esta obra, escrita como ya queda dicho, en la Antigua Guatemala y que vio al fin la luz pública en esta nueva ciudad de Guatemala, cuando ya su autor había sido elevado al Arzobispado de Guatemala. Hizo la publicación la imprenta de Luna en 1851-52, en forma de entregas semanales por cuadernos, que eran enviados a los suscriptores. En la nómina de éstos, publicada al terminarse la obra, figuran los nombres de los hombres más prominentes que había en Guatemala.

Dividió el autor su obra en tres libros, dedicando el primero de ellos a la descripción de los indígenas en la época precolombina y a los sucesos de la conquista y primitiva colonización. He aquí el índice de los capítulos que forman esa primera parte de la obra, que es desde luego, la más débil porque numerosos y concienzudos estudios posteriores, acerca de los primitivos indígenas han venido a hacer mucha más luz acerca de la existencia, usos y costumbres de los pobladores de esta sección de la América.

1.—Población; 2.—Antigüedades; 3.—Monarquías; 4.—Ciudades; 5.—Edificios; 6.—Agricultura; 7.—Artes; 8.—Ciencias; 9.—Comercio; 10.—Recreaciones; Epílogo. Segunda época: 1.—Descubrimiento de Guatemala; 2.—Salteamiento de guatemalanos; 3.—Conquista del reino; 4.—División de provincias; 5.—Colonización española; 6.—Vejación de los indígenas; 7.—Jornadas de Cortés y Alvarado; 8.—Otras vejaciones de los conquistadores; 9.—Despoblación de aquella época; 10.—Certidumbre de esta despoblación; 11.—Vicariato de Casas en Guatemala; 12.—Nuevas leyes; 13.—Audencia de los confines; 14.—Memoriales de los conquistadores; 15.—Concurrencia de Casas y Marroquín a México; 16.—Expedición de Quiñóniz al Perú; 17.—Alteraciones en las provincias del reino; 18.—Presidente Cerrato; 19.—Establecimiento de corregidores; 20.—Jornada del gobernador de la Verapaz al Lacandón; 21.—Jornada del Oidor Quiñóniz al propio Lacandón; 22.—Supresión y reposición de la Audiencia; 23.—Reducción de las poblaciones indígenas; 24.—Propiedad territorial del país; 25.—Frutos de la tierra; 26.—Mandamientos de indígenas; 27.—Libertades primitivas del comercio; 28.—Libertades del comercio en la mar del norte; 29.—Corsarios; 30.—Puerto de Amatique; 31.—Alcabalas; 32.—Derecho de barlovento; 33.—Presidentes de la audiencia; 34.—Cabildos; 35.—Comunidades y tributo; 36.—Nuevos repartimientos; 37.—Industria de los indígenas bajo los españoles; 38.—Alcaldes de la hermandad y visitadores; 39.—Nueva consunción de indígenas; 40.—Entrada de los padres dominicos en el Chol; 41.—Entrada de franciscanos en Teguzgalpa y Tologalpa; 42.—Entrada del Presidente Barrios al Lacandón; 43.—Conquista del Petén por Ursúa.

Para la redacción de esta primera parte de sus *Memorias* es indudable que García Peláez tuvo a la vista las crónicas de Remesal, del franciscano Vásquez, y había ya leído la de Ximénez, que hasta ahora ha sido publicada por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.³

La influencia y sugestión de Remesal y de Ximénez sobre el autor de las *Memorias* son manifiestas en lo afirmado por el prelado acerca de las crueldades cometidas en la conquista de estas tierras, crueldades que fueron duramente anatematizadas por las Casas en varias obras suyas, las que también deben haber estado con frecuencia a la vista del Arzobispo cuando éste iba redactando sus *Memorias*. Pero además de la consulta frecuente de los cronistas que podrían ser llamados, por sus votos religiosos, los *cronistas conventuales*, el autor consultó sin duda el Archivo Municipal de esta ciudad y a los cronistas seculares Díaz del Castillo, Fuentes y Guzmán, y las obras de autores extranjeros, entre los cuales menciona con frecuencia a Humboldt.

Libro segundo.—En el libro segundo ya el autor entra en interesantes detalles de la vida colonial y en los establecimientos llevados a cabo por los hijos de los conquistadores.

3 La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala inició su Biblioteca Goathemala con la obra de fray Francisco Ximénez, titulada *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, 1929-30-31, en tres volúmenes. En prensa se encuentra la *Historia Natural* del mismo autor con que la misma sociedad celebra el tercer centenario del nacimiento del cronista y filólogo Ximénez.

Aparece allí ya el surgimiento de los impuestos y tributos, de la casa de moneda y de la primitiva imprenta que en Guatemala hubo y en lo que, como en muchos otros órdenes de cosas, nuestra patria antecedió a muchísimos países de la América Latina. Por la lectura del índice de esta parte de la obra de García Peláez, los lectores que no conozcan sus libros podrán formarse idea de la multiplicidad de asuntos tratados por el cronista.

44.—Hijos de los conquistadores; 45.—Alternativa de alcaldes; 46.—Extinción y restauración de los cabildos; 47.—Administración de alcabalas; 48.—Tributo de los pardos; 49.—Cesación del tributo; 50.—Restricciones del comercio; 51.—Prohibición de los vinos del Perú; 52.—Permiso de los vinos del Perú; 53.—Estropezos de la navegación del sur; 54.—Abolición de la navegación del sur; 55.—Obstáculos de la navegación en el mar del norte; 56.—Otros obstáculos de la navegación; 57.—Abolición del comercio de La Habana; 58.—Fuerte de San Felipe; 59.—Castillo de San Carlos; 60.—Invasión de Costa Rica; 61.—Prisión del Gobernador Salinas; 62.—Filibustieres; 63.—Entradas de corsarios en la costa de Verapaz; 64.—Galeones; 65.—Mansión de ingleses en Yucatán; 66.—Mansión de ingleses en Balis; 67.—Establecimiento del corso; 68.—Sublevación de Zendales; 69.—Zambos mosquitos; 70.—Hostilidad de los zambos mosquitos; 71.—Gobernadores de las provincias; 72.—Otros gobernadores de las provincias; 73.—Moneda del reino; 74.—Moclones; 75.—Casa de moneda; 76.—Macacos; 77.—Presidentes y gobernadores del reino; 78.—Otros presidentes y gobernadores del reino; 79.—Fiestas reales; 80.—Invenciones de regocijo público; 81.—Recibimiento de presidentes; 82.—Estreno de la antigua catedral; 83.—Abasto de carnes; 84.—Feria de la Lagunilla; 85.—Tejidos e imprenta; 86.—Manuscrito de Fuentes; 87.—Presidente Berrospe; 88.—Pesquisidor Madriz; 89.—Crónicas de regulares; 90.—Otros impresos; 91.—Contrabando; 92.—Aguardiente de caña.

Libro tercero.—Es esta la parte más interesante de la obra, porque ya en ella el autor no sólo publica datos obtenidos en otros cronistas y en los archivos, sino que trata de hombres que, como Goicoechea, fueron contemporáneos suyos. En uno de sus últimos capítulos inserta casi íntegra la oración fúnebre pronunciada por don José Cecilio del Valle en la sesión celebrada por la Sociedad Económica de Amigos del País en honor de la memoria del insigne franciscano. Inserta también la dedicatoria íntegra de Landívar a Guatemala de su obra *Rusticatio Mexicana*. García Peláez fue el primero que publicó ésta en castellano en un libro, pues anteriormente sólo había sido impresa, como él mismo lo dice, en calendarios. La traducción en verso publicada por el Arzobispo es la del Licenciado don José Domingo Diéguez, que fue durante muchos años la única que se conoció en Guatemala.

Índice de la tercera parte: 93.—Estanco del aguardiente de caña; 94.—Proyecto de una compañía de comercio; 95.—Progreso del proyecto de compañía; 96.—Entrada de los padres recoletos en Talamanca; 97.—Sublevación de Talamanca; 98.—Propuesta del gobernador Haya; 99.—

Orden real de colonización; 100.—Prevalencia del antiguo sistema; 101.—Entrada de los recoletos en Veragua; 102.—Orden real para la escolta; 103.—Reproducción del sistema colonial; 104.—Mansión de ingleses en Río Tinto y Punta Gorda; 105.—Continuación de los presidentes y gobernadores del reino; 106.—Estado de las armas y milicias del reino; 107.—Restauración de las libertades primitivas del comercio; 108.—Negociación de Jeremías Terry; 109.—Pérdida y restauración del castillo de Omoa; 110.—Pérdida y restauración del castillo de San Juan; 111.—Expedición a Roatán; 112.—Restauración y pérdida de Río Tinto; 113.—Tratados con la Gran Bretaña; 114.—Evacuación de Río Tinto y Buflis; 115.—Bolsón de Huatusos; 116.—Bautismo del gobernador mosco; 117.—Jornada del misionero Barrueta al Mosquito; 118.—Casamiento del gobernador con española; 119.—Jornada de otros dos misioneros al Mosquito; 120.—Otras gestiones para la reducción del Mosquito; 121.—Crisis de la consunción de indígenas; 122.—Ulterior consunción de indígenas; 123.—Continuación de la materia; 124.—Sistema colonial de los ladinos; 125.—Poblaciones de ladinos; 126.—Condición de los indígenas independientes; 127.—Estado de las ciencias; 128.—Doctor Liendo y Goicoechea; 129.—Doctor Flores; 130.—Juicio posterior de Humboldt; 131.—Coliseo; 132.—Sociedad económica. *Conclusión. Índice general.*

OTRAS PUBLICACIONES DEL HISTORIADOR

Además de las “Memorias para la historia del Antiguo Reyno de Guatemala” y de las “Observaciones rústicas sobre Economía Política”, ya mencionadas, García Peláez publicó la “Vindicación del Sistema Federal de Centro América”; el año de 1850 una “Memoria sobre el patrocinio del glorioso apóstol Santiago, titular de esta Santa Iglesia Metropolitana”, y en 1859 una “Instrucción para el ejercicio de la jurisdicción de los señores Vicarios Provinciales del Arzobispado”.⁴ Muchos de los sermones pronunciados por él en festividades religiosas del Apóstol Santiago, de San Pedro, del aniversario de la Independencia Nacional, etcétera, también fueron impresos; y durante su episcopado publicó muchas cartas pastorales sobre asuntos de importancia. Su estilo es llano y sencillo y no prodiga en sus publicaciones las citas históricas y literarias, a que tan aficionado se había mostrado su antecesor en la sede arzobispal, Fray Ramón Casás y Torres, que fue uno de los más eruditos prelados que hubo en su tiempo en la América Hispana. Tomó también nuestro biografiado participio activo en las labores de difusión cultural realizadas por aquel grupo de hombres progresistas y amantes de Guatemala que se congregaban en la Sociedad Económica. Durante su episcopado, laboró en pro de la educación de la juventud; y amante de los idiomas indígenas como lo era, procuró la enseñanza de los idiomas quiché y cakchiquel en la Universidad y en el Colegio Seminario.

⁴ Otra obra de carácter histórico escrita por García Peláez, apareció publicada en las páginas del periódico “La Semana” bajo el título de *Memoria sobre el pueblo de Pinula*, en el año de 1868.

SU ELEVACION AL ARZOBISPADO

Desde el año de 1829, en que fue designado García Peláez para desempeñar la parroquia de San José en la Antigua Guatemala, la Arquidiócesis se hallaba sin arzobispo, por haber sido expulsado del país el ilustrísimo señor Doctor Fray Ramón Casás y Torres. Refiriéndose a esta expulsión, llevada a cabo por el General Morazán, dice el General don Miguel García Granados en sus *Memorias*, páginas 272 y 273 de su Primera Parte, lo siguiente: "Morazán se había aplicado a dominar al Arzobispo Casás y lo había logrado por completo, obligándolo a nombrar Provisor del Arzobispado al presbítero Alcayaga y para Gobernador eclesiástico de Honduras al presbítero Márquez. También lo obligó a variar a la mayor parte de los párrocos propietarios del Estado de Guatemala y designó a los que debían subrogar a los depuestos. A todo esto se prestó Casás, ya fuese por miedo, o ya con la esperanza de conciliársele; pero cuando Morazán hubo obtenido de él todo lo que deseaba, el 11 de julio, a media noche, una fuerza ocupó el Palacio Arzobispal, se hizo entrar a Casás en una silla de manos preparada al efecto y se le condujo por el camino del Golfo. Al mismo tiempo, todos los conventos de frailes fueron ocupados por numerosas fuerzas, se les levantó, se les obligó a montar a las grupas de dragones y reuniéndose todos en la garita del Golfo, marcharon en unión del Arzobispo a embarcarse a uno de los puertos del Norte para La Habana. Cuando los guatemaltecos se levantaron por la mañana supieron que en la ciudad no había ni frailes ni Arzobispo. Qué necesidad tuvo Morazán de sacarlos de esa manera furtiva y como por sorpresa, es lo que no entiendo. El pueblo de Guatemala estaba completamente vencido y desarmado y no podía temerle puesto que disponía de un numeroso ejército que exclusivamente le pertenecía. ¿Temía a una que otra beata o vieja fanática? Esto no es posible y pienso que habría sido más digno y menos cruel comunicar tanto al Arzobispo como a los frailes la orden de salir de la República, dándoles un corto término para que preparasen su viaje y facilitándoles al mismo tiempo los auxilios necesarios para efectuarlo". En concepto, pues, del jefe de la revolución de 1871 la medida adoptada por el General Morazán en 1829 había sido innecesaria y ejecutada con una violencia bastante cruel. El camino de esta capital hasta el Golfo, que era siempre muy largo y penoso, debe haber sido mucho más penoso para aquellos viajeros que lo recorrían en época de lluvias y en calidad de prisioneros, a merced de la voluntad de los soldados que los conducían. Casás se radicó en La Habana, capital entonces de una colonia española y donde se le confió posteriormente la administración espiritual de aquella diócesis, con el carácter de Administrador Apostólico, y no con el de Arzobispo, pues continuó siéndolo de la Arquidiócesis de Guatemala. La falta del Arzobispo, era uno de los motivos aquí invocados para el estado de descontento que reinaba entre los montañeses que, capitaneados por el guerrillero Rafael Carrera, mantuvieron en estado de anarquía la República durante los trágicos años de 1837 y 1838. Por decreto del Congreso Federal expedido el 7 de julio de 1831, que confirmaba el dado por la Asamblea Legislativa del Estado de Guatemala el 12 de julio de 1830, se

declaró al prelado Casás perpetuamente expulsado de todo el territorio de la América Central; pero derrumbado el gobierno morazánico, que había lanzado al ostracismo a tantos guatemaltecos y por decreto de 25 de julio de 1838, se declaró por la Legislativa del Estado, que quedaba por completo abolida toda orden de destierro para los guatemaltecos y se concedía amplia y general amnistía a todos los comprometidos en los sucesos políticos desde la Independencia Nacional hasta la fecha. Mas como Casás no era de origen guatemalteco sino español, y había sido declarado expulsado *perpetuamente* por decreto de la Asamblea Federal, se dudaba si él quedaba comprendido en aquella amnistía y entonces el Jefe del Gobierno del Estado de Guatemala dio el decreto de 17 de abril de 1839, declarando que quedaban anuladas por completo y de manera categórica todas las disposiciones anteriormente tomadas contra el Arzobispo Casás y gestionó directamente con éste para que volviese al país, como lo hicieron también por su parte el Cabildo Eclesiástico, el Municipio de la capital y otras corporaciones. Para dar más seguridades a Casás de que su vuelta era legal y deseada por la generalidad del país, la Asamblea Constituyente, a la que dio cuenta el Jefe del Estado de sus gestiones en tal sentido, emitió el decreto N° 19, de fecha 21 de junio de 1839, aprobando plenamente estas gestiones y ratificando el decreto emitido por el Poder Ejecutivo. Fue comisionado entonces por el Cabildo Eclesiástico el ilustre prócer de la Independencia Nacional, Canónigo don José María Castilla para partir a La Habana a fin de llevar a Casás estos documentos y hacerle ver la necesidad de su vuelta a Guatemala. Llegó allá el distinguido emisario, pero sus gestiones fueron por completo infructuosas, pues Casás manifestó que teniendo a su cargo el obispado de La Habana por disposición de la Santa Sede, no podía abandonarlo sin que ella le exonerase del cargo, y que, por otra parte, se hallaba plenamente satisfecho de la manera cómo en Guatemala eran regidas las cosas eclesiásticas por su representante legítimo, que era entonces el Ilustrísimo Sr. Doctor don Antonio Larrazábal, de grata memoria en nuestros fastos nacionales. Casás ofreció al Jefe del Estado Rivera Paz, contestando su carta en que éste le suplicaba tornarse a Guatemala, que iba a gestionar con Roma que lo exonerase de la administración del obispado de La Habana, mas como aun contando con su posible y aun probable regreso a Guatemala, era de temerse que ya por su avanzada edad no le fuera posible administrar personalmente la extensa arquidiócesis de Guatemala, se pensó desde entonces en gestionar por el Gobierno ante la Santa Sede y de acuerdo con el mismo Casás, el nombramiento de un obispo auxiliar con futura sucesión. Esperábase por este medio dar tranquilidad a los pueblos que, sobre todo en la parte oriental de la república, se mostraban descontentos porque desde el año 1829 no había obispo que impartiese a los niños el sacramento de la confirmación.

Fue designado para marchar a Roma en calidad de representante diplomático de los estados de Guatemala, Costa Rica, Honduras y El Salvador, el presbítero Doctor don Jorge Viteri y Ungo, de origen salvadoreño, que había hecho en Guatemala sus estudios eclesiásticos y doctorá-

dose en la Real y Pontificia Universidad Carolina. Dos encargos principales llevaba aquel ministro, que era el primero que Centro América enviaba ante la Santa Sede. Era uno de ellos el de gestionar la creación canónica del obispado de El Salvador, asunto que por la forma festinada en que se intentó durante la época del prócer Delgado, había dado margen para acalorados debates y causado graves desavenencias entre la autoridad eclesiástica de Guatemala y el gobierno civil del Estado de El Salvador. Los moradores de este Estado tenían harta razón en desear su Obispo propio; y así fue inmediatamente reconocido en Roma, en cuanto la gestión se hizo en la forma debida y canónica, creándose la diócesis solicitada y nombrándose para primer Obispo de ella al mismo enviado centroamericano Ilustrísimo señor Viteri y Ungo. Era el otro asunto el del nombramiento de prelado auxiliar para la Arquidiócesis de Guatemala. El Cabildo Eclesiástico de aquí, de acuerdo con el Gobierno Civil, había entregado al embajador la nómina siguiente para que se escogiera entre los propuestos al futuro Arzobispo: primero, Doctor don José María Barrutia y Croquer; segundo, presbítero don Nicolás Arellano, y tercero, presbítero Doctor don Francisco de Paula García Peláez. Viteri pasó a La Habana antes de marchar a Roma, para ponerse de acuerdo con el Arzobispo Casás y Torres tanto respecto a la erección de la nueva diócesis salvadoreña, como respecto a la designación del prelado auxiliar guatemalteco, y Casás le dio documentos legalizados en los que constaba su consentimiento para lo primero y su nómina de propuestos para lo segundo, que era en esta forma: primero, presbítero don Antonio González; segundo, presbítero don Tomás Beltranena; tercero, Doctor y presbítero don Juan José de Aycinena; y, cuarto, Doctor y presbítero don Francisco de Paula García Peláez.

“El padre Viteri fue recibido en el Quirinal, hoy residencia de los reyes de la casa de Saboya, por el Secretario de Estado Cardenal Lambruschini y el 20 de agosto de 1842 lo recibió Gregorio XVI en audiencia pública”. (Doctor Lorenzo Montúfar, *Reseña Histórica*, Cap. X, titulado “Creación de la diócesis de El Salvador y mitras de los señores Viteri y García Peláez”).

Coincidiendo ambas propuestas, la del Arzobispo legítimo Casás y Torres y la del Cabildo Eclesiástico de Guatemala, concorde al hacerla con el Gobierno Civil, en la persona del señor García Peláez, fue éste el nombrado por la Santa Sede y el ya mencionado pontífice Gregorio XVI en consistorio de 27 de enero de 1847, lo preconizó con el carácter de *in partibus infidelium* Arzobispo de Bostra, como auxiliar con futura sucesión del Arzobispado de Guatemala. El nombramiento del señor García Peláez causó bastante sorpresa, pues se le conocía hasta entonces solamente como hombre de ilustración y talento, muy dedicado a sus labores parroquiales y de intachable conducta, pero poco relacionado con los círculos aristocráticos que ejercían entonces cierta hegemonía en Guatemala en asuntos tanto civiles como eclesiásticos. Se esperaba que fuera nombrado algún individuo del clero perteneciente a lo que en aquella época se llamaba aquí “las familias”, o bien quisto con éstas, y resultaba electo el humilde curita de San Juan Sacatepéquez, quien no fue el menos

sorprendido al saber su designación y no quería aceptarla, sino continuar su vida de estudio y apartamiento de la actuación descolante en la vida pública. Disuadiéronle de ello muchas personas amigas que bien conocían y apreciaban sus méritos y talentos y especialmente se empeñó en que aceptara el cargo el Provisor y Vicario General de la Arquidiócesis Doctor don Antonio Larrazábal, cuyo nombre no figuraba en ninguna de las dos propuestas, porque ya su edad bastante avanzada y los achaques de que adolecía, le imposibilitaban para el ejercicio del ministerio episcopal en una diócesis tan extensa como la de Guatemala, cuyas parroquias necesitaban frecuentes visitas del prelado, como las hizo con gran celo y eficacia durante su largo episcopado el Arzobispo García Peláez.

Lograda la erección canónica del obispado salvadoreño, como sufragáneo del de Guatemala, dió Gregorio XVI la bula respectiva que inserta íntegra el Doctor Montúfar en su obra histórica ya citada, bula que tiene fecha 30 de septiembre de 1842 y fue consagrado en Roma, el Ilustrísimo Monseñor Viteri, juntamente con el Obispo de Perusa, Monseñor Joaquín Pecci que llegó con el tiempo a ser Cardenal camarlengo de la Iglesia Romana y fue electo posteriormente Papa con el nombre de León XIII. Trayendo las bulas de erección de su iglesia salvadoreña y de nombramiento de García Peláez para la de Guatemala, regresó el señor Viteri y Ungo, quien desembarcó en el puerto guatemalteco del Norte y debía, según estaba proyectado, llegar a esta capital para hacer la consagración de García Peláez y marchar después a la diócesis salvadoreña, para hacer su erección canónica. Mas por dificultades políticas que había entonces entre los gobiernos de Guatemala y El Salvador y por un sentimiento de agudo localismo, el Gobierno salvadoreño vio desfavorable para El Salvador que su nuevo Obispo llegase primero a Guatemala, antes de llegar a San Salvador y así se lo hizo comunicar a Viteri, quien, apartándose en Zacapa de la ruta que traía, se encaminó a El Salvador, enviando al Cabildo Eclesiástico de Guatemala las bulas que portaba del nombramiento de García Peláez; y en vista de lo ocurrido se concertó que la consagración de éste se efectuara ya no en Guatemala, sino en la capital salvadoreña, siempre por el mismo señor Viteri y Ungo. Se dio a esta circunstancia gran importancia en aquella época, pues los salvadoreños consideraban el que el nuevo prelado guatemalteco tuviera que ir allá para ser consagrado, como una compensación de la tenaz resistencia por parte de Casás y del círculo aristocrático de Guatemala se había hecho a la erección de su obispado en tiempo del prócer Delgado.

SU CONSAGRACION EN SAN SALVADOR

El señor García Peláez, a quien ya desde el 31 de marzo de 1842, se había nombrado Canónigo honorario de la Catedral de Guatemala, salió de esta capital por la vía terrestre con dirección a San Salvador, a donde llegó el 5 de febrero de 1844, siendo recibido por el Obispo Viteri y altas autoridades tanto civiles como militares, con grandes honores. El día 11 se verificó la consagración en la Catedral salvadoreña y el 18 celebró Gar-

cía Peláez de Pontifical en la iglesia de Candelaria, predicando Viteri. (Doctor Lorenzo Montúfar, "Reseña Histórica"). El día 19 partió de San Salvador, habiéndole acompañado durante una jornada Viteri y altos dignatarios del gobierno civil, el que le dio una guardia de honor que llegó con él hasta la frontera. El día 3 de marzo hizo su solemne ingreso a esta capital, habiendo sido recibido en la garita de Ciudad Vieja por la Corporación Municipal, el Canónigo Larrazábal Gobernador de la Mitra y numerosos elementos militares y civiles. En el templo de Santa Clara revistióse con los ornamentos pontificales y llegó a la Catedral donde fue cantado un solemnísimos Te Deum. Fue en seguida a visitar al Jefe Rivera Paz, quien lo recibió en el salón de la Casa del Gobierno rodeado de altas autoridades civiles y de algunos jefes militares. Aquel día hubo un banquete en el Palacio Arzobispal, al que asistieron Rivera Paz y todos los principales funcionarios públicos, Cabildo Eclesiástico, etcétera. El General Carrera no tomó parte en este festival porque se hallaba ausente de esta capital, debelando una revuelta surgida entre habitantes de la región oriental, la que terminó con el pacto suscrito en la Villa de Guadalupe el 11 de marzo de 1844.

SU ADMINISTRACIÓN EPISCOPAL

Larrazábal hizo entrega a García Peláez de la Curia Eclesiástica y de su voluminoso archivo, habiéndose publicado entonces el bien ordenado catálogo de éste; y el nuevo prelado se dedicó con gran eficacia a sus arduas labores pastorales, visita canónica de parroquias, reorganización del clero, y administración de la confirmación a las legiones de niños que se hallaban sin haber recibido este sacramento. Durante su episcopado y por gestiones suyas se establecieron en el país las Hermanas de la Caridad, haciéndose cargo del Hospital de San Juan de Dios y de la Casa de la Misericordia, que fue el principio del Hospicio Nacional; vinieron también a Guatemala las Hermanas de Nuestra Señora, instalando en el edificio del antiguo convento de Belén, dos establecimientos escolares para educación de las niñas, de los cuales uno era gratuito para enseñanza de las niñas pobres y se sostenía con el producto del colegio donde recibían su educación las hijas de familias acomodadas. Tomó mucho empeño en la venida al país de los padres de la Compañía de Jesús y les confió el Colegio Seminario, mas como en éste con el tiempo fuéronse recibiendo a jóvenes que no iban a seguir la carrera eclesiástica, García Peláez fundó con su propio peculio, en el predio donde hoy se encuentra la Universidad Nacional, el Colegio Mayor exclusivamente para la formación de sacerdotes y confiando su dirección a los padres paulinos. Este colegio, según consta en artículo descriptivo publicado en "La Gaceta de Guatemala", quedó definitivamente instalado poco tiempo antes de que ocurriera la muerte de su fundador.

Habiendo muerto en La Habana a una edad sumamente avanzada el Arzobispo Casás y Torres, García Peláez, que ya tenía el nombramiento de futura sucesión, fue confirmado en el carácter de Arzobispo propie-

tario de Guatemala por el Pontífice Pío IX en consistorio celebrado en el Vaticano el día 21 de septiembre de 1846 y se le remitió el palio arzobispal, que le fue impuesto en su Catedral, en la que él hizo la consagración solemne del nuevo Obispo de Nicaragua, Ilustrísimo señor don Bernardo Piñol y Aycinena, quien posteriormente fue su sucesor en la silla arzobispal de Guatemala. El 22 de febrero del año 1851 hizo con las solemnidades rituales la solemne consagración del templo de San Francisco, donde en virtud de ello, se conserva su retrato pintado al óleo y colocado sobre la puerta de la capilla de la Virgen llamada de Los Pobres. Habiéndose terminado durante su administración episcopal la obra de la Catedral, cuyas torres quedaron construidas totalmente entonces, y habiéndose colocado el bello altar de mármol, que se trajo de París, con fondos para ello legados por el benéfico canónigo Doctor Larrazábal, correspondía al Arzobispo García Peláez consagrar la Catedral, pero quiso que lo hiciera el Obispo *in partibus* de Camaco Doctor don José María Barrutia y Croquer, por ser éste el Deán del Cabildo Eclesiástico y como una demostración de deferencia hacia este Cabildo que se había empeñado muchísimo en la construcción de las torres, las que cayeron derribadas por los terremotos de 1917-18 y se hallan en la actualidad nuevamente reconstruidas. Esa consagración, con asistencia de García Peláez, la efectuó el Obispo Barrutia el día 23 de julio de 1860.

SU MUERTE

Después de una vida dedicada al ejercicio de la virtud, a la práctica de la caridad con los desvalidos y al cumplimiento de las graves obligaciones de sus diversos cargos, el señor Arzobispo García Peláez falleció a la edad de 82 años en el Palacio Arzobispal, el día viernes 25 de enero de 1867, a las siete de la mañana. Revestido el cadáver con los ornamentos pontificales y la mitra, se le colocó en la capilla del Palacio, a donde acudieron las comunidades de religiosos a celebrar misas y oficios fúnebres al día siguiente. En la mañana de ese día 26, con asistencia del Presidente General Cerna, Ministros y altos empleados civiles y militares, se le trasladó procesionalmente a la nave central de la Catedral; y al día siguiente, que fue el domingo 27, y también con asistencia del Presidente y funcionarios públicos, se celebraron los solemnes funerales y se llevó el cadáver recorriendo los cuatro frentes de la Plaza Mayor a las bóvedas de la Catedral donde quedó sepultado bajo la capilla del Apóstol Santiago, a quien el prelado tenía especial devoción y a quien erigió el altar que hoy se ve en la Catedral. Un mes después, en los días 25 y 26 de febrero, se celebraron, honrando su memoria, otras ceremonias fúnebres en la Catedral, donde en la tarde del 25 se cantó el oficio de difuntos, pronunciando la oración fúnebre del prelado en idioma latino el Reverendo P. Francisco Crispolti, de la Compañía de Jesús, y el día 26, a las nueve de la mañana, con asistencia del Gobierno Civil, Consulado del Comercio, etcétera, se cantó misa solemne de difuntos, pronunciándose en seguida la oración fúnebre en idioma castellano, por el Ilustrísimo señor Piñol, Obispo de la diócesis de Nicaragua.

SU TUMBA

Adosada al nicho donde fue sepultado el cadáver del Arzobispo se encuentra la lápida en la que abajo de la mitra y báculo que tiene grabados, se lee la inscripción siguiente:

AQUI DESCANSA EL EXCMO. & ILMO.

Sr. Dr. Dn. Franco. de Paula
García Peláez, Dignísimo
Arzobispo de Esta S. I. De Guata.
Prelado Doméstico
de Su Santidad y Asistente
al Sacro Solio Pontificio
Murió a 25 de Enero de 1867
a los 82 años de su edad.

HONORES OFICIALES QUE LE FUERON TRIBUTADOS EN SU MUERTE

El día del fallecimiento del señor García Peláez, que había sido miembro del Consejo de Estado y cultivado muy buenas relaciones con los gobernantes Carrera y Cerna, se dictó por el Gobierno el acuerdo siguiente que está publicado en “La Gaceta de Guatemala”:

“Palacio del Gobierno. Enero 25 de 1867. Habiendose servido Dios N. S. llamar a sí al M. R. Arzobispo, Dr. D. Francisco de Paula García Peláez, el Presidente, deseando honrar la memoria del ilustre prelado, y como un homenaje público de respeto a sus virtudes y grandes servicios a la Iglesia y al Estado, tiene a bien acordar.

1º Que los funcionarios públicos, tanto civiles como militares, lleven luto el día de hoy, el 26 y el 27.

2º Las Autoridades y corporaciones concurrirán a las exequias solemnes, que el V. Dean y Cabildo Metropolitano han dispuesto hacer el 27 a las nueve de la mañana en la Santa Iglesia Catedral.

3º Se harán al cadáver del M. R. Arzobispo los honores militares prevenidos por la Ordenanza del Ejercito.

Comuníquese a quienes corresponde.

(Rubricado por S. E.)

Echeverría”.

(“Gaceta de Guatemala”, Nº 36, tomo XV, correspondiente al 28 de enero de 1867).

Por su parte, la Cámara de Representantes que celebraba sus cuartas sesiones legislativas después de promulgada la Constitución vigente entonces, hizo consignar en el acta de la sesión del día del fallecimiento del Arzobispo que se asociaba al duelo general, que los representantes vestirían luto hasta el día del sepelio y que doce de sus miembros en representación de la Cámara asistirían a los funerales.

En el Mensaje Presidencial de Cerna, leído en la sesión inaugural de la Cámara Legislativa el día 25 de noviembre de 1867 y publicado en "La Gaceta de Guatemala", se dice lo siguiente refiriéndose al finado García Peláez: "Durante las sesiones últimas, ocurrió el fallecimiento del M. R. Arzobispo Dr. Dn. Francisco de Paula García Peláez. Testigos de la impresión penosa que aquel suceso causó en todo el país, lo fuisteis también S. S. Representantes de las demostraciones con que dispuso el Gobierno honrar la memoria del benemérito Prelado y os asociasteis a ellas por una resolución especial. La Iglesia y el Estado conservarán gratos recuerdos del Venerable Arzobispo que nos ha dejado por todas partes testimonios evidentes de sus virtudes, ciencia y celo pastoral".

En el vecino y hermano país de El Salvador, donde García Peláez había sido consagrado y era objeto de general estimación, también se le hicieron por el Obispo, Deán y Cabildo Eclesiástico solemnísimas honras fúnebres a las cuales asistieron los Presidentes de la República, del Poder Legislativo, del Poder Judicial, el Cuerpo Universitario en pleno y todos los elevados funcionarios civiles y militares. La oración fúnebre fue pronunciada en la Catedral de El Salvador por el Presbítero Doctor Bartolomé Rodríguez. "El Constitucional", de El Salvador, publicó todos estos datos en artículo que reprodujo "La Gaceta de Guatemala".

LAS FRASES LAUDATORIAS DE BRASSEUR DE BOURBOURG

Queremos terminar este estudio biográfico del benemérito historiador guatemalteco, transcribiendo las frases laudatorias con las que el sabio abate Brasseur de Bourbourg, hace una condensación de su activa vida en la dedicatoria de su obra titulada, "Gramatica de la Lengua Quiche" y que aparece impresa al frente de ella: "Pastor solícito del noble y gran rebaño guatemalano, Padre tiernísimo de aquellos indígenas, cuyos padecimientos con tanta elocuencia depinta Vuestra Señoría Ilustrísima en las páginas de sus "*Memorias*", al escribir las violencias de la conquista, fue, Señor, su voluntad desde el primer día en que tomó el gobierno de aquella Santa Iglesia Metropolitana, el caminar incesantemente en las huellas de sus dos más santos antecesores, los señores Marroquin y Larraz, visitando con incansable celo, al par de estos Varones Apostólicos, hasta las partes más remotas y más ásperas de su vastísima diócesis. Jacaltenango con sus amenas florestas y Soloma, lindero de los Lacandones, han saludado la venida de Vuestra Señoría Ilustrísima y hasta la cueva de Lanquín, en cuyas profundidades se precipitan las aguas de un río miste-

rioso, guarda la memoria de su Pastor para las generaciones venideras. ¿Cuándo se ha visto que se haya cansado del trabajo? ¿Cuándo se ha visto que se haya desanimado con las dificultades, con los peligros de toda clase, con las resistencias de aquellos pobres semi-cristianos, semi-civilizados de las serranías más elevadas? ¿Cuándo se ha visto que haya flaqueado aquella energía, aquella fortitud, cedido aquel alma grande y benigna, encerrada en vaso tan frágil? Sea alabada la Majestad Divina quien concedió tal Prelado a los Guatemalanos, y me hizo a mí, pobre extranjero, digno de conocer y de besar sus manos santas. Y no me digan que esto es una vana lisonja. De la propia y augusta boca del Padre comun de los Fieles, en una audiencia particular a mi persona concedida por causa guatemalana, salieron las alabanzas menos equívocas del Señor Arzobispo de Guatemala y de sus afanes apostólicos”.

Francisco Fernández Hall.

ASCENDENCIA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR DOCTOR DON FRANCISCO DE PAULA GARCIA PELAEZ *

GARCIA DE SALAS

La familia García de Salas se encuentra de muy antiguo establecida en Guatemala, figurando ya desde el siglo XVII, unidos estos dos apellidos. Posiblemente fueron hacendados en términos de los pueblos de San Juan Sacatepéquez y San Raimundo de las Casillas, por lo que estuvieron establecidos algún tiempo en ellos pasando posteriormente a la Antigua Guatemala y a esta capital. En el *Diccionario Nobiliario* de don Julio de Atienza, Barón de Cobos de Belchite, se cita a una familia de apellido García Sala, de origen asturiano, a donde tal vez se pudiera remontar la guatemalteca de García Salas o García de Salas. El ascendiente paterno más antiguo del arzobispo García Peláez que a la fecha conocemos es:

I. Don Juan García de Salas, nacido a mediados del siglo XVII, quien contrajo matrimonio con doña María de Moya, siendo padres de:

II. Don Buenaventura García de Salas y Moya, vecino de San Juan Sacatepéquez, que efectuó su enlace en la Parroquia del Sagrario de la catedral de Guatemala el 11 de septiembre de 1695, con doña Josefa Margarita García de Castro (hija legítima de don Mateo García de Castro y de doña Agustina de Toledo). De esta unión nacieron:

1. Doña María Jacinta García de Salas y García de Castro, nacida en San Juan Sacatepéquez, el 15 de agosto de 1699.

2. Don Manuel García de Salas y García de Castro, que recibió las aguas del bautismo el 23 de junio de 1703 en la Parroquia de San Juan Sacatepéquez. Tuvo por esposa a doña Margarita Peláez, conociéndose de este matrimonio solamente una hija, doña Victoria, que casó en San Juan Sacatepéquez el 10 de noviembre de 1763, con don José de Soto y Montenegro.

* Contribución de la Academia Guatemalteca de Estudios Genealógicos, Heráldicos e Históricos.

3. Doña Sebastiana García de Salas y García de Castro, bautizada en la misma población el 3 de febrero de 1708.

4. Don Diego García de Salas y García de Castro, bautizado en San Juan Sacatepéquez el 12 de noviembre de 1710. Casó en primeras nupcias con doña María Peláez, y ya viudo, en segundas con doña Bernarda Ovando y García el 9 de noviembre de 1759.

5. Don Francisco García de Salas y García de Castro, nacido en la tantas veces citada Villa, el 3 de octubre de 1712.

6. Don Juan Pablo García de Salas y García de Castro, que sigue la línea.

III. Este don Juan Pablo García de Salas y García de Castro, vio la luz primera en San Juan Sacatepéquez el día 26 de junio de 1715, misma fecha en que recibió las aguas del bautismo. Unió su destino a doña Petrona de la Roca, perteneciente a familia de antiguo arraigo tanto en San Juan Sacatepéquez como en San Martín Jilotepeque, siendo padres de:

IV. Don Manuel Leandro García de Salas y de la Roca, natural de la citada villa de San Juan Sacatepéquez. Por Auto de fecha 6 de octubre de 1762 obtuvo dispensa del parentesco de tercer grado consanguíneo igual para contraer matrimonio con doña Nicolasa Rafaela Peláez (hija legítima de don Jacinto Peláez y de doña María Reyes, a quienes nos referiremos más adelante). Falleció doña Nicolasa Rafaela en la Nueva Guatemala de la Asunción el día 2 de enero de 1805, siendo sepultada en la iglesia de Santo Domingo, y ya viuda de don Manuel Leandro quien había muerto el 21 de febrero de 1791 en la ciudad de Guatemala. De este matrimonio nacieron:

1. Doña Juana Catarina García de Salas y Peláez, que falleció soltera en la ciudad de Guatemala el 6 de julio de 1829, y cuyos derechos hereditarios liquidaron sus hermanos ante el Escribano don José Domingo Estrada el 4 de noviembre de 1836.

2. Don José Manuel García de Salas y Peláez.

3. Doña Bibiana García de Salas y Peláez, gemela con el anterior y ambos bautizados en San Juan Sacatepéquez.

4. Doña Martina García de Salas y Peláez, que casó con don José Molina, teniendo, entre otros hijos, a don Matías, doña María Manuela, don Manuel y doña Ignacia, que profesó monja.

5. Don Mariano Francisco García de Salas y Peláez, a quien nos referiremos más adelante.

6. Don Tomás García de Salas y Peláez, que fue sacerdote.

V. Don Mariano Francisco, mejor conocido como Francisco de Paula García Peláez, Ilustrísimo IX Arzobispo y XXV Obispo de Guatemala. Su partida de bautismo, procedente del archivo parroquial de la villa de San Juan Sacatepéquez, dice a la letra: *"En dies dias del mes de Abril del año de ochenta y cinco Yo fr. Pedro Sanchez Militaris Ordinis con licencia del Cura hise los exorcismos puse Oleo y Chrisma y Bautice*

Solente. a Mariano francisco nacio dia dos de Abril es hijo de Dn. Leandro García y Da. Nicolasa Pelaez fue su Madrina Da. Thereza Garcia y pa, que conste lo firme ut supra. (f) Fr. Pedro Sánchez.” Al margen se lee: “*Mariano Francisco español*”. Tomó posesión del Arzobispado de Guatemala después del fallecimiento de su antecesor Ilmo. Fr. Ramón Cassaus y Torres, ocurrida en La Habana el 10 de noviembre de 1845. Fue latinista y notable historiador a quien se deben las presentes “Memorias para escribir la historia del Antiguo Reyno de Guatemala”. Dejó de existir en la ciudad de Guatemala el 25 de enero de 1867 y fué sepultado en su Iglesia Catedral.

De la rama materna del Arzobispo García Peláez, sabemos que su madre, doña Nicolasa Rafaela Peláez fue hija de don Jacinto Peláez y de doña María Reyes; nieta de don José Peláez y de doña Rosa Pérez, y bisnieta de don Manuel Peláez y de doña María de los Reyes.

ESCUDO DE ARMAS

Las armas que corresponden a sus apellidos, son las siguientes: Escudo Partido: 1º. De plata una garza de sable, con el pecho rajado; bordura de gules con el lema “De García arriba nadie diga” en letras de oro (García). Cortado de oro un castillo de piedra, y saliente del homenaje, un león al natural, asomando medio cuerpo y la cola; y tres veneras de plata, una en cada flanco y otra en punta (Salas). 2º. Trae de gules con un brazo armado, moviente del flanco siniestro, empuñando una espada con la punta levantada (Peláez). Los presentes datos fueron tomados del Diccionario citado al principio de este trabajo.

Dejamos constancia de nuestro agradecimiento al muy Ilustre Señor Canónigo don Augusto F. Herrera Ayala, cura párroco de la villa de San Juan Sacatepéquez, quien gentilmente nos facilitó los archivos parroquiales.

INTRODUCCION

El estado de Guatemala toma este nombre del antiguo reino indígena de este título, llamado así de la expresión regional *Guhate-z-mal-há*, que significa *cerro que arroja agua*; y aunque éste sea un volcán apagado, entre otros que han concluido sus erupciones, él se denomina *de agua*, a diferencia de otro contiguo suyo que las continúa y se titula *de fuego*. Es pues, como si se llamase Estado y reino, el Volcán de Agua, mayormente habiéndose situado la capital por los españoles en primera vez a su falda y tomado el mismo nombre, desusado el de Santiago de los Caballeros. En realidad, es el volcán un cono que sobresale en el valle y en todo el territorio, apareciendo hermoso a la vista en todas direcciones por su regularidad y una eminencia a que Humboldt en su "viaje", lib. 9, cap. 26, calcula 1,750 toesas, que hacen 4,180 varas sobre el nivel del mar y desde la cual se divisa el gran océano siendo al propio tiempo objeto de paseo y punto de observación.

DIVISION DE EPOCAS

A la parte descriptiva del país, dispuesta para la publicación del Atlas del Estado, debe preceder la narrativa de sus anales; y como recorriendo las edades, se notan tres épocas, una en los tiempos remotos de su antigüedad, otra en los siglos de la dominación española y otra en el espacio que ha corrido de su independencia a esta parte, y de ellas las dos primeras han sido encomendadas al Redactor de estas Memorias, el orden exige comenzar por la primera, diciendo lo conducente a un mero resumen, y entrar en la segunda, haciendo de necesidad varias investigaciones, que faciliten en lo sucesivo su ejecución, quedando la tercera igualmente dispuesta, para darse con la debida separación y amplitud.



NOTA DE LA EDICION DE 1851: El contexto del período que antecede, y otras alusiones, que ocurren en estas Memorias, se refieren al tiempo en que fueron formadas, que fué del año de 1833 al de 1841, y al lugar en que fueron escritas, que fué la Antigua Guatemala, donde el autor servía en propiedad la parroquia del Señor San José (Catedral) de aquella ciudad; y las compuso, circunscrito a la distribución de comisiones hecha entonces: la obra permaneció así, inédita el espacio de diez años, hasta el presente, en que, puesta a disposición del Editor sale a luz.

PRIMERA EPOCA

POBLACION

La población primitiva del continente no debe su origen a un solo pueblo, ni sus pobladores han transmigrado a él por un sólo punto. Robertson, en la Historia de América, lib. 4, ¶21, no duda que la Groenlandia ha sido descubierta y poblada por noruegos desde el siglo nono. Las Casas, en el Atlas histórico, entiende lo mismo de la Islanda, expresando que ésta les sirvió de tránsito. No dejan duda de este hecho los anales y memorias publicadas en 1837 por la Sociedad Real de Anticuarios del Norte, en Copenhague. Cancelada, autor que fue de la Gaceta de Nueva España y de la Historia de las Asambleas de los judíos convocadas por Napoleón, publicada en México en 1807, está por la trans migración de los israelitas tártaros al territorio que hoy comprende la América rusa, la inglesa y los Estados Unidos: transcribe las opiniones de escritores antiguos y modernos, y cita pasajes ocurridos con pobladores ingleses que conocieron su idioma, usos y monedas.

Clavijero, en la Historia antigua de México, libro 2, deriva la población de éste y aquél territorio de naciones septentrionales emigradas y establecidas en ellos, desde fines del siglo sexto hasta mediados del duodécimo; pero el Conde Las Casas, hablando del primero, dice: "Bajo cualquier aspecto que consideremos este país, atestigua mayor antigüedad que la que nos ofrecen sus anales".

Los del antiguo reino de Guatemala refieren una y otra población a antigüedad incomparablemente más remota; y no derivan del septentrión ni de la Tierra Firme sus primeros pobladores, sino de transmigraciones ultramarinas, lo mismo que otras partes del globo y multitud de islas situadas a distancia de centenares de leguas de todo otro continente, las cuales se han encontrado asimismo pobladas. Ordóñez, natural de Chiapa, que ha escrito en 1796 la primera parte de la mitología americana, y expresa tener en apuntes la segunda y las otras dos de la historia profana, anuncia por incidencia y con referencia a capítulos del libro 2, que los pobladores de las Antillas fueron cananeos, procedentes de Caldea, los cuales en Cuba formaron su asiento, y que de esta isla pasaron veinte tribus al continente, acaudilladas por Valún Votán, el noveno de los Votanes, y se situaron en Chiapa, hacia el año tres mil del mundo, y cerca de mil antes de Jesucristo: expresa que allí fundaron la antigua Culhuacán, co-

nocida hoy con el nombre de Palenque, de que habla Juarros en su historia, libro I, capítulo X: que multiplicándose y extendiéndose, establecieron cuatro reinos, de Yucatán, Culhuacán, Tuhá y Chiquimulhá; y que sucesivamente arribaron siete tribus cartaginesas, cerca de cuatrocientos años antes de J. C., las cuales enlazándose con los cananeos, y propagándose en la región, se hicieron dueños de ella y la sujetaron a su imperio, situando su corte y mansión en Tuhá, hoy conocida por Ococingo.

Otro manuscrito titulado "Isagoge Histórico de Chiapa y Guatemala", al que faltan las últimas hojas y el nombre del autor, hablando de esta antigua ciudad, dice: "Al Oriente de Ococingo, a cinco o seis leguas, se descubren muchos y grandes edificios antiquísimos, en que sobresalen ocho torres labradas con arte singular: en sus paredes se ven esculpidas imágenes de hombres, en traje militar: las cabezas con morriones y penachos: el cuerpo vestido de armaduras hasta los muslos y ceñidos con sus bandas: los pies calzados con botillas hasta media pierna".

"En una plaza grande se ven otras estatuas de piedra; mas en diverso traje: porque tienen en las cabezas unas como copas de sombreros que rematan en punta; pero sin alas algunas: el vestido es a modo de un sayo que hace su escote cuadrado en la garganta, la manga llega hasta medio brazo, y ajustado al cuerpo baja hasta cubrir la mitad del muslo, y en la cintura unos cinchos con sus hebillas; todo esculpido curiosamente en la misma piedra: los pies calzados hasta media pierna con sus botillas: unas estatuas tienen cruzados los brazos a los pechos, otras los tienen juntos a los pechos, aunque no cruzados, sin alguna insignia.

"Hállanse también en estos edificios muchos escudos de piedra durísima como pedernal, que tendrán cosa de cinco cuartas de diámetro, toda la superficie muy igual y muy tersa y por la circunferencia toda hace una orla de casi una sesma y por toda ella muchos caracteres de varias figuras o cifras que Garrido dice son letras chaldeas. Muchas de estas estatuas y escudos se han llevado al pueblo de Ococingo, donde lo he visto; y advirtiéndolo en los caracteres que tienen por orla los escudos, más que letras me parecen cifras o jeroglíficos, que significan acciones o sucesos; porque cada una de aquellas figuras está en su casita, y cada casita tiene mucha labor para ser sólo una letra, y si fuera así en cada escudo de aquellos, cuando más se escribiera una palabra.

"En uno de estos escudos se ve esculpido de medio relieve un hombre de perfecta estatura, juntos los pies con las manos y atados con un mismo cordel tan artificiosamente encajado en el círculo de aquel escudo, que en una vara de diámetro se ven todos los miembros del tamaño natural de un hombre bien alto. En este escudo parece quisieron significar que habían sujetado algún gran príncipe o alguna nación de indios, porque está el hombre que allí se representa con el cabello al modo de los indios".

El primor y artificio de estas obras manifiesta que no las hicieron gentes bárbaras. Los vestidos de las estatuas dicen, que los representantes no son indios, pues nunca usaron tales trajes; y de sus vestuarios se saca la utilidad única que se puede seguir de la diversidad de los trajes, que es conocer por ellos las naciones y los tiempos en que los usaron. Aquel uso

de mitras o copas largas de sombrero sin alas, es antiquísimo traje de los fenicios, cartagineses y españoles, según siente el P. Mariana, con autoridad de Estrabón, libro III, capítulo 25, de la Historia de España, y aun se dice que hasta el día de hoy conservan éste los mauregatos.

Los fastos del antiguo mundo no están en contradicción con los rastros que ofrece esta parte del globo. Plinio, Historia Natural, libro VI, capítulo 37, refiere que los cartagineses descubrieron las Canarias; que Hannon, de orden y a expensas de su gobierno, emprendió la navegación del Sur, al contorno del Africa —libro V, capítulo 1º—; Himilcón la del Norte, siguiendo las costas occidentales de Europa, y que luego penetraron en la Inglaterra —libro XI, capítulo 667—. Bocharo, libro I, capítulo 60, dice que los cartagineses, traginando los mares de España, fuese por buscar nuevas tierras, o fuese arrojados de alguna tormenta, vinieron a dar a este continente, reputado ya entonces por continuación de la India. Aristóteles, en su Tratado del Cielo, libro II, capítulo 14, discurre que era fácil el tránsito a la India en derechura; y este filósofo, o su discípulo Teofrasto, en el Libro de Oyenda de Maravillas, cuenta que este viaje había sido hecho por los cartagineses, continuado algún tiempo y prohibido después con pena de la vida, recogiénose y consumiéndose sus derroteros y cartas de navegación. El autor del Isagoge, libro I, capítulo 9, observa, que en tiempo de César Germánico, año 17 del nacimiento del Salvador, España era provincia romana; y Cornelio Tácito en sus ant. libro II, capítulos 23 y 24, refiere haber acaecido la terrible tormenta que padeció en los mares de Flandes la flota de este emperador, la cual constando de más de mil bajeles, sólo el suyo, que era de más seguridad, pudo resguardarse en uno de aquellos puertos; los demás se esparcieron, sin que se supiese de ellos hasta después de mucho tiempo, en que volvieron unos pocos de Inglaterra, otros de Irlanda y de otras partes remotas y no conocidas; pero el cuerpo de la armada quedó perdido, sin que jamás se supiese de su paradero; y conjetura el autor del Isagoge, que pudieron aportar muchas de estas naos a estas tierras. Añade que cien años después pudo suceder cosa semejante; pues de una anciana de San Juan Sacatepéquez se obtuvo como una presea, una moneda de Trajano.

En Africa, con la destrucción de Cartago, pereció el rumor de estas regiones, de modo que San Agustín, en su tiempo, en el libro 16 de Ciud. de D., capítulo 3º, ya lo desprecia y rebate, como cosa frívola; y aun en Roma, Séneca el orador, en la suasoria 1ª celebra con donaire el que fuese naciendo otro mundo. Pero en España obtuvo el rumor más duración; pues Séneca el filósofo, natural de Córdoba, en el prólogo a sus Cuestiones Naturales, afirma que el viaje en derechura a esta parte de la India era de pocos días; y en la Tragedia de Medea, dice: “que en tiempos futuros correrían los velos del océano, y no sería la última tierra Cádiz o Irlanda”. San Isidoro de Sevilla en su Etim., libro IV, capítulo 5, todavía insinúa, que a más de las tres partes del mundo, había otra cuarta en lo interior del océano, donde la fábula colocaba los antípodas.

Robertson, libro 1, ¶9, encuentra la causa de esta obscuridad en las antiguas relaciones en que los fenicios y cartagineses, animados de un

celo mercantil, ocultaban con cuidado a los otros pueblos el conocimiento de países lejanos con que habían contraído comunicaciones: "todos las circunstancias de su navegación, dice, eran no solamente misterios de comercio, más también secretos de estado"; cita pasajes de Estrabón en la geog., libros III y XVIII, en que constan rasgos extraordinarios de precaución para impedir a otras naciones que penetrasen lo que tenían interés en ocultar; y observa que mucha parte de sus conocimientos pereció con ellos, y que éste, de que quedó la voz, fue mirado por los escritores griegos y romanos como una ilusión. De aquí es que la idea de un nuevo mundo en tiempo de Colón, chocó de todo punto, y según parece de su vida, capítulo 8, sólo él, apoyado en sus teorías, daba cierta importancia a las relaciones antiguas.

Un resultado de ellas viene a ser la antigua existencia de los cartagineses en la ciudad y corte de Tuhá en el continente americano, de la cual dice Ordóñez, siguiendo su narración número 45, tomaron ellos el nombre de tultecos, y la nación toda el de tulteca; y pretende que sucesivamente, siendo llamados por su república, rehusaron volver, y temiendo el arribo de una armada suya, abandonaron esta región y sus hogares, y tomando el camino del septentrión a toda ventura por tierras incógnitas, hacia su costa occidental, no pararon hasta penetrar en la California, acaudillados del famoso Huitsiton, celebrado por ellos en sus anales como padre de la patria y libertador del yugo cartaginés.

Expresa asimismo, nota 59, n. 4, que quedaron en Zacatlán, hoy Ciudad Real y por la provincia de Soconusco algunos pueblos de su nación que, menos tímidos, no siguieron esta derrota. También indica nota 57, n. 60, que Couhatl-tepetl, hoy pueblo de El Salvador, fue población suya. De que se deduce, que el territorio no quedó absolutamente despoblado, y por aquí es de inferirse la mansión en el tránsito de algunas otras tribus, que no soportasen las jornadas de la peregrinación. Nada dice el autor sobre romanos, si no es la cruz que describe entre las ruinas del Palénque, en la forma que se usa en la Iglesia cristiana; y si es cierto que los hubo y figuraron en esta comarca en el tiempo en que se refiere, no es mucho que el nombre romano y la ruina de Cartago, que llegaría a sus oídos, infundiese el temor que se les atribuye de una armada ultramarina.

"Los tultecas llegados a la California, prosigue el mismo Ordóñez, not. 57, n. 53 y 59, hicieron poco asiento en ella, porque los hijos y descendientes de los prófugos, acaso menos enlazados con cartagineses, perdido el miedo de la armada enemiga, emprendieron los primeros su regreso, tomando el camino mismo por donde habían pasado, y se desparramaron por las tierras de Nueva España, permaneciendo en los lugares donde hallaron aptitud de establecerse".

Aquí es donde Clavijero comienza su historia, y fija el principio de esta peregrinación para el mediodía, en el año de 596, y el de la monarquía tulteca en el territorio mexicano en el de 667 de la era cristiana. Luego expresa que una falta dilatada de lluvia escaseó los frutos de la tierra, introdujo el hambre y la peste, y ocasionó la ruina y dispersión de la monarquía por los años de 1052, quedando unos pocos moradores en la co-

marca, y dirigiéndose otros a Chiapa, Onohualco o Yucatán, Xoconochco o Soconusco, Guatemala y Nicaragua, según escriben Herrera, dec. 3, libro IV, capítulo 7; Clavijero, libro II, §3, y Humboldt, viag. libro V, capítulo 16.

Parecerá extraña la retirada de los tultecas hasta la California, y su regreso de la California a México y a esta comarca; pero advertimos más chocantes peregrinaciones en los hunos y visigodos del antiguo mundo, que describe Las Casas, atravesando el Asia y andando y revolviendo la Europa, y no se pone duda en ellas por estar recibidas. Pues las de los tultecos no pueden estimarse menos positivas, desde que se admiran en el país unos monumentos que hacen incontestable el arribo y mansión de unas gentes como los cartagineses y otros pueblos que les precedieron.

En la Historia Universal de los sabios ingleses, tomo 30, página 146, se opina que algunos americanos descienden de los egipcios y fenicios. Herrera, dec. 4, libro 10, comienza el capítulo 2 así: "Pues que con haber estado cuatro años los castellanos en la provincia de Yucatán, quedaron bastantemente entendidos los secretos de ella, se dirá lo más notable. Muchos indios de discreción decían haber oído a sus antepasados, que aquella tierra habían poblado ciertas gentes, venidas por la parte de Oriente, a las cuales había librado Dios de otras, abriéndoles camino por la mar"; y más adelante, hablando de Cuculcán, añade: "y otros conforman en que éste entró por la parte del Poniente". El propio Clavijero, que al principio de su historia considera el septentrión como almacigo del género humano en esta parte del globo, ya en la segunda disertación sobre las épocas de ella, no duda decir: "Estoy convencido de que los chiapaneses fueron de los más antiguos y quizá la primera de las naciones que poblaron la tierra de Anahuac". Humboldt, en el viaje a las regiones equinocciales, libro IX, capítulo 25, y en la vista de las cordilleras y monumentos, admite en una y otra América personajes heroicos de una remota antigüedad, transportados por un naufragio de uno a otro hemisferio.

Ordóñez, capítulo 10, not. 6, n. 47 y 9, not. 57, n. 53, reputa por tultecos a los chichimecos y demás tribus hasta la mexicana última que descendió de las inmediaciones septentrionales, y los califica de mestizos, esto es, cartagineses por línea paterna y cananeos por la materna. Clavijero, libro II, capítulo 1º, no deja de convenir en lo expuesto, cuando da a los tultèques por desterrados y procedentes de la antigua Tulhá, aunque los supone en las regiones del Norte, y no del mediodía, y contempla con sorpresa su civilización.

Los escritores franceses no se muestran satisfechos con las relaciones hasta aquí obtenidas, para fijar el origen de esta cultura. Ya se ha visto lo que nota Casas. Humboldt, en el ensayo, libro II, capítulo 6, pregunta: ¿Cuál es el país de donde salieron los toltecas y los mexicanos? ¿De dónde les venía esta cultura? La forma de gobierno, prosigue, indicaba que descendían de un pueblo que había experimentado vicisitudes en su estado social. Y más adelante concluye diciendo: se inclina el ánimo a creer que estos progresos no son efectos del desarrollo de facultades intelectuales de los mismos americanos, sino que los debían a su comunica-

ción con algún pueblo muy adelantado del Asia Central. La Academia de Geografía de París, según anuncia el Repertorio Americano, tomo I, número 19, apercibe algún vacío en el punto de historia que se ventila, cuando muestra interés en el reconocimiento de antiguas ciudades y personajes de Chiapa y Guatemala, que van mencionados.

El autor del Isagoge, libro II, capítulos 7, 8 y 11, ha notado que Alvarado encontró ciudades y ejércitos que vencer y subyugar en lo interior y costas occidentales de Chiapa y Guatemala, y que Cortés, salido de México por tierra para Trujillo, y atravesando con poderoso ejército la Chontalpa, Lacandón, el Chol y demás costas del Norte, hasta Golfo Dulce e Hibueras, no halló sino desiertos y tribus errantes, indigencias y calamidades que sufrir, sin sujetar un solo pueblo. Se deja ver la causa de esta despoblación en el temor que los naturales conservaron al arribo de extranjeros por la costa oriental. Las antiguas Culhuacán y Tulhá, próximas a ella, permanecieron inhabitadas y desiertas, al paso que Copán, situada tierra adentro, se encuentra poblada y defendida. Si un magistrado tlascalteca y el emperador mexicano, dicen a Cortés que según sus oráculos esperaban la venida de un gran señor del oriente, fue porque siempre temieron la aproximación de invasores ultramarinos por aquel punto, según la experiencia que veían confirmada.

ANTIGÜEDADES

En el Atlas geográfico admite el mismo Humboldt una civilización mucho anterior a los aztecas y a los incas, y un centro particular de cultura intelectual en Guatemala, en donde hay, dice, edificios ricamente adornados de esculturas, a las cuales ha sido imposible hasta aquí asignar una data o un origen.

M. Galindo, reconociendo las ruinas de Palenque, en carta al Secretario de la Sociedad Geográfica de París, en 27 de febrero de 1832, escribe: "En medio de estas ruinas admirables, que anuncian firmemente al mundo la alta civilización de estos países en los tiempos pasados, y salvan la América antigua de la represión de barbarie, ¿a quién podré dirigirme más justamente para hacer conocer a la Europa nuestros derechos a su consideración, que a vuestra sociedad honorable y renombrada?"

Más adelantes dice: "El lugar en que yo me hallo, era sin duda la capital de la antigua nación; las obras de este pueblo forman al presente su única historia; el geógrafo menos instruido verá de un golpe de vista las grandes ventajas que poseía este lugar para ser el sitio del gobierno de una nación civilizada, comercial y extensa: la temperatura más agradable por la elevación del lugar; rodeado de un país templado capaz de producir todo lo que no se halla en los países cálidos, y ante las inmensas llanuras de Tabasco y Yucatán. Sin hablar de su posición sobre el globo, entre los dos continentes de América y los dos grandes océanos, a una pequeña distancia de cada uno, se nota que este lugar está en el fondo del Golfo de México, la más cercada de mares americanos, y bastante retira-

da de la costa para no experimentar su calor incómodo ni sus enfermedades, y poseyendo en los llanos que se hallan a sus pies un enrejado de aguas navegables que atraviesan el estado de Tabasco en todos sus senos, el río de Chacamas, que para decirlo así, baña los pies de estas murallas, es navegable y cae en el Usumacinta; los ríos de Tatasaja, que comunica también el de Usumacinta, están a pocas leguas de distancia: en fin, los canales y los ríos ofrecen todas las facilidades para el comercio.

“Yo no puedo, dice todavía, sino proclamar con entusiasmo el héroe americano, fundador de esta metrópoli, que debería ver su nombre colocado a la par de los de Alejandro, Constantino y Pedro el Grande”.—Boletín de la Sociedad, octubre de 1832.

Una comisión de la Sociedad Geográfica de París, discurriendo el año de 1836, sobre las antigüedades centroamericanas, habla de la cruz que contiene uno de los monumentos de Palenque, y estima que no podrá ser estudiada con fruto, sino cuando haya datos sobre los símbolos y caracteres con que está adornado su contorno, si es permitido, dice, llamar caracteres los grupos complicados y bizarros que contiene dispuestos en columnas, así este bajorrelieve como los otros; y aunque un escritor portugués no duda interpretarlos como un tema astronómico muy sabio, ella suspende su juicio, pensando no ser llegado el tiempo de semejantes explicaciones; por lo demás conviene con M. Dupaix, en que todos estos signos son peculiares a los monumentos del país, y no tienen semejanza alguna con los otros jeroglíficos conocidos, ni aun con los signos mexicanos.

Medallones circulares, dice, en estuco o en granito, desnudos o adornados y ajustados en las murallas, son una particularidad en estos monumentos digna de notarse: se puede afirmar en todos conceptos, que los edificios de Palenque llevan un carácter especial: se encuentran en el resto del país de Guatemala y en Yucatán: ellos anuncian un pueblo idéntico, aparte de México y de la América del Sur; lo mismo que toda la comarca entre el istmo de Panamá y el de Tehuantepec forma una región bien distinta, igualmente separada por límites naturales de la América septentrional y de la meridional. Dupaix, añade, da también su opinión sobre el origen de la antigua población del país; y admite muchas fuentes, y muchas épocas, pero sin explicarse.

Haciendo algunas reflexiones generales, dice la comisión todavía, la descripción de Utatlán, así como todo lo que se sabe de Palenque, de Uchmal, de Copán, de Petén y de Yucatán, en fin los diseños que se poseen de sus antigüedades, muestran un arte todo diferente del de México: esta distinción es importante, y es por lo que nosotros hemos tomado interés. El país tiene sus límites naturales, que la política española ha confundido: las lenguas no son menos distintas; las razas diferentes; la situación geográfica es también toda especial, sea que se divise del lado del mar de las Antillas, sea que se considere el lado del mar pacífico y del océano.

Para quien ha estudiado los fragmentos de las figuras viniendo de Palenque mismo, es fácil reconocer un tipo fisonómico propio, en armonía con las esculturas de los monumentos. Los hombres del suelo han dejado su retrato en los bajorrelieves; lo han esculpido sobre piedra dura; ellos lo han

modelado en tierra cocida, y este retrato no se parece ni a mexicano ni a peruvianos, aún más a los americanos del Sur que a los del Norte. Pero todas estas consideraciones no pueden ser sino indicadas. El pueblo que ha fabricado los antiguos monumentos de Guatemala, es completamente ignorado; aun su nombre mismo es desconocido. Ciertamente, no se podrían comparar las instituciones ni las artes de este pueblo todavía obscuro a las del antiguo continente; no ha dejado literatura; sus monumentos escritos, es decir, aquellos que se suponen tener caracteres de escritura, no son sin duda sino pinturas simbólicas, mal a propósito comparados con los jeroglíficos egipcios. No dejamos de creer que los monumentos de la América Central no han sido hasta aquí copiados con exactitud, y que es muy bien por defecto de aptitud del diseño que por falta de habilidad de los autores de estos monumentos. Los mismos viajeros aseguran, que ellos son superiores a los de México, por el estilo de la escultura y la grandeza de los edificios. El Redactor de estas Memorias, habiendo visto con sorpresa cómo trece diseños tomados por M. Catherwood, que ha reconocido mucha parte de los de Copán, a fines del año de 1839, no duda verifiquen esta importante aserción.

El mismo señor Catherwood acaba de visitar las ruinas de Quiriguá, terreno de los señores Payeses, no muy distante de Copán; y de ellas se da noticia en el número 94 de "El Tiempo", publicado en 7 de mayo de 1840, especificándose las piezas siguientes:

Una estatua de tres varas y tercio de alto, caída en el suelo. Otra de igual dimensión con la cara viendo al cielo. Otra de ocho varas y media, inclinada más que la torre de Pisa. Otro monumento de siete varas dos tercios, perpendicular y como en forma de obelisco, lleno de jeroglíficos y con una estatua humana esculpida en el anverso, que tiene algunos atributos en la mano. Otra estatua de tres varas, que representa una mujer. Otra de seis y dos tercios, de un lado mujer y del otro figura de hombre, mejor conservada. Una cabeza de gigante, de dos varas de diámetro. Dos altares bien labrados. Un obelisco de cuatro varas de alto.

Cuatro otros monumentos, en distintos lugares, siendo uno de ellos en forma circular, sobre una pequeña eminencia, formada de piedras de río. En el centro del circo, al cual se baja por gradas muy angostas, hay una grande piedra redonda, cuyo contorno presenta muchos jeroglíficos e inscripciones: dos cabezas de hombre de un tamaño mayor que el natural, parecen sostener aquella mesa, cubierta de vegetación en su mayor parte.

Los expresados monumentos, añade el periódico, se hallan sobre la ribera izquierda del Motagua, río que desemboca en el Golfo de Honduras, entre los puertos de Omoa y Santo Tomás, y existen a distancia de mil varas del mismo río; de suerte que siendo éste navegable, y plano el terreno desde aquel lugar, no será extraño que un día salga alguno de ellos a atestiguar en el mundo viejo, que el llamado nuevo encierra soberbias esculturas de los siglos más remotos.

MONARQUIAS

Entre los tulteques que se diseminaron en estas regiones, los caudillos que en concepto de Ordóñez, capítulo 4º, not. 1, n. 3, y Juarros, tr. 4, capítulo 1º ocuparon las tierras altas que hallaron más pobladas fundaron la monarquía quiché, llamada así según la derivación que en la traducción de la mitología de este pueblo dá Ximénez de la voz *quitz-té*, que significa muchos árboles o muchas gentes. El mismo Juarros ofrece la cronología de sus reyes en número de veintiuno, tomada de Fuentes, en el libro VII; pero el autor del Isagoge, libro II, capítulo 4º, indica que faltan cinco o seis nombres que traen los manuscritos de indígenas, y duda si son otros más, o los mismos con distinta denominación: todos los cuales llenaron el espacio de cuatro siglos y medio, desde su establecimiento hasta la venida de los españoles.

Este reino se extendía, según este último escritor, capítulo 1º, por muchas provincias que ahora están divididas en varios corregimientos de Casaltenango, Totonicapa, Atitlán, Tepanatitlán, toda la provincia de San Antonio, parte de la Verapaz, todo lo de Guatemala, Sacatepéquez. Pocomán: llegaron a este reino los señoríos de los mames y cuchumatames, y gran parte de las Chiapas y Soconusco. Unieronse también a esta potencia los reyes o caciques de Copán, que eran muy poderosos: en fin, dominaban los reyes del Quiché en la mayor y menor parte de este reino de Guatemala, en más de doscientas leguas por las costas del mar del Sur y en todas las tierras altas que les corresponden; pero no habían extendido sus dominios por las costas del mar del Norte, ni a las montañas vecinas como Zoques, Chiapas, Tesulutlán, que ahora se dice Verapaz: ni se extendía a las provincias de Comayagua, Nicaragua y Costa Rica, que tenían sus régulos o caciques independientes de los reyes del Quiché, y de todo otro monarca.

En el reinado del emperador Ahuitsotl, el año de 1498, Hiltototl, general suyo, dice Clavijero, libro IV, capítulo final, que concluida una de las empresas de sus conquistas, llevó sus armas victoriosas hasta Qualthemalan, a más de 900 millas al sudeste de México, en cuya expedición, según los historiadores, hizo prodigios de valor; pero ninguno, continúa, da pormenores de sus hazañas, ni sabemos tampoco que aquel territorio quedase sujeto al imperio de México. Fuentes, libro III, capítulo 3º no hace mención sino de relaciones y mensajes entre el mismo emperador y los príncipes de este territorio, sin que por eso aparezca en ellas tampoco comunicación importante.

Bernal Díaz, citado por Clavijero, disert. 7, hablando de las guarniciones y gente de guerra que había colocado Montezuma en las fronteras del imperio hacia esta parte refiere que tenía una en Soconusco, para defenderse de Guatemala y de Chiapa. El autor del Isagoge, capítulo 2º, hace mención de las que los reyes del Quiché tenían en la parte que poseían de Soconusco, y refiere la derrota que comenzaron a sufrir sus huestes en la de Tonalá, en la aproximación de Alvarado, donde Remesal, libro I, capítulo 2, todavía en su tiempo, halló los rastros.

La extensión de esta monarquía debe entenderse, uniendo unos tiempos con otros, puesto que Juarros, tr. 4, capítulo 2, refiriéndose a Fuentes, escribe que desprendido el señorío de los mames, todavía Acxopil, el sexto de sus monarcas, la dividió en tres, separando los señoríos de Guatemala y Atitlán, que confirió a dos hijos suyos: y que, según el mismo autor del Isagoge, capítulo 4º, no fue sino hasta Balam Quiché, el noveno de ellos, que se agregó el principado de Payaqué o Chiquimula, cuya capital era Copán, y comprendía parte del distrito de Comayagua. Mas parece no haber conservado largo tiempo sus sucesores este señorío, con las guerras que les suscitaron los príncipes comarcanos de Guatemala y Atitlán. M. Galindo da más importancia y extensión al señorío de Copantl, en exposición que acompaña a los diseños del reconocimiento de su capital el año de 1836.

CIUDADES

No se encuentran vestigios de cortes de príncipes, sino sólo en Utatlán, que lo era del rey del Quiché, y en Iximché, que lo era del de Guatemala; pues las que se han admirado en Copán, lo mismo que en Ococingo y el Palenque, pertenecen a más remota antigüedad y bien antigua civilización, como la llama Humboldt, Ens., libro III, cap. 8º. De Utatlán hace Juarros, tr. 1, capítulo 4º, una descripción sucinta, tomada de Fuentes que la reconoció a fines del siglo XVII; añadiendo que la opulencia de este monarca, en concepto de Torquemada, competía con la de Montezuma en México y de los incas en el Cuzco. Igualmente la hace de Iximché, tr. 6, capítulo 1º, llamada también Patinamit y Tecpán Guatemala, que por su planta y edificios, ha debido estimarse la segunda ciudad después de Utatlán.

El Gobierno Supremo del Estado ha hecho reconocer últimamente las ruinas de una y otra ciudad. Los planos y vistas tomadas por el comisionado y el informe con que las acompaña, muestran vestigios de adoratorios, fortificaciones y trazas de edificios, calles y plazas ajustadas a dimensiones y con elección de materias en su estructura. Humboldt, libro II, capítulo 5º, ha notado que en el Perú, en Guatemala y en México, algunas ruinas de edificios, pinturas, historias y monumentos de escultura, muestran la antigua civilización de los indígenas. En su ensayo de la Nueva España, libro III, capítulo 8º, menciona que se encuentran en el Perú, en los contornos del Cuzco y Guamachugo, en Pachatamak, cerca de Lima y en Masinché, cerca de Trujillo: en la Provincia de Quito, en el Cañar y en el Cayo; y en México, cerca de Oaxaca y Puebla; mas como no llegó a reconocer los de Guatemala, por lo que dice de los unos, pueda formarse juicio de los otros.

Lo que distingue las ruinas de Mitla de todos los restos de arquitectura mexicana, dice más adelante, son seis columnas de pórfido, colocadas en medio de una inmensa sala, y que contienen el techo. Estas columnas que casi son las únicas que se han hallado en el nuevo continente, manifiesta la *infancia del arte*: no tienen bases ni capiteles; sólo se observa

que son un poco más estrechas en la parte superior. Descubriolas el señor Martín, y halló que su altura es igual a seis diámetros: de lo cual resultaría un orden aún más ligero que el *toscano*. La distribución de las habitaciones en lo interior de este edificio presenta notables analogías con la de los monumentos del alto Egipto.

Siguiendo el propio capítulo dice: “El teocalli, adoratorio de piedra, cuya regularidad admiraron Cortés y Bernal Díaz, había sido construído por el emperador Ahuítsohtl, el año de 1486: era un monumento piramidal: tenía 97 metros de base y 37 de altura; se contaban en él cinco hileras de piedra o picos; estaba perfectamente orientado, como todas las pirámides de Egipto y Asia; sobre su cima se levantaban pequeños altares cubiertos de cúpulas construídas de madera”. Por estas indicaciones, se ve que tenía en su forma una grande analogía con el antiguo monumento de Babilonia, que Estrabón llama el mausoleo de Belo, y que no era sino una pirámide dedicada a Júpiter Belo. Más adelante añade: “El teocalli estaba ya arruinado; me inclino a creer que el exterior de la pirámide truncada era de arcilla revestida de amigdeloides porosa”; y concluye diciendo: “la forma piramidal de este edificio mexicano y su grande analogía con los monumentos del Asia es lo que más debía *interesarnos*”. En la descripción del adoratorio de Utatlán, advierte el comisionado, que el alzado en su totalidad presenta una figura piramidal; y luego expresa, que examinándose esta mezcla parece estar compuesta de arcilla blanca y polvo de piedra pómez. Se ve, pues, por una parte, la identidad de los teocallis de Guatemala con los de México, y por otra la analogía de su arquitectura con la del Asia occidental confinante con el Egipto.

Existe también en Utatlán los restos de una fortaleza construida con todo el orden de resguardo y atalaya, que en la clase de armas de que usaban los indígenas, equivale a un castillo. Según el informe del comisionado, se notan en él, un muro con el espesor de ocho varas, cuartel para guarnición, y torreón para las baterías. Algo semejante aparece en Iximché, aunque más arrasado. Clavijero, libro VII, artículo 25, habla de los vestigios de fortalezas, encontrados en distintas ciudades de México, y después de especificarlos, exclama diciendo: “Quisiera que mis compatriotas preservasen aquellos pocos restos de la arquitectura militar de los mexicanos, ya que han dejado perecer tantos vestigios preciosos de su antigüedad”.

EDIFICIOS

Bernal Díaz, testigo ocular, al capítulo 193, hablando de Iximché, a que llamaba cuando escribía, *Guatemala la vieja*, dice que estaban los aposentos y las casas con buenos edificios y ricos, como de caciques que mandaban las provincias comarcanas. Vásquez, libro I, capítulo 14, hablando de los primeros misioneros, comenzando el año de 1541, refiere que hallaron esta ciudad montuosa y sin gente; añadiendo que pasearon mucho rato por ella, viendo los edificios, de mucha consecuencia, templo de gran suntuosidad, calles y caseríos a nivel: todo vestigios de lo que ha-

bía sido, y motivo de lástima, por lo solitario que estaba aquel grande lugar. Acaso, no tan destruido como después, que ha sido reconocido. Por aquí puede hacerse juicio del antiguo Mixco, de que también fueron desalojados sus habitantes; y asimismo formarse idea de otras poblaciones más o menos numerosas y célebres: pues del Tianguesillo a que no se da importancia, arriba de Chimaltenango, donde intentaron por primera vez situar su capital los españoles, dijo el Teniente de Gobernador en su razonamiento, que transcribe Remesal, libro I, capítulo 10, allí hay muchos edificios buenos antiguos de los indios. Asaltado Escuintla, hubo casas competentes, en que fortificados sus habitantes, opusieron vigorosa resistencia, según relación de Herrera, dec. 3, libro 5, capítulo 10, y Juarros, tr. 4, capítulo 17.

Tratando Herrera de Yucatán, dec. 4, libro X, capítulo 2, refiere que se hallaron en sus provincias muchos y grandes edificios de cantera, los cuales parecen haber sido templos, porque sus casas siempre las usaron de madera, cubiertas de paja. Y al hablar de la jornada de Cortés por Guatemala, para Honduras, cuenta, dec. 3, libro VII, capítulo 9, que entrando con gran contento en Isancanac, ciudad populosa del Petén, ocuparon una casa en que alojáronse los castellanos con sus caballos, y repartieron en otras a los mexicanos, que eran más de tres mil. Llegando a Mazatlán, continúa este escritor, hallaron que el lugar era fuerte, porque no tenía más de una puerta, y estaba rodeado por una parte de una laguna, y por otra de un arroyo muy hondo, que entra en la laguna; tenía un foso muy hondo y pretil de madera hasta los pechos; y después una muralla de tablones y vigas, de dos estados de alto, con muchas troneras para flechas, y a trechos garitas con muchas piedras y saetas y aun las casas tenían sus traveses a las calles; todo fuerte y bien ordenado para sus armas. Seis leguas adelante, añade, llegaron a Tiac: este lugar era mayor, mas no tan fuerte como el otro, y estaba en llano; tenía tres barrios cercados, cada uno de por sí, y otra muralla, que los cercaba a todos. Con respecto a Cinacán, río arriba del golfo, dice el mismo autor: "tenía este pueblo los templos a la manera de los de México".

En una entrada que se hizo mucho después al Lacandón, por Huehuetenango, hace mención Villa Gutierre, libro III, capítulo 5, de dos lugares en que se encontraron rastros de edificios antiguos de cal y canto. Ximénez, en la descripción que da de estas entradas, libro 5, capítulo 25, explica ser cal de caracoles, la que usaban estos naturales. Con esta mezcla debe haberse formado la argamasa de cal, que Juarros, tr. 6, capítulo 12, refiere estar empleada en las fortificaciones de Uspantán, en que añade haber también mucha piedra canteada, y piezas de tres varas de largo y una de ancho. Bernal Díaz, al capítulo 2, en que trata de Yucatán, atestigua de adoratorios y casas de cal y canto; y en el capítulo 178, hablando de Tayasal, pasado el Petén, escribe que sus vecinos blanqueaban sus casas y adoratorios y parecían a más de dos leguas,

En el Boletín de la Sociedad Geográfica de París, tomo 18, número 114, corre una relación sobre el Palenque y su comarca, dada por el mismo observador que después ha reconocido las ruinas de Copán, y dice: "Mu-

cho más lejos al otro lado de la ciudad de Flores, en el Petén, se halla el lago de Yachá, de dos leguas de largo, que contiene cuatro pequeñas islas, una de las cuales, que es pedregosa y elevada, teniendo más de milla de diámetro, está cubierta de escombros de piedras; la más notable es una torre de cinco altos; cada una de nueve pies de altura: la base tiene veinte y dos pasos en cada costado, y de los altos, cada uno entra dos pies en lo interior de todos los bordes: no tiene entrada ni ventana alguna en los primeros cuatro altos; pero al lado del oeste, una escalera de siete pies de largo conduce hasta su altura. Las gradas de la escalera no tiene sino cuatro pulgadas cada una; dos puertas muy bajas en el quinto alto, permiten entrar a gatas, y este alto consiste en tres cámaras sin techo, unidas por semejantes pequeñas puertas; aunque aparece por el sonido que hay por debajo un vacío, no obstante, no parece alguna entrada a los primeros altos. Las piedras de que la torre está construída, son un poco más grandes que las empleadas en el Palenque; pero de una misma forma que es la sola semejanza, que yo encuentro entre la arquitectura de allí y la de Yachá. Sea que los edificios de Yachá sean más modernos, o su atmósfera menos corroyente, o por otras causas: allá parte de los postes de las puertas quedan todavía, de una madera llamada *jabín*, pero toda especie de madera ha ya desaparecido, y no restan sino piedras y yeso: *platre*; acaso la argamasa de la cal de caracoles”.

En la Revista Enciclopédica de París, de septiembre de 1826, en un artículo sobre las antigüedades palencanas, página 850, se lee lo siguiente: “Los cotejos que se pueden hacer entre muchos de estos monumentos, y los del Egipto y la India, podrán servir algún día, para descubrir qué relaciones han podido existir entre estas diversas partes del mundo”.

AGRICULTURA

Humboldt en su Ens. libro 2, capítulo 6 y en su Viaje, libro 9, capítulo 26, ha notado, que en la nueva Vizcaya, la Sonora, Nuevo México, y en las regiones caídas en suerte a los colonos ingleses, eran los naturales, pueblos errantes y cazadores, y lejos de formar allí una porción de la población agrícola y laboriosa, como en las llanuras del Anahuac y Guatemala, se han alejado generalmente de la proximidad de los blancos, cediendo a los conquistadores las sabanas incultas que servían de pasto a los búfalos; luego se retiraron más allá del Zila, y a las montañas de las grullas, y más adelante prefirieron refugiarse detrás de los montes Alleghanis, después detrás del Ohio, y por último al otro lado de Misouri, más bien que verse precisados a vivir entre los europeos. Sólo la agricultura, prosigue diciendo, es la que apeg a al hombre al suelo, y engendra el amor de la patria; así es que vemos en la parte meridional de Anahuac y en la región cultivada de Guatemala, cómo los indígenas aguantaron con resignación las vejaciones que cayeron sobre ellos, antes que abandonar al suelo que sus padres habían cultivado.

Entre los vegetales que obtuvieron el cultivo de los antiguos guatemalanos, hay muchos peculiares del continente. Bernal Díaz, describiendo

rápídamente el tránsito de Cortés por los desiertos y costa de Tesulutlán o Verapaz, para Nito o Golfo Dulce, en los capítulos 177 hasta 180, menciona el maíz, cacao, chile, zapote, pacayas y nueces, usando de la adición y *otras legumbres*, sin decir cuáles, también hace mención del algodón; y en el capítulo 176, de la pita de maguey. Herrera, dec. 4, libro VIII, capítulo 7º, la hace del plátano. Humboldt, en el Ens. libro IV, capítulo 9, expresa, que la yuca, el camote y la papa, eran propias de las regiones equinocciales, refieren también que esta última fue llevada por los tultecas y guatemalanos adelante de Panamá y que la tuna y la granadilla se hallaron desde Guatemala hasta la California. Del tabaco tomaba el nombre de Sicallá, un pueblo de la costa de Escuintepeque, en la falda meridional del Volcán de Fuego. Ximénez, que escribía en esta ciudad el año de 1707 su "Historia Natural de los tres reinos", obra inédita en folio, con 101 fojas útiles, describe como de antigua cultura en el país, la piña, pepino, tomate, coco, corozo, tamarindo y cañafístola.

Humboldt en el mismo lugar, es de dictamen que el maíz era ya cultivado en el suelo mexicano antes del asiento, esto es, del retorno de los tultecas a aquel territorio. Respecto del guatemalano, es sabido, que en la vuelta de los tultecas a esta región, su país primitivo, encontraron en él establecida su cultura. En el capítulo 11, libro I, de la Mitología quiché, se refiere la creación de los segundos Adanes, repobladores del mundo, formados del maíz, a diferencia de los primeros formados de corcho, que no sirvieron, suponiéndose, por consiguiente, este grano tan antiguo en su suelo como el hombre. El beneficio del cacao y el uso del algodón, dice el autor del Isagoge, libro II, capítulo 4, fueron descubiertos por Hunahpú, octavo rey del Quiché. El viajero Jorge Foster ha pensado, que el plátano no existía en América antes de la llegada de los Españoles; pero Garcilazo, tr. 1, página 182, lo estima anterior a los incas del Perú; y Humboldt sostiene que, en tiempos remotos, en las regiones calientes y templadas, eran ya el maíz, el plátano y las papas, la base del alimento de los indígenas. Acosta, que en el libro IV del capítulo 16 al 26, trata de las plantas privativas de la América, mira el cacao y añil de Guatemala, como frutos antiguos de su suelo.

Poseyeron también los guatemalanos, vegetales alimenticios comunes al antiguo hemisferio. Bernal Díaz, en los propios lugares, hace mención de frijoles y ayotes en la misma costa de Tesulutlán; y Humboldt, hablando de Anahuac y Guatemala, en el lugar citado, dice que sus naturales, antes de la llegada de los españoles, ya conocían las cebollas, calabazas y garbanzos: también expresa Bernal Díaz, que proveyeron a Cortés de gallinas y gallos, de faisanes, perdices y palomas. Humboldt niega que los mexicanos, y por consiguiente, los guatemalanos, conociesen entonces las gallinas, y añade que el gallo fue desconocido en América, lo cual vendría a obscurecer este lugar de Bernal Díaz a la página 205, si el mismo Humboldt no admitiese a continuación, que los pueblos más civilizados del nuevo continente criaban en los corrales varias especies gallináceas, distintas de la precedente, como hocos, pavos, faisanes, patos, gallinetas y aras; lo cual basta para la recomendación del país en este ramo

de crianza. Herrera, hablando del propio Cortés y su gente, dec. 3, libro VIII, capítulo 3º, dice que en Cinacán, pueblo arriba del Golfo, hallaron gallipavos, faisanes y perdices en jaulas, y perros en caponeras; y tratando de otros de Honduras, dec. 4, libro VIII, capítulo 3º, expresa que su granjería era criar aves.

Bernal Díaz, capítulo 164, cuenta de unos perros que criaban los indígenas de Quezaltenango, buenos para comer, que no ladraban. Humboldt, Ens. libro IV, capítulo 10, llama a esta especie *perro mudo*, que estima haberse extinguido, y dice que los tultecas los capaban para cebar y vender su carne en el mercado; advierte que usaban también esta comida los peruanos de Jauja y Huanca. El mismo Díaz testifica, que proveyeron a Cortés de miel de abejas en Tesulutlán. Ximénez, en su Historia Natural, título IV, describe prolijamente esta especie de crianza; en el título X habla de la cochinilla, de que se servían los zoques para dar el nácar.

De la caza y de la pesca no hay que hablar, en pueblos que antes fueron cazadores que agricultores, sobre que Herrera, en la de caimanes, dec. 4, libro VIII, capítulos 3º y 8º, y Ximénez, título I, en la de leones, notan prodigios; pero sí conviene recordar la que ejercían de aves en Tesulutlán, despojándolas de las plumas sin matarlas, de que hace mención Herrera en su prólogo, capítulo 12, y en Chiquimula, en que la hace Juarros, tr. 7, capítulo 6º, entre los presentes de su monarca al capitán Chávez; como también que siguiendo en canoas la costa de Sonsonate hasta la de Panamá, aprendían contra las peñas el caracolillo para el purpúrec, según refiere Ximénez, título 8.

En la labranza de sus estancias, hicieron uso los guatemalanos del hacha y el azadón: de la primera para talar los bosques, y del segundo para voltear la tierra. El Obispo Casas, en la Destr., capítulo 8º hablando de Cuscatlán, hoy San Salvador, refiere que sus naturales presentaron a Alvarado muy gran cantidad de hachas de cobre de que se servían. Remesal, libro XI, capítulo 19, dice que los indígenas de Verapaz las usaban de cobre. Herrera, dec. 4, libro VIII, capítulo 3º, que tenían unas azuelas de pedernal, con las cuales, añade, derrocaban grandes montañas. Ximénez, en los artículos cobre y pedernal, explica que las tenían de uno y otro género. Bernal Díaz, capítulo 183, admira la rapidez con que en cinco días desmontaron una, que impedía la vista del mar en la villa de Trujillo, en la llegada de Cortés.

No les fue desconocido el arado. El mismo Herrera, hablando todavía de los pueblos de Honduras, en el propio lugar, dice: "volvían la tierra con unos palos largos, con dos ganchos, uno arriba y otro abajo, para hacer fuerza con el pie y con el brazo; y también con unas palas agudas, a modo de las bangas que usan en Navarra, y a fuerza de brazos y pies". He aquí un cotejo con la labranza española, que hace honor a la antigua guatemalana.

Las diligencias de los indígenas se extendía entonces al aprovechamiento de los metales, descubriendo y labrando los granos de oro, que espontáneamente arrastraban las aguas en las vertientes de que hallaron

lavaderos los españoles; de ello ofrecen testimonio los presentes hechos a Alvarado por los reyes de Guatemala y Atitlán, de que habla Bernal Díaz, capítulo 164, los hechos a Cortés en su tránsito por Tesulutlán en los capítulos 174 hasta 178, los hechos a Chávez por el rey de Copán, referidos por Juarros, tr. 5, capítulo 6, como también los canutillos tributados diariamente por 200 niños a Jorge de Alvarado, hermano y Teniente del Adelantado, de que hace relación el mismo escritor, tr. 6, capítulo 9º y asimismo las estancias de minas que se mencionan en el testamento del propio Adelantado, transcrito por Remesal, libro IV, capítulo 7º, y otras de que Ximénez, título XIII y el propio Juarros, tr. 6, capítulo 15, hacen mención en Nebaj, en Santiago Zamora, en San Juan y San Pedro Sacatepéquez, posteriormente cegados. Fuentes, libro III, capítulo 3, deplora lavaderos que, por el Visitador Orduña, hasta hoy quedaron ocultos.

El cobre, dice Ximénez, es el metal que únicamente sacaban los indios en su gentilidad, que los otros ignoraban totalmente su beneficio. Los indígenas de Nicaragua, cuenta Herrera dec. 4, libro I, capítulo 6º, re-nuentes a sacar o manifestar el oro, si algo daban era cobre. Por falta de hierro, creyó Mr. Paw bárbaros a todos los americanos; pero el Conde Caylus reconoció un segur de cobre peruano, y declaró que casi era igual en dureza a las armas antiguas de cobre de que se servían los griegos y los romanos. Es pues, de alabar, dice Clavijero, disert. 6, que si los americanos ignoraron el arte comunísimo de elaborar el hierro, poseyeron el singularísimo de templar el cobre.

Muchos sabios distinguidos, dice Humboldt, Ens. libro IV, capítulo 11, pero faltos de conocimientos químicos, han pretendido que los mexicanos y peruanos tenían un secreto particular para dar cierto temple al cobre y para convertirlo en acero. No hay duda en que las hachas y otros utensilios mexicanos eran casi tan cortantes, como los del acero; pero su extrema dureza era debida a la liga con el estaño, y no a su temple. Lo que los primeros historiadores llaman cobre duro o cortante, se parecía al *jayros* de los griegos y al de los romanos. Una hacha de las Galias, encontrada en Francia, por Mr. Dupent, y que corta la leña como una de acero, según el análisis de M. Vanquillin, contiene 87 de cobre, 3 de hierro y 9 de estaño.

En todas partes, dice todavía el mismo autor, parece que ha precedido el uso del cobre al del hierro. Por consiguiente, no debemos admirarnos de que en el principio de su civilización, los americanos, como la mayor parte de los demás pueblos, hayan puesto su atención antes sobre aquel metal que sobre este último. Sabemos que en los tiempos de que habla Homero, era también mayor el uso del cobre, que el del hierro, aunque éste era ya conocido muy de antemano.

ARTES

Las manufacturas iban tomando incremento en el pueblo guatemalano, Ximénez da un lugar distinguido a la loza que fabricaban los indígenas de Totonicapán. Juarros habla de la de Mixco y Chinautla; y He-

rrera, dec. 4, libro VIII, capítulo 9, de la de Ahuachapán, hecha sin instrumento alguno, a que daban el rosado con la congelación del agua de un pozo, y el negro con el sedimento de otro. Humboldt, en el Viaj. libro VII, capítulo 21, dice que los colores son óxidos de hierro y de magnesia, sobre todo, de los ocre amarillos y encarnados que se encuentran en los huecos del asperón. Bernal Díaz expresa que los presentes de miel hechos a Cortés en Tesulutlán, fueron en jarros. En el subterráneo de Copán se descubrieron, y se da el nombre de *tiestos*, a utensilios de todas figuras. En el de la huaca de Sensuntepeque, pueblo de El Salvador, fue reconocido el año de 1806 por el Subdelegado, que después ha sido Jefe Supremo de aquel Estado, un vaso de loza blanca sin barniz, de figura cónica boca de clarín.

Herrera, dec. 3, libro IV, capítulo 7, refiere, que en Nicaragua había plateros que labraban oro y vaciaban maravillosamente. Remesal, hablando de los indígenas de Chiapa, libro VI, capítulo 5º, hace mención de joyas y collares de oro; unos hechos a modo de culebra, y otros como animales enlazados, y otros de otras hechuras; como también (capítulo 17), de cadenas, cintos, patenas, y mil diferencias de joyas de oro, esmaltadas con piedras muy finas, y de varias hechuras. Clavijero, libro VII, artículo 46, admira la perfección a que había llegado en México el arte de fundición, mirándolo como inimitable en aquella época en Europa, y posteriormente perdido por el envilecimiento de los indios y descuido de los españoles. Humboldt, en el Ens. libro IV, capítulo 11, celebra igualmente las piezas preciosas de la antigua platería americana de Nueva Granada y Quito, y deplora se hayan fundido estas obras por las cuales se acredita que muchos pueblos del nuevo continente habían llegado a un grado de civilización harto superior al que se les atribuye generalmente.

Sus demás artes conspiraban a satisfacer las necesidades y proporcionarse la comodidad de la vida. Ximénez, en los artículos xícara, maguey, tule y caña, distingue sus especies, y describe las xícaras y toles que coloreaban los indígenas al estilo mosaico, de que se servían con gala los españoles y señoras; explica los diversos usos que hacían de la pita para lazos, redes, hamacas y alforjas, de que variaban los tamaños y figura, y a que daban diferentes colores; distingue los petates pequeños y grandes, gruesos y delgados que sacaban con tejidos y labores; y últimamente las jaulas, canastos, petacas y petaquillas que armaban con diferente formas y matices de colores, capaces de servir a la ostentación y a la decencia. Herrera, dec. 4, libro V, capítulo 6º, describiendo ídolos de Honduras, expresa que eran de piedra verde marmoleña; y hablando de los indígenas de Tesulutlán, dice: labran bien la plumería y hacen hermosas figuras.

Humboldt, Ens., libro IV, capítulo 10, quiere que el uso de la pita y el algodón entre los tultecas fuese tan antiguo como el del maíz; pero el autor de Isagoge, libro II, capítulo 4º, refiere el tejido de este último a invención del octavo de los monarcas de este pueblo en Utatlán. Mas sea de esto lo que fuere, las mantas eran comunes a la llegada de los españoles. Bernal Díaz, en la relación del tránsito de Cortés por Tesulutlán, hace mención de presentes hechos de ellas; y Juarros, en la de los mensajes de los reyes de Atitlán y de Copán, de los hechos a estos últimos. He-

rrera, dec. 3, libro V, capítulo 11, elogiando las damas de Guatemala, dice que eran grandes hilanderas; y hablando de los naturales de Honduras, expresa que tejían mantas de cuatro hilos. El mismo Juarros, tr. 6, capítulo 12, con respecto a Cuilco, hace memoria de sayos colchados; en otra parte, tr. 4, capítulo 5, de tejidos tramados con labores y figuras de color, como también de cintas y flecos igualmente entretejidos con ellos.

Aplicaron también su industria estos indígenas a la construcción del papel. Bernal Díaz, hablando de los mexicanos, capítulo 207, dice que tenían librillos de un papel de cortezas de árbol que llamaban *amatl*, y en ellos hechas sus señales del tiempo y de cosas pasadas; y Sahaun, en el diccionario de Moreri, tratando de los guatemalanos, en la palabra *Amatitlán*, dice que es compuesta de dos voces, que denotan cartas y ciudad, como si se dijera la *ciudad de las cartas*, porque tenían sus habitantes por oficio construir el papel que los literatos empleaban en sus libros.

Según Juarros, tr. 4, capítulo 5º, se servían los guatemalanos de las mantas y el papel para la pintura, y de la pintura para transmitir los hechos de su antigüedad. Herrera, dec. 3, libro IV, capítulo 18, dice que en Utatlán tenían los naturales pinturas de antigüedades de más de ochocientos años. Fuentes, citado por el propio Juarros en el preámbulo del tr. 4, testifica que vio muchas en su tiempo en el partido de Huehuetenango. En Samayac, antigua ciudad y hoy pueblo diminuto, existía a fines del siglo pasado la extremidad de un lienzo en aptitud de campamento, con la tradición de haber sido pintura de una batalla con los españoles, habida en las inmediaciones de Mazatenango, a que por la presa de un caballo, llamaron *cacolquiej*.

También pintaban en las mantas los pueblos, montes, ríos, caminos y distancias de ellos, de modo que les sirviesen de mapas. Bernal Díaz, al capítulo 175, habla de uno que enviaron de Tabasco a Cortés, cuando había entrado en Chiapa y en el capítulo 177 de otro que le presentaron en términos del Petén, en que dice, todo se lo mostraron figurado, y aun los ríos y ciénagas y atollladeros. Herrera, dec. 3, libro VI, capítulo 12, refiriéndose a uno y otro, expresa que estaba pintado el camino para Nito o Golfo Dulce y Naco en Honduras, y hasta Nicaragua y Panamá. Hablando de Nicaragua, dec. 3, libro IV, capítulo 7, dice este escritor: "tenían por letras las figuras, y libros de papel y pergamino, un palmo de ancho y doce de largo, doblados como fuelles, en donde señalaban por ambos lados los casos memorables: tenían pintadas sus leyes y ritos con gran semejanza de los mexicanos".

El almirante Colón, en carta al rey de 7 de julio de 1503, dice: "En Cariay (costa del Mosquito) y en esas tierras de su comarca, son grandes fechiceros y muy medrosos. Allí vide una sepultura en el monte, grande como una casa y labrada, y el cuerpo descubierto, y mirando en ella. De otras artes me dijeron y más excelentes. Allí dicen que hay grandes mineros de cobre; hachas de ello, otras cosas labradas, fundidas, soldadas hube y fraguas con todo su aparejo de platero y los crisoles. Allí van vestidos; y en aquella provincia vide sábanas grandes de algodón, labradas de muy sotiles labores; otras pintadas muy sutilmente a colores con pinceles". El

propio Humboldt, en la descripción de los monumentos de los Pueblos indígenas de América, de la edición en octavo, muestra en la estampa 13, la de dos vasos labrados en granito con molduras y diseño elegantes, desenterrados por los ingleses en esta costa, y descritos por la Sociedad de Anticuarios de Londres, tomo V, página 318.

Clavijero, hablando de las pinturas mexicanas, libro VII, artículo 47, dice: servíanse de las simples imágenes de los objetos, y también de jeroglíficos y de caracteres. Representaban las cosas materiales con sus propias figuras, aunque para ahorrar tiempo, trabajo, colores y papel, se contentaban con una parte del objeto, que bastaba para darlo a conocer a los inteligentes: pues así como nosotros no podemos entender lo escrito, sin aprender antes a leer, así aquellos americanos debían instruirse antes en el modo de figurar los objetos para comprender el sentido de las pinturas con que suplían el lenguaje escrito. Es por lo que Ordóñez, a la página 265 y 270, arguye de equivocación a Boturini, que careció, dice, de la mitología del país, para descifrar los anales americanos. Para los objetos que carecen de forma material, prosigue Clavijero, se valían de ciertos caracteres, no ya verbales, sino reales, y pone por ejemplo las imágenes con que indicaban el tiempo, el cielo, la tierra, el agua y el aire. Sus pinturas, dice últimamente, no deben considerarse como una historia ordenada, sino como apoyos de la tradición: las cuales, añade, transmitían y hacían aprender a sus hijos y discípulos en arengas y discursos.

CIENCIAS

Los guatemalanos tampoco estuvieron ajenos de penetrar algún tanto en las ciencias naturales y astronomía. Se ha visto y se lee en Bernal Díaz, capítulo 175 y 177, que a Cortés fueron mostrados en Tabasco un mapa de esta provincia, hasta el Petén, y en este lugar otro de esta provincia hasta la de Panamá, con sus ríos, montes y lagos, ordenados sin duda por los rumbos de la esfera, de modo que, huídas las guías de un bosque, conducidos de un piloto con el aguja, se encaminaron en derechura al pueblo señalado en el dibujo. Remesal, libro V, capítulo 10, dice: que los indios eran los herbolarios de las legumbres de la tierra: en los libros VII, capítulo 21 y X, capítulo 17, hablando de unas curaciones practicadas en castellanos por dos indígenas, expresa del uno que era gran herbolario, y a la pericia del otro llama ciencia del médico; y en el libro VI, capítulo 7º, cita al Obispo Casas, que en la Historia apologética, capítulo 134, trata del gobierno, buenas y justas leyes de los reinos de Utlán y Guatemala. De lo propio hace mención Solórzano, libro II, capítulo 25, transcribiendo una cédula de Felipe II, de 6 de agosto de 1555, en que dice a unos caciques de la Verapaz: “por ende aprobamos y tenemos por buenas vuestras buenas leyes y buenas costumbres que antiguamente entre vosotros habéis tenido y tenéis por vuestro buen regimiento y policía; y las que habéis hecho y ordenado de nuevo todos vosotros juntos: con tanto que nos podamos añadir lo que fuéremos servido”. Herrera, dec. 4, libro VIII, capítulo 10, refiere algunas de Cuscatlán. Acosta, libro VI, capítulo 7º, cuenta que

en la provincia de Yucatán había unos libros de hojas, a su modo encuadernados o plegados, en que tenían los indios sabios la distribución de sus tiempos y conocimientos de planetas y animales, y otras cosas naturales y sus antiguallas. El propio Herrera, capítulo 6º, hablando de Honduras, expone que contaban su año repartido en diez y ocho meses y ponían veinte días al mes. En lo cual convenían con el cómputo mexicano, que explica Clavijero al fin del libro VII, y muestra que semejante uso en uno y otro pueblo, dimanaba seguramente de un principio común de civilización.

Los editores de la Revista Enciclopédica de París, en el artículo de las antigüedades palencanas, hablando de la cruz que se halla entre las ruinas, dicen: En el número de los ornamentos jeroglíficos que rodean esta cruz, se encuentra una T muy bien formada, y esta circunstancia llega a ser tanto más notable, cuanto los mexicanos han dado el nombre de teocalli, que quiere decir casa de Dios, a los edificios consagrados a sus divinidades; pues si se piensa en la palabra *theos*, que quiere decir Dios, sin querer establecer aproximaciones, que nada impedía poder justificar cuanto al presente, parecerá muy extraño hallar la palabra *teo* en la lengua mexicana con la significación de Dios. Por lo demás parece evidente que la T es inicial de la palabra *teo*, y que así la cruz era igualmente entre ellos un símbolo sagrado.

COMERCIO

Ejercían los guatemalanos el comercio permutando sus frutos, y sirviéndose también del cacao como moneda. Herrera, hablando de los izalcos, dec. 4, libro II, capítulo 9, dice que contaban el cacao por contle, xiquipil y carga, conteniendo el contle 400 almendras. Clavijero, libro VII, artículo 34, entre las cinco clases de moneda mexicana coloca cierta medida de mantas, de oro en granos, y piezas de cobre; y poseyéndolas los guatemalanos, es natural se sirviesen igualmente de ellas. El mismo Herrera, con respecto a Nicaragua, describe sus plazas como un lugar distinguido y de uso común para el mercado; las ciudades de Utatlán e Iximché se ha visto que tenían plazas trazadas con regularidad. La pluma de color para las pinturas, dice también Herrera en su Prol. capítulo 12, era una granjería en Tesulutlán, y los reyes de México la llevaban de ella.

Remesal, libro III, capítulo 11, hace mención de cuatro indios mercaderes de la provincia de Guatemala, que muchas veces al año iban con hacienda a tierra de Zacapula y al Quiché. Herrera, dec. 3, libro VI, capítulo 12, advierte que en los mapas presentados a Cortés se designaban las ventas a donde los mercaderes hacían jornada, cuando iban a las ferias. Bernal Díaz, capítulo 178, refiere que en las inmediaciones del Golfo Dulce, durmieron en unos grandes ranchos que eran de indios mercaderes. El propio Herrera, libro VII, capítulo 9º, expresa que antes de Mazatlán toparon dos indios mercaderes del Petén, cargados con ropa para vender; y hablando de Isancanac, cabecera de esta provincia, llamada entonces Acalán, dice: "en esta tierra usaban hacer señor al más caudaloso mercader, y así lo era Apoxpalon, que tenía gran trato de algodón, cacao, sal, oro,

aunque poco y mezclado con cobre; y de caracoles colorados, para atavío de las personas, resina y sahumerios para los templos, tea para alumbrarse, colores y tinta para pintarse en las guerras y fiestas, y para teñirse, para defensa del calor y del frío, y de otras mercaderías que había menester; y así tenían factores en muchos pueblos, a donde se hacían ferias". De Nito, población litoral al sudeste del Golfo, dice al capítulo 2, que fue ciudad, y todos sus vecinos tratantes, en que con la llegada de Gil González y su gente, se acabaron las ferias.

En los ríos y en los mares, siguiendo las costas, se servían de canoas para el trajín y transporte de sus frutos. Bernal Díaz hace repetida mención de ellas en el tránsito de los ríos y lagos; en el del Golfo Dulce, capítulo 178, habla de una con remo y vela de unos mercaderes que embocaban el río grande conduciendo sal y maíz. Tratando de Yucatán al capítulo 1º, expresa que las hay grandes y muchas de ellas en que caben en pie 40 y 50 personas. Habiendo salido a tierra el almirante Colón en una de las Guanaxas, cuando descubrió las islas de este nombre, y la tierra firme contigua a ellas, escribe Herrera, dec. 1, libro V, capítulo 5º: "llegó una canoa de indios tan grande como una galera, y de ocho pies de ancho: iba cargada de mercaderías, de hacia el poniente: traía en medio un toldo de esteras de palma, que en la Nueva España llaman "petates": iban dentro de él las mujeres, hijos, hacienda y mercaderías, sin que agua de la mar, ni del cielo los pudiese mojar".

Eran las mercaderías, prosigue este escritor, muchas mantas de algodón, pintadas y de diversos colores y labores, y camisetas sin mangas y sin cuellos, cortas hasta la rodilla, y aun menos también pintadas y labradas, y almaizares, que en Nueva España llaman mástil, también pintados y labrados; muchas espadas de madera con un canal en los filos y allí pegadas con fortísimo betún e hilo, ciertas navajas de pedernal, hachuelas de cobre para cortar leña, cascabeles y patenas, crisoles para fundir el cobre, almendras que llaman cacao, y en Nueva España tienen por moneda; su bastimento era pan de maíz y raíces, que en Nueva España llaman camotes, y en las islas axis y batatas; y el vino era de maíz que parecía cerveza; iban además en la canoa veinticinco hombres. Hablando de Honduras, escribe todavía este autor, dec. 4, libro VIII, capítulo 3, contratan otras naciones con esta provincia, en especial los de Yucatán, que iban por la mar en canoas, y llevan mantas, plumas y otras cosas, y volvían con cacao.

RECREACIONES

La música no les era desconocida así en los festejos, como en la guerra. Bernal Díaz, capítulo 180, refiere, que llegado Cortés a Nito, y penetrando en lo interior más de diez leguas, oyeron en Tesintle tañer en una fiesta atabalejos y trompetillas. El autor del Isagoge, libro II, capítulo 5º, hace notar, que dos mil hombres que pidió Alvarado al rey Sinacam, para allanar el camino y satisfacerse de su buen ánimo, formados en escuadrones, le hicieron encuentro, y siguieron su marcha, tocando instru-

mentos de guerra, que le infundieron algún cuidado, hasta que se avistó con el monarca. Tenían también sus juegos de recreación. Remesal, libro VII, capítulo 2º, testifica que uno de los hombres principales de Santiago de los Caballeros le envió a España la ciudad retratada con sus ríos y volcanes; y además volador: y bailes que usaban los naturales de la comarca.

Torquemada, libro XIV, capítulo 12, parece hacer mención del Baile del Palo en Guatemala, de que da el diseño y explicación Clavijero; y Fuentes, libro XVI, capítulo 5º, dice: “alcancé a ver uno de éstos en esta ciudad de Guatemala, siendo yo de muy poca edad, y me acuerdo que habiendo venido a mi casa a bailar el Palo, y hacer otras suertes en el suelo, dijo este indio a mi padre ser natural del pueblo de Tecpatlán, en la provincia de Chiapa. Igual indicación ocurre, con respecto al país, en Torquemada, del juego del volador en el libro I, capítulo 38; y el propio Fuentes testifica haberse practicado en Escuintla, en tiempo suyo, describiéndolo menudamente, como se lee en Clavijero.

Parece que ejercitaron también el de la pelota, pues el sitio destinado para este juego se da por lindero de unos solares, que se concedieron en cabildo de 21 de mayo de 1529. Deponen testigos oculares, que en la Chontalpa subsiste el ejercicio de apuntar los indígenas con la flecha por elevación a una fruta, o ave al vuelo oblicuamente: en Cacaopera y Perulapán, el de aventar a lo alto en una lanza a recibirla con la mano por la espiga entre dos dedos; y en Matagalpa, departamento de Nicaragua, el de la mazorca, que Clavijero, libro VII, artículo 23, con respecto a pueblos de México, explica por estas palabras: reunidos muchos flecheros en círculo, echan al aire una mazorca de maíz y disparan con tanta prontitud y tino, que no la dejan caer al suelo, hasta que no le queda un solo grano.

EPÍLOGO

He aquí lo que sabemos del pueblo guatemalano. El parece traer su origen del Asia occidental contigua al Mediterráneo, haber tocado el primero en la parte septentrional de la América, y dado habitantes al Anahuac. El después de sufridas grandes vicisitudes y retroceso en su estado social, y distribuido en las regiones del trópico y la línea, se ha encontrado hacia esta última faz del volcán, de que tomó su nombre. No perteneciendo a las tribus errantes del Norte, él presenta, según el idioma de sus observadores, estancias cultivadas, maizales, cacaotales, algodones, edificios y ciudades, o lo que es lo mismo, patria y hogares, qué amar y defender. El cultiva las artes, las ciencias, el comercio y consultando a las comodidades de la vida, emprende las recreaciones públicas. En una palabra, dueño de sí mismo, y en cierto grado opulento y próspero, se muestra en el hemisferio americano entre las naciones civilizadas del continente.

SEGUNDA EPOCA

CAPITULO I

DESCUBRIMIENTO DE GUATEMALA

El descubrimiento particular de Guatemala, toma su origen necesariamente del general de la América. El célebre Colón descubre en su primer viaje las antillas mayores, Haití y Cuba, el año de 1492: en el segundo, por el de 1494, descubre las Antillas menores, Jamaica y otras: en el tercero, por el de 1496, descubre la costa de Pária en la América del Sur; y en el cuarto, en 1502, la Guanaxa, toda la costa de Hibueras, Nicaragua, Costa Rica, la bahía de su nombre y Boca Toro; sigue a Chiriquí y Veragua hasta Portobelo, con que termina sus expediciones y regresa por Jamaica.

La relación del escribano Diego de Porras, oficial de la armada, entre las actas del viaje, en la colección de Navarrete, dice: "Sábado siguiente, 30 de Julio, vieron tierra. Fue una isla,¹ la primera tierra que descubrió: es pequeña, bojará veinte leguas, no tiene cosa de provecho: mostráronles a los indios oro en grano e perlas; maravilláronse de vello, e demandábanlo: es gente de guerra, flecheros, hombres de buena estatura.

"Desta isla pareció otra tierra mui alta e cercana², fue á ella por el Sur; estará desta isla diez leguas: de aquí se tomó un indio para levar por lengua á esta tierra grande, é este dijo algunos nombres de provincias desta tierra: tomó puerto al cual nombró el Almirante la punta de Caxinas³: de esta punta comenzó á ir descubriendo por esta costa, y por ser los vientos contrarios, anduvo mui poco: nunca de la costa desta tierra se apartó dia, é todas las noches venía á surgir junto con tierra: la costa es bien temerosa, ó lo fizo parecer ser aquel año mui tempestuoso, de muchas aguas é tormenta del cielo: iba contino viendo la tierra, como quien parte de cabo de San Vicente hasta el cabo de Finisterre, viendo contino la costa: quince leguas adelante desta punta hizo tomar la posesion en un río, que salía grande de la tierra alta, é dicese el *Río de la Posesión*⁴.

Notas de la colección:

(1) Isla Guanaxa.

(2) La costa de Trujillo.

(3) Punta de Castilla y puerto de Trujillo.

(4) Río Tinto.

“Pasando de aquí adelante, fué toda la tierra mui baja, de gente mui salvaje, y de mui poco provecho: hizo la tierra ya casi al fin de la tierra un cabo que fasta aquí fué lo peor de navegar, é púsole nombre de Cabo de Gracias a Dios. ⁵

“Pasó adelante; llegó a una provincia que se nombra Cariay, tierra de mui gran altura ⁶: hállase gente de mui buenas disposiciones, muy agudos deseosos de ver: extrañaban mucho cualquier cosa que les mostraban: aquí pareció entre algunos de los principales algun *guani* ⁷: tenían algodón tejido; todos andan desnudos por toda la costa, salvo que traen mugeres é hombres cubiertas sus partes secretas con unas telas que sacan debajo de las cortezas de los árboles; traen los cuerpos é las caras todos pintados como los berberiscos. Aquí ⁸ viemos puercos y gatos grandes monteses é los trajeron á los navios: aquí se tomaron indios para lengua é quedaron algo escandalizados.

“De aquí pasó adelante, é como iba requiriendo puertos e bahias, pensando hallar el estrecho, llegó a una mui gran bahía ⁹: el nombre de esta tierra se dice *Cerebaro*: aquí se falló la primera muestra de oro fino que traía un indio una como patena en los pechos, é se resgató: aquí se tomaron indios para informarse donde habia aquel oro é donde se traía, de aquí comenzó á ir resgatando por toda la costa.

“Por informacion de los índios fué á otra gran bahía que se dice *Aburema* ¹⁰: era por allí la tierra muy alta é fragosa, las poblaciones puestas en las montañas”.

Sigue el descubrimiento del río de Veragua hasta Portobelo; y luego otra relación de la derrota de la costa, que dice: “De la punta de *Caxinas* fasta el cabo de *Gracias á Dios*, ochenta leguas L. O. Del cabo fasta el rio del Desastre, setenta leguas N N E. S S E. Desde río á cabo de *Roas*, doce leguas N. S. Deste cabo fasta *Cariay*, cincuenta é cinco leguas N E. S E. ¹¹ De *Cariay* fasta *Aburema*, cuarenta é dos leguas N E. S E.” ¹²

Luego sigue la relación del oro de rescate, la gente por sus nombres y apellidos, y cuatro navíos de la armada; y por último, una carta de don Cristóbal Colón, virrey y almirante de las Indias, a los cristianísimos y muy poderosos rey y reina de España, a quienes, entre otras cosas, dice: “De allí, cuando pude, navegué á la tierra firme; á donde me salió el viento, corriente terrible al opósito: combatí con ellos sesenta dias, y en fin no le pude ganar más de setenta leguas. En todo este tiempo no entré en puerto, ni pude ni me dejó tormenta del cielo, agua y trombones y relámpagos de contino, que parecia el fin del mundo”.

(5) Llegó a este cabo el día 14 de septiembre.

(6) Costa de Mosquitos, donde surgió el 25 de septiembre.

(7) *Guani* o *guanin* llamaban el oro bajo.

(8) En los puertos de Bluefield y San Juan de Nicaragua.

(9) Bahía del Almirante y Boca del Toro.

(10) Laguna de Chiriquí.

(11) NNO. SSE.

(12) NNO. SSE.

“Llegué, prosigue, al cabo de *Gracias á Dios*, y de allí me dió nuestro Señor próspero el viento y corriente. Esto fue á doce de septiembre. Ochenta y ocho días había que no me había dejado espantable tormenta, á tanto que no vide el sol ni las estrellas por mar; que á los navios tenia yo abiertos, a las velas rotas y perdidas ánclas y jarcia, cables con las barcas y muchos bastimentos, la gente mui enferma y todos contritos. Otras tormentas se han visto mas no durar tanto ni con tal espanto. Muchos esmorecieron, harto y hartas veces, que teníamos por esforzados. El dolor del fijo que yo tenía, allí me arrancaba el ánima, y más por verle de tan nueva edad de trece años en tanta fatiga. Yo habia adolecido y llegado tantas veces á la muerte. Mi hermano estaba en el peor navio y más peligroso: gran dolor era el mio y mayor porque lo truje contra su grado.

“Llegué á tierra de Cariay á donde me detuve á remediar los navios y bastimentos y dar aliento á la gente, que venia mui enferma. Allí supe de las minas de oro (de la provincia de Ciamba, que yo buscaba. Dos indios me levaron á Carambarú, adonde la gente anda desnuda y al cuello un espejo de oro, mas no le querían vender ni dar á trueque. Nombráronme muchos lugares de la costa de la mar, á donde decían que había oro y minas; el postrero era Veragua, y léjos de allí obra de veinte y cinco leguas”. Hasta aquí lo conducente. La carta es fecha en Jamayca, a siete de julio de mil quinientos y tres.

Herrera, dec. 1, libro V, capítulo 6º, describiendo el cuarto viaje de Colón, expresa que saltó a tierra en Guanaxa y la llamó isla de Pinos; y asigna otro lugar y tiempo á la posesión de la tierra firme, pues expone, que allegado a punta de Casinas, salió domingo a 14 de agosto el Adelantado, con mucha gente de los navíos, a oír misa; y el miércoles siguiente volvió a salir, para tomar la posesión por los reyes de Castilla. Por lo que tomandola en Rio Tinto debe suponerse que repitió un acto que debia serle satisfactorio. En el capítulo 7 habla del paso de Cariay a la bahía que tomó el nombre del Almirante, y a la tierra firme, que denomina Carabaro, frontera a una isla, y confín de otra tierra nombrada Aburena.

Un año después del tercer viaje de Colón, aportó por la costa de Paria Américo Vespucio, piloto instruido; y cuatro años después del último, ya muerto Colón, había delineado los países descubiertos, y obtenido consideración en la corte, en que fue constituido piloto mayor: se suscitaron emprendedores de nuevos descubrimientos, y dirigió a Solís y Pinzón, para que tomasen el hilo en los suyos desde la Guanaxa: llegaron a ella en 1506, descubrieron Utila, Guayama, Guaydúa y Helen; y siguiendo la costa, llegaron a Golfo Dulce, aunque no lo vieron por estar escondido, dice Herrera, d. 1, libro VI, capítulo 17; luego recorrieron la de Tesulutlán o Verapaz; llegaron a la ensenada que hace esta costa con la de Yucatán, a que llamaron bahía de Navidad; y volviendo al Norte, descubrieron las sierras de Caría y demás tierra de Yucatán.

Para adelantar en el reconocimiento de Veragua, fue provisto Nicuesa por Gobernador del territorio comprendido desde la mitad del Golfo hasta el Cabo de Gracias, a que el rey dió el nombre de Castilla de Oro, que luego se extendió a la otra mitad llamada Darién y también Andalu-

cía; pero este Gobernador sólo llegó a Veragua, volvió a poblar Portobelo y Nombre de Dios, y por el año de 1510, dice Herrera en la descripción de las Indias, capítulo 13, viniendo a esta costa, anduvo perdido entre la Boca del río Yare y el Cabo de Gracias, en el golfo que tomó su nombre, y no se supo más de él.

Poco después, trajinando particulares esta costa con objeto de grangerías, por las calabazas que había en el mar, a que en Santo Domingo llamaban *hibueras*, dieron a la tierra este nombre; y más adelante, acercándose a la población de Guaymura, porque en mucho trecho no hallaban fondo, cuando salieron de estas *honduras*, llamaron también la tierra con este título. Así es que sus puertos ya eran conocidos, antes que fuesen nombrados capitanes para ocuparla, según nota Herrera, dec. 4, libro VIII, capítulo 3.

En 1513 descubrió la mar del Sur Vasco Núñez de Balboa, por el istmo de Veragua; y estando Pedrarias con el gobierno de este distrito, dos capitanes suyos, Ponce y Hurtado, vinieron descubriendo, en 1516, al Norte de esta costa, y entraron, dice este escritor, dec. 2, libro II, capítulo 10, en tierra de gentes llamadas Chiuchires, hoy Costa Rica, y reconocieron el Golfo de Chira, que llamaron San Lucar.

Gil González Dávila, nombrado Capitán para descubrimientos del Sur, pasado Costa Rica y llegado al Golfo de San Lúcar, envió a su piloto por agua, el cual navegó, siguiendo la costa, dice Herrera (dec. 3, libro iV, capítulo 6º), 350 leguas, y él propio por la tierra adentro 224; recorrió las tierras de Nicoya, Masaya, Imabite, Nicaragua y Diriangen: en Conchagua dio a la bahía el nombre de Fonseca, y en la vuelta reconoció la laguna que los indios llamaban mar dulce, y los pilotos advirtieron desaguaba en el mar del Norte.

El inmortal Colón, en medio de sus servicios, se vió desfavorecido de la Corte, y aún despojado del gobierno de los países descubiertos; y sin embargo que reclamó su restitución y ser sublimado al virreinato hereditario, estipulado en la capitulación de su primer viaje y ratificado en los posteriores, nada consiguió del rey, sino el ser tentado de concierto, para que renunciase sus derechos por otras recompensas, según testifica Herrera, dec. 1, libro VI, capítulo 14: no queriendo más que el cumplimiento de lo tratado, se negó a ello y acabó sus días en 1505; añadiendo al mérito de sus hazañas, el de la integridad y el honor.

En 1508 reprodujo la misma pretensión su hijo don Diego, heredero de sus derechos, y replicándole el monarca que no se detenía sino por sus hijos y sucesores, pidió licencia para solicitarlo en justicia ante el consejo: se le otorgó, restableciéndolo ante todas cosas en las funciones del Almirantazgo. Américo Vespucio había puesto su nombre en la carta geográfica, y se atribuía el hallazgo del nuevo continente: con que abierto el juicio, hubo contradicción en que Colón hubiese sido su descubridor; pero era cosa muy notoria, dice el mismo escritor, libro IV, capítulo 2º, haberle descubierto primero el Almirante don Cristóbal. El Fiscal admitía haber descubierto la otra parte del continente, mas no ésta del

septentrión; pero don Diego Colón, dice Herrera, libro VII, capítulo 5, puso de manifiesto haber sido su padre el descubridor de la una y la otra, por haber tocado él primero en las costas de Guatemala, y llegó el caso de fallar en su derecho.

Refiere Plinio el menor, en el panegírico de Trajano, que este Emperador previno al senado, que en las contiendas en que la justicia de las partes fuese dudosa, pronunciase contra el fisco; pero en ésta parece que se previno al consejo, que resultando positivo el derecho de la parte, decidiese en favor de aquél, pues en la instrucción dada a los primeros gobernadores de tierra firme, Ojeda y Nicuesa, se encarga averigüen no haber sido Colón su descubridor. Sin embargo, el consejo, bastante embarazado, hizo, según el mismo escritor, algunas declaraciones parciales: una en que declara a don Diego Colón el derecho al virreinato de las islas, y otra en que decide pertenecerle en todo lo descubierto la octava parte de la plata, oro y perlas correspondientes a la cámara; las cuales no tuvieron efecto.

Si el descubrimiento, pues, por Colón, es un punto definido y sancionado por la opinión, pertenece sin duda al país la gloria de haber sido descubierto por este insigne Almirante; y muy bien podía tomar su primer nombre suavizado, *Cistovia*, así como Pária tomó el segundo de Colombia; o pudiera por lo menos, adoptar el de *Vespucia*, del cosmógrafo que delineó lo descubierto, ya que el uso aplicó el de América, a lo descrito por él. Humboldt, en su viaje a la reg., libro VIII, capítulo 26, se expresa así: es difícil hablar de pueblos que hacen un papel tan grande en la escena del mundo, y que carecen de nombres colectivos; y sería de desear, añade, que la nomenclatura de las naciones independientes, pudiera fijarse de una manera cómoda, armoniosa y precisa.

CAPITULO II

SALTEAMIENTOS DE GUATEMALANOS

La desventura de Colón comenzó desde que empezaron sus injusticias. El abre en la Española la primera campaña contra los indígenas: su objeto fue reprimirlos, porque, ofendidos impunemente de los españoles, toman las armas para defenderse. Los castellanos alojados en la Vega, dice Herrera, dec. 1, libro II, capítulo 16, vivían sin regla ni disciplina, destruyendo á los indios. El vence, y a vuelta del triunfo, introduce la esclavitud, el tributo y las encomiendas.

El derecho público de Europa, según Solórzano, no daba lugar a la esclavitud de los presos en la guerra, ni las leyes castellanas, entonces vigentes, exigían otra cosa que la sumisión de los vencidos. Pero Colón obra muy de otra manera. Los muertos en la acción fueron infinitos, dice aquel escritor y los presos, que no fueron pocos, se condenaron por esclavos; y de ellos, dice todavía, libro III, capítulo 5, fueron enviados 300 a España. Andando el tiempo, hubo más guerras, y se hicieron más esclavos, de mo-

do que en 1498 salieron tres navíos cargados de ellos, que llegaron a Cádiz en 29 de octubre, según el mismo escritor, capítulo 9º. En Yaquimo, añade, al Sur de la isla, había una grangería de corte de brasil, y de 4,000 esclavos empleados en ella, se hacía cuenta que salían 4,000 quintales.

Tampoco regía tributo alguno en los vencidos, mas solamente las gavelas ordinarias y las indemnizaciones estipuladas para la paz. Pero Colón, desde luego, lo impuso en nombre del rey de España a los pueblos subyugados, dice Herrera, libro II, capítulo 17, tasando a los cercanos a minas lo que hace un cascabel de oro por individuo, y a los otros una arroba de algodón. Guarionex, príncipe de un distrito, ofrecía, dice el mismo escritor, una labranza de pan desde la Isabela a Santo Domingo, que comprendía 150 leguas; pero el almirante no admitió el partido; y no pudiendo los indios cumplir, algunos se huían á los montes, y otros se iban vagamundos de unas provincias en otras. El Obispo Casas, en su libro de la destrucción de las indias, expresa que comprendía la labranza ofrecida, grandes 50 leguas: "sé yo, añade, que la podía hacer y que valiera al rey más de tres cuentos cada año, y por ella haber en la isla más de 50 ciudades".

El mismo Casas, en el remed. 8, raz. 9, define la encomienda, muerte civil y natural a que era condenado el indígena sin causa ni ser oído. Pero el Almirante, dice Herrera, libro III, capítulo 13, en lugar de los tributos, impuso a algunos pueblos, que tuviesen cuidado de hacer las labranzas de las poblaciones de los castellanos, a imitación de lo que usaban con sus caciques. El efugio que pareció oportuno a los indios, dice este escritor, capítulo 18, fue no sembrar para los españoles ni para sí, para que no se cogiese fruto, y recogerse ellos a los montes, en donde hay buenas raíces, y con la caza de conejos, que llamaban utías, pasar como quiera.

Semejante resistencia pareció a Colón y a sus sucesores un delito digno de la esclavitud y la hoguera. Los indios que no obedecían en estas labores, dice Herrera, capítulo 13, eran castigados y los que se huían, tenidos por esclavos. En la fortaleza de Santo Domingo, estaba repartido un cacique, que cesando de acudir al servicio, se fue a los montes: enviaron soldados que hicieron una buena presa de gente, la cual se llevó en cinco navíos que estaban en el puerto, porque hacía juicio el Almirante, dice este escritor, que los reyes católicos se aprovecharan de estos indios, como los reyes de Portugal de los negros de Guinea.

Ovando, subrogado a Colón en el mando, para castigar la rebelión de unos caciques de Xaragua, en la misma isla, dio traza por engaño de haberlos a las manos, y atados y reunidos en una casa, mandó ponerle fuego, y en ella fueron abrasados, según el testimonio del mismo Herrera, libro VI, capítulo 4º. El horror de los castigos promovió más la fuga de los indígenas, y a su fuga y desamparo fue consiguiente la calamidad, porque como andaban, dice este escritor, libro III, capítulo 18, con sus mujeres e hijos auestas, hambrientos y sin tener lugar de cazar y pescar por andar escondidos, vino sobre ellos grandísima enfermedad, de tal manera que, a los cuatro años, faltaba la tercera parte de la gente de la isla.

Para evitar el hambre y la enfermedad, dice todavía, libro VI, capítulo 4º, muchos indios en canoas huyeron a una isla distante ocho leguas; con que se agotaron más los habitantes.

Por el tenor de las leyes penales, puede hacerse juicio de las que se dictaron en materia de población, todas las cuales, andando el tiempo, alcanzaron a Guatemala. Pues habiendo ya 12,000 españoles en la isla, dice Herrera, libro VII, capítulo 3, avisaron al rey que había pocos indios, y las de los lucayos estaban llenas de gente, y dio su alteza licencia para pasarlos a ella.

Semejante transporte, no precediendo el consentimiento de los propios naturales y vecinos de ellas, venía a ser además una deportación y especie de expatriación y de confiscación de bienes, casas y huertos, impuesta no a personas o familias, sino a pueblos y naciones enteras, de que no hay ejemplo. Sin embargo, en cuatro o cinco años, dice el mismo escritor, se llevaron 40,000 personas; y deseosos de volver a su tierra, añade, muchos intentaron extrañezas: entre otros hubo uno, que tomó cierto árbol grueso, liviano y todo hueco, y sobre él armó con otros palos una balsa, metió en lo hueco maíz y algunas calabazas de agua, tapó con hojas los cabos, y acompañado de otro indio y una india, sus parientes, con unos palos como remos se echaron a la mar; y teniendo navegados 50 leguas, toparon con un navío de castellanos, que los volvió a la Española.

Arrancar al indígena de sus hogares, era poco interesante, si no se ligaba a la aprehensión su esclavitud; y de esta grangería dio también Colón el ejemplo, para que sirviese de ley; pues en su cuarto viaje, entrando a Veragua, según relación de Herrera, libro VI, capítulo 2, asaltó la casa de Quibia, un cacique y hecho botín de 300 ducados de oro en águilas y espejos, hizo presa de él, y de unas 50 personas que estaban en la casa, y remitió a un navío, para llevar a Castilla. A media legua de la tierra, y en la obscuridad de la noche, se soltó el cacique, y saltó a la mar; los otros, bajo la cubierta, amontonaron piedras de lastre, y encaramados abrieron la escotilla y saltaron al agua muchos; los otros, acudiendo los marineros, quedaron debajo; y viéndose sin remedio la mañana, con las cuerdas los hallaron a todos ahorcados, teniendo los más de ellos los pies y las rodillas por el plan.

Por el año de 1504 prohibieron los reyes hacer a los indígenas esclavos y mucho más llevarlos a España. Esto último podía excusarse, mas no lo primero, estando la costumbre formada y arraigada la esclavitud. Fue preciso, pues, eludir las órdenes, y para esto informaron a la reina católica, dice Herrera, libro VI, capítulo 10, que los moradores de algunas islas, llamados caribes, rehusaban sujetarse a su obediencia, y hacían guerra, mataban y comían a los de otras islas que se habían sometido a ella; con lo que, horrorizada, dio permiso para que, si porfiaban en su rebeldía, pudiesen cautivarlos y venderlos, sin incurrir en pena alguna, pagando el derecho real, que era el quinto de su valor.

El Obispo Casas, en el remed. 8, raz. 6, contradice esta imputación hecha a los indígenas de las islas, y la atribuye al desafecto que les profesaban los españoles, para servirse de ellos; lo mismo decimos, son sus pa-

labras, y de la misma manera del comer de la carne humana, que no lo hobo en las dichas partes. No obstante, el delito se imputó y la pena se impuso; y no fue menester más, para que en todas las islas se buscasse como antes esta especie de rebeldes, y se hiciesen esclavos.

Herrera, libro VII, capítulo 14, pone a la letra la manera de requerimiento, que el capitán de los castellanos hacía a los indígenas que descubría, para calificar su rebeldía, poniendo en su noticia que el rey de España era el dueño de estos países, y que de su parte les requería para que le reconociesen y prestasen obediencia; y si no, les darían guerra y los harían esclavos. Casas, en su tratado de la nulidad de la esclavitud de los indígenas, advierte, que este requerimiento se hacía sin dar tiempo para responder, exigiendo en el acto la sumisión a un rey que no conocían, y que les parecía tan duro como ellos; que otras veces no se hacía á los indígenas en su persona, si no clandestinamente en el ejército, y otra no se hacía alguno, mayormente cuando eran cuadrillas, las que asaltaban los indígenas; sin embargo, todos eran reputados rebeldes, y se hacían esclavos. Por este tiempo se había ganado la isla de Cuba, y como al paso que se pobló de gente castellana, se despoblaba de indígenas; se aumentó la solicitud por esclavos; de modo que se hacía presa de ellos no sólo en las islas, más también en la tierra firme hasta entonces descubierta.

Aquí comienza la desventura de Guatemala, y la correría de sus islas y costas. Herrera, dec. 2, libro II, capítulo 7, cuenta que un navío y un bergantín, salidos del puerto de Santiago en Cuba con 80 castellanos en 1516, que llegados a la isla de Guanaxos, estando los naturales descuidados, prendieron toda la gente que pudieron, primero en la una y luego en la otra llamada Guayama, hoy Roatán, y cargado el navío de ella, se volvieron a Cuba, donde saltaron para holgar en tierra, dejando 9 de guardia en el navío; los indios, que estaban bajo la cubierta, no sintiendo pisadas ni estruendo, y juzgando salida la gente, forcejaron y rompieron el escotillón, sin ser sentidos, mataron a los marineros, y como si fuesen experimentados, alzaron las velas, subiendo por la jarcia, y sin aguja ni carta navegaron a sus islas que están a más de 250 leguas; los castellanos, desde la ribera, viendo tender velas, dieron voces y capeaban a los compañeros, si habían perdido el seso; pero alejándose y desapareciendo el navío, cayeron en la cuenta del desastre. Los isleños hallaron bien descuidados 25 castellanos que habían quedado con el bergantín para hacer más carga, y la dieron sobre ellos en tierra con lanzas y palos, y descalabrados muchos de ambas partes, al cabo prevalecieron contra los castellanos, que no pudiendo resistir más, se recogieron en el bergantín, y partieron para el Darién.

Con la noticia que dieron los dueños al gobernador de Cuba, de haberse alzado los indios con el navío, proveyó de armas dos con gente suficiente, para que fuesen tras los indios al socorro de los 25 castellanos, y llegados a la isla, hallaron quemada la caravela, saltaron en tierra, pelearon con los vecinos y cautivaron los que pudieron: pasaron a Utila, e hicieron lo mismo, y teniendo hasta 500 personas, metiéronlas bajo cubierta en los dos navíos, cerraron los escotillones, y salieron a holgar a la isla. Luego se repitió otra escena semejante. Porque los indios de la una

caravela, sintiendo que había quedado poca gente, tuvieron manera para urgando y forcejando quebrar el escotillón, y con ímpetu y prisa, comenzaron a salir; los marineros que había a la mano, acudieron a impedirles la salida; pero no pudiendo sufrir la resistencia y carga que recibieron con palos y piedras del mismo lastre, se echaron unos a la mar, y otros perecieron en manos de los indios.

Entretanto, el triunfo de éstos no fue completo, debiendo entrar en segunda acción para saltar en tierra, donde los castellanos regados en la isla acudieron, y viendo lo que pasaba, se recogieron en el otro navío, y fueron sobre ellos al primero, en que éstos se defendieron por más de dos horas, hasta que huyeron echándose a la mar, hombres y mujeres; unos salieron en tierra; otros, recogidos en barcas, quedaron en poder de castellanos, quienes con ambos navíos y obra de 400 personas y 20,000 pesos en oro, que cogieron en la tierra, se fueron a La Habana.

El propio Herrera, en el mismo lugar, testifica que por este tiempo, continuaron los castellanos en hacer compañías, y con uno, dos o tres navíos, andaban de unas tierras en otras, a correr, descubrir y cautivar indios a donde podían, para lo cual el gobernador de Cuba les daba licencia. Casas, en su libro de nul. de la escl. dice así: "Iban de las islas, especialmente la Española y San Juan y Cuba, dando de ellos autoridad y licencia la Audiencia y las justicias, con dos o tres navíos a la tierra firme y a otras islas; y los que tomaban a vida, de muchos saltos que hacían, henchían los navíos y traían los a vender por esclavos". Bernal Díaz, capítulo 1º, refiriendo que en Cuba él y sus compañeros tenían dos navíos y necesitaban de otro para salir a descubrimientos, el mismo gobernador Velázquez, dice, nos daba uno fiado, con condición que primero que nos le diese, nos habíamos de obligar todos los soldados a que con aquellos tres habíamos de ir a unas isletas que están entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de los Guanajes, y que habíamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas para pagar con ellos el barco, para servirse de ellos por esclavos. Entonces se daba denominación de Honduras a toda la costa desde el cabo de Gracias hasta el de Catoche, inclusa la de Verapaz, y el nombre de Guanaxas a las islas de ella y a las isletas del golfo, de que habla el autor en número de más de 20, según Juarros, trat. 5, capítulo 9º, todas igualmente que la tierra firme, sujetas a la misma plaga del salteamiento de esclavos de parte de Cuba. En el capítulo 183, habla también este escritor de un navío procedente de Cuba, que andaba con 25 soldados a saltar indios en la de Cozumel, que es de las últimas. Así es que Guatemala no había empezado a ser conquistada ni a poblarse de españoles, y había comenzado a despoblarse de indígenas.

CAPITULO III

CONQUISTA DEL REINO

Una prueba de la civilización del pueblo guatemalano, se encuentra en su amor a la libertad resistiendo la agresión de los españoles. No la buscan en la fuga, ni al abrigo de los montes. Emprenden la guerra,

**marchan a las fronteras y disputan el paso a sus invasores. Soldados aguer-
ridos en siglos de contienda con los moros en la península, a cuyas armas
se tenía a la sazón en Europa un terror general, entraron con ventaja en
América a luchar con guatemalanos destituídos de armas y disciplina.**

Casas, en la *Destruic. de las Ind.*, capítulo 9º comenzando a hablar del gran caudillo, que vino a los reinos de Guatemala, nada dice de alarma de los naturales de la tierra; y aun refiere, que no obstante la mucha man-
tanza de gente que entró haciendo, salióle a recibir en unas andas y con
trompetas y atabales y mucha fiesta el señor principal con otros muchos
señores de la ciudad de Utatlán, cabeza de todo el reino, donde le sirvie-
ron de todo lo que tenían, en especial, dándoles de comer cumplidamente;
y que en la ciudad de Cuscatlán, cabeza de aquella provincia, le hicieron
grandísimo recibimiento, esperándole sobre veinte mil indios cargados de
gallinas y comida. Mas esto fué peculiar a Guatemala y Cuscatlán, y no
común a los otros señoríos y lugares, en que desde la aproximación de los
españoles, se dispusieron a impedirles la entrada; y así vemos á sus habi-
tantes y señores generalmente armarse para la guerra y entrar en acción.

Siguiendo la relación del *Isagoge*, libro II, capítulo 4º, la primera
batalla se dió en Tonalá, primera plaza del reino en Soconusco: la segunda,
en el río que divide esta provincia de la de Suchitepéquez; la tercera, en
Zapotitlán, cabecera del partido; la cuarta, en la cuesta que sube a Que-
zaltenango; la quinta, en las inmediaciones de esta ciudad, en que el rey
Tecún Umán, hirió el caballo de Alvarado, pereciendo luego en la acción;
y la sexta, en las de Utatlán, en que fué incendiada esta corte, y Chigna-
velut, sucesor suyo, condenado a muerte.

Bernal Díaz, capítulo 164, concuerda en el número de batallas, sin
contar con reencuentros inferiores, ponderando de una parte el grande
ánimo con que peleaban los soldados de Alvarado, y de otra la valentía de
los guerreros indígenas. Hablando de la cuarta acción, escribe: “Creyen-
do desbaratar al Pedro de Alvarado y a su gente, le aguardaron de arte,
que se venían ya pie a pie con los de Pedro de Alvarado; y muchos indios
hubo de ellos, que guardaron dos o tres juntos, a un caballo, y se ponían
a fuerzas para derrocallo e otros los tomaban de las colas. Aquí se vió el
Pedro de Alvarado en gran aprieto, porque como eran muchos los contra-
rios, no podían sustentar a tantas partes de los escuadrones que les daban
guerra”. Observa asimismo este escritor, que en la quinta derrota fué
cuando los pueblos comenzaron a temer mucho a Alvarado. Herrera, 3, 5,
7, hablando de la misma cuarta batalla, dice: “murieron algunos castella-
nos, y muchos quedaron heridos, y también muchos caballos.”

En el séptimo combate, fué tomado Atitlán y rendido su monarca,
pasando Alvarado a alojarse en Guatemala, corte de Sinacán, que le reci-
bió de amistad, como va referido; en el octavo, fué asaltado Mixco, des-
truído, y desalojados sus habitantes, con pérdida de once caballos y alguna
gente; en el noveno, prolongado por seis días, lo fué el pueblo cabecera de
Sacatepéquez, donde quedó una guarnición y por capitán Diego de Alva-
rado, hermano del Adelantado. Otro hermano suyo, Gonzalo de Alvarado,
que marchó contra los mames, tuvo que dar el décimo en Mazatenango;

undécimo en Malacatán; duodécimo contra los serranos de Cuilco, en que salió herido y perdió algunos caballos y gente; y al décimo tercio, en el Sacoleo, en que puso cerco a la fortaleza, fué reducida a capitulación, y rendido su cacique Canilabac, según relación de Juarros, trat. 6, capítulos 6º, 8º y 12.

Por los monumentos que produce este escritor, capítulo 3º, Alvarado, saliendo de Guatemala y pasando entre Itzapa y Parramos, bajó a tomar asiento en el valle de Dueñas, para hacer su fundación famosa, dice Vásquez, situando la capital de su gobierno entre dos volcanes. De aquí siguió por la costa, de parte de la noche, su marcha en persona y sin requerimiento sorprendió de madrugada a Escuintla, en que se dió otra acción, que llamaremos décimacuarta, y en ella puso fuego al lugar, hizo mucho daño y presa de sus vecinos, salieron heridos algunos castellanos, y muertos muchos indígenas amigos; por lo que Bernal Díaz, capítulo 164, dice: "Valiera más no se hiciera, sino conforme a justicia, que fué mal hecho". En el décimoquinto combate, según testimonio de Herrera, dec. 3, libro V, capítulo 10, quitaron los naturales de Taxisco al ejército español porción de bagage, declinando éste trabar refriega en Guazacapán; el décimosexto, después de transitar sobre púas, con mucho trabajo, fué dado en Pazucó; en el décimoséptimo, dado en Cayacalt, acaso Sonsonate, a donde bate la mar del Sur, eludiendo Alvarado la acción, y provocándola los indígenas fueron heridos muchos castellanos, y entre ellos el Adelantado, que quedó cojo de una pierna.

Remesal, libro I, capítulo 4º, refiere, que el Adelantado, en una refriega que tuvo con los indios de Soconusco, de la herida de una flecha quedó cojo, y que para no parecerle tanto, tuvo siempre necesidad de traer bajo el pie izquierdo, cuatro dedos de corcho. Bernal Díaz, que comienza la narración de estos encuentros por el del río que divide aquella provincia de la de Zapotitlán, aunque expresa que los indios de Soconusco mataron un caballo a los españoles, nada dice de la herida que recibiese entonces Alvarado. Tampoco refieren el uno ni el otro escritor, las acciones ocurridas en Guazacapán y Cayacalt; y más bien este último se remite a memoria muy cumplida, escrita sobre ella por Gonzalo de Alvarado, que debió tener a la vista Herrera.

En fin, siguiendo el Adelantado lo largo de la costa, pasó el río de Lempa; dióse el décimoctavo combate, con ejército considerable y peligroso; llegado a Mautlán, sin duda Chaparrastique, tomó la vuelta por Lechuan, y fueron a rendírsele de Cuitlachán, acaso Copantl, con engaño; porque desamparando la ciudad, resueltos a la guerra le presentaron el décimonono combate, en que le mataron once caballos, y no pudiendo reducirlos, después de veinte días, siguió el camino para Guatemala, sin duda pasando por Esquipulas.

No especifican los historiadores estas últimas refriegas, sostenidas en lo largo de Cuscatlán, y vuelta de Chaparrastique, hoy San Miguel, y Chiquimula en que la inconveniencia de los nombres de lugares, hace más difícil formar juicio. El autor del Isagoge, capítulo 6º, sólo expresa que Alvarado halló en armas los pueblos que van mencionados y hubo de

pelear con ellos, con gran mortandad de los indígenas. No escarmentaban, dice, los pueblos en la mortandad de los otros, sino que cada nación o provincia parecía la primera que veía a los españoles, porque cada una de estas gentes se tenía por la más valiente de todas.

Vuelto Alvarado y partiendo a Honduras en pos de Cortés, que estaba en Trujillo, dejó a Gonzalo su hermano por Teniente suyo. Mas éste, en su ausencia, según relación de Juarros, capítulo 9º, experimentó una sublevación casi general de los pueblos y príncipes que se habían sometido, o prestado su amistad. El autor de Isagoge, capítulo 6º, es de sentir que no fue sino un descontento general, causado por vejaciones, que hubo interés de convertir en guerra abierta; y hace este juicio, fundado, dice, en actas y acuerdos de cabildo, y dictámenes de hombres circunspectos, que desaprobaban semejante conducta. Como quiera que fuese, todo entró en desconcierto, y aun los caciques y pueblos que no habían peleado por la libertad, se hallaron en la necesidad de abrir la campaña, para defenderse y recobrarla.

El Adelantado don Pedro, que no llegó a Trujillo, por saber que Cortés se había embarcado para México, volviendo para Guatemala, halló de nuevo en armas los pueblos de su obediencia; y según testifica Bernal Díaz al capítulo 193, que con otros se le juntó en el camino, les mataron en una guerrilla en la provincia de San Miguel, un soldado llamado Nicuesa, y les hirieron otros tres: en la de Cuscatlán, dice Juarros, capítulo 10, sostuvo recios combates; salido de esta provincia, y entrando en la de Guatemala, en Jalpatagua tuvo tres acciones para ganar el peñol, y desalojar a sus habitantes, pereciendo en la última un Hernando de Alvarado y otros cuatro soldados distinguidos, que nombra este escritor; en los llanos de Canales hubo todavía otras dos, que presentaron los pueblos de Petapa, Pinula, Guaymango y Jumay, y van más de seis nuevos encuentros; después de lo cual llegó Alvarado al campamento del valle, en que se había situado la población castellana y ciudad de Santiago, en la falda de los volcanes.

En esta sazón había sido lanzado Diego de Alvarado de Sacatepéquez, con algunos castellanos y tlascaltecas que componían la guarnición, quedando prisionero uno de los primeros y dos de los segundos, que fueron sacrificados a los ídolos. Salió contra los rebelados el Capitán Portocarrero, nombrado teniente general, con otros capitanes, 60 caballos, 80 arcabuceros, 150 tlascaltecas, 900 sacatepéquez amigos y suficiente artillería. En el primer encuentro, desbarataron un ejército de 2,000 indígenas y se emboscaron: en el segundo, pusieron en fuga otro de 3,000 flecheros, recibiendo harto daño con dardos envenenados. Pero avanzando, dice Juarros, y descendiendo a la llanura, acometidos por los unos y los otros, tuvieron precisión de retirarse por lo más abierto del campo, y en lo vivo del combate dieron en unos rastrojos, donde enredados con la caña y bejucos, se desconcertaron y huyeron con muerte de algunos indios amigos.

Reunidos de nuevo, y dirigiéndose a la población principal, fueron acometidos de mayor número de tropa con toda clase de arma, donde teniendo aptitud de obrar la artillería, hizo destrozos una y otra vez en los

indígenas hasta hacerlos retirar, con lo que dispersos no hicieron más oposición, entrando en la población cabecera el ejército vencedor, con pérdida en la última acción de solo un castellano, 9 tlascaltecas y 27 sacatepéquez amigos.

Según relación de Vásquez, propuesta por Juarros, capítulo 11, con la cual se conforma la de Bernal Díaz, capítulo 193, el adelantado partió para Iximché o Guatemala, la vieja, donde se habían combinado Sinacán y Saquechul, reyes de Guatemala y Utlatlán, con los caciques y pueblos de Sololá, Comalapa, Xilotepeque, Sumpango y Chimaltenango, todos los cuales pusieron sobre las armas 30,000 combatientes, cuyos escuadrones, dice este escritor, salieron con mala ventura, entrando victorioso el ejército español en aquella capital; con que son otras cinco acciones reñidas; y mientras era demolida, y desalojados sus habitantes, Alvarado permaneció diez días en ranchos, que hizo en los llanos; descansó otros días en Olintepeque, y siguió su viaje para México, y luego a España.

Los reyes Sinacán y Sequechul, algunos caciques y resto de tropa dispersa, se retiraron a Nimanché, diez leguas adelante, en donde caminó en seguimiento suyo Gonzalo de Alvarado, quien los desbarató enteramente en nuevo combate, y redujo a prisión uno y otro monarca, y algunos otros caciques principales, que llevó consigo, solemnizando luego con ellos el ejército su entrada triunfante en la ciudad provisional de Santiago, andando todavía el año de 1526.

En el año siguiente de 1527, dice Remesal, libro I, capítulo 10 y 11, se deliberó sobre el sitio en que se había de fundar formalmente la ciudad, y escogido en lo más enjuto del valle, se tomó posesión de él el día 22 de noviembre y en él se hizo entrada solemne, celebrando entonces la adquisición del dominio de las provincias conquistadas. Este día consideró siempre la ciudad como el aniversario de la entrada triunfante de Gonzalo de Alvarado con los reyes y caciques prisioneros, según se advirtió en acuerdo de 30 de julio de 1557. El primer obispo, don Francisco Marroquín, declara patrona a Santa Cecilia, en su segundo sínodo diocesano, celebrado en 1555, cons. 25; y en el tercero, habido en el año de 1560, const. 41, incluye su día entre los festivos. En autos de encomienda de 27 de febrero de 1647 y 16 de abril de 1649, se lee que Juan de Carranza levantó el Pendón Real con mucho gasto de su hacienda en la jura de Felipe IV, por los años de 1621, y del mismo modo lo sacó en los años sucesivos en las vísperas y días de Santa Cecilia, por costumbre y memoria que se hace, dice la letra, de haberse ganado estas provincias en semejante día. Razón por qué el regidor Fuentes y Guzmán, en cabildo de 29 de julio de 1692, llama el Pendón, estandarte real de la conquista.

En fin, a esta sazón no se había tocado aún la provincia de Sacapulas, y se emprendió su reducción en 1529, según Juarros, capítulo 13. Dirigió una expedición el Capitán Olmos, que fue deshecho, primero en Uspantán, saliendo herido, y luego en Chichicastenango, en que perdió hasta el bagaje. Remesal, libro III, capítulo 15, menciona esta provincia como una parte de Tesulutlán o Verapaz; y al capítulo 9º expresa que los

españoles siguieron acometiendo hasta tres veces, y otras tantas habían vuelto con las manos en la cabeza, por lo que dilató muchos años sin sujetarse, hasta el año de 1537, en que la conquistaron los religiosos dominicos, no con armas y soldados, sino con razones y ofrecimientos, comenzando por el propio distrito de Sacapulas, cuyo cacique don Juan, dice el propio escritor, capítulo 18, vino a la ciudad con el P. Casas, y fue muy honrado del Obispo y del Adelantado Alvarado. Juarros varía en esto último, siguiendo a Fuentes que escribió fundado en un manuscrito, que debió no tener a la vista Remesal, y da por concluida la conquista de Sacapulas desde el año de 30, en una segunda campaña dirigida por Orduña. Pero la carta del rey de 23 de febrero de 1544, dirigida al cacique de Zicicastenango honrando su persona y privilegiando sus pueblos, transcrita por el propio Remesal, libro VII, capítulo 4, no deja duda de su narración; y la misma resulta de Ximénez, libro II, capítulo 13.

Siguen aún otras refriegas y batallas. La provincia de Chiquimula, reducida en los principios, se sublevó en 1530, según Juarros, trat. 5, capítulo 6º; y para recobrarla se dió un combate en Mitlán, dos en las cercanías de Esquipulas, y otro dilatado y reñido en Copantl, que era plaza fortificada y fue defendida con tesón. También fue recobrada en este año la de Intla, que Herrera, dec. 4, libro VII, capítulo 5º, supone junto a la de Tecultrán u Olancho, con daño de sus naturales y gran número de prisioneros; y lo fueron las provincias del otro lado del Lempa, después de algunas refriegas, pues defendiéndose sus habitantes en la ribera, salieron heridos muchos castellanos, cuyo número no expresa este escritor; y porfiando todavía más el capitán Rojas, hasta tomar paso en canoas, entró en nueva acción en tierra, en que los desbarató, siendo heridos entonces veinte castellanos. Recogidos los indígenas en un peñol, fueron sitiados durante un mes, y habrían perecido los sitiadores castellanos, nota el autor, si no hubiere advertido Rojas, que se combinaba un grueso ejército en auxilio de los sitiados; pero impedida su reunión, se rindieron estos últimos.

A este tiempo llegó noticia de que había castellanos en la tierra, a dos jornadas. Se adelantó el capitán Rojas a reconocerlos, y fue preso. Era el capitán Estete, teniente de Pedrarias, que vino con gente a poseionarse de Cuscatlán, alegando pertenecer a su distrito. Esta ciudad rehusó obedecerle, pero teniendo poca gente, no pudiendo impedirle que se situase en Perulupán. Dado aviso a Guatemala, se armó gente que uniéndose a la de San Salvador, fue sobre Estete; el cual huyó desamparado de la que traía; y con esto fue fácil acabar de pacificar esta provincia y la de San Miguel, que quedaron por la gobernación de Guatemala.

Se ve pues, por todo, que la nación guatemalana luchó una y otra vez por su libertad; que vencidos o ganados los soberanos, era preciso aún ganar o vencer los subditos; que conquistados uno por uno los pueblos, provincias y reinos, fue necesario todavía recobrar el terreno casi a palmos; y en resumen, que si se frustraron los esfuerzos de sus naturales, provino precisamente de encontrarse en todas partes inferiores en armas, pero no en virtudes; y que parte hubo en que no bastaron las armas cas-

tellanas, y fueron necesarios privilegios. Con razón Bernal Díaz, capítulo 164, dice de los indígenas del país, que eran corajudos y guerreros; y hablando de los conquistadores, capítulo 209, no acaba de ponderar sus hazañas, y de afirmar, que no había sido remunerado su mérito.

CAPITULO IV

DIVISION DE PROVINCIAS

La conquista de Costa Rica no fue menos reñida. Comenzada antes que otra alguna, fue la más prolongada. Según Juarros, trat. 5, capítulo 15, aparece esta provincia conquistada en mucha parte, y poblada Cartago en 1522, y por su gobernador Diego de Astieda. Mas Herrera, 3, 4, 9, muestra a Pedrarias en posesión de esta parte de Castilla de Oro con los nombres de Burica y Veragua, hostilizando en la primera al indomable rey Urraca hasta el año de 1526, en que expone fue adjudicada, como descubierta antes de Pinzón y Solís, al distrito del Gobernador Pedro de los Ríos, su sucesor; en 1529, según su testimonio 4, 4, 9, aparece Bruselas por lindero, que dividía Nicaragua de la gobernación del Licenciado Antonio Gama, sucesor del segundo; y en 1535, exceptuadas 25 leguas del ducado de Colón, en que están la capital, villa de Santiago, Natá y puerto de Cherequí, resulta el resto perteneciente al rey, al mando de Felipe Gutiérrez, que halló, dice este escritor, 5, 9, 11, dura resistencia en los indios, por lo que al fin desamparó la tierra, no siendo fundada Cartago, a su juicio, 7, 4, 17, sino en 1542, por Diego Gutiérrez.

En auto de encomienda de 29 de marzo de 1651, aparece por el año de 1563 ocupado en la conquista de esta provincia el Licenciado Juan Caballón, Gobernador de Nicaragua, siendo Adelantado y Capitán General de ella Juan Vásquez de Coronado, a quien socorrió Gonzalo Mejía con gente y bastimentos, que llevó de Nicaragua, a tiempo que el ejército estaba en el más grande apuro, y con este auxilio pudo concluir la subyugación de las provincias de Garavito, Serracique, Turrialba, Pacagua y otras. En otro de 18 de junio de 1647, se ve que los indígenas del valle de Duy se rebelaron, mataron muchos españoles e incendiaron la ciudad de Talamanca en agosto de 1610; y que ganada, fortificada y sublevada de nuevo, ocurriendo Juan de Ocón y Trillo con gente de Granada, a sujetarlos, recibió un flechazo en la garganta. Todavía habiéndolos reprimido, repobló y gobernó la ciudad el espacio de nueve años, y por último la entregó de orden de la Audiencia al Adelantado don Gonzalo Vásquez de Coronado, en cuya sumisión permaneció durante muchos años, hasta que se sublevaron de nuevo, mataron e hirieron algunos españoles. Esta alterativa se prolongó en lo sucesivo, y aun duraba el año de 1660, en que Juarros, capítulo 19, todavía nos muestra a don Rodrigo Arias Maldonado de nuevo ocupado en la conquista de la misma provincia, y titulado Marqués de Talamanca. Así es que se ven suceder los gobernadores, adelantados y títulos de Castilla, sin lograrse el fin de la pacificación.

Las provincias de Nicaragua y Honduras más bien fueron ocupadas que sojuzgadas. La resistencia que debieron oponer sus habitantes la hicieron unos a otros los ocupadores, formándose una competencia, cuyo derecho fue librado a la espada. Hecho el descubrimiento de la tierra de mar a mar por Gil González Dávila, que obtuvo del rey la gobernación de ella, escribe Herrera, dec. 3, libro V. capítulo 12, Pedro Arias Dávila, entonces gobernador interino de Panamá, envía a Córdoba, teniente suyo, que la ocupa, y funda luego la villa de Bruselas en Urutina; la ciudad de Granada en Nequecheri, la de León en Imabite; y la de Segovia cerca del río Yare. Llega Gil González Dávila, desembarca en el Golfo Dulce, funda en él la villa de San Gil, y caminando en derechura al mar del Sur, sabe en Ulancho, que hay gente de Pedrarias adelante, y da por dos veces sobre ella, derrotándola con muerte de algunos soldados, desarmándolos y quitándoles 130,000 pesos en oro; pero sabiendo a la sazón que ha llegado armada por el Norte, pierde el triunfo, porque vuelve a saber de ella, desampara el puesto, y queda la banda del Sur ocupada por Córdoba, en nombre de Pedrarias.

Cristóbal de Olid, prosigue Herrera, capítulo 13, enviado por Hernán Cortés, desembarca en Puerto Caballos; a 14 leguas funda la villa del Triunfo de la Cruz, y otra villa en Naco. Aproximándose Gil González hace alianza con Olid, y luego se separa de ella: puebla en Nito, a 30 leguas de Naco; llega a San Gil, donde se habían alzado, ahorca a un teniente suyo y un clérigo; y se dirige por último a Choloma. Entretanto, la gente de Naco va sobre Nito, apresan y luego sujetan al Alcalde Mayor y justicias de esta última; y un capitán de Olid llega a Choloma. Y atacando a Gil González le lleva preso.

A esta sazón, alzado Olid contra Cortés, viene Francisco de las Casas contra él, le vence en batalla naval, y pierde el triunfo, siendo roto de una tempestad, con que cae en poder de Olid, el cual lo redujo a prisión. Pero las Casas atenta contra Olid y le asesina; toma la autoridad en nombre de Cortés, puebla la ciudad y puerto de Trujillo en la punta de Casinas y queda dueño de la banda del Norte y Gobernador de la provincia. Con esto, concluida su comisión, continúa Herrera, libro VI, capítulo 11, dispuso volver a México por Guatemala, siguiéndole Gil González, y ambos dando al paso con el capitán Briones, por infiel a Cortés y Olid, le ahorcaron y siguieron su camino.

Destituído Gil González de la conquista y gobierno de la tierra, y apoderados otros de ella, aun no es concluida la competencia. La Audiencia de Santo Domingo, oyendo las ocurridas entre los gobernadores, envió para poner remedio al Fiscal Moreno, quien llegando a Trujillo, puso por Gobernador a Juan Ruano, y mandó intimar a Córdoba en Nicaragua obedeciese a los oidores de la Audiencia, y no a Pedrarias, que no era provisto por el rey. Dando la vuelta el Fiscal, Pedrarias vino a León, procesó, y por sentencia mandó degollar a Córdoba; y los vecinos de Trujillo apresan a Ruano, y le ahorcaran, dice Herrera, si no tuviese a bien retirarse del lugar.

Cortés en México, refiere este escritor, libro VII, capítulos 3º, 4º y 6º, no sabiendo de Olid, ni de Casas, se puso a camino por tierra, tomando la costa de Guasahualco y Tesulutlán o Verapaz, y llegó a San Gil, donde sus vecinos acababan de ahorcar a Armenta, teniente que dejó González, porque no les permitía abandonar la villa y volverse a Cuba. Cortés trasladó la población a Puerto Caballos, donde puso Ayuntamiento y pasó a Trujillo; hizo edificar más casas, y talarse los bosques; envió a reconocer las provincias de Chapaxina y Papayeca, de que recibió mensajes de obediencia; más adelante se reconocieron otras provincias, llegaron veinte señores a ofrecerse por amigos, y cada día entraban en la ciudad mantenimientos dados y trocados; mas porque los señores de Chapaxina y Papayeca no acudieron en persona, se les hizo guerra, dándose la muerte a Mazatl, y tomando a Pizacura cien presos; con que quedó la tierra pacífica, y puso por Gobernador de ella a Hernando de Saavedra, el cual dice Bernal Díaz, capítulo 183, pobló en Olancho una villa, y siendo invadida poco después por Rojas, de orden de Pedrarias, acudió a lanzarle de su distrito, según el mismo Díaz, capítulo 189.

Cuesta la conquista de estas provincias a sus competidores seis batallas, más o menos sangrientas, dadas en Toreba de Nicaragua, en Nito, San Gil, Choloma y en la mar ante Puerto Caballos, y seis asesinatos perpetrados en sus tenientes y capitanes, al paso que la ocupación de la tierra no costó a Gil González y Córdova en Nicaragua, sino dos combates y muchos reencuentros; que no especifica Herrera, y en Honduras ninguno; porque advierte este escritor, que en la villa de San Gil, los indios, por ver fuera de la tierra a Gil González, le mostraron la de Nicaragua como rica y espaciosa; de Olid cuenta que recorrió la tierra con tanta templanza, que nunca dio ocasión para que los indios se quejasen, y que la sometió sin alteración de los naturales; y de Cortés refiere, que se condujo sin reñir con nadie, porque todo lo puede el buen término y la modestia, y que no empleó otro apercibimiento sino el de Mazatl y Pizacura.

Sin embargo, pacificada la tierra, se suscitó la rebelión en los indígenas, y nuevas disensiones todavía en los castellanos. Hurtado, capitán de Pedrarias, no obstante lo ajustado con Saavedra, da sobre su gente en Ulancho, pasa a ocupar el puerto de Natividad, y volviendo a resguardar Ulancho, es desbaratado por la gente de Saavedra. Estas discordias de los castellanos, dice Herrera, 3, 9, 10, dieron ánimo a los indios que estaban pacíficos para rebelarse; fueron pues, sobre los situados en el puerto de Natividad, los desbarataron y mataron algunos castellanos de la guarnición: luego fueron 150 caciques sobre Ulancho, y mataron al capitán Hurtado, al capitán Grijalva, 15 castellanos y 20 caballos. Saavedra, bienquisto en Trujillo, no recibe a Salcedo por Gobernador, sino viendo los despachos reales, y es reducido a prisión, secuestrados sus bienes y desterrado a la Española.

A esta sazón llegaron comisionados de Pedrarias a Trujillo, encargados de requerir a Saavedra y al Ayuntamiento, dice Herrera, 4, 1, 7, para que se pusiesen en su obediencia como pertenecientes a su gobernación. Salcedo, que los recibió, entendió, por el contrario, que Nicaragua le

pertenecía, lo mismo que a Gil González, y se puso en camino para León, donde el Ayuntamiento le recibió en ausencia de Pedrarias, que daba residencia en Panamá, y entretanto fue subrogado por Ríos. Este también vino a Nicaragua, juzgándolo de su gobernación, y Salcedo le hizo salir dentro el tercer día, mandando despoblar a Bruselas, porque le dio alojamiento en su salida. Mientras esto pasaba, Pedrarias obtuvo en España el gobierno de Nicaragua, por fallecimiento de Gil González, y sabiéndolo el ayuntamiento de León, puso preso a Salcedo, y a disposición de Pedrarias, quien llegado no le dio libertad hasta los ocho meses. Estas desavenencias entre los castellanos dieron también aliento en Nicaragua a los indígenas para que se sublevaran, y presentaron primero dos acciones, en que fueron rotos por Campañon, con muerte de solo un caballo; luego otras tres, en que acertaron a matar algunos castellanos, dice el mismo Herrera, libro III, capítulo 2º, y más adelante otra, en que huyeron dejando su armamento, libro VII, capítulo 4º.

Salcedo, cuando salió de Trujillo, había dejado por teniente suyo a Cisneros, que fue depuesto por el Ayuntamiento: en su lugar envió desde Nicaragua a Méndez que también fue reducido a prisión, y sustituido el Licenciado Vasco de Herrera por el mismo Ayuntamiento. En su vuelta a Trujillo sacó Salcedo de la prisión a Méndez, mas no osó quitar a este último, dice el historiador Herrera, libro VI, capítulo 3º. Murió luego Salcedo, con sospecha de veneno, nombrando en su lugar a Cereceda, sin cesar el Licenciado Herrera de darse por Teniente de Gobernador; con lo que se formaron dos bandos, uno por Cereceda y otro por Herrera; pero se concertaron en gobernar juntos, y no obstante, todavía resultó otro tercero. Méndez, refiere este autor, dec. 5, libro I, capítulo 9º, alegó entonces no estar firmado el poder de Cereceda, sino el suyo, y armando cuarenta hombres, dio la muerte al Licenciado Herrera. Cereceda, armando veinte, la dio al propio Méndez, y a otros dos de su parte, y quedó solo en el Gobierno. A este tiempo llegó Alvites provisto Gobernador por el rey, que murió a los nueve días, nombrando de nuevo a Cereceda.

Entretanto que corrían estas alteraciones, se alzaron, dice Herrera, d. 5, libro I, capítulo 9º, aun los indígenas que habían quedado en obediencia, invadieron las minas, y mataron tres castellanos. Vasco de Herrera, salió inútilmente contra ellos, y volvió con la gente descontenta. Diego de Herrera, su hermano, que salió de nuevo, tampoco adelantó cosa alguna. A Cereceda, que reunió las fuerzas castellanas para trasladarse a Naco, intentaron impedir el paso, levantando una trinchera en el camino; pero a su aproximación la desampararon y buscaron los montes. No acudiendo en parte alguna los indígenas con servicios ni mantenimientos, los castellanos quedaron sin socorro y en suma pobreza, por lo cual llegaron las cosas a punto que dispusieron desamparar la tierra, y poniéndolo por obra, dejaron atado a un árbol a su gobernador Cereceda. El factor Célis, previniendo estos desastres, había venido a Guatemala a pedir socorro a Alvarado, quien acudió con gente castellana, indígenas guatemalanos, ganado y provisiones de todo género. Con la noticia de su llegada, retrocedieron y soltaron a Cereceda, que luego abdicó el gobierno en manos de

Alvarado. Este lo aceptó, dice el mismo escritor, d. 6, libro I, capítulo 8º, puso justicias de su mano, comenzó a pacificar la tierra con maña y autoridad, pobló San Pedro Sula, y partió a España por Trujillo, dejando por Teniente a Juan Chávez, que siguió la pacificación de la tierra, y fundó la ciudad de Gracias.

Montejo, que había obtenido esta gobernación en España, y rehusaba venir por las malas noticias de ella, volando la fama de buen estado que le dio Alvarado, envió delante de sí a Cáceres por Teniente suyo a posesionarse de la provincia. Aunque no querían recibirle, tuvo forma de entrar en Gracias, a tiempo que Chávez había pasado a Guatemala, prendió los alcaldes y regidores, y los privó de sus oficios. Llegado Montejo, dice Herrera, 6, 3, 19, quitó los repartimientos a quienes los tenían, con que ofendió a los castellanos, y disgustó algún tanto a los naturales de la tierra. En esta sazón, en que se juzgaba toda pacífica, se levantó en la provincia de Cerquín el cacique Lempira, que reuniendo los caciques de la tierra, se puso al frente de treinta mil hombres, mató algunos castellanos dispersos del contorno, sostuvo en un peñol un sitio de seis meses, y no feneció, sino por la astucia; porque enviando el capitán Cáceres un soldado a caballo, que le hablase de paz, a tiro de arcabuz, y otro soldado al anca, que le apuntase al hablarle el primero, llegada ocasión le dio en la frente, y cayendo en tierra, huyó la gente que le seguía, y se terminó la guerra. Luego, en el valle inmediato, llamado Comayagua, fundó la ciudad de Valladolid, que hizo cabecera de la gobernación.

Alvarado volvió de España por Puerto Caballos, y desde San Pedro envió a notificar a Montejo, que se había entrado en tierra que él había conquistado con gasto de su hacienda, que había despojado a él, y a los que se ocuparon en la conquista de la tierra de sus repartimientos, y traía provisiones, para que todo le fuese restituido. Montejo cedía la gobernación a Alvarado, como le diese la de Chiapa; y así se verificó con aprobación real. Este último dejó por Teniente suyo al mismo Cáceres, pasando a Guatemala, y desde entonces, dice Herrera, 6, 7, 4, hubo paz en Honduras, habiendo costado a los castellanos la rebelión y reconquista de esta provincia, las rotas de Natividad y Ulancho, y muchas diferentes campañas, sin dar una sola batalla, y subrogando a ellas la violación del derecho parlamentario, a usanza indígena, para deshacerse del famoso Lempira.

Mas si la templanza y la modestia primero, y después la astucia, fueron bastante para la reducción de Honduras, y un poco de paciencia para la de Nicaragua; no así la de la provincia de Guatemala, donde los únicos señores y naturales que recibieron de paz a los españoles, irritados, al fin hicieron la guerra. Bien puede el Obispo Casas notar el carácter pacífico de estos pueblos; pero al advertir que, hostilizados, se armaban para la guerra, bien denota que no dejaban por ello de ser belicosos.

Cuando faltasen los escritores, argüirían los propios escombros y ruinas, que existen en unas provincias, y no se han advertido en otras. Guatemala fue el territorio en que se hallaron y duran vestigios de ciudades fortificadas; monumentos que, como se lee en Memoria publicada por la Sociedad Geográfica de París, ellos solos ofrecen la historia de sí mis-

mos. Guatemala es la provincia en donde se encuentran monarquías y señoríos dilatados, que en concepto de Casas, indican pericia de gobierno, y por consiguiente, aptitud para una dilatada defensa. Guatemala, en fin, fue la que tenía milicia, que presentó macanas, castillejos movedizos y máquinas arrojadizas; las que excavó fosos, y enclavó estacas en los caminos; y por último la que empleó colchados como defensivos de guerra, de que se sirvieron los mismos españoles: recursos todos que prueban, a su vez, espíritu y disciplina militar.

Sin salir de la conquista de Honduras, resta algo que decir de la de Guatemala. Describiendo Bernal Díaz, capítulo 178, el tránsito de Cortés por la costa de Tesulutlán o Verapaz para Honduras, refiere que adelantándose Sandoval, halló en las márgenes del río Grande, cuatro vecinos de la villa de San Gil, que habían pasado de la otra banda en una canoa, y dos de ellos estaban encima de un árbol, derrocando una fruta que llamaban zapote, para comer asada, y no osaban entrar a buscar bastimentos a los pueblos, porque les habían dado guerra los indios cercanos y muerto diez soldados, después que los dejó allí Gil González.

Herrera, capítulo 3, cuenta que Cortés envió a buscar comida para proveer a tanta gente a muchas partes, pero de todas volvían con las cabezas quebradas; y que habiéndose embarcado él mismo en solicitud de bastimentos en un bergantín, dos barcos y cuatro canoas, y subido los dos lagos del Golfo, siguieron estas últimas el camino por agua, y saltó en tierra con 30 castellanos y 30 mexicanos, y dejando un pueblo que halló vacío, dos aldeas con poco bastimento, otros sin ninguno, y a las veinte leguas otro con abundancia de él, entraron peleando, y hubo una alarma tan recia, que se fortificaron en la plaza, hasta que huyeron los vecinos, y cargando con el grano y vitualla que pudieron y llevaron a las barcas, Cortés, dice el mismo escritor, se metió en las balsas, llevando harto trabajo, peligro, grita y flechazos, que los indios de la ribera tiraban, y le hirieron, y a otros muchos, aunque ninguno murió. Bernal Díaz, capítulo 180, llama a este pueblo Sinacán, y refiere que se apellidaron los indios, y sobre las barrancas del río dan una buena mano de vara, flecha y piedra a Cortés, y a sus soldados, de manera que hirieron a Cortés en la cara, y a otros doce soldados; en esto se les desbarató una barca, y se perdió la mitad de la carga, y se ahogó un mexicano; y en aquel río hay tantos moxicotes, que no se podía valer, y Cortés todo lo sufría, y dio vuelta su camino. Sin duda caducó este pueblo y sólo queda memoria de su nombre.

Embarcado Cortés, refiere también este escritor, y siguiendo Sandoval el camino por tierra con el cuerpo del ejército, no creía segura la gente que quedaba atrás, hasta que no pasasen todos un río muy hondo, sin duda Motagua, porque de unos pueblos cercanos de las estancias que confinaban con el río y Golfo Dulce, venían de guerra hasta allí cada día muchos indios; y todavía asegurado el paso con ocho castellanos y cuatro mexicanos, una noche vinieron muchos indios guerreros, y dieron de repente sobre la guarnición, y si bien no pudieron tomarle la canoa en que se recogieron castellanos y mexicanos, les quemaron los ranchos en que

estaban alojados y lastimaron dos de los primeros y uno de los segundos, aunque no fueron muchas las heridas dice el autor; y bien prueban la intrepidez de los indígenas en emprender un alcance ofensivo y desigual.

CAPITULO V

COLONIZACION ESPAÑOLA

Después que los españoles sometieron estos países a su obediencia, trataron de guarnecerlos y establecerse en ellos. Con Alvarado vinieron de México sobre 300 castellanos y 300 mexicanos; de los cuales, concluida la primera campaña, dejó alguna guarnición en Sahcajá y Quezaltenango, y el resto acampó entre los dos volcanes, en el valle de la laguna de Dueñas, entonces llamada Panchoy, armando una ranchería, dice Remesal, capítulo 3º, a que dio primero el título de villa, y luego el de ciudad de Santiago de los Caballeros. Después le envió Cortés 200 castellanos, con que se aumentó esta ciudad, fundó la de San Salvador, y puso otra guarnición en la cabecera de Sacatepéquez. Posteriormente, en ausencia de Alvarado, se pasaron al mando de un teniente 90 castellanos, que abandonaron a Pedrarias en Nicaragua. Sublevado Chiapas, el Teniente de Cortés envió de México a Mazariegos, que lo pacificó, y ocurriendo de Guatemala, con el propio objeto, el Teniente de Alvarado, dejó de parte de su gente, que con la de Mazariegos pobló Villa-Real. Volviendo Alvarado de España por México, trajo otros 80 castellanos, que le siguieron hasta esta capital, con que creció su vecindario y fundó también la villa de San Miguel.

Por todos resultan 670 castellanos, de que deducidos algunos muertos de enfermedad, y en la guerra, puede hacerse juicio de 650 pobladores. Pero estos hombres, dominados del genio emprendedor de aquella época, todavía no tomaron reposo. Alvarado, que vino de España agraciado con el gobierno de sus conquistas, dice Herrera, dec. 4, libro X, capítulo 15, había ofrecido en la corte descubrir por el Sur las islas de la Especiería, y llenando de esperanzas a los castellanos que le siguiesen, juntó hasta 500, que se pusieron a sus órdenes, construyó en Iztapa ocho velas entre grandes y pequeñas; llevó consigo 2,000 indígenas; y sabiendo las riquezas del Perú, dirigió a él la expedición; tomó todavía otros dos navíos en Nicaragua y más castellanos que le siguieron, con que se hizo a la vela, penetró en la provincia de Quito y llegó a Riobamba, tierra ya descubierta por Pizarro y ocupada por Almagro, que le disputó el paso. Alvarado, que debía retroceder o mudar de giro en su camino, habiendo perdido todos los indígenas y 85 castellanos, que perecieron en las sierras nevadas, conservaba todavía fuerzas suficientes para entrar en lid, pero Almagro supo halagar con promesas a los soldados de Alvarado, y conociendo éste que abandonarían sus filas muchos y tendrían fortuna cierta, más bien que retroceder o ir a buscar más lejos, dio lugar a una mediación y entrevista, en que se ajustó, que la gente toda quedase a las órdenes de aquella

gobernación, y se le pagasen cien mil pesos por su flota y transporte. Pizarro, que también venía al encuentro de Alvarado, llegó a tiempo que se había hecho el ajuste y lo ratificó, haciendo el pago estipulado y otros presente cuantiosos al mismo Alvarado, y a algunos que quisieron seguirle en su vuelta a Guatemala. Con el resto y parte de su gente pobló Pizarro la capital de Lima, y Almagro la de Quito, a que se trasladó el vecindario de Riobamba, quedando a Guatemala, dice Juarros, la gloria de haber contribuido con sus vecinos al establecimiento de aquellas dos ilustres poblaciones.

Restituido Alvarado a estas provincias lleno de cargos, hizo nuevo viaje a España, y supo salir de ellos, obteniendo nuevo asiento para el descubrimiento de las islas, que aparece en cabildo de 5 de enero de 1539; y trayendo otros capitanes, mucho recado de gente y 300 arcabuceros, dice Remesal, libro III, capítulo 20, fabricó en Iztapa y Sonsonate doce navíos de alto bordo y otros dos menores, en que según relación de Bernal Díaz, capítulo 202, condujo 650 castellanos y muchos indios de servicio, dice Herrera, dec. 7, libro II, capítulo 10, con provisión de todo género y la flota se hizo a la vela, tocando primero en Acapulco y después en Nueva Galicia, donde Alvarado fue llamado del Teniente de Gobernador, que había sido derrotado por los zacatecas, y en peligro de perecer, se fortificaba en Jalisco. Acudió en su socorro Alvarado, y no teniendo a bien esperar a los indígenas, fue sobre ellos hasta sus peñoles, dando orden al Capitán Falcón que no atacase hasta ver cerca de sí a los caballos; pero asaltando éste, sin esperarlos, creyendo llevar el triunfo, fue muerto, y su infantería arrollada y obligada a retroceder hasta la llanura en unos fangos, donde no pudo obrar la caballería, y tomando camino por un cerro, en el tránsito de una subida áspera, fue necesario ir los caballos de diestro. Quedaba el Adelantado en la retaguardia, y sucedió que un caballo de los que iban adelante, cayó, y rodando topó con él, y como iba armado y era hombre pesado, no pudo huir el encuentro, y recibió tan gran golpe, que dentro de pocos días murió. Con la desgraciada muerte de Alvarado, refiere el mismo escritor, su armada se deshizo, parte volviendo a Guatemala, y quedándose mucha de la gente en aquella tierra.

No puede concebirse cómo saliendo en la primera expedición 500 castellanos de 650 que había en la provincia, y quedando solo 150, pudo Alvarado llegar hasta 800, según Herrera; pues aunque este escritor expone, que trajo de España en esta vez mucho recado de gente, no expresa cuánta, para que sacase aquella cantidad; ni puede comprenderse cómo esta ciudad contando en 1529, antes de la primera 150 vecinos, según Remesal, capítulo 11, después en 1541, antes de la segunda, contase 230, según este último escritor, capítulo 16; si no es que se suponga, que además de los soldados que trajo y vinieron a Alvarado, emigraron a esta provincia de tiempo en tiempo otros particulares. No obstante, ella siempre padeció enorme daño con el desfaldo de vecinos que le ocasionaron una y otra expedición, y debe presumirse lo lisonjero de la tierra, cuando sin embargo de ellas, pudieron subsistir, y prosperar sus poblaciones castellanas.

Una prueba de esto se advierte en la población de Nueva Sevilla, que Remesal llama las Indias de Guatemala. Por el año de 1542, dice este escritor, libro VIII, capítulo 15, unos españoles que salieron de la provincia de Yucatán, entrándose por el río que denominan Golfo Dulce, en un llano dicho de Monguya, hicieron una población que llamaron con aquel nombre. Fue esta villa de gran tráfico, dice Juarros, tr. 5, capítulo 8, y se vio pronto con 60 vecinos, y luego con alcaldes ordinarios, regidores y un Teniente del Capitán General para lo político y militar; puesto de importancia, que el Presidente Maldonado confirió a un deudo suyo.

Humboldt advierte, ens. libro II, capítulo 6º, que las mujeres indígenas que habían conservado algunos bienes, prefirieron enlazarse con el pueblo conquistador, más bien que participar del desprecio en que cayeron los naturales; los soldados españoles, añade, deseaban estos enlaces tanto más, cuanto eran muy pocas las mujeres europeas que habían seguido el ejército. Bernal Díaz, capítulo 172, anuncia, en tiempo de Cortés, la solicitud de soldados españoles y hombres honrados de México por hijas de señores, y la del contador Albornos por una hija de una cacica muy principal. En muchas partes de las Indias, dice Remesal, libro VII, capítulo 11, los encomenderos, porque no les quitasen los pueblos, se casaban con las mujeres que tenían más a mano, nobles o plebeyas. Advierte, asimismo, que los vecinos de la ciudad de Santiago en esta provincia, no siguieron semejante ejemplo; y la razón de ello se nota en memorial escrito al rey a 20 de febrero de 1538, por estas palabras: "Que aunque haya mugeres en la tierra no las querran por enfermedades contagiosas que de la tierra se han pegado, y sobre todo seguirseles detrimento de las honras, porque algunos se casaran no como deben". El propio escritor aplaude la resolución de estos vecinos, añadiendo que muchos hicieron gastos en enviar por mujeres nobles a España con quien casarse y de uno supe, dice, que le había costado traer a su mujer seis mil pesos de oro.

En una carta que el Adelantado Alvarado escribe de Puerto Caballos al Ayuntamiento de esta ciudad en 4 de abril de 1539, dice: "Nos veremos presto: solamente me queda decir como vengo casado, y doña Beatriz está muy buena. Trae veinte doncellas muy gentiles mugeres hijas de caballeros, y de muy buenos linages. Bien creo que es mercadería que no me quedará en la tienda nada, pagándomelo bien, que de otra manera escusado es hablar de ello". Cuando reventó el volcán, refiere todavía Remesal, murieron con doña Beatriz de la Cueva doce señoras principales, sin duda que las más de ellas eran mujeres de los capitanes que el Adelantado llevó consigo. En el libro VIII, capítulo 2º, expone el propio escritor, que por el año de 1546, en la ciudad de Santiago de los Caballeros "avia muchas mugeres honradas y doncellas nobles, que por su mucha pobreza estaban imposibilitadas de remedio".

Herrera, dec. 5, libro IX, capítulo 9º, cuenta por el año de 1535, que Cicimba, cacique de Comayagua, había, dice, años que tenía por mujer una castellana natural de Sevilla, que fue tomada con los que mataron en Puerto Caballos. En cédula de 16 de junio de 1548, responde el rey al aviso que le da el Obispo de Guatemala, de que en esta provincia había

muchos mestizos y mestizas, y que convenía fuesen doctrinados, y las doncellas se casasen. El propio Herrera, dec. 5, libro I, capítulo 12, escribe: “los mestizos tienen buen talle, aunque en algo se diferencian de los castellanos: son comúnmente noveleros, chismeros, mentirosos y glotones, aunque hay muchos virtuosos”.

En bando del Ayuntamiento de esta ciudad de 1533, y en cédula del año de 1540, como también en el testamento de Alvarado, que transcribe Remesal, libro I, capítulo 15, se mencionan esclavos africanos entre las gentes de servicio, aplicados al trabajo, vedándoles de tenerse en los ríos y fuentes, en que había mujeres y doncellas, previéndose el que fuesen catequizados, e incluyéndolos en la hacienda de sus dueños. El Gobernador Maldonado, en carta de 4 de enero de 1543, comunica al Ayuntamiento la llegada de un navío con 150 negros, algunos pasajeros y mujeres de Castilla; y en cabildo de 7 de enero de 1547, se mandan recoger los negros huídos, ofreciendo desde 3 hasta 6 pesos a quien los cogiera. En acuerdo de justicia de 3 de septiembre de 1550, se falló en el pleito de cuentas, seguido entre Melchora de Velasco y Cota, negra, mujer de Alonso Guerra. De lo cual aparece pusieron los españoles entonces menos estropiezo en casar con esta clase de habitantes, ya que en las naturales de la tierra, antes del Paw, recelaron contagio y deshonra.

CAPITULO VI

VEJACION DE LOS INDIGENAS

Los usos vigentes en la Española sirvieron de guía a los castellanos establecidos en Guatemala. La esclavitud, el tributo, las encomiendas y la hoguera, observadas en aquella isla, se trasladaron a este país; y porque en ella, dice Herrera, dec. 1, libro IX, capítulo 5º, se huían los indígenas hechos esclavos, se ordenó que los marcasen en una pierna para que so color que eran esclavos, otros no recibiesen vejaciones; también en Guatemala, junto con la esclavitud se introdujo la práctica de marcar con hierro encendido a los que cupo padecerla, distinguiéndose los castellanos de su distrito en hacer extensiva la esclavitud a las mujeres. Bernal Díaz, capítulo 164, hablando de los prisioneros, concluida la guerra de Utatlán, dice, “y herraron muchos esclavos é indias, y pagaron el real quinto”.

Al rey Chignavicehut, que siguió la guerra, muerto en ella su antecesor, mandó Alvarado quemar por justicia; y aunque añade este escritor que no se ejecutó esta pena, sino la de horca, el autor de Isagoge, libro II, capítulo 4º, advierte, que así en este capítulo, como en otros muchos de su historia, se hallan en la impresión de Madrid muchas cosas añadidas, que no se leen en el original manuscrito; y acaso tuvo a la vista el que el supremo gobierno del estado conserva firmado del autor, que fue vecino y regidor de esta ciudad. Herrera, 3, 5, 7, hace mención no de uno sino de muchos, cuando expone que los señores que tomó presos Alvarado, fueron quemados por acuerdo suyo, pareciéndole que con esto acortaba la guerra.

El Obispo Casas, en la "Destruccion de las Indias", hablando de Guatemala, capítulo 8º, dice de sus habitantes: "Inventaron unos hoyos, en medio de los caminos, donde cayesen los caballos, y se hincasen por las tripas unas estacas agudas y tostadas de que estaban los hoyos llenos, cubiertos por encima de céspedes y yervas, que no parecía oviesce nada. Una ó dos veces cayeron caballos en ellos no mas, porque los españoles se supieron de ellos guardar; pero para vengarse hicieron ley, que todos cuantos indios tomasen a vida, echasen dentro en los hoyos; y así las mugeres, niños y viejos que podian tomar, echaban en los hoyos hasta que los henchian traspasados por las estacas, que era una lástima de ver, especialmente las mujeres con sus niños. Todos los demás mataban á lanzadas y cuchilladas: echándolos á perros bravos, que los despedazaban y comian; y cuando algun señor topaban, por honra quemábanlo en vivas llamas. Estuviéronse en estas carnicerías tan inhumanas, cerca de siete años, desde el año de 24 hasta el de 30, ó de 31". Remesal, libro IV, capítulo 5º, escribe: "Los perros bravos que servían en la guerra y habían sido sepultura de muchos reyes y caciques, faltándoles este alimento, comían las ovejas y puercos".

"Llegado á Cuscatlán este infelice malaventurado tirano, prosigue el Obispo, hablando de Alvarado, mandó que cada español tomase de aquel gran número de gente, todos los indios que quisiese, para los dias que alli estuviesen, servirse de ellos, y que tuviesen cargo de traer lo que oviese menester. Cada uno tomó ciento o cincuenta, los que parecia que bastaban para ser muy bien servido, y los inocentes corderos sufrieron la division y servian con todas sus fuerzas, que no faltaba sino adorallos. Entre tanto, este capitán, pidió á los señores que le trajesen mucho oro, porque á aquello principalmente venían. Los indios responden que les place darles todo el oro que tienen y ayuntan muy gran cantidad de hachas de cobre, que tienen con que se sirven dorado, que parece oro, por que tiene alguno. Mándales poner el toque, y desque vido que eran cobre, dixo á los españoles, dad al diablo tal tierra: bámonos, pues que no hay oro; y cada uno los indios que tiene, que le sirven, échelos en cadena, y mandaré herrárselos por esclavos á todos los que pudieren atar; y yo vide al fijo del señor principal de aquella ciudad herrado."

Juarros, trat. 6, capítulo 13, dando por cierta la derrota de los se-r-ranos de Nebah, dice: "Al día siguiente se herraron todos los vecinos"; y hablando en el mismo supuesto de la toma de Uspantán en Sacapulas, escribe así: "y se herraron y dieron por esclavos todos los prisioneros". En la reconquista de Sinacantán, Jumay y Guaymango, según la relación de este escritor, trat. 5, capítulo 17, fueron herrados los prisioneros, y entre ellos los caciques de este último pueblo, el cual, por la marca de sus señores, tomó, y fué reconocido con el nombre de Los Esclavos. En la toma asimismo de los peñoles de Nimanché, con que se terminó la reconquista del país, no faltaron, dice Vázquez, libro I, capítulo 14, castigos ejemplares de horca y fuego, es decir, ahorcados y quemados.

Moreno, fiscal de la Española, que viene a Honduras en 1524 a so-segar las contiendas de los conquistadores, hace entrada en ellas, dice He-

rrera, 3, 6, 10, y no sale sino provisto de esclavos. Cortés, llegando a Trujillo el año siguiente, manda reconocer la tierra y llamar los caciques: "Algunos envían mensageros, escusándose de ir en persona, dice el mismo Herrera, libro VIII, capítulo 4º, de miedo que los llevasen en los navíos, como habían hecho a otros poco antes"; sin embargo, él también hace esclavos, y ahorca al cacique Mazatl. Al propio tiempo, según el mismo escritor, capítulo 7º, llega queja de las Guanaxas, de que un navío armado de Cuba arriba a saltar esclavos en ellas. Bernal Díaz, capítulo 183, testifica, que era dueño suyo el mismo fiscal Moreno, y que Cortés quiso aprehenderlo. Todavía a los dos años, el propio Herrera, libro IX, capítulo 10, hablando de los habitantes de estas islas, dice: "siendo pacíficos y obedientes al rey, los navíos de Cuba los hurtaban y llevaban por esclavos, so color que venían a las Hibueras a comprarlos".

En 1527, Salcedo, gobernador de Honduras, escribe este autor, dec. 4, libro I, capítulo 7º, partiendo para Nicaragua, llamaba a los caciques, para que le diesen gente de carga, y castigaba a los indios que le parecían culpados en la rota de la población de Natividad, a unos con la horca, y a otros con hacerlos esclavos, detúvose un mes prendiendo y ahorcando indios, y enviándolos a vender fuera de la tierra. En el tránsito de su viaje por Ulancho, murieron muchos indios, que llevaba cargados, usando con ellos de increíble crueldad; y porque algunos dejaron las cargas, y se huyeron, inhumanamente los hizo matar. El teniente Vasco de Herrera, continúa este escritor, hizo entrada en tierra por Puerto Caballos, tomó 150 indios, y los herraron con hierro hecho por su autoridad. Hizo guerra a muchos caciques, dice más adelante, sin preceder examen si era justa, y herraron muchos indios: para ello ocupó el hierro real, y porque no alcanzaba, todavía hizo otros dos, para que se ocupasen tres en ello. Hizo una entrada en el Valle de Naco, y volviendo con tres navíos cargados de gente, el maestro se huyó con ellos. Corriendo el año de 1535, Cereceda, otro teniente, cuenta el mismo escritor, 5, 8, 9, que dió mucha licencia para destruir la tierra, que fueron sin número los indios que sacó y dejó sacar de Honduras; y más adelante, 6, 1, 8, expresa, que a unos indios prófugos, que habían formado una trinchera, para impedirle el paso junto al río Balahama, hizo cortar las manos y echárselas al cuello.

En Nicaragua, Martín Estete, teniente de Pedrarias, dice Herrera, 4, 3, 2, salió a reconocer el desagadero de la laguna y correr la tierra, llevando consigo el hierro de los esclavos, que estaba en arca de tres llaves, para hacer muchos a su voluntad; y fué haciendo desórdenes y crueldades, llevando los indios cargados y encadenados con argolla, porque no se volvieran, y porque uno se cansó, por no quitarle la argolla, le quitaron la cabeza. Bernal Díaz, capítulo 184, refiere, que Garro, teniente de Pedrarias, pasó por unos pueblos quitando a los vecinos sus haciendas, hijos y mujeres, y que los echaban en cadenas de hierro; y que a unos indios e indias traían en collares.

Casas, en la Destruic. de las Ind., ¶ 6º, hablando de Pedrarias, dice: "Enviaba 50 de caballo y hacia alancear toda una provincia mayor que el condado de Rusellon, que no dejaba hombre ni mujer, ni viejo ni niño

a vida por una muy liviana cosa: así como porque no venían tan presto a su llamado, o no le trahían tantas cargas de maíz, o tantos indios, para que sirviesen a él, o a otro de su compañía porque como era la tierra llana, no podía huir de los caballos ninguno, ni de su ira infernal. Enviaba españoles a hacer entradas, que es ir a saltear indios a otras provincias, y dejaba llevar a los salteadores cuantos indios querían de los pueblos pacíficos y que les servían: los cuales echaban en cadenas, porque no les dejásen las cargas de tres arrobas que les echaban auestas; y acaeció vez de muchas que esto hizo que de 4,000 indios no volviesen seis vivos a sus casas, que todos los dejaban muertos por los caminos”.

Los indígenas que escapaban en la guerra de la esclavitud, eran sometidos en la paz al tributo, y los tributarios dados en encomienda a los conquistadores, bajo cuyo poder esclavitud, tributo, encomienda, confiscación, destierro, y muerte era todo uno y lo mismo la paz que la guerra. Ximénez, libro III, capítulo 62, tocando esta materia, escribe: “Sin mas delito que ser indios de sus encomiendas, los herraban por esclavos, y no avía término, ni modo en sacar indios de sus pueblos, que además del tributo que les daban tan exorbitante los casados y viudos, porque no quedasen sin parte aún los muchachos, sacaban de los pueblos cuadrillas de ellos de a doscientos y cuatrocientos, no reservando ni muchachas tiernas, las echaban por las barrancas del río grande a recoger granos de oro, en que continuamente atareados, hambrientos y sin abrigo miserablemente perecían”. Juarros, trat. 6, capítulo 9º, hablando de Gonzalo Alvarado, teniente y hermano del Adelantado, dice: “A 200 niños impuso la obligación de que saliendo por los lavaderos de oro, le traxese cada uno un castellano de oro todos los días”. También exigían esclavos de tributo. Casas, hablando de los conquistadores de Guatemala, en la Destruic. ¶ 8º, dice: “Pídenles esclavos de tributo, y dánles los hijos e hijas, porque otros esclavos no tienen; y ellos enviando navíos cargados de ellos a vender al Perú”. Remesal, libro VII, capítulo 9º, refiere que leyéndose en los estrados de la Audiencia Real de Gracias el padrón del tributo del pueblo de Sinacantán de Chiapa, dijeron presidente y oidores, que era tan excesivo y tan exorbitante, que toda Sevilla tendría hartos que hacer en pagarle. El mismo Casas, en el propio trat. y en el de la esclav. hablando de Nicaragua, dice: “Pedían cada cuatro o cinco meses, o cada vez que cada uno alcanzaba la gracia o licencia del gobernador al cacique 50 esclavos, con amenazas, que si no los daban, lo había de quemar vivo, o echar a los perros bravos. Iban los señores por sus pueblos y tomaban lo primero todos los huérfanos, y después pedía a quien tenía dos hijos uno, y a quien tres hijas las dos, y no de los más indispuestos, sino escogidos y de tal estatura, como le daba el español una vara; y de esta manera cumplía el cacique el número que el tirano le pedía, con grandes alaridos y llantos del pueblo. Como esto se hacía tantas veces, asolaron desde el año de 23 hasta el año de 33, todo aquel reyno, llevando todas aquellas muchedumbres de indios, siendo tan libres como yo, a vender por esclavos a Panamá, y al Perú, donde todos son muertos”.

Hablando de las encomiendas este escritor, en el remedio 8, raz. 2, hace esta explicación: "Al repartir los pueblos de los indios, acaece dar entre dos y tres y cuatro un pueblo, dando tantos á uno y tantos á otro; y ha acaecido llevar la muger repartida un español, y el marido otro, y los hijos otro, como si fuesen cochinos: y cada uno ocupa los indios que le caben en una hacienda, y el otro por el contrario en otra: otros los envían cargados á las minas como bestias, y otros los llevan ó los alquilan por re-cuas 50, 100 y 200 leguas, y esto cada día lo vemos". "Con color y pretexto del tributo, escribe Solórzano, libro III, capítulo 3º, eran y son vejados y trabajados los indios, y tratados peor que si fuesen esclavos". En el capítulo 1º, n. 8, dice también: "Los encomenderos atentos á su provecho y ganancia, no había trabajo en que no les pusiesen, y los fatigaban mas que á las bestias".

El Obispo, en este tratado, hablando de Nicaragua sigue exponiendo la materia de encomiendas, y dice: "Como los pueblos que tenían eran todos una muy graciosa huerta, aposentáronse en ellos los españoles cada uno en el pueblo que le repartían, ó como dicen ellos, le encomendaban: y hacia en él sus labranzas, manteniéndose de las comidas de los indios; y así les tomaron sus particulares tierras y heredades, de que se mantenían. Por manera que tenían los españoles dentro de sus mismas casas todos los indios, señores, viejos, mugeres y niños, y á todos hacen que les sirvan noches y dias sin holganza, hasta los niños, cuan presto pueden tenerse en los pies: los ocupan en lo que cada uno puede hacer, y mas de lo que puede, y así los han consumido y consumen hoy los pocos que han restado, no teniendo ni dejándoles casa ni cosa propia, en lo cual aun exceden á las injusticias de este género que en la Española se hacían".

Remesal, libro IV, capítulo 7º, habla de una estancia de esta especie, perteneciente a Alvarado, en el valle de la ciudad, en que había muchos esclavos casados, con sus mujeres e hijos: "Porque en los años primeros de la población de dicha labranza, dice, llamó el dicho Adelantado á los señores principales de los demas pueblos que el dicho Adelantado tenía en encomienda, é les fizo cierta plática, y les pidió á cada señor de cada pueblo, que le diesen tantas casas con sus principales, para las poner é juntar en la dicha labranza: los cuales como le tuviesen por señor, é haberles él conquistado, se las dieron, así como las pidió; é se herraron por esclavos los mas de ellos, sin preceder otro examen". Fr. Miguel Agia, en parecer dado sobre el servicio personal, impreso en Lima en 1604, que corre en colección de papeles varios en la biblioteca de la Academia, dice al capítulo 7º, que lo había en muchas provincias de Indias, especialmente en Comayagua, Nicaragua y Costa Rica, en distrito de la Real Audiencia de Guatemala, notoriamente injusto, cruel y tiránico, bajo el cual el encomendero ocupa los indios en las minas con obligación de sacar tantos pesos de oro cada día, y si no sacaban la dicha cantidad por entero, el mayordomo de las minas asentaba la falla de los que habían faltado, y cumplido el tiempo, que eran seis meses y aun siete y ocho, entraba el mayordomo pidiendo a los indios enterasen las fallas que habían hecho: las cuales eran tantas, cuantas él quería asentar, y por esta causa mandaba tra-

bajar a los indios, hasta que cumpliesen por entero la cantidad de pesos en que les hacía alcance, sin tener atención a si los indios habían dejado de cumplir su tarea por enfermedades, o por haber faltado el oro de las minas, o por haber andado ocupados en desaguarlas o en los desmontes y repastos necesarios para poderlas labrar con seguridad. En lo cual venían a consumir otros dos meses, y muchas veces tres y cuatro, y con esto concluían el año sin volverse a sus casas, sin tener hecha sementera, ni cosa con que poderse sustentar. El propio Remesal, capítulo 8º, hace mención de muchos esclavos que Alvarado dejó sacando oro, tomados de los indios que tenía en encomienda. "Considérese. añade Agia, el gran trabajo de un miserable indio con una barreta de 20 libras de hierro todo el día barreteando en las entrañas y socavones profundos de la tierra".

En el remed. 8, raz. 8, dice el Obispo Casas: "Ponenles á los indios allende de lo que padecen por servir y contentar al español que los tienen encomendados, en cada pueblo un carnicero ó verdugo cruel, que llaman estanciero ó calpisque, para que los tenga debajo la mano y haga trabajar y hacer todo lo que quiere el amo, ó comendero, ó ladron principal: éste los azota y apalea y empringa con tozino: éste los aflige y atormenta con los continuos trabajos que les da; éste les viola y fuerza las hijas y mugeres y las deshonra, usando mal de ellas; éste les come las gallinas que es tesoro mayor que ellos poseen; y éste les hace otras increíbles vejaciones". El oidor Herrera, salvando su voto en acuerdo de la audiencia el año de 1544 en que se fundó, dice: "La víspera de pascua en visitacion de cárceles se soltaron por esta Audiencia, Trejo y Alonso Gartia, que estaban presos porque ahorcaron siete indios; yo no fuí de parecer que se soltasen, sino que estuviesen presos, y á buen recabdo".

En cédula de 11 de marzo de 1550, dice el rey al Presidente Cerrato: "Martin de Villalobos nos ha scripto dende la provincia de Nicaragua, como él fué á ella por mandado desa abdiencia á visitar los naturales de aquella provincia por la gran desórden que con ellos se tenia, dizque son tantas las maneras de servicios y trabajos que les dan los españoles, y tanto los géneros de martirios, que es cosa de espanto é que acostumbran á azotar las mugeres é hombres por pocas cosas é quemarlos con paja prin-gándolos, y los atan de pies y manos y los ponen en ormigueros y demas de ello corrompen y fuerzan muchas Yndias, é que también sobre el servicio que an de dar, los detienen fuera de sus casas seis y ocho meses y algunos tres y cuatro años sin sus mugeres é hijos cortando, aserrando maderá para navios, y que acaece que como la tierra es tan cálida, y donde asierran está tres y cuatro leguas el agua que an de beber la llevan las mugeres é que lleva una muger un cántaro de más de arroba, y su hijo encima y una calabaza de agua que beben un día e que se les hacen otras vejaciones".

Remesal, libro VI, capítulo 17, enumerando los suplicios que los encomenderos empleaban en Chiapa, para estimular al trabajo y castigar a sus encomendados, menciona el azote, el palo, el cuchillo, los perros...

y al capítulo 21, refiriendo la visita que hizo un juez pesquisidor, de un encomendero, dice: "Vió aquí por sus ojos el tajón donde degollaban los indios para dar á los perros, si les queria hacer merced de no echárselos vivos: acullá la estaca llena de sangre, donde los mataban á azotes..."

CAPITULO VII

JORNADAS DE CORTES Y ALVARADO

El servicio militar, el bastimento y bagaje del ejército, entraron en los elementos de vejaciones y exterminio de los indígenas. En la jornada que emprendió Cortés para las Hibueras, cuenta Herrera, 3, 6, 10, que además de la gente castellana, llevó consigo tres mil indios de guerra y muchas mujeres de servicio, y entre ellos, a los príncipes Quautimoc, prisionero sucesor de Montezuma a Covana, Chochzin, señor de Tezcuco, Te-tepanquezatl, señor de Tlacopan, Oquizi, señor de Acapuzalco, Xivacoa y Tacatlec, hombres poderosos.

Adelantada la jornada y pasando el ejército por Tustla, y el Petén, hasta el río Valis, y luego por Mopán, Manche y Naco hasta Trujillo, se surte de bastimentos en las poblaciones del tránsito, no a precio de mercado, sino a filo de espada, asaltando los lugares y ofreciendo la paz a cambio de este servicio. Así cuenta Herrera, dec. 3, libro VII, capítulo 8 y sig., se surtió en Iztapan de comida para ocho días; en seis pueblos de Cibatlan, de muchas canoas de maíz, cacao, miel y un poco de oro; más adelante de ochenta indios cargados de aves, fruta y pan; en Tizapetla y Titacat, de mucha comida para la gente, y para los caballos mucho grano, yerba y rosas, descansando seis días; en Isancanac, de mucho de comer y cierto oro; en Tiac, de vitualla y alguna ropa; en Tayca, de aves, peces, tortas, miel, fruta y oro; en Tlecan, de doce gallipavos y bastimento para seis días de descanso y seis de camino; en Xuncapán y Anchán, de mucha fruta y maíz, y descansaron tres días; en Tavicán, de muchos bastimentos; más adelante, escribe Bernal Díaz capítulo 180, "en una aldea en la ribera del río de Golfo Dulce, de gallinas, palomas, perdices y faisanes; en Tezintle y Cinacán, río arriba, de mantas y otra ropa, mucho maíz y mucha sal, de cantidad de cacao, axi, frisoles, fruta y otras cosas de comer, de gallipavos, faisanes y perdices; y en Cuyoacan, Quimistan y Naco, de maíz, frisoles y axí". Herrera, advierte que los indios eran sorprendidos en el día y en la noche, armados y desarmados, en los pueblos y en sus estancias, en los templos y en sus bailes, y además de los muertos en diferentes acciones, nota que los vecinos de Iztapan, de terror de los castellanos, pusieron fuego a muchas de sus casas, retiraron sus mujeres y su ropa de la otra parte de un río que corre por el pueblo y muchos por pasar aprisa se ahogaron.

Según relación del propio escritor, también huyeron otros pueblos, y los españoles también hallaron sin gente los de Cuatlán, Chilapán y Temastepc, pero con fruta y maíz en mazorca y en grano. Halla-

ron los de Tavitatlán y Huetecpán sin gente, sino es los sacerdotes en el templo, de custodia de los ídolos, pero con refresco de fruta y comida, y para los caballos maíz y yerva; el de Mazatlán, despoblado, pero con muchas aves, miel y otros bastimentos en cantidad; el de Ajuncautl, desamparado de gente, pero con mucha vitualla, de que se proveyó el ejército para cinco días; el de Azuzumil, desierto y sin alguna comida; el de la ribera del primer lago del golfo sin gente, pero con maíz y axí; y otro de la ribera del río, sin gente ni bastimento. Bernal Díaz, capítulo 183, advierte, que sólo en unas estancias desamparadas, contiguas a Tayca, cargaron sobre mil mexicanos del ejército con todo el maíz, que pudieron llevar; y al otro día, hallando en otras estancias maíz, gallinas y legumbres, ocurrieron sobre treinta soldados y más de quinientos indios, y todos llevaron recaudo. Herrera, libro VIII, capítulo 3º, nota que en Cinacán bien tuvieron que cargar, y no pudieron llevar nada, sino cuatro balsas en que cabían cincuenta cargas de grano.

Además del apresto de canoas para el tránsito de los esteros y ríos, fueron también gravados los indígenas de la tierra con el de maderas para la construcción de puentes y calzadas en los ríos y ciénagas de otro modo intransitables aunque en este cargo tuvieron más parte los mexicanos del ejército. Repartíanse en cuadrillas, dice Herrera, libro VII, capítulo 8º, “unos para coger raíces, yervas y frutas de monte que comer, otros para cortar árboles, otros para labrarlos, otros para traerlos, otros para hincarlos en el agua”. En Copilco, provincia al parecer de Tabasco, refiere, que en solas treinta y cinco leguas atravesaron cincuenta ríos y ciénagas, en que se hicieron casi otros tantos puentes. En una ciénaga cerca de Chilapán, pueblo de Chiapa, se armó una puente, dice, de 300 pasos, en que entraron vigas de 30 y 40 pies. Cerca de Acalá, en un estero de 500 pasos, no habiendo barcas, se construyó otra, en que entraron, escribe el mismo autor, mil vigas de ocho brazadas de largo, y cinco y seis palmos de grueso, otras muchas maderas menores para cubierta, y bejucos para atadura. Viendo esta puente, prosigue, los indios de Acalá, quedaron admirados, pareciéndoles que para los castellanos no había cosa imposible.

Bernal Díaz, capítulo 176, habla de una puente en las cercanías de Acalá, hecho con maderos gruesos y grandes, que causó admiración a estos naturales; pero expone que fué construido en río. Ximenez, en su historia Natural, art. 7, tratando del río de Sacapulas, expresa que en la Verapaz le llaman Xoy, y que es del que habla Bernal Díaz; pero este escritor, capítulo 177, habla también de dos ríos antes de Tlecán, pueblo del distrito de Acalá, que se pasaron uno en puente, y otro en canoas; de otro antes de Tavitatlán que se pasó en barcas; de otro, capítulo 188, adelante de Tayasal, que se pasó también en barcas; de otro antes de Tayca, que se pasó por puente, en que entraron, dice Herrera, libro VIII, capítulo 1º, 290 vigas y muchos bejucos; luego, capítulo 179, del lago del Golfo Dulce, que se pasó en barcas; y por último, capítulo 181, del río adelante de Cuyoacán, que se pasó en canoas.

Hablando de los castellanos del ejército, exclama Herrera, libro VII, capítulo 2º: “¡Tantas veces hambre, tantos pantanos y ríos que pasar, tantas montañas y dificultades que vencer, no pudiera sufrirlo, sino

la robustez de tales cuerpos y el ánimo de tal gente!" Pues, ¿qué sería de los indígenas mexicanos destituidos de tal ánimo, y tal robustez? En Tabasco, hablando en general, afirma, que Cortés padecía hambre: antes de Temastepec, que fue excesivo el trabajo de los hombres: cerca de Hutia-pán, que algunos pensaron perecer más adelante, que la gente estaba cansada y hambrienta; pasado Alcalá, que muchos hombres murieron de hambre, y despeñados en una sierra áspera; acabando la provincia de Tunihá, que pensaron perecer de hambre; y llegados a Trujillo, que Cortés envió en un navío a Nueva España los dolientes castellanos e indios, los cuales naufragaron, salvándose sólo quince de los primeros y ninguno de los segundos. Bernal Díaz anda más expreso en este punto: al capítulo 175, hablando de Chiapa, escribe: "En el camino había muerto el bolteador y otros españoles; pues indios de Mechoacán y mexicanos morían muchos é otros muchos caían malos, y se quedaban en el camino como desesperados". Al capítulo 177, hablando de Acalá, dice: "Avia cada día hambre de que adolecían españoles, é morían muchos mexicanos". En el paso del río para Cuyoacán, expone; que quedó recaudo de una canoa en que pasasen los españoles que quedaban rezagados y muchos indios mexicanos que iban dolientes.

Treinta castellanos de Nicuesa en Veragua, dice el mismo Herrera, dc. 1, libro VIII, capítulo 2º, padeciendo rabiosa hambre, y hallando un indio que ellos habrían muerto, se lo comieron todo. De los castellanos de Gutiérrez en Costa Rica, expone también 5, 9, 11, cuando no se hallaba un indio que comer, hubo algunos que mataron un cristiano enfermo, y se lo comieron, sin que fuesen apercebidos por ello de su capitán. Pero en Chiapa, escribe este autor 3, 7, 8, un mexicano que comió una pierna de otro indio muerto a cuchilladas en el asalto de Iztapán en sabiéndolo Cortés, le mandó quemar. Más adelante, cuenta el mismo escritor libro VIII, capítulo 1º, Medrano, español, pasado Acalá, comió de los sesos de otro español y de la asadura y sesos de un sobrino suyo, muerto de hambre en la sierra, sin que fuese por ello apercebido; y luego advierte, sin contraerse a los mexicanos, que la necesidad tan urgente no permitió llevar adelante el castigarlos por comer carne humana.

"Como Quautimoc, dice Herrera, capítulo 9º, tenía humos de rey, y veía á los castellanos en Acalá, apartados de socorro, trabajados, afligidos y descontentos con tan largo camino en tierra que no sabían, pensó en matarlos, y en especial á don Hernando Cortés, pareciéndole que de esta manera podrían salir de sujecion y volviendo á México, cobrar la libertad y el reyno: dio parte de su pensamiento á otros señores, avisó á México para que en un mismo día matasen á los castellanos, y tuvo tomados los frenos y lanzas de la gente de á caballo, esperando coyuntura". Expone el autor, que Cortés noticioso de ello, hizo proceso, y dada sentencia, fueron ahorcados Quautimoc y otros dos príncipes prisioneros, con terror y espanto de los otros.

Bernal Díaz, capítulo 177, refiere, que puestos en plática los señores mexicanos, no faltó entre ellos quien propusiese dar sobre los españoles en el paso de un río, siendo éstos pocos y muchos ellos, a que el prin-

cipe de Tacuba contestó, que valía más morir una vez, que ir muriendo cada día, oyéndole Guatemuz, sin que pasase de una plática, y que hecha información de ello, sin haber más probanzas, Cortés mandó ahorcar a Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo, y cuando le ahorcaron, dijo el Guatemuz al pie de la horca: “¡O capitán Malinche, días ha que yo tenía entendido e abia conocido tus falsas palabras, que esta muerte me avias de dar, pues yo no me la di, cuando te entregaste en mi ciudad de México (querría decir: “*pues no me la diste, cuando me entregué a tí en mi ciudad de México*”!). ¿Por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande”. El señor de Tacuba dijo, añade este escritor, que daba por bien empleada su muerte por morir junto a su señor Guatemuz; “é yo tuve gran lástima por avelles conocido tan grandes señores; y aun ellos me hacían honra en el camino en cosa que se me ofrecía. Y fue esta muerte que les dieron, prosigue, muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos aquella jornada”. Todavía al fin del capítulo añade: “avía mandado ahorcar a Guatemuz é á su primo el señor de Tacuba, sin tener justicia para ello”.

El autor del Isagoge, capítulo 9, expresa, que Cortés dejó pendiente de aquellos árboles a Guatemuz, es decir, sin sepultura y que pudo componer la seguridad del ejército y suya a menos costa de su fama, y menos ignominia de tan real persona. El señor Vidaurre, en proclama publicada en Lima, año de 1816, lamentaba, que Cortés hubiese echado a Montezuma grillos en los pies, que no merecía besar. ¿Qué habría dicho de lo sogá que echó al cuello de su digno sucesor Guatemuz?

El Obispo Casas, en la Destr. de las Ind. 8, hablando de Alvarado, dice: “Tenía éste la costumbre que cuando iba á hacer guerra á algunos pueblos ó provincias, llevaba de los ya sojuzgados indios, cuantos podía, que hiciesen guerra á los otros; y como no les daba de comer á diez y á veinte mil hombres que llevaba, consentiales que comiesen a los indios que tomaban; y así habia en su real, solemnísima carnicería de carne humana, y con estas inhumanidades, oyéndolas las otras gentes de la tierra, no sabian donde se meter de espanto”.

Herrera, 4, 10, 15, tratando de la expedición de Alvarado al Perú, refiere que llevó dos mil indios afuera de las mujeres de servicio, y entre ellos muchos señores principales. Llegado a la provincia de Xipixapa, dice este escritor, 5, 6, 1, se tomaron algunos indios de Chionana, y no pudieron los castellanos impedir que los comiesen los de Guatemala. Pasado el río Dable, dice el capítulo 2º, la dificultad de los caminos cansaba los caballos, y afligía a los indios de Guatemala, de manera que se iban muriendo; en un río hicieron puente de trescientos pasos de largo y veinte de ancho; y más adelante todo eran asperezas, sierras y malezas, hambre y sed, y cada día morían indios. Al capítulo 7º, dice: “Entrados en las sierras de nieve, los indios y los que iban á pié, no podían menear los pies; y como los indios de Guatemala que llevaban, son de flaca complexión, con aquellos grandes yelos perecian quemándoles la nieve los ojos, perdiendo dedos y pies, y algunos enteramente se quedaban elados”.

Más adelante escribe: "Los castellanos, como gente más robusta, pasaban aunque con terrible trabajo; pero llegada la noche, fué doblado el tormento; no se oían sino gemidos y suspiros, sin ningún consuelo; eláronse algunos indios é indias". "Siguiendo el camino de las sierras, dice el capítulo 8º, los infelices indios é indias lamentaban su desventura, y viéndose morir desastradamente llamaban a gritos a sus amos". Murieron en ellas, dice por último, dos mil indios y en fin, muchos de los indios que escaparon, añade, quedaron sin dedos, sin pies, y algunos ciegos.

Vuelto Alvarado á Guatemala el año de 36, y llamado de orden real por los oficiales y españoles de la provincia de Honduras alzada y revuelta, acudió a su socorro, dice un memorial del Ayuntamiento, llevando mil indios de Guatemala con sus mujeres e hijos, que ocupó en la guerra, así sometiendo unos pueblos, como sojuzgando otros; y partiendo por Trujillo a España, quedaron en aquella tierra abandonados, y pereció la mayor parte, no volviendo sino muy pocos, consumidos y viudos o huérfanos.

En la segunda armada para el Sur, dice el mismo Herrera, 7, 2, 10, que llevó Alvarado muchos indios de servicio, sin expresar número; pero habiendo sido los navíos y la armada mayor, y el número de castellanos también más crecido que el de la primera, debe colegirse que el de indígenas lo sería igualmente; y como la armada se dispersó en Nueva Galicia, y los pilotos y marineros tenían pagas adelantadas, y cada uno cogió su camino, los indígenas de Guatemala, a buen librar, quedarían dispersos en las costas de aquella provincia, y desamparados a más de cuatrocientas leguas distantes de su país.

Bernal Díaz, pone la salida de esta armada de los puertos de Guatemala en ciertos días del año de 1538; mas cabalmente de Herrera y Remesal, aparece que Alvarado en este tiempo aún no había vuelto de España. En cabildo de 19 de mayo de 1540, a que concurrieron "el muy ilustre señor el Adelantado don Pedro de Alvarado, Gobernador de estas provincias por su magestad, y los magníficos señores Hernan Mendez de sotomayor é inacio bobadilla alcaldes é antonio de salazar y el contador francisco zurrilla y juan de chavez y el veedor gonzalo ronquillo y ortega gomez, regidores. Este dia dichos señores dixeron que su señoría tiene presos á sinaca y suchil, señores de Guatemala, é que su señoría se va agora en su armada, e porque estos indios siempre an sido rebeldes, é de su estado en la tierra se teme que se levantarán é harán algún alzamiento con que la tierra se pierda, é por ende que piden á su señoría que ó los lleve en su armada ó si an hecho por que, haga justicia de ellos, porque de quedar ellos en la tierra especialmente si se huyesen de la cárcel que lo pueden bien hacer, se recrecería gran fatiga á los españoles é muerte de ellos, é su señoría dixo: que lo verá é hará lo que mas convenga".

El autor del Isagoge, al capítulo 6º, hablando de Saquechul y Sinacán, príncipes Zotohil y Kachiquel, escribe: "sobrevivieron estos dos régulos o caciques en la prisión por espacio de catorce años, hasta el año de 1541. Este año los llevó consigo don Pedro de Alvarado y los embarcó en la armada que hizo para descubrir las islas de la Especiería; en esta armada perecieron Sinacán y Sequechul, que no se supo más de ellos". Por

poco que se atienda a la calidad de los sucesos, se advierte aquí un cambio en la suerte de los señores de la tierra: Guatemuz y los otros príncipes señores de México, vienen a acabar sus días en distrito de Guatemala; Sinacán, Sequechul y otros señores de Guatemala, unos van a perecer a las sierras nevadas de Quito, y otros en la costa de Jalisco y Acapulco.

Pero no es esto todo, pues son además fatigados los indígenas con el corte y la conducción de maderas para la construcción de navíos. Hablando de Nicaragua, exclama el Obispo Casas, 6: “¡Han fatigado y opreso y sido causa de su acelerada muerte de muchas gentes en esta provincia, haciéndoles llevar la tablazón y madera de treinta leguas al puerto para hacer navíos!”.

El mismo escritor, refiriéndose a la primera y segunda armada de Alvarado, dice: “Mató infinitas gentes con hacer navios: llevaba de la mar del norte á la mar del sur 130 leguas los indios cargados con anclas de tres y cuatro quintales, que se les metian las unas de ellas por las espaldas y lomos: y llevó de esta manera mucha artillería en los hombros de los tristes desnudos y yo vide muchos cargados de artillería por los caminos angustiados. Descasaba y robaba los casados, tomándoles las mugeres y las hijas, y dábalas á los marineros y soldados, por tenellos contentos, para llevarlos en sus armadas: henchia los navios de indios donde todos perecian de sed y hambre; y es verdad, que si oviese de decir en particular sus crueldades, hiciese un gran libro que al mundo espantase. Dos armadas hizo de muchos navios cada una, con las cuales abrasó como si fuera fuego del cielo todas aquellas tierras. ¡O cuantos huérfanos hizo: cuantos robó de sus hijos: cuantos privó de su libertad: cuantas angustias y calamidades padecieron muchas gentes por él: cuantas lágrimas hizo derramar: cuantos suspiros: cuantos gemidos: cuantas soledades; y plegue á Dios que de él haya habido misericordia, y se contente con tan mala fin como al cabo le dió!”

Remesal, libro III, capítulo 20, tocando esta materia, dice: “con la venida del Alvarado se inquietó y alteró toda la tierra, y los miserables naturales pedian á los montes que cayesen sobre ellos y los cubriesen; y á la tierra, que los recogiese en sus entrañas, para escaparse de la furia que los amenazaba. Y no fue esta la primera vez que les dió este pavor y miedo, como polluelos, que ven al milano. Porque cuando el Alvarado volvió la primera vez de España, los indios de estas provincias se salieron de sus pueblos, y desamparando sus casas, y haciendas, se iban á vivir á los montes, y agora tenían mas ocasión para hacer lo mismo, porque estaban escarmentados de la armada de 1534. Y entendiendo que el adelantado traya agora el mismo propósito, y gente para armar otra flota, se inquietaron y alteraron todos, huyendo á los montes, que parecia haber despojado la tierra. Con todo eso, no le faltó gente que maltratar, ni les aprovechaba para escaparse de su perdición, que no solo alcanzó á los de Guatemala, sino también á los de Chiapa, de donde sacó gran número para pasar la jarcia y anclas desde Puerto Caballos y Trujillo á Istapa y Sonsonate”.

CAPITULO VIII

OTRAS VEJACIONES DE LOS CONQUISTADORES

Remesal, libro II, capítulo 4º, hablando del Padre Betanzos y otros predicadores en Guatemala, dice: "Este era el tema repetido y la materia mas frecuentada en los sermones, y ninguno se oya que no fuese con alguna represion de quitar la libertad á los naturales, del modo de hacerlos esclavos, del servirse de ellos sin paga de su trabajo, del cargarlos como irracionales, echarlos á las minas, y quitarles el dominio de sus cosas". Tratando del mercado, libro I, capítulo 15, que en lengua mexicana se llama *tianguetz*, y cada día se hacía al caer del sol, a donde acudían los indios, a vender y comprar lo que han menester, "había, dice, mucho desórden, que los soldados y gente licenciada tomaba a los indios lo que se les antojaba, y no les daban mas paga que muchos bofetones ó palos ó quitarles la vida con alguna puñalada". Mencionando un acuerdo del cabildo de Ciudad Real, escribe: "A los 27 de abril de 1529, mandaron: que la gente de esta villa se divida en dos escuadras: la una quede en ella, la otra vaya por la tierra á buscar bastimentos y su capitán sea Diego Holguin, que pida los bastimentos bueno a bueno, y si no se los quisieren dar, dé guerra á los indios, y los que cautivare se den por esclavos".

Casas, en tratado particular sobre la esclavitud de los indígenas, refiere cosas que, pertenecen muy especialmente a Guatemala, San Salvador, Honduras y Nicaragua. "La ménos mala, dice, y ménos fea causa que los españoles tuvieron para hacer los indios esclavos, fue moviendo contra ellos injustas guerras, según fueron las otras llenas al ménos de mayor nequicia y deformidad; porque todas las otras han sido espantables, y nunca vistas ni oídas tales novedades de maldad, para poner en admiración á todos los hombres. Aquí referire de muy muchas, algunas y pocas".

"Unos por engaños que hacian á los indios, que estuviesen con ellos, ó por miedos ó por halagos los atraían a su poder, y despues les hacian confesar delante de las justicias, que eran esclavos, sin saber o entender los inocentes, qué quería decir ser esclavos; y con esta confesion las inicuas justicias y gobernadores pasaban y mandábanles imprimir el hierro del rey en la cara, siendo sabidores ellos mismos de la maldad. Otros provocaban algunos indios malos con media arroba de vino, ó por una camisa ó otra cosa que les daban, á que hurtasen algunos muchachos huérfanos, ó los trajesen por engaños, como para convidallos, y con una manada de ellos veníanse á los españoles y hacíanles del ojo que los tomasen: los cuales los ataban y metían en los navíos ó llevábanlos por tierra, y sin hierro vendíanlos por esclavos; y aquellos plagiarios primeros, ó los segundos que los compraban, iban delante del gobernador ó justicia, y decian que los habían comprado por esclavos, y luego sin más averiguar los herraban. Algunas veces los han herrado con hierro del rey en las caras, y otras en los muslos".

“Otras veces a muchos de los indios pusieron nombres naborías de por fuerza, aviendo vergüenza de llamarlos esclavos, aunque como cosa muy segura y bien ganada, de unas manos a otras los venden y traspasan, y de esta manera y con esta justicia y orden y buena conciencia han traído á las islas Española y Cuba y San Juan de la costa de las Perlas y de Honduras y de Yucatán, y en gran manera y en inmensa cantidad, y con detestables tiránicas desvergüenzas, del infelice reyno de Venezuela y de Guatimala, y Nicaragua, para llevar á vender á Panamá y al Perú. Ninguna vez traían en un navío trescientas o cuatrocientas personas, que no echasen en la mar las ciento ó las ciento y cincuenta muertas, por no dalles de comer y de beber: porque tantos cargaban, que las vacijas que metían para agua, ni los bastimentos que llevaban, bastaban, sino para muy poco mas que para sustentarse los plagiarios, que los salteaban, ó de los otros salteadores los compraban”.

Remesal, libro VI, capítulo 2º, hace mención de una indizuela que a escondidas de su amo entró a casa del Obispo en Chiapa y bañada en lágrimas, asiéndose de sus pies, le dijo: “Padre mio, gran señor, yo soy libre, mírame, no tengo hierro en la cara: mi amo me tiene vendida por esclava”. En el libro VII, capítulo 5, refiere de un Orduña, que teniendo una india en su poder, le había puesto en el brazo unas letras que decían: “Libre”; y luego que el Obispo vino a aquella ciudad, temiendo que se la quitase, le añadió otras que decían: “Con que sirva á su amo”. Herrera, 4, 1, 7, hablando de Nicaragua, escribe: “Se dio licencia para sacar á vender esclavos á Panamá, de manera que por ambos mares habia saca de ellos”.

Otros, prosigue Casas, estando los indios seguros y pacíficos en sus pueblos y casas y repartidos o encomendados sirviendo a los españoles con cuanto tienen, enviábanlos a llamar: si eran doscientos hombres en el pueblo, mandaban al cacique y señor de él, que les enviase luego y para tal día y tal hora, trescientos hombres cargados de maíz, o para que les hiciesen alguna labranza; y como el cacique se entristeciese, como no tuviese tantos, y se detuviese pensando que haría, o de qué cumpliría lo que el español le demandaba y mandaba, por un día o dos que se tardase, levantábanle que ya no obedecía, y que estaba alzado, y que ya no venía a su mandado; pedía luego licencia al tirano gobernador, o capitán para ir contra él con gente. Ido allá hallábanlos en sus casas o en sus labranzas trabajando, y mataba los que quería, y los demás atábalos trayéndolos como habidos en buena guerra, y luego se los herraban por esclavos.

“Otros enviaban á decir a los caciques que luego biniesen cincuenta indios á trabajar en tal labranza, ó que les traxesen tantas cargas de maíz, ó de madera, ó otras cosas; y al tiempo que los querían despedir, decíanles que se quedasen de ellos diez ó quince hombres para traer yerva á los caballos aquel día, ó dos; y idos los otros, los entregaban á quien ya los tenían vendidos por esclavos y los metían en el barco y así los llevaban. Cuando las mugeres y los hijos de aquellos, que los estaban esperando, para que les diesen y truxesen de comer, ó fuesen á hacer sus labranzas, ó para gozar de la presencia las mujeres de sus maridos, y los hijos de sus padres,

veían volver los otros sus vecinos, preguntándoles por ellos, decíanles que quedaban para traer yerva para los caballos, que luego vernían; pero nunca los veyan mas de sus ojos.

“Otros decían que no los vendían por esclavos, sino por naborias: naboria quiere decir, que les sirve continuamente en casa de la misma manera que esclavo, sino que pública ni secretamente los pueden vender sin pena: de manera que solamente difieren en el nombre, porque en efecto lo mismo es. Llevábalos el que los compraba en sus colleras, y cadenas de hierro, y transportábanlos ciento y doscientas leguas, y sin tener hierro del rey, los herraban en la cara con letras de su nombre, y algunas veces los herraban con un hierro caliente, el primero que hallaban, como somos ciertos de esto. Despues que se habían servido de ellos, ó cuando querían, vendíanlos todos por esclavos, siendo todos de los indios libres, que tenía encomendados. De esta manera han despoblado toda la mayor parte de la provincia de Sant Miguel, que está entre Guatimala y Nicaragua. E yo por mis mismos ojos he visto llevarlos desta manera en cadenas.

“Otros algunas veces eran enviados por sus capitanes ó gobernadores á los pueblos de los indios á llamarlos, ó á ver de qué manera estaban; y ha acaecido venir los indios cargados de gallinas, y comida y otras cosas de presente para los españoles, y toparlos en los caminos como ovejas mansas, y comenzar á dar cuchilladas en ellos, para dar a entender que estaban alzados, y después iban al pueblo, donde hallaban los demás seguros y descuidados, y mataban los que querían, para mostrar que los hallaban de guerra y alzados, y los otros traían presos, para que se los diesen por esclavos, diciendo que los hallaban en el camino armados, y les tiraron ciertas flechas”.

Bernal Díaz, capítulo 164, refiere que Alvarado, tomado Quezaltenango, se detuvo haciendo entradas y correrías, y siempre traían presa de indios e indias; y después, tomado también Utatlán, y quemados los caciques, expone que Alvarado estuvo en la provincia de este nombre siete u ocho días haciendo entradas, y se tomaron igualmente muchos indios e indias. De Godoy, teniente de Puerto Caballos en la villa de Natividad, escribe, capítulo 181, que dende allí hizo dos entradas en la tierra dentro de unos pueblos cercanos; y todavía pidió diez soldados de los de Guazahualco, porque sin ellos no se hallaba en hacer entradas.

“Otros, con licencia de los gobernadores, que la habían á cada paso, y comúnmente se daba á todos por los grandes servicios que á los reyes de Castilla les habían hecho en roballes y destruilles, y despoblalles aquellas tierras, comenzaron y acabaron de tomar otro camino que parecía más honesto para consumir aquellas gentes; y este fue rescatar, como ellos decian, ó comprar de los mismos caciques con temor que les ponían de quemallos vivos, que por una camisa ó un sayo, le diesen tantos indios para hacer esclavos. Esta manera de tiranía y destruición de aquellos infinitos pueblos tan horrible, se hizo tan desvergonzadamente y tan á ojos vistas, que viendo el governador que se despoblaba tan rotamente la tierra, mandó que las mercedes que él hacía, de dar licencia para rescatar ó robar del

pueblo que tenía encomendado el español, nadie lo pudiese hacer de su pueblo; sino del pueblo que á otro estuviese encomendado, y así inventaron otra estraña cautela.

Decía cada español á su cacique: mirad fulano cacique, vos me habeis de dar cincuenta o cien esclavos, y no han de ser de vuestro pueblo, sino de otros indios. El cacique, como sabía que no le convenía otra cosa hacer, y que iba la vida ó la mala vida en ello, íbase al cacique de otro pueblo su vecino, y decíale; el diablo que me tiene á cargo (porque así llaman a los españoles en la provincia de Nicaragua, donde esta maldad los tiranos hacían), me pide tantos indios para hacer esclavos, y dice, que no sean de mi pueblo: dámelos tú del tuyo, y darte he yo otros tantos del mío. Respondía el otro cacique: pláceme, porque lo mismo me pide y me manda el diablo á quien me han encomendado, y tengo por señor mio. En cédula de 1 de junio de 1549, escriben Maximiliano y la reyna al Presidente Cerrato, que gobernó posteriormente. “Decis que os han informado que de esa costa del sur se an llevado al Perú mas de seis mil indios libres á vender por esclavos, de manera que han despoblado la costa. Abreis información é castigarlos heis”.

Remesal, libro III, capítulo 4º, dice: “La mayor riqueza de aquellos tiempos era el trato de los esclavos”; y en el libro VII, capítulo 17, coloca entre las clases pudientes por su giro, la gente que trataba en esclavos. En cabildo de 26 de abril de 1536, sus individuos dijeron: “no embarcante todas cuantas ordenanzas esta ciudad tiene hechas sobre la saca de los esclavos, los sacan a la continua é no se puede estorbar y esta tierra de ellos recibe mucho daño é disminucion de los naturales”. Herrera, 5, 7, 2, escribe que quince ó veinte caravelas no hacían otra cosa que cargar esclavos, y llevarlos á vender á otras partes, por el grande interés, añade, que de ello resultaba a los gobernadores, a los ministros, y a todos. Según este escritor, el no llevar marca los indígenas vendidos por esclavos en las islas, no era un obstáculo para su venta, ni una omisión que les excusase semejante suplicio; pues dice, 4, 4, 10: “Cuanto á el herrar á los indios, se tenía información, que á los que traian de otras partes, diciendo que eran esclavos, les ponían con hierro una señal en el rostro”.

Para prueba de esto, continúa Casas, entre otras millares de cosas que de los tiranos gobernadores referir podría, digo esta, que en la provincia de Nicaragua, llegada una cédula de su magestad, por la cual mandaba que esclavo ninguno se herrase, ni hiciese. Estando un navío cargándose de ellos, a medio cargar, el infelice gobernador tuvo la cédula escondida hasta que lo acabasen de henchir de indios libres, para que los llevarsen á vender por esclavos, y avisó á los ladrones plagiarios y destruidores de aquellas gentes que cargaban el navío de indios, que los allegasen y cargasen presto, porque la dicha cédula real era venida. Herrera, 8, 5, 4, hace mención de muchos indios esclavos que había en el Perú llevados de Guatemala y Nicaragua. Remesal, libro VIII, capítulo 26, la hace de los que existían dispersos en Guatemala, traídos de la Florida, y sobre ello transcribe una cédula de 28 de diciembre de 1547.

En la provincia y gobernación, de Honduras inventó otra maldad y cautela otro gobernador, no mucho menor que ésta. El debía muchos dineros de ropas y vino, y otros gastos que había hecho comprando fiado de los mercaderes que andaban en esta grangería, y estaban en el puerto ciertos navíos, que esperaban la paga que les debía en esclavos; y porque había llegado la dicha cédula de su majestad, también a aquella provincia que no hubiese más esclavos, no podía ya abiertamente hacer esclavos, para pagar sus trampas como solía. Enviados dos capitanes, uno por la ribera del mar, y otro por la tierra adentro, mandóles que de los más seguros y pacíficos indios que hallasen como ovejas en corral en sus casas y pueblos prendiesen y atasen. Prendieron y ataron gran número y cantidad de indios y traídos al puerto, hízoles poner en las caras unas letras que decían “desterrado”; queriendo dar a entender, para excusarse de las penas de la cédula, que aquel y aquellos así señalados, por ser malos los desterraban por justicia, porque no convenía que quedasen en la tierra. Y por esta manera, y con este título los vendió por esclavos y pagó sus deudas, y envió llenos y contentos los navíos.

Este mismo gobernador, una vez entre otras, hizo para sí propio tantos esclavos de los indios libres que estaban seguros en sus pueblos, que de sólo el quinto pagó al rey quinientos y tantos castellanos. Y es de saber, escribe Herrera, 2, 1, 14, que peso y castellano es todo una misma cosa. Lo cual, prosigue Casas, no pudo ser sin que fuese grande el número de ellos, según los daban tan barato, porque acontecía dar un indio por un queso, y acaeció por una yegua dar ochenta ánimas racionales, y ciento por un harto astroso caballo. ¡Jamás la especie humana ha sido puesta a más bajo precio! exclama aquí el Dr. Mier en carta a Mr. Gregoire. Una niña a escoger entre ciento, no costaba sino un tajo de tocino, siguiendo a Casas en la descripción de Yucatán, y lo mismo un joven bien formado hijo, de un príncipe Refiere el propio Herrera 1, 10, 12, que el quinto real, impuesto en el comercio y mercatura de los esclavos por la reina doña Isabel, formó parte de los gananciales del rey católico su marido; y según este escritor, 2, 2, 7, la mitad de ellos por testamento fué destinada para su alma.

Tratando de Nueva Granada, el propio Casas en el libro de la Destruic. capítulo 19, y hablando de uno de los capitanes de Guatemala, dice: “Este mesmo tirano fué á cierto pueblo que se llama Cota, y tomó muchos indios, y hizo despedazar á los perros quince ó veinte señores y principales. Las hazañas y crueldades de este hombre no las podría alguno explicar, porque son innumerables, que ha hecho en aquella tierra, y en la provincia de Guatimala, y donde quiera que ha estado”.

Herrera habla de Chiuchire o Costa Rica, como de una parte de Castilla de oro, y Casas, como de una porción de la tierra firme; y describiendo este último al capítulo 5, las vejaciones de Pedrarias, sucesor de Nicuesa, dice en ella: “El año de mil quinientos y catorce pasó á la tierra firme un infelice gobernador, crudelísimo tirano, sin alguna piedad ni aun prudencia, muy de propósito a poblar en aquella tierra con mucha gente de españoles; y aunque algunos tiranos habian ido á la tierra firme,

y habian robado y matado y escandalizado mucha gente, habia sido á la costa de la mar, salteando y robando lo que podían. Mas éste excedió á todos los otros, y sus hechos nefarios á todas las abominaciones pasadas, no solo á la costa de la mar, pero grandes tierras y reynos despobló, y mató inmensas gentes.”

“Este despobló desde muchas leguas arriba del Darién hasta el reyno y provincias de Nicaragua inclusive, que son mas de quinientas leguas, y la mejor y mas felice y poblada tierra, que se cree haber en el mundo: donde habia muy muchos grandes señores, infinitas y grandes poblaciones, grandísimas riquezas de oro: porque hasta aquel tiempo en ninguna parte habia parecido sobre la tierra tanto: porque aunque de la isla española se habia casi henchido España de oro, y de mas fino oro; pero habia sido sacado con los indios de las entrañas de la tierra.

“Entre infinitas maldades que éste hizo, y consintió hacer, el tiempo que gobernó fué, que dándole un cacique ó señor de su voluntad ó por miedo, como mas es verdad, nueve mil castellanos, no contentos con esto, prendieron al dicho señor, y átanlo á un palo sentado en el suelo, y estendidos los pies, pónenle fuego á ellos, porque diese mas oro; y él envió á su casa y trajeron otros tres mil castellanos: tórnanle á dar tormentos, y él no dando mas oro, por que no lo tenia, ó por que no lo queria dar, tuvieronle de aquella manera, hasta que los tuétanos le salieron por las plantas, y así murió; y de estos fueron infinitas veces, las que á señores mataron, y atormentaron por sacalles oro”. Herrera, 3, 4, 9, hablando de un teniente de Pedrarias en Burica, parte de Costa Rica, dice: “á los indios que prendian atormentaban para que descubriesen la mucha suma de oro, que se entendia que Urraca poseía. Habido éste á las manos, añade: y puesno le quemó, no fué poco bien el que le hizo”. El mismo Casas en el remed. 8, raz. 11, hace igual mención de Costa Rica y sus estragos; y explica cómo el uso de las encomiendas, que llama arte del diablo de matar y destruir los indios, pasó de la Española a Venezuela, Nicaragua y el Perú, y de Cuba a Nueva España, Honduras y Guatemala.

CAPITULO IX

DESPOBLACION DE AQUELLA EPOCA

He aquí los desastres que devastaron el país en la edad de los conquistadores, y fueron causa de la despoblación de aquella época. Salteamiento y cautiverio de los habitantes antes de la conquista en las costas del Norte, desde Veragua, en que dió el ejemplo Colón, hasta las Guanas, Tesulutlán y Cozumel: exterminio en la guerra de la conquista, cuyos estragos soportaron Chiapa, lo interior de Guatemala y la Costa del Sur, desde Soconusco hasta Chaparrastique: extinción, después de la conquista, en las entradas para hacer esclavos, que sufrieron Guatemala, Honduras y Nicaragua. Consunción todavía de hambre y angustia en los cami-

nos, trabajos recios, y tributos exorbitantes: de fátiga y dolencias, asaltos y robos en la costa de Tesulutlán al tránsito de Cortés; de hielo y de samparo en el transporte de indígenas al Perú y Nueva Galicia; de terror y pesadumbre en los que eran privados de sus padres e hijos, de sus maridos y mujeres, de sus trojes y corrales, de sus casas y huertas; cosunción, en fin, de desconsuelo y desesperación en los entregados a la tristeza, el desaliento y la muerte.

Sucedió en las provincias de Guatemala lo que en la isla Española, que los medios empleados por los indígenas para su remedio, cuales fueron no sembrar, ni cultivar la tierra, y huir a los montes para no tener que dar a los españoles, redundó en su daño, porque en pos del hambre vino la peste a exterminarlos. Herrera, hablando de Honduras, 3, 9, 10, dice: "Los indios no daban mantenimiento, porque no trabajaban, pensando que por falta de ello se irían los castellanos". En la dec. 4, libro I, capítulo 6º, dice: "mostraban pobreza, y no acudían con el tributo, ni sembraban la tierra, porque los castellanos se fuesen"; y al capítulo 7º, escribe: "Se rebelaron los mejores pueblos de la comarca de Trujillo y amanecieron quemados los ranchos, y los indios idos a los montes. En el libro VII, capítulo 4º, escribe: "Los indios de Xuticalpa, en viendo castellanos levantaban la comida y se iban al monte, porque se fuesen de la tierra".

Con respecto a Nicaragua, dice: "Disgustados los indios cesaban de cojer oro, y de sembrar y cultivar, y estaban tan hambrientos, que se salteaban unos á otros para comerse". En la dec. 5, libro I, capítulo 10, dice: "Hubo tanta hambre en esta provincia, de la cual sucedió tan gran mortandad, que muchos pueblos quedaron asolados, y parte había en que no se podía andar por los caminos del mal olor de los muertos. Luego, tratando de ambas provincias, refiere, que andando el tiempo sucedió, tan gran pestilencia de sarampión en la de Honduras, pegándose de casa en casa, y de pueblo en pueblo, que murió mucha gente; y más adelante escribe: "Esta misma enfermedad de sarampión y cámaras de sangre pasó a Nicaragua, y murieron muchos indios". Hablando todavía de esta provincia, dice: "Desde há dos años sucedió otra enfermedad muy general, de dolor de costado y estómago, que también se llevó muchos". Smith en la Riq. de las Nac., 1, 8, admite por causa de la mortandad numerosa en un pueblo decadente, el hambre y la miseria, como sucede en Bengala, y se ha visto en la Española.

Casas, hablando de las Indias en general, remed. 8, raz. 9, dice: "Una suerte tan amarga en que no había esperanza de remedio, hizo á infinitos indios hombres y mugeres desesperarse y darse la muerte, muchos ahorcados, muchos tomando ciertas yerbas y bebidas venenosas, con que morían luego, otros huyendo á los montes, donde los comen tigres y leones, otros de pura tristeza viendo que jamás su vida tan calamitosa, no tiene consuelo, se secan y enflaquecen, hasta que se caen muertos, como nosotros lo hemos visto por nuestros ojos". Muchas veces, dice en la raz. 11: "topamos muchos muertos, y otros boqueando, y otros con el dolor de la muerte dando gemidos". Remesal, libro I, capítulo 14, habla de unos naborias muertos en su casa sin sepultura comidos de perros y aves.

El propio Casas, hablando de las islas, dice: "No se juntaban el marido con la muger, ni se veían en ocho ó diez meses y en un año, y cuando á cabo de este tiempo se venían á juntar, venían de las hambres y trabajos tan cansados y molidos, y tan sin fuerzas, que muy poco cuidado tenían de comunicarse: y de esta manera cesó entre ellos la generación. Las criaturas que habían nacido perecían, porque las madres con el trabajo y hambre no tenían leche, para darles á mamar: otras ahogaban y mataban las criaturas de desesperadas: otras sintiéndose preñadas, tomaban yerbas con que echaban muertas las criaturas". Herrera, hablando de Nicaragua, 4, 3, 2, dice: "Estaban los indios muy descontentos y habia dos años que no dormían con sus mugeres, porque no pariesen esclavos para los castellanos".

Después de esto, no es de extrañar la despoblación rápida del territorio, que los escritores notan en la edad de los conquistadores. Casas, en la Destruic., hablando de Guatemala, capítulo 8º, dice: "Han destruído y asolado un reyno de cient leguas en cuadra, y mas, de los más felices en fertilidad y población que puede ser en el mundo; y este tirano mesmo (Alvarado), escribió, que era más poblado que el reyno de México, y dijo verdad: mas ha muerto él y sus hermanos y compañeros mas de cuatro y de cinco cuentos de ánimas en quince ó diez y seis años, desde el año de 24 hasta el de 40, y hoy matan y destruyen los que quedan, y así matarán los demás".

Tratando de Honduras, capítulo VII, dice: "Desde el año de 1524 hasta el año de 1535 asolaron aquellas provincias y reyno de Naco y Honduras ó Guaymura, que verdaderamente parecían un paraíso de deleites, y estaban más pobladas que la más frecuentada y poblada tierra, que puede ser en el mundo; y ahora pasamos y venimos por ellas, y las vimos tan despobladas y destruidas, que cualquiera persona, por dura que fuera, se le abrieran las entrañas de dolor.

"Mas, han muerto en estos once años, de dos cuentos de ánimas, y no han dejado en mas de cient leguas en cuadra dos mil personas, y éstas cada dias las matan".

Hablando de esta provincia y la de Nicaragua en el tratado de la esclavitud, después de referir, que de todo lo que avían menester de las cosas de Castilla se proveían y de esta moneda, a saber, con esclavos, lo pagaban, añade: "Y bien parece la priesa que les dieron, por que agora ocho años viniendo para acá, vi aquellas provincias y no habia cosa mas destruida ni despoblada después de la isla española". Herrera, igualmente describiendo la provincia de Honduras 4, 8, 3, dice: "Era tierra rica, con lindos valles, muy frutíferos, y poblados, en que han hecho gran daño las guerras civiles y la saca de la gente"; y más adelante, con respecto al valle de Ulancho, dice: "Es caluroso, muy grande, y muy poblado, aunque con las discordias de los castellanos perdió mucha gente". Luego, hablando de la otra provincia, 3, 4, 7, escribe: "Los pueblos de Nicaragua no eran grandes como habian muchos"; y á los trece años, en la dec. 5, libro VII, capítulo 2º, ya dice: "Estaban muy disminuidos por la mucha priesa que se habian dado en hacer esclavos".

La población abundaba igualmente en las costas, que en la tierra adentro, y fueron las que más sintieron la devastación y quedaron desiertas. Este escritor, 3, 8, 4, hablando de la llegada de Cortés a Trujillo el año de 25, expone que a siete leguas estaban dos pueblos, que se decían Chapaxina y Papayeca, cabezas de provincia. Al capítulo 6º expone, que Saavedra entró a reconocer la tierra, y andando 35 leguas, halló pueblos abundante de comida, y fueron veinte señores a darse por amigos, con que cada día entraban mantenimientos en aquella ciudad. Pero a los siete años, es decir, el año de 32, ya toda esta multitud de pueblos era acabada, y los españoles, escribe el propio autor, 5, 1, 10, quedaron tan pobres con la falta de los indios que no les pareciendo que se podrían conservar en Trujillo, determinaron de común acuerdo y parecer, de ir a poblar en el valle de Naco; cuyo asiento, según relación del propio Herrera, 6, 1, 8, por lo mismo fue también abandonado a los cuatro años es decir, el año de 1536.

Según su descripción, 4, 8, 3, en el río de Ulúa o Balahama, hay veinte leguas de hermosa ribera, la cual estaba poblada de ambas partes hasta que entra en el mar cerca del Puerto Caballos; pero despoblada la comarca lo fue el puerto que después repobló Alvarado para situar en él la llegada y registro de los navíos. Hablando de Tagusgalpa, está, dice, el río Haguaro o Aguán a la parte de Trujillo, grande y hermoso, en cuyas riberas había grandes poblaciones, y se regaban grandes heredamientos; pero en el discurso de pocos años desaparecieron igualmente, lo mismo que la provincia de Huyetlato, a 65 leguas contigua a la de Ulancho, hecha según relación suya, 3, 8, 6, teatro de contiendas y devastación. Lo propio observa 6, 1, 8, en los pueblos de la ribera del desaguadero de la laguna de Nicaragua, donde la gente de Contreras juzgaba enriquecer, dice, porque eran muchos.

El propio Herrera, 5, 9, 8, por el año de 35, hablando de los españoles emigrados de Trujillo, menciona entre otros, algunos pueblos, de que no quedó memoria, cuando dice que reunidos en Tepeapa en ocho días llegaron a Naco, muriendo, adoleciendo, y huyendo la mayor parte de los indios que llevaban; y que llegados, se envió a rogar a los del mismo Naco, a los de Quinistán, Zoluca, Zelimonga y Zula que fuesen a habitar a sus casas; respondieron que servirían pero desde la sierra, porque tenían miedo; y al cabo de muchas persuaciones volvieron, excepto los de Naco.

Sin embargo, a los que volvieron a sus casas no debe haber sido muy lisonjera su restitucion, cuando muchos de sus pueblos aparecen posteriormente acabados. Bernal Díaz, hablando de Cristóbal de Olid, capítulo 173, dice: "Se fué a un pueblo que se dice Naco, que en aquel tiempo estaba muy poblado, y había otros muchos pueblos en aquella comarca, el cual pueblo está destruido él, y todos los demas: y esto digo, porque yo los ví, y me hallé en ellos". Transitó este escritor por esta comarca el año 25 y escribía su historia por el de 58. Parece igualmente poblado el camino de ellos para Puerto Caballos, cuando llegado Sandoval con el ejército a Naco, dice al capítulo 182, acordó Sandoval de demandar a los caciques de Naco, cinco principales indios, que fuesen con ellos hasta el Puerto de Caballos, y les puso temores que si algún enojo recibía alguno de los sol-

dados, que les quemaría el pueblo, y que les iría a buscar y dar guerra, y mandó que en todos los pueblos por donde pasasen, les diesen muy bien de comer: y fueron su viaje hasta el Puerto de Caballos, donde hallaron a Cortés.

En el capítulo siguiente habla el propio Bernal Díaz de las islas Guanaxas, y escribe, que estaban pobladas; luego hace mención de Papayeca, y dice: “en aquella sazón era grande pueblo cabecera de otros pueblos, que agora está con muy poca gente ó casi ninguna”. En el capítulo 184, aparece un pueblo llamado Quemara, cuatro días de camino en la travesía de Puerto Caballos a Trujillo; saliendo de Naco para el propio Trujillo, dice: “Atravesamos muchos pueblos; á un día de camino del propio Naco para Olancho expone que estaba Quecuspán, y luego Tanchinalchapa, dos pueblos de que vino queja de que gente de Pedrarias llegó con armas y caballos, y les tomaban sus haciendas y gente”. Expresa que los pueblos de Olancho guardaban acatamiento a Cortés, y que en todas aquellas provincias le llamaban Huz, esto es, el “Capitán Viejo”. En el capítulo 187, refiere, que partiendo él propio de Naco para Guatemala, llegaron a unos pueblos que se dicen Marayani, y luego a otro que se decía Acolteca. En lo que se ve que en todas partes, y en todas direcciones había pueblos; y que no podía invocarse pluralidad de provincias, sin existir multitud de colecciones de pueblos. En fin, al capítulo 188 lamenta que no podían acabar con Cortés que se embarcase, estando llamado de México, sino que todavía quería conquistar y poblar aquella tierra, que en aquella sazón, dice, era bien poblada. Lo que denota que al tiempo que escribía, no era lo que había sido, y es puntualmente la expresión que emplea Herrera, 3, 10, 1, cuando con respecto a esta provincia, dice estaba a la sazón aquella tierra bien poblada.

La población y despoblación del Golfo Dulce es fácil de averiguar. Porque Nito, primero fue ciudad de indígenas situada en la ribera del mar, después villa de castellanos, y luego un desierto desde el tránsito de Cortés. En sus cercanías, según Bernal Díaz, capítulo 179, poco tiempo antes solían estar dos pueblos, y ya entonces se habían despoblado. Según el mismo capítulo 180 y siguiente, todavía estaban a siete leguas para Naco los puebleuelos de Cuyoacán; y siguiendo la ribera del Golfo existían unos pueblos de unas estancias a ocho leguas con bastante de comer. De esta otra banda en la desembocadura del río aparecen en la ribera otros puebleuelos con maizales; luego unos pueblos chicos, donde tenían, dice, mucho maíz y gallinas, y aun faisanes y perdices de la tierra, y palomas y más adelante otros puebleuelos llamados Tensintle y Cinacán, tan distantes de ser infelices e insignificantes, que en el primero, todavía entrando Cortés de sorpresa en la madrugada con un cuerpo de españoles y mexicanos, hallaron resistencia, y mataron ocho indios principales, dice Bernal Díaz, y Herrera quince entre unos y otros. En el segundo se suscitó tal alarma, que tuvieron los castellanos, dice este último, de hacerse fuertes en la plaza, hasta que huyeron los vecinos; y dando sobre el puebleuelo, no pudieron cargar con todo el botín de ropa y víveres. Y esto de perdices, repite Bernal Díaz, yo lo he visto en pueblos de comarca del Golfo Dulce.

Herrera, 3, 8, 3, habla de un pueblo a que llama Lequeda, a la banda meridional del lago del Golfo, 18 leguas distante de Nito, a que no llegó Cortés, lugar grande, dice, y abastecido, que tampoco sobrevivió a la conquista, lo mismo que Munguya pueblo dado en repartimiento por Alvarado, en cuyas ruinas se fundó la Nueva Sevilla, tres leguas más arriba, dice Remesal, libro VIII, capítulo 15, del puesto donde entonces se daba y recibía la hacienda que venía e iba a España, y después se llamó Bodegas Bajas.

No solamente en la costa y tierra firme de Tesulutlán, o Verapaz, se extenuó la población por los conquistadores, mas también en las islas e isletas del mismo Golfo. Juarros, trat. 5, capítulo 9º, dice: son muchas las islas que se encuentran en el seno de Honduras; mas éstas en el día se hallan casi todas desiertas. La primera que se descubrió por el almirante don Cristóbal Colón el año de 1502, fue la isla de Guanaxa, que llamó la isla de Pinos. Los indios de ella eran mansos y pacíficos, y así se dejaron apresar de los capitanes de Pedrarias, que los llevaban a vender a la Española, desponblándonos este reino. Cinco leguas al oriente de la Guanaxa está la isla Guamoreta, y a una legua de ésta la de Roatán. Fuera de éstas se hallan en el mismo Golfo las islas Mata, Guayama, Utila y Saona; y más arrimadas al puerto de Guanajos están la Guaydua, la Helen, la de San Francisco; y caminando hacia el cabo de Catoche se ven las islas Ibob, Lamanay, Zaratán y Pantoja. Todas estas islas, prosigue, son muy amenas, y producen frutos y maderas apetecibles, y al tiempo de la conquista se hallaban bien pobladas; pero las hostilidades que sufrieron de los conquistadores de Castilla de Oro, consumieron estas poblaciones; no quedando habitadas más que la de Roatán, la Guanaxa y la de Utila. Pasando a la costa de Soconusco, baste indicar de esta provincia que no era a mediados del siglo en que escribió Bernal Díaz, lo que había sido treinta años antes, cuando transitó por ella; pues dice, capítulo 164, hablando de Alvarado: desde Teguantepequez fué a la provincia de Soconusco, que era en aquel tiempo muy poblada de más de quince mil vecinos.

CAPITULO X

INCERTIDUMBRE DE ESTA DESPOBLACION

Discurriendo Casas en el trat. de la esclavitud sobre la devastación indígena, dice: "Han sido tantas las gentes que aquellos hombres desalmados y perdidos han destruído, y tanta la desvergüenza que en esto ejercitaron, que será muy dificultoso crello á quien no lo vió; pero todos los mismos que lo hicieron, sin temor ni vergüenza lo confiesan; y todo el mundo lo sabe, y lo dice, y harto claro lo testifican todas las provincias de Nicaragua, toda la de Guatemala, gran parte de la de México, toda la de Guasacualco y Tabasco, que hervía de gente, toda casi totalmente la de Panuco. Para prueba de esto, dice en el mismo tratado, véanse las residencias de todos los gobernadores pasados, y las probanzas que unos

contra otros han hecho. V. A., dice más adelante, tiene llenos los archivos de algunas residencias y de procesos, y de avisos y quejas y cartas que todas claman esta verdad". En el remed. 8, raz. 5, escribe: "Esto es así como lo decimos, y muchos mas que dejamos de decir, enterísima y potentísima verdad, y todo el mundo lo sabe; y cualquiera que el contrario dixese á V. M. o alivianare estos tan grandes delitos en presencia de V. M. le harémos con las fuerzas de la mesma verdad conocer, que es reo del crimen de lesa magestad".

Remesal, libro IV, capítulo 10, refiere: "Que hubo muchas juntas de hombres letrados que mandaron juntar los reyes en Burgos en 1512, en Aranda de Duero en 1516; en Zaragoza en 1518, en Barcelona en 1519, en Granada en 1526, otra vez en Barcelona en 1529, y en todas estas juntas se via claramente la perdicion de las indias, la destruycion de sus naturales y el daño que á la corona se seguia de lo uno y lo otro". En el capítulo 12, tratando del libro de la Destrucción de las Indias, escribe: "Fué tratado odiosísimo en aquellos tiempos, y poco amado en éstos, principalmente de los que se jactan y precian de descendiente de conquistadores, pero fué entonces necesarísimo para proponer con aquel discurso y con aquellos ejemplos la gran necesidad de justicia que en estas partes había, para que las proveyesen de ella, ántes que este nuevo mundo se acabase con el modo de proceder, que los españoles en él tenían".

"Y que fuese éste, prosigue, el intento del Padre Fr. Bartolomé de las Casas y no de infamar, ni de deshonorar á nadie en particular, échase de ver claramente, porque de los sucesos de cada provincia, sabiéndolos todos, no dixo, sino muy pocos, y los menos odiosos, dejando á los consejeros, que por la uña sacasen el león. De suerte que siéndole necesario escribir estas cosas, lo es tambien el darle gracias por su buena intención, y porque no dijo mas, pudiendo".

En el libro VII, capítulo 5º, después de referir que los tres obispos de Chiapa, Nicaragua y Guatemala, dieron traza de juntarse en la ciudad de Gracias, donde estaba la Audiencia de los Confines, dice: "Cada uno de los que estaban dió en el acuerdo sus memoriales, pidiendo jueces, para deshacer agravios, y estos papeles estan en el archivo de la audiencia, y los he visto, y por no hacer un largo catálogo de inhumanidades é injusticias no se trasladan aquí. Sólo basta decir, que respecto de las peticiones, que echaron los señores obispos de Guatemala y Nicaragua, la de menos delitos personales es la que presentó nuestro D. Fr. Bartolomé de las Casas".

Campomanes, en la Educación Popular, o bien su anotador, habla del Obispo Casas como de un impostor inquieto y bullicioso; pero Solórzano, escritor más cercano a los hechos de que se trata, después de referir, libro III, capítulo 1º, que los encomenderos fatigaban a sus encomendados más que a las bestias, escribe: "Lo cual les fue menoscabando, como lo refiere y encarece, en particular tratado, que de esto hizo el Obispo de Chiapa".

La población de México y del Perú, escribe Mr. Paw, ha sido indudablemente exagerada por los escritores españoles: tres años después de la conquista de México, fué preciso que los españoles llevasen gente de

las islas Lucayas. Confieso ingenuamente, replica el abate Clavijero, disert. 7, que no puedo leer esta observación de Mr. Paw, sin indignarme al verlo afirmar con tanto arrojo lo que es absolutamente falso; y después de rebatirlo, expone: desde entonces fué disminuyendo la población de Santo Domingo, en tales términos, que en 1540, apenas quedaron 200 indios porque desde fines del siglo XV, empezaron los españoles a sacar millares de indios de las Lucayas, para aumentar la población de la Española; pero habiendo perecido éstos también, llevaron a ella pobladores de Tierra Firme, y de otros países del continente de América, según los iban descubriendo. Aquí vienen las costas y territorios de Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Guatemala, hasta Panuco; y así concluye: lejos de sacar los españoles habitantes de las islas, para poblar á México, enviaban indios de México (y Guatemala) a las islas.

Smith, en la Riq. de la Nac., libro I, capítulo 11, expone que el ejército español, que solía no exceder de quinientos hombres, hallaba en todas partes dificultad para subsistir; y que las hambres que se dice haber ocasionado, manifiestan que las historias que pintan los territorios del continente como populosos, cultivados y abundantes, son enteramente fabulosas. Pero examinando esta observación, con respecto a Guatemala, aparece del todo infundada. El ejército de Gil González Dávila, que entra en 1522 a Nicaragua con la mitad de aquel número, no halló dificultades, sino abundancia de alimento, y conveniencias, y estuvo distante de ocasionar escasez alguna. Alvarado que penetra en Guatemala en 1524, no se queja de falta de alimento, que le sobró, sino de que la herramienta del campo era de cobre, y no de oro ni de plata; pues surtido y asistido en todos conceptos, no faltaba sino adorarlo. Cortés transita por la costa de Verapaz, no con quinientos, sino con tres mil hombres y más de mil mujeres, caballos y puercos, y no guardando la disciplina de Europa, sino hostilizando y poniendo en fuga a los vecinos, y tampoco por vías conocidas, sino, huyendo del gobernador de Cuba su rival, por los bosques y esteros de la mar, y si alguna vez pasa escasez, también encuentra abundancia de víveres, y aun de ropa, no bastando en Tayca y Sinacán 1,500 mexicanos, ni cuatro balsas para cargar con ellos. Y no se diga que estos despojos indujesen el hambre en los naturales, sino que ellos la procuraron para que se fuesen los castellanos, o morir, más bien que vivir bajo su yugo. Con que si tales son los fundamentos para la falsedad de las historias, su verdad no deja de subsistir con respecto a Guatemala.

En fuerza de ella, Mr. Robertson, libro VIII, capítulo 2, escribe: "La primera consecuencia que ha tenido para la América el establecimiento de los españoles es la disminución tan espantosa, como deplorable del número de antiguos habitantes del nuevo mundo. Haciendo observar en diferentes ocasiones las calamidades que la Europa ha llevado, sea a las islas, sea a las otras partes de la América, yo he indicado diferentes causas de la destrucción rápida de los desgraciados indios. Por todas partes donde los habitantes de la América tomaban las armas para la defensa de su libertad, parecía un grande número en combates tan desiguales; pero la desolación era todavía más grande cuando la espada era remitida

a la vaina, y que los vencedores eran pacíficos poseedores de sus conquistas. La despoblación se ha hecho sentir más fuertemente en las islas y en las provincias del continente que se extienden desde el Golfo de la Trinidad hasta las extremidades de México. Es decir, en Guatemala”.

Buffon, en “El Reino Animal”, tratando del hombre, del león y del tigre, y en el mineral del oro y la plata, refiere que los españoles en América, estimando en más estos metales que los brazos de sus habitantes, extinguieron su clase en mucha parte bajo la esclavitud, y lamenta la despoblación de su suelo suponiendo su población antigua superior a la presente, aunque relativamente inferior a la de Asia y muchas partes de Europa; y lo infiere de la existencia de aquellas fieras que desaparecen, dice, en proporción que se desmonta y puebla la tierra; bien que las armas de fuego de que carecen los indígenas, contribuyen no menos a su exterminio; y con respecto a Guatemala y Chiapa, hace mención de una población más numerosa, anterior a la conquista, fundado en las investigaciones de Gage.

Se ha visto que Alvarado y Casas testifican de una población en Guatemala superior a la de México; y Humboldt, en el ensayo político de este país, libro II, capítulo 4, después de discernir lo que puede de lo que no puede admitirse en esta materia, escribe: “Probablemente las inmediaciones de la capital de México y acaso todos los países sujetos a la dominación de Montezuma, estuvieron en lo antiguo infinitamente más poblados; así podemos inferir, que el reino de Guatemala estuvo también infinitamente más poblado”.

CAPITULO XI

VICARIATO DE CASAS EN GUATEMALA

Fray Bartolomé de las Casas pone por primera vez sus pies en Guatemala a principios del año de 1531. Venía de México, dice Remesal, libro III, capítulo 4º, de tránsito para el Perú, a embarcarse en Nicaragua, trayendo en su compañía a los Padres Minaya y Angulo, y se aposentaron en el convento de Santo Domingo de esta ciudad, que estaba sin moradores. A la voz de que había frailes en el convento, dice este escritor, acudió toda la ciudad a verlos; pero cuando se encontraron con el Padre Casas, continuo fiscal de conquistadores, se les agrió el contento que llevaban, porque entendieron que traía algunas cédulas y provisiones reales contra ellos, porque el servicio de los esclavos no les tenía muy seguras las conciencias y de cualquier aire se temían. Con todo eso disimularon y mostraron gusto. En la conversación se supo que su viaje era para el Perú, y contentáronse de detenerlos quince días. Casas apresuraba, porque había obtenido cédula en España para que Pizarro y Almagro no hiciesen más esclavos, y en prevenirlos, antes que tomasen posesión de hacerlos, tenía librado el buen suceso de su jornada.

Llegaron al puerto del Realejo, prosigue Remesal, en ocasión que se apercibía un navío para el Perú con gente y bastimentos, y se embarcaron en él. Herrera, 4, 9, 1, hace mención de dos navíos que salieron este año de Nicaragua, y hallaron a Pizarro en la isla de Puna a tiempo que pasaba a Tumbes, y volvieron tocando en Panamá, donde se hallaba Almagro; también hace mérito, libro X, capítulo 7º, de una ley que llegó, prohibiendo hacer esclavos a los rebeldes y que pareció bastante dura. Remesal expresa, que notificada la cédula real a los capitanes, prometieron guardarla y obedecerla como fieles vasallos, aunque iba contra su gusto e intereses y hacían la guerra a su costa; y que hecha esta diligencia, no pasaron a su segunda de predicar en la tierra y doctrinar a los naturales, viendo empezada la guerra y los indios alterados. Pareció pues volverse a otra provincia hasta que ésta se pacificase, y más bien al Padre Casas se agregaron algunos otros religiosos dominicos de los que seguían el ejército, y con ellos y los que fueron en su compañía, se volvieron a Nicaragua, comenzando el año de 1532.

Llorente, en la vida de Casas, pasa tan rápidamente por el período de ella concerniente a las provincias de Guatemala, que pone equivocadamente su llegada a Nicaragua, la erección de su obispado y nombramiento de obispo en 1525, siendo así que Herrera, 4, 10, 15, Dávila en su teatro y Alcedo en su diccionario, refieren lo primero al año de 1531; y Remesal, continuando la narración de la vuelta de Casas del Perú a Nicaragua, a principios del año de 1532. Expresa asimismo, que Diego Alvarez Osorio, chantre que era y defensor de indios en el Darién, había sido antes nombrado para esta Iglesia y encargado por el emperador de la fundación de un convento de dominicos en su diócesi; y que teniendo por buenaventura la venida y vuelta de estos religiosos, después de hospedados, trató con ellos, que se quedasen allí a doctrinar aquellos indios, como habían de estar en Nueva España, o en la isla de Santo Domingo, donde no había falta de ministros: y pareciendo justa la petición a Fray Bartolomé de las Casas y a los demás religiosos, fundaron casa y convento de su orden en la ciudad de León.

Comenzaron a deprender la lengua de la tierra, y en breve tiempo salieron con ello; y como el P. Angulo sabía bien la mexicana, que era la regional, luego comenzaron a catequizar y enseñar los indios en ella, y así no perdieron tiempo. Asentadas estas cosas, y corrida una mitad del año de 33, el Padre Minaya, siguió la jornada para México, y Fray Bartolomé y el Padre Angulo la tomaron para la isla de Santo Domingo, de donde habían salido, y a cuya provincia se sujetó por entonces el convento que se había fundado en Nicaragua.

Hallándose Casas en aquella isla, cuenta Herrera, 3, 5, 5, que visitó al cacique don Enrique que rebelado por la injusticia, habíase por la cordura sosegado, y le alentó a la sumisión, honrado ya con la palabra y carta del emperador; sobre cuya comunicación apercibido Casas de la Audiencia, contestó, que pregonada la paz, le era lícita, sin que ellos se la pudiesen estorbar, ni obligar a pedir su licencia. Habiendo juntado así cuatro religiosos, trató de volverse a Nicaragua, para seguir la jornada

del Perú, a ver que la cédula tuviese en efecto cumplimiento; y tomando, según parece, el camino que trajo por Honduras, no tardó en llegar, pues me consta, dice Remesal, que mediado el año de 34, estaba en esta provincia; y es por lo que expone Herrera, que el Padre Casas, hallándose en la Española, fue de los primeros que, a ruego del obispo Osorio, pasaron a ella a entender en esto.

Allí dispuso dejar los religiosos de la Española, con los que habían venido del Perú, y llevando por compañeros a los Padres Angulo y Cáncer, se embarcaron en el Realejo, para ir a Panamá, a donde iba fletado el navío, que no era de alto borde; y por este motivo, no pudiendo resistir a un recio temporal, después de mil peligros de la vida, les fue forzoso arribar al mismo puerto, de donde habían salido, y se volvieron al convento de León.

En este año, cuenta Herrera, 6, 1, 8, había sido provisto gobernador de la provincia Rodrigo Contreras, el cual a instancias de los castellanos, trató luego de descubrir el desagadero de la laguna, para enriquecer en la conquista de los pueblos de la ribera, que eran muchos; y hallándose allí el Padre Casas, se opuso al descubrimiento, y protestaba a los soldados en los sermones, en las confesiones y en todas partes que no iban con sana conciencia a entender en ello. La manera viva y tocante, dice Llorente, con que las Casas hablaba de los indios, hizo una impresión profunda sobre un gran número de los soldados de Contreras, y sobre otros españoles, de suerte que este general se vio bien pronto casi solo. Contreras dio cuenta al rey, prosigue Herrera, de que el Padre Casas le amotinaba la gente, porque los de más temerosa conciencia seguían la opinión del Padre, y no querían obedecer en esto al gobernador; y al fin nada se hizo, sino descubrir el desagadero sólo respecto al río.

Por este tiempo había sido nombrado Obispo de Guatemala, el Licenciado Marroquín, cura de la ciudad, no habiendo más sacerdotes en la provincia, sino él y el Padre Godínez, y considerando el cargo, escribió al Padre Casas a Nicaragua, entrado el año de 35, significándole la necesidad y pidiéndole el remedio nada menos que con su persona, para que con los dos compañeros que llevaba al Perú, viniese a Guatemala, donde estaba el convento de la orden en soledad por ausencia de sus fundadores; que frustrada aquella jornada, se le presentaba ésta en que los naturales estaban igualmente necesitados, y no tenían menos derecho a su socorro, con otras razones tan fuertes, que determinaron a Fray Bartolomé y a los otros dos padres a la venida. El electo Marroquín, escribe Remesal, hizo la costa de ella a los religiosos desde Nicaragua a esta ciudad; y así consta, añade, por memorias antiguas escritas de su letra en el archivo de la Audiencia, y he mostrado en el convento. En alcance del Padre Casas vino del Perú el Padre Ladrada, con que se juntaron cuatro religiosos; y dado aviso a México, a cuya provincia estaba sujeto este convento, vino nombrado el Padre Casas vicario suyo.

Desde luego comenzaron a entender todos en la instrucción de los naturales por diferentes provincias, y también recorrieron las ciudades y villas de San Cristóbal de los Llanos, Sonsonate, San Salvador y San Mi-

guel hasta Gracias. Acababa Casas de escribir el libro "Único modo de vocación de las gentes al cristianismo; por el que muestra, que era la predicación y no la guerra la que allanaba y abría los caminos a la fe; y en consecuencia, cuando predicaba a los españoles y trataba de la injusticia y tiranía de la guerra, que habían dado a los naturales de la tierra, les intimaba la obligación en que estaban de restituir los despojos: oro, plata, perlas, joyas, hacienda, esclavos y otras alhajas de sus casas y personas, con que se servían y honraban. Pero se reían los conquistadores vecinos de Santiago y demás villas de estas pláticas y sermones, y del libro, platicando entre sí, que si el predicador hacía lo que decía, que con palabras solas y persuaciones convirtiese indios y los redujese al gremio de la iglesia, haciéndolos perseverar en la religión cristiana, ellos dejarían las armas y se darían por soldados y capitanes injustos, enviarían libres los esclavos, restituirían lo ganado en la guerra, y harían todo aquello a que eran condenados por su libro y sus sermones; y todavía por curiosidad le rogaban que procurase acabar una empresa de tanto servicio a Dios, y tanta gloria para su persona.

Por este tiempo, escribe el propio Casas en la disputa con Sepúlveda, no había otra tierra por conquistar en todas las provincias de Guatemala, si no la de Tesulutlán y su comarca y estaba su población irritada contra los españoles, y siempre dispuesta a combatirlos, porque se acordaba de sus injustas guerras. Sin embargo, Casas se ofreció de su voluntad para poner por obra lo que enseñaba, disponiéndose á ir á esta provincia para reducir sus habitantes al vasallaje del rey de España, á que le tributasen, y recibiesen la fe cristiana sin ruido de armas ni soldados, sin vituallas ni equipaje; mas pusieron él y sus compañeros por condición lo que parece en escritura, que Remesal, libro III, capítulo 10, afirma vio original, fecha á 2 de mayo de 1537, otorgada por el gobernador Maldonado, en que a virtud de los poderes que tenía, se obligaba de parte de su majestad, lo primero, que durante el tiempo de cinco años no entraría español alguno en la tierra; y lo segundo que en ningún tiempo serían sus naturales encomendados a los españoles.

Poniendo por obra su designio, industrió unos indios mercaderes, que trajinaban Tesulutlán, a que contestasen unas coplas en lengua de la tierra, en que se referían la creación del mundo, la del hombre, su caída, la necesidad de la redención, la encarnación y vida de Jesucristo; con que llamada la atención del cacique y gente de Sacapulas, y llamados comedidamente á consecuencia los religiosos para su explicación, entró el P. Cáncer a Zicicastenango a pie y descalzo como andaban, siendo bien recibido y escuchado hasta obtener la conversión y bautismo de mucha gente, y su cacique tomó el nombre de Juan, y edificar iglesia: con que tomando valimiento pasó a otros pueblos, y en todos, mostraba la escritura de sus privilegios, adelantó mucho, y volvió con esta razón a los demás religiosos en la ciudad de Santiago.

Caminó entonces Fray Bartolomé con el Padre Angulo, y siendo bien recibidos en Sacapulas, determinaron pasar adelante, y entraron en Rabinal, predicándoles en la lengua de la tierra, y enseñándoles hasta co-

sas manuales, como lavarse y vestirse, y otras cosas que les parecían bien; con que se llamaban y convidaban unos a otros, y disimuladamente bajaban los de Cobán a ver cómo era aquella forma de vivir, que tomaban sus vecinos. Aumentada la ocupación llamaron al Padre Cáncer, que fuese a ayudarles; y presentada ocasión de entrar en la tierra, llegaron a Cobán, y luego a otros pueblezuelos siéndoles de mucha ayuda don Pedro y don Gaspar, caciques de Zacatepéquez de los Mameyes y de Tequititlán; y viendo que en todo sucedía bien, y no podía acabarse lo comenzado, si no se guardaba el concierto con los indios, quedando el Padre Cáncer, se vinieron Casas y Angulo a la ciudad, en la cual, tratando lo preciso con el Obispo y el Adelantado, andando el año de 38, se volvió Fray Bartolomé con el Padre Ladrada a Tesulutlán. Entonces se echó de ver, nota Remesal, que tenía la gente agrado, y que llevados por bien, y enseñados, y doctrinados despacio tomarían de corazón la fe que recibían.

En esta sazón fueron llamados a la ciudad del Obispo Marroquín, quien ponderándoles la gravedad de su cargo, la necesidad de sacerdotes y expensas que había juntado en Sevilla para más religiosos, dio lugar que se conviniese a la jornada el Padre Casas. Partió para México, pasando por Rabinal y Cobán, donde dio cuenta á los indios de su jornada, ofreciéndoles la vuelta. En México comunicó al virrey Mendoza; y éste, escribe Herrera, 6, 7, 7, siguiendo el parecer de su gran amigo Fray Bartolomé de las Casas, de no hacer los descubrimientos con mano armada, envió a diversas partes religiosos que lo hiciesen y predicasen. En fin, Casas se embarcó en Veracruz, y llegó a España a fines del año de 39. En el Consejo comenzó a negociar la ratificación de lo tratado, prohibiéndose desde luego a los españoles la entrada en tierra de Tesulutlán, por espacio de cinco años, en cédula de 17 de octubre de 1540, que transcribe Remesal, capítulo 21. Había llevado consigo a los Padres Ladrada y Cáncer; y Angulo en su lugar fue nombrado vicario del convento de esta ciudad, que con otros religiosos venidos de México, adelantó en la reducción de otros pueblos, y llegaron a Cahabón; entretanto, la inhibición de entrada de los españoles se prorrogó a otros diez años en provisión que menciona el mismo escritor, libro VIII, capítulo 16.

Mas lo que inspira ternura en el comedimiento de Casas, es que obligó a los caciques a que escribiesen al rey, y dándose por servido en ellos el monarca, contesta en carta de 1º de mayo de 1543, que transcribe Remesal, libro VII, capítulo 4: "Don Carlos por la divina clemencia emperador siempre augusto, etcétera. Por cuanto por parte de vos don Enrique, cacique de los pueblos de Zicicastenango, nos ha sido hecha relación.... E nos suplicásteis, que en remuneración de dichos vuestros servicios vos hiciésemos merced que agora ni en ningun tiempo vos ni los dichos pueblos no fuesen enagenados ni apartados de nuestra corona real, ni puestos en sujeción de otra ninguna persona de cualquiera estado ni condicion que fuese por ninguna causa ni razón. Y nos, por hacer merced, tuvimoslo por bien por ende, etcétera". Igual privilegio, añade el propio escritor, se dio a don Pedro, cacique de los Sacatepéquez, de los Mameyes y otros caciques de aquellas provincias.

La fuerza de los mismos instrumentos hace notar a Remesal, libro III, capítulo 21, que a pesar de semejantes garantías, Alvarado usó de libertad para encomendar indios y enviar españoles con mercaderías; y refieren así este escritor como Herrera 8, 5, 5, que poblada Nueva Sevilla por mercaderes de Montejo, siéndoles forzoso el servicio de los indios de la comarca, comenzaron a molestarlos por esta causa, hasta robar un pueblo, dice libro IX, capítulo 1, y tomar a un cacique la mujer, y como estaban acostumbrados no sólo a no servir españoles, pero ni a verlos ni a oírlos, sintiéronlo mucho, culpando a los padres de poco verdaderos en sus palabras, y cédulas y privilegios reales, sobre que intimada provisión del virrey Mendoza y de la audiencia en 11 de noviembre de 1547, para que no se sirviesen, ni llamasen ni entrasen a llamar indios de ningún pueblo, se exasperan más contra los naturales, haciéndolo peor y doblando los servicios y molestias. En este tiempo había el emperador escrito nuevas cartas a los caciques, congratulándoles y ofreciéndoles merced en lo que hubiese lugar, las cuales transcribe el propio Remesal, capítulo 11: había asimismo dado a la provincia el nombre de Verapaz, y mandado generalmente en otra de 30 de octubre de 1547, transcrita al capítulo 16, se despoblase cualquiera población de españoles establecida en contravención de sus privilegios: con lo que en 48 envió la Audiencia al Oidor Quiñón a despoblar y se despobló Nueva Sevilla, dando cuenta y aprobándolo el rey en carta de 4 de agosto de 1550. Alvarado, según nota este escritor, con respecto a la inhibición de la Audiencia de México sobre las encomiendas en 1539, opuso, que no convenía poner en ejecución esa orden. Juarros, tr. 5, capítulo 8º, ha lamentado la falta de esta villa, desde luego deplorando la causa que la motivó.

CAPITULO XII

NUEVAS LEYES

La edad de los conquistadores tuvo sus leyes particulares propias de aquella época. Derecho de guerra; la invasión del país, asalto de sus habitantes; cautiverio y esclavitud; derecho civil; la marcatura de los esclavos, la confiscación de sus bienes, el tributo, la servidumbre y relegación: leyes penales; la esclavitud, el asesinato, la hoguera. Leyes que tuvieron su cuna en la Española, que se extendieron a las partes descubiertas de las Indias, que temprano se aplicaron a Guatemala, rigiendo en su descubrimiento, conquista, colonización y despoblación, y a las cuales añadieron algo propio suyo sus particulares conquistadores. Alvarado hizo extensiva la esclavitud de los prisioneros de guerra, a las mujeres y a los niños. En la Verapaz, después de salteadas sus costas, impuso Cortés viatalla y bagage á filo de espada; y sólo se eximió algún tiempo esta provincia de las demás plagas, por privilegios harto violados.

Prohibida la esclavitud en los principios desde el año de 1504, y arraigada, como va expuesto, ella se sostuvo a la sombra de un supuesto permiso, y prevaleció convertida en uso y costumbre de los conquistadores, mas nunca por un acuerdo del soberano; lo mismo que las otras servidumbres. No obstante, sin estar nada otorgado, todo causaba bastante embarazo a la administración suprema, y ella fluctuaba al ímpetu de pretensiones opuestas. Mil quinientos hombres vienen atumultuados, en el segundo viaje de Colón a la Española, y porque se les obliga a trabajar, y según la expresión de Herrera no hallan el oro colgado en los árboles, vituperan la tierra, ofenden sus moradores, y en vez de ser aquellos castigados, llegan a serlo éstos, que tomando las armas en su defensa, son hostilizados, hechos esclavos, confiscados, sujetos a tributo y encomendados: se sublevan de nuevo, sucumben; y 300 señores son quemados, según va expuesto. Como era debido, Herrera, 1, 6, 4, nota, que la reina católica doña Isabel lo sintió mucho. No obstante, esta clase de legislación, duró largo tiempo; y el propio escritor, 3, 4, 9, hablando de un teniente de Pedrarias en Burica, parte de Costa Rica, dice: “a los indios que prendían atormentaban para que descubriesen la mucha suma de oro, que se entendía, poseía Urraca: habido éste á las manos, añade, y pues no le quemó, no fué poco favor el que le hizo”.

La usanza colonial no reconoce en los naturales derechos algunos; y para violarlos más a su salvo desconoce y calumnia en la persona del indígena la dignidad del hombre. Los conquistadores, dice Robertson, libro VIII, capítulo 5º, representaban a los indios como una especie imperfecta de hombres que la naturaleza había señalado con el sello de la servidumbre, incapaces de formarse para la vida social, y de comprender los principios de la religión. Fray Tomás Ortiz, consultado por el Consejo, en dictamen que transcribe Herrera, 3, 8, 10, a estilo de los fatalistas y maniqueos, califica a los indios de naturalmente malos, sin mezcla de bien. El Obispo Quevedo, según el testimonio de Remesal, libro II, capítulo 19, los reputa ante el rey de siervos por naturaleza. Los castellanos en la Española, refiere este escritor, libro III, capítulo 16, reñidos y reprendidos de “tantas crueldades e inhumanidades como usaban con los indios para que no hubiese que les argüir, vinieron a negar que los indios eran hombres, y con esto respondían a quien les afeaba el roballes sus personas, hijos y haciendas, como quien no tenía más dominio sobre lo uno y lo otro que las fieras del campo”. Esta opinión, añade, 2, 16, se extendió más de lo que fuera justo llevándola muchos a México, y nuestra provincia de Guatemala estuvo bien inficionada de ella.

La corte de España, que pudiera disipar estas invectivas contra la especie humana, y restablecer desde luego al indígena en sus derechos, no muestra oposición y afloja en ellos. Montesino, religioso dominico, levanta la voz en la Española en 1511 contra el mal tratamiento que los indios reciben bajo los repartimientos; al momento enemigos poderosos le hacen cargo, que predica contra el servicio del rey; y cuando esperan que se retracte, para quitar el escándalo del pueblo, repite su declamación, añadiendo, que en ello servía a Dios y al rey. Es denunciado, reprendido de la

corte, camina a España, se le niega audiencia y se hace oír. Se convocan juntas de juristas y teólogos para discutir la licitud de las encomiendas, y después de dos años de altercación, mandó el rey, escribe Herrera, 1, 9, 14, se diga a los padres dominicos: que cuando se mandaron repartir los indios se juntaron con los del Consejo muchos letrados, teólogos y juristas y que vistos los fundamentos, habían acordado se debían dar los indios en repartimiento, y que era conforme a derecho divino y humano, y que si cargo de conciencia había en ello, era del rey, y de quien se lo había aconsejado, y no de quien tenía los indios; y que así para adelante podrían los padres dominicos moderarse más, y proceder con más suavidad.

Sin embargo, nota el mismo escritor, se despacharon ciertas ordenanzas que contenían treinta y dos capítulos, concernientes a la cuotidad y calidad de trabajo, alimento, castigos y demás de que hace relación, y fueron las primeras leyes que se dictaron en alivio de los indígenas. Por este tenor continuaron las providencias legislativas, así en orden a esclavos, como en orden a repartimientos. Con respecto a los esclavos se dictan órdenes ya prohibiendo, ya permitiendo hacerlos, o bien limitando este permiso en los años de 14, 18, 22, 23, 26, 28, 29, 30, 32, 33, 35, y 41, que menciona Herrera en sus épocas respectivas. Cuanto a las encomiendas, ellas son abolidas a solicitud de Casas en 1516, y dados jueces ejecutores que las extingan, pero trayendo de secreto, según Remesal, 2, 15, orden para que se estuviesen como se estaban; ellas subsisten, y solamente se dan nuevas ordenanzas en alivio y beneficio de los indígenas, las cuales se renuevan en los años de 22 y 26. En el de 29 se trató otra vez de su abolición, en vista del derecho que los naturales tienen a su libertad, y nada se resuelve por la resistencia que oponen los conquistadores, representando el mérito contraído en sus empresas, hazañas, trabajos y peligros en ganar a su costa al rey el imperio de un nuevo mundo, y reclamando el derecho que tenían a ser indemnizados y remunerados: con que sólo se dieron nuevas providencias para el alivio de los indígenas.

Una de ellas fue dictada para Guatemala, el año de 36. Los primeros conquistadores, escribe Herrera, 5, 10, 9, por no entenderse bien las cosas, hicieron esclavos muchos naturales de las islas de Barlovento y provincias de Guatemala y Nicaragua, contra lo que en vida y después de ella dejó mandado la reina doña Isabel. El rey don Carlos su nieto, acudió al remedio con sus reales provisiones y ordenanzas, especialmente en Nicaragua y Guatemala, a donde era el mayor desorden, por la omisión de los gobernadores; y después de haberse puesto remedio en lo que tocaba a la esclavitud, fue informado, que aunque no con nombre de esclavos se usaba del servicio personal, y se imponía a los indios por vía de tributo; por lo cual mandó que se quitasen los servicios personales.

El propio Herrera, hablando de las ordenanzas del año de 13, advierte que no tuvieron cumplimiento: mencionando las dadas hasta el de 39, expresa que ninguna se había guardado; y ahora, tratando de la del año de 36, añade, que se suspendió su cumplimiento por la gran resistencia de los conquistadores, y por el común bien y paz de la tierra, hasta después de algún tiempo que se emprendió con mucho trabajo, y gran resistencia de los encomenderos. Casas, aludiendo a ésto en la raz. 10, dice:

“Los que allá son mas ricos, especialmente los que se jactan de conquistadores, tanta presunción y temeridad tienen, que apenas las justicias se pueden valer con ellos; y los días pasados escribió el visorey á los de Guatemala estas palabras. Pensais, creo, señores, que estos indios no han de reconocer otro Dios, ni otro rey sino vosotros”. Por aquí es de inferirse la suerte de otras ordenanzas, que se dieron en el año de 38.

Fray Bartolomé de las Casas en España, escribe Remesal, 4, 10, a vuelta de los negocios que llevaba encargados del Obispo de Guatemala don Francisco Marroquín, a cuya costa había hecho aquella jornada, comenzó a tratar con el Consejo de Indias del remedio de los grandes daños, que todas en general padecían, principalmente las provincias de Guatemala y Honduras, y las anexas a ellas y comarcas, corriendo abajo las que están entre los dos mares, que se llaman Tierra Firme, y el Perú, y que se enviase a estas partes jueces reales, que residiesen de asiento en ellas para obligar a los españoles a que guardasen lo que el rey mandaba. Halló este arbitrio buena acogida en el cardenal de Sevilla, Fray García de Loaiza, Presidente de Indias, y en todos los del Consejo que deseaban el bien de estas partes, y que el cristianísimo emperador cumpliese con la obligación que tenía, y para determinar lo que se había de hacer con más acuerdo y madurez, todo el año de 1541, y el de 42 los gastaron en juntas y consultas de letrados y personas que hubiesen estado en Indias, informándose de todos, y tomando de ellos el parecer que convenía.

Humboldt, en su viaje, 1, 9 y 25, lamentando la condición del indígena exclama: “Me complazco en decir que en medio de aquellas crueldades ejercidas por los conquistadores, no faltaron algunos hombres valerosos, que hacían entender algunos acentos de humanidad y justicia: en un siglo en que no era de esperar se fundase la libertad pública sobre instituciones civiles, se trataba al menos de defender la libertad individual”. Casas, que en esta ocasión se apresura a dar su parecer, no pudo fundar la libertad pública de los indígenas en instituciones civiles, porque las coloniales, hasta entonces dadas, no merecían este nombre: debiendo, pues, reclamar la libertad indígena, acude a los principios de la moral, al derecho natural y de gentes, al derecho canónico y al civil de los romanos.

Fundado en ellos compone y presenta diferentes tratados. En uno, solicita la libertad de los esclavos, poniendo de manifiesto los medios viciosos con que han sido hechos, la injusticia y voluntariedad de las guerras en que han sido tomados, y la obligación del príncipe y los particulares de restituirla; en otro, insta por la abolición de las encomiendas, que otra vez había pedido, proponiendo varias razones con que prueba ser ellas una servidumbre equivalente a la esclavitud, la cual ni potestad real podía inducir, ni los indios soportar, ni semejante señorío ser fiado a españoles sus mortales enemigos. En otro, por último, confiesa los afanes y angustias de los conquistadores, pero no su mérito, mostrando que menos habrían aventurado trabajando en el país en cosas útiles, que salteando, robando, matando y quemando sus habitantes: que lejos de servir a su alteza real adquiriéndole el imperio de estas innumerables gentes a su costa, se lo habían quitado destruyéndolas y tomando de ellas las expensas:

que en vez de haberle granjeado las riquezas de un nuevo mundo, se habían apoderado de muchos tesoros, y privádoles de ellos, y de otros que le habrían tributado sus príncipes; y en fin, que todas sus inmensas poblaciones en espacio de 40 años, se habían aniquilado en poder de los españoles, como sal en agua. De que infería el autor el ningún derecho que tenían los conquistadores, aun para estar en las Indias, y la necesidad de quitarles luego los esclavos y las encomiendas.

No era cosa que pesaba a la corte el que se disminuyese a sus ojos el mérito de los conquistadores, según parece del ceño con que fueron vistos Colón y Cortés, y en que Alvarado sacó mejor partido. El oro y la plata, nota Robertson, y las producciones de la tierra atraieron al fin sus miradas, para entender la importancia del nuevo mundo, y advertir que si no se contenía la despoblación de su suelo, nada le interesaría reinar sobre un vasto desierto; y habiendo los reyes débilmente contribuido a su descubrimiento, y muy poco a la conquista, desde luego ejercieron la función de legisladores. Carlos V., diligente y aplicado a los negocios, asiste por sí a las juntas, y en ellas se disponen ciertas ordenanzas, llamadas entonces nuevas leyes, de las cuales hace relación Herrera, y transcribe Remesal en número de 39, dadas en Barcelona a 20 de noviembre de 1542. En el original, que existe en la biblioteca de la Academia, impreso con privilegio en Alcalá por Juan de Brocar, año de 1543, se encuentran con nuevo encabezamiento del emperador otras 6 adicionadas a las anteriores fechas en Valladolid, a 4 de junio del mismo año, con que llegan a 45; y aunque pocas en número, ellas dan los puntos cardinales, que más adelante se desarrollaron en la legislación de este vasto imperio, en que por esto tomaron el lugar de unas instituciones civiles con respecto a los indígenas.

En orden a la esclavitud no se sigue en todo, sino en parte el aviso de Casas de libertar a los esclavos, porque sólo se mandan poner en libertad por la ordenanza 21 los hechos contra razón y derecho, esto es, contra las provisiones e instrucciones dadas. Esta medida suavizaba el mal, porque en México, San Miguel, Honduras, Nicaragua, Tierra Firme y el Perú, se habían hecho muchos en contravención de prohibiciones anteriores, y limitaciones puestas a los permisos dados. Pero subsistían bajo este yugo los esclavos hechos en la guerra conforme a provisiones y permisos anteriores, y éstos se estimaban hechos conforme a razón y justicia, y poseídos legítimamente: lo cual infería un agravio a la razón y a la clase indígena; a ésta porque era hacerla raza de esclavos; y a la razón, porque la injusticia de las guerras era demostrada, y en los anales mismos de Guatemala aparece, que la contrarrevolución sucedida en todo el país en ausencia del Adelantado, y sofocada por él y sus capitanes, fue instigada y provocada por ellos, y el teniente su hermano. La codicia de algunos capitanes, observa Herrera, 8, 6, 16, hizo su parte de daño, haciendo informaciones contra los inocentes, siendo testigos los mismos soldados, que iban a la parte de los mismos esclavos: si algunos se volvían a levantar, no era suya toda la culpa, sino de la gente de guerra que aborrecía la paz.

En orden a las encomiendas, tampoco se siguió en todo el dictamen de Casas; pero se siguió en mucho, porque se mandan quitar las encomiendas a los gobernadores, oidores, oficiales reales, iglesias y monasterios; se quitan a los ausentes, a los que hayan dado malos tratamientos, a los que carezcan de título de ellas; disminuyen las que sean excesivas; prohíben darse en adelante; y únicamente dejan en lo presente las provistas hasta su vacación, con derecho sólo a lo tasado, en la tasación que se haga de tributos, y con prohibición de todo servicio personal y el de minas y tamenes, previniéndose por último, que las personas beneméritas, acreedoras a remuneración o socorro de esta clase, sólo tengan derecho a una cantidad pecuniaria de lo recaudado de tributos en la caja de real hacienda.

CAPITULO XIII

AUDIENCIA DE LOS CONFINES

La institución de una Audiencia en Guatemala se anunciaba desde el año de 1534. Y porque se iba echando de ver, escribe Herrera, 5, 7, 2, las extorsiones que hacían las justicias en Guatemala, Honduras, Nicaragua, y otras de aquellas partes, y que por estar apartada la Real Audiencia de México, no las podía remediar con la brevedad conveniente, se iba pensando en poner una Audiencia para el gobierno de estas provincias. En 1538 era aún más urgente la necesidad en el Perú, por las disensiones de los conquistadores, en que prevaleciendo Pizarro, guardaba poco miramiento; y todavía en contemplación suya, no pareció poner Audiencia, sino en Panamá, con autoridad sobre las provincias de Nicaragua y Castilla de Oro, Cartagena, el Perú, Río de la Plata, y estrecho de Magallanes, encargándose a los oidores, dice el mismo escritor, 6, 5, 4, en instrucción particular entre otras cosas, averiguasen, si convendría juntar las provincias de Nicaragua y Guatemala para que todo fuese una gobernación, y se excusasen algunas diferencias, que habían sucedido y sucedían.

En el año de 41, cuenta el propio Herrera, 7, 2, 11, que sabida por el rey la muerte del Adelantado de Guatemala, don Pedro de Alvarado, fue dando orden de que estas provincias se gobernasen por una Audiencia; y en el año de 42, refiere asimismo, libro VI, capítulo 4, que habida noticia de la muerte de Pizarro, se comenzó a platicar igualmente el poner virrey y Audiencia en el Perú; y como al propio tiempo los padres dominicos, entre ellos Fray Bartolomé de las Casas, ponían al rey en conciencia el que aplicase brevemente remedio a excesos que prevalecían en estas partes, finalmente se ordenó el establecimiento de ambas audiencias, suprimiéndose la de Panamá, y se puso por ley entre las ordenanzas dadas, el propio año de 42 y el de 43, de las cuales la concerniente a Guatemala viene a ser undécima, y dice: "Otro si mandamos, que se ponga una Audiencia Real en los confines de Guatemala y Nicaragua, en que haya cuatro oidores letrados, y el uno de ellos sea Presidente, como por nos fuere ordenado, y al presente mandamos, que presida el Licenciado Maldonado, que es Oidor de la Audiencia que reside en México".

Se hizo nombramiento de los otros tres individuos en los Licenciados Herrera, Quiñónez y Rogel, por carta de 3 de septiembre de 43, que cita Remesal, libro IV, capítulo 14, con orden de que viniesen luego a ejercer su oficio; y en real provisión dada días después, que igualmente menciona, se la dan por distrito de esta banda las provincias de Yucatán, Tabasco, Cozumel, Chiapa, Soconusco y Guatemala, y de otra la de Castilla de Oro, que comprendían, dice, Nicaragua, Costa Rica, Veragua y el Darién, quedando en el centro la de Honduras y su capital, que ya entonces era la Nueva Valladolid, para su residencia. Tan dilatada como esto, añade, era su jurisdicción.

Este no es un punto claro en Herrera; pues aunque la comisión de Armendaris, de que habla, libro VI, capítulo 6º, y se extendía desde Popayán hasta Santa Marta no comprendía Panamá, y en el libro VII, capítulo 14, se ve a la Audiencia de los Confines ejercer jurisdicción en este distrito el año de 44, al propio tiempo nota, que distando menos de México, Yucatán, Tabasco y Cozumel, se desmembraron, hasta que trasladada la Audiencia primero a Gracias y después a Guatemala, el año de 49, se restituyeron a su distrito en el de 50; y hablando en la dec. 4, libro VIII, capítulo 8º, de su jurisdicción, expresa que se extendía desde los postreros términos de Tecoaatepec y acababa en los de Costa Rica. Atendiendo a linderos naturales, escribe Humboldt en su viaje, libro IX, capítulo 26, parecería bastante natural que Guatemala pudiese unir algún día los istmos de Veragua y Panamá al de Costa Rica.

Prosigue la ley ordenando, que esta Audiencia tenga a su cargo la gobernación de las dichas provincias y sus adherentes: en las cuales no ha de haber gobernadores: si por nos otra cosa fuese ordenado. A la sazón muchas de ellas carecían de gobernador: la de Guatemala no lo tenía por muerte de Alvarado: igualmente la de Honduras, que estaba a su cargo; de modo que cuando Maldonado vino nombrado interinamente por la Audiencia de Nueva España para este Gobierno, según parece en cabildo de 7 de mayo de 42, los hondurenses, dice Herrera, 7, 4, 17, ni quisieron recibirle, oponiendo ser aquella provincia separada, y nombraron al veedor García Célis. Este escritor, anuncia que Diego Gutiérrez hizo dejación del gobierno de Costa Rica; y asimismo, libro VI, capítulo 6º, que Rodrigo Contreras estaba acusado y fue separado del de Nicaragua. A Montejó, adelantado de Yucatán, que acudió al recibimiento y apertura de la Audiencia el 16 de mayo de 44, advierte Remesal, que se notificó una provisión real, para que cesase en sus funciones; pero produciendo el asiento que tenía desde la conquista de aquellas provincias, en cuya posesión, a juicio de Herrera, 5, 9, 8, le había mantenido el rey, se le otorgó continuarse en su gobierno. Según este escritor, 8, 2, 6, y 6, 1, en Panamá era gobernador por el rey el Doctor Rivera, el año de 46, y en el de 50 lo era Clavijo.

Las nuevas leyes que se divulgaron por todas partes, antes de ser publicadas, llegaron también a Guatemala, y causaron mucha turbación en sus vecinos cuenta Remesal, libro VII, capítulo 11, mayormente cuando entendieron que se fundaba una Audiencia en el territorio, y juntando cabildo en 12 de octubre de 43, acordaron de suplicar al rey de las relati-

vas a esclavos, y otras que había proveído en perjuicio de estas partes y en deservicio suyo, que de ejecutarse era para despoblarse la tierra, e perder sus casas e haciendas. Las ideas sobre lo justo e injusto, en el concepto de los conquistadores y colonos, estaban formadas partiendo del principio y fundamento de ser justas las guerras hechas a los indígenas: a consecuencia de esto, estimaban justas la esclavitud de unos y la servidumbre de otros; y siendo justo en su juicio lo uno y lo otro, no dudaban del agravio que recibían en que se disminuyesen los esclavos y las encomiendas. De aquí es que las nuevas leyes eran injustas para los conquistadores, y justas a los ojos del legislador que disminuía el mal, ya que no lo abolía enteramente.

Entre tanto, la Audiencia se estableció y los capitulares de Guatemala, continúa Remesal, no convenían en la persona que llevase su embajada a la corte. Primero votaron en el gobernador Maldonado, que no pudo aceptar el cargo: luego se comprometieron en el voto del Obispo Marroquín y de otros cinco sujetos, por ser caballeros e conquistadores de la tierra e principales de ella. Comenzado el año de 44 entraron en nuevas perplejidades, hasta que se convinieron en Méndez y Chávez; y todavía ocurrieron otras diferencias, en que pasó todo el año de 45, porque uno de los principales negocios era llevar una grande representación contra Fray Bartolomé de las Casas, a quien hacían sugesor de las leyes. Llegado el año de 46, mudaron de intento, determinando dirigir su reclamación por sí a la Audiencia; y al fin nada se hizo.

Poco antes había sido nombrado Casas Obispo de Chiapa, y venido a servir su iglesia, prohibió a los sacerdotes de su distrito la absolución de los que tuviesen indios esclavos, reservándola para sí y sus comisionados para el evento que les diesen libertad, y caucionasen la restitución de sus daños y perjuicios; y asentadas algún tanto las cosas de su diócesi, dispuso viaje tomando camino para la Verapaz, en que reconoció el estado de aquellos pueblos, y siguió su jornada para la ciudad de Gracias, a verse con el Presidente y Oidores de la Audiencia, disponiéndola de modo, nota el mismo escritor, capítulo 5º, que concurrieron con él el año de 46 el Obispo de Guatemala Marroquín y Valdivieso de Nicaragua, sucesor, según Herrera, 6, 5. 3, de Maldivia, omitido en la cronología de Alcedo. Todos tres juntos, dice, favoreciéndose unos a otros pidieron la ejecución de las leyes, y la libertad de los indios; y todos tres fueron muy mal oídos; y en particular el de Chiapa, como si la Audiencia, Presidente y Oidores, no fueran hechura suya. Con todo eso, prosigue Remesal, capítulo 13, con gran acuerdo y prudencia se detuvieron éstos en resolver sobre la ejecución de las leyes, mirando lo que pasaba en el Perú, y lo que por el mismo caso había de preñeces en toda la Nueva España; y así esperaron hasta ver en lo que paraba lo de una y de otra parte, y sólo le dieron al señor Fray Bartolomé de las Casas un Oidor, para que tasase los tributos, y quitase algo de lo mucho que excedían las posibilidades de quien los había de pagar.

En otras partes de las Indias causaron igual turbación las nuevas leyes, pero mayor en Nueva España y el Perú. En México, al Visitador Tello, que vino por ejecutor de ellas, estuvieron para salir a recibir de

luto, si no lo reprendiera y estorbara el virrey Mendoza; y aunque recibido con respeto, apenas alojado en la posada, que tomó en Santo Domingo, entraron los capitulares, seguidos de multitud de personas, que con ser espacioso el convento, le llenaron, y anunciando luego la apelación que hacían de las leyes, hubo de apercibirles la falta de comedimiento con que la hacían, previniéndoles se juntasen en cabildo, y confiriendo todo lo que les pareciese gravoso en ellas, se lo comunicasen por medio de dos comisionados, como lo ejecutaron, expresentando él aflicción y tristeza de los que perdían su sustento; que aquellas leyes se habían hecho por los que no habían visto los trabajos, hambres, peligros y sangre, con que los conquistadores habían comprado aquel imperio para la corona de Castilla: que con ellas se les ponía en gran desesperación; y habían sido hechas a instancias de unos pocos religiosos, que con escrupuloso zelo y oculta ambición, deseaban arrogarse el imperio de la tierra.

Al día siguiente hizo pregonar las leyes, estando presente el virrey, Audiencia y un numeroso concurso, y en concluyendo el pregón, el procurador de la ciudad quiso romper por toda la gente, haciendo algún alboroto para llegar al Visitador, dando otras muestras de inquietud, y para sosegarlos hizo un razonamiento, ofreciendo no ejecutar las que fuesen en perjuicio, y escribir a S. M. en su favor, a lo que propendieron el virrey y el arzobispo. Y así fue que tratada con él la forma de la suplicación, caminaron los comisionados con carta suya, que contenía 25 capítulos de reforma, y llegando hasta Alemania, donde se hallaba el emperador, obtuvieron cédula para el Visitador, en que le prevenía sobreseyese en la ejecución de las leyes, hasta que otra cosa se ordenase. Herrera, 1, 10, c. 13, sólo expone que llegaron a Castilla, que el consejo consultó al rey que se hallaba en Flandes, y que las leyes reclamadas eran cuatro o cinco; a saber: la que incorporaba a la corona los repartimientos por muerte de sus poseedores con exclusión de la mujer e hijos, la que los quitaba a gobernadores, oidores, oficiales, iglesias, monasterios y hospitales, la que vedaba cargar los indios, y aplicarlos a minas, y las que inhibían juicios sobre indios, y la suplicación a España por menor cantidad de diez mil pesos de oro.

Había otra ley concerniente al Perú, y era la que quitaba las encomiendas a las personas principales, notablemente culpadas en las revoluciones de Pizarro y Almagro, los cuales se unieron en lamentar la privación que sufrían, y aumentándose el número de los agraviados, todos se mostraron irritados, recordando cada cual los servicios hechos a la corona, con tanto derramamiento de su sangre y peligros de sus vidas; considerando que muertos ellos, sus mujeres y sus hijos habían de quedar privados de lo que tan caro les había costado; descubriendo las heridas de su cuerpo, los brazos mancos, y piernas despedazadas. En suma, todo era angustias, quejas, lamentaciones, y aun amenazas, diciendo abiertamente que la corona ningún derecho tenía a los reinos, sino el que ellos le habían dado con su sangre.

El atrevimiento pasara adelante, nota Herrera, libro VI, capítulo 11, si el gobernador Vaca de Castro no hubiera sido freno para ello, im-

poniendo respeto por una parte y por otra dando esperanzas de remedio e inspirando a los cabildos la suplicación de las leyes; mas el virrey Vela, venido por ejecutor de las leyes, embargando en Nombre de Dios dinero de ventas de esclavos, dando libertad a los que había en Panamá, y rehusando en la entrada del Perú el servicio de indios que no fuese voluntario, moderado y pagado, ya en Lima incierto en el partido que había de tomar, todavía hizo publicación de las leyes, y avisado de que Gonzalo Pizarro, confinado en las Charcas, es interpelado de la multitud para que tome la voz por todos, y se determina a hacerlo con las armas en la mano, no lo cree, hasta que ocupa el Cuzco, ni toma prevenciones, hasta que se apodera de la artillería que había alejado de él el gobernador Castro. Desconfía de éste el virrey, y le reduce a prisión a tiempo que le visita, aunque luego le dio libertad. La Audiencia de su parte toma el partido de los inquietos contra el virrey para apoderarse del gobierno, y remitiéndolo preso a España, uno de los oidores su conductor, con interés del perdón, le da libertad lejos de la capital, pero cerca de otros puntos en que tienen recursos para recobrar la autoridad; con lo que llegaron a tres las partes beligerantes. He aquí la suerte que corrían las nuevas leyes en el Perú.

En España, llegada la noticia de estas alteraciones, vino de Flandes la respuesta del rey, en que decía al consejo, que oídos los procuradores de Nueva España, se ordenase lo que pareciese más conveniente. Como Tello, había ido también por visitador del virrey y la Audiencia, lo primero que se acordó fué enviarle orden, para que concluidas una y otra visita, se volviese, y todavía por contentar a los procuradores, se tomaron en consideración las leyes suplicadas, y de ellas se revocó la que quitaba en las encomiendas la sucesión de la mujer e hijos de los poseedores, y se modificaron las que inhibían los juicios sobre encomiendas, y las suplicaciones al consejo, permitiendo los primeros ante las audiencias, y las segundas en cantidad de más de seis mil pesos, quedando vigentes las otras. Los procuradores tuvieron a bien el éxito de la jornada, llevando estas provisiones, que también se dirigieron al virrey del Perú, para alentarle en la defensa de la autoridad, y desarmar en esta parte a los rebeldes, y asimismo se remitieron, expone Herrera, libro X, capítulo 13, a Popayán, Nuevo Reino de Granada y otras partes, de que enviaron procuradores. A Guatemala, aunque no los envió, advierte Remesal, fueron remitidas en cédulas de 20 de noviembre de 45, 20 de marzo de 46, y 30 de junio de 47. La ventaja que Guatemala llevó en esta parte, fué debida a dos circunstancias que concurrieron en ella: la primera, de que a este reino no vinieron visitadores, ejecutores específicos de las leyes, como vinieron a Nueva España, Nuevo Reino de Granada y Popayán; segunda, que no vino de improviso con ellas un gobernador nuevo, destituido de la experiencia y previsión de un antecesor, como fué al Perú el virrey Vela; sino que fueron remitidas, y fué nombrado Presidente Maldonado, que era gobernador interino por fallecimiento de Alvarado, y lo había sido antes, en ausencia suya.

Entre tanto, presidente y oidores no comprometidos en su autoridad, ni con suplicación alguna, se hallan en aptitud para proceder a la ejecución de las leyes no suplicadas en parte alguna, o que siéndolo, no

fueron revocadas. Y así Quiñónez residencia los oidores en Panamá, y hacer la libertad a los indios esclavos del Perú, que había en aquella ciudad; Herrera residencia en Nicaragua al gobernador Contreras, y desaprueba el traspaso que hace de sus encomiendas en su mujer e hijos, quitándoles los indios e incorporándolos en la corona; y por último, Rogel, según el testimonio de Remesal, pasa a Chiapa a la tasación de tributos de aquella provincia, en cumplimiento de las adicionales de 43. Y para que se haga otro tanto en las demás provincias, el príncipe escribe al Obispo Marroquín en 16 de marzo de 46, que solicite la dicha tasación y disminución de los tributos, y al Presidente de la Audiencia de los Confines, que sin falta ninguna la haga con toda brevedad. Los oficiales reales, para evitar la privación de las encomiendas, renuncian los oficios; y el Alcalde Mayor de Cuscatlán, por lo mismo, hace dejación de la vara. Sólo Montejo, gobernador de Yucatán, que había casado una hija suya con el Presidente Maldonado, según el propio Remesal, no hace novedad en las suyas.

Casas, vuelto a su obispado, no era muy aplaudido en su régimen. La grey y todo el nuevo mundo, dice Remesal, capítulo 15, estaba escandalizada de la reservación hecha en la absolución de los poseedores de esclavos y encomiendas. Se culpaba al Obispo y los que seguían su doctrina de indiscretos, y que alborotaban la tierra, atribuyendo esto a soberbia, con que se tenían por más acertados que cuantos acá había. A los padres dominicos de Chiapa escribieron otros eclesiásticos y religiosos, y al mismo Obispo otros obispos y personas letradas, y aun el virrey de Nueva España, para retraerle de ella. El visitador Tello, en carta suya, le nota de duro y terco, porfiado e imprudente, de único y sólo en negar los sacramentos, condenando en este hecho lo que otros obispos y hombres doctos hacían. Y uno de los principales de México le dice en otra, que la Audiencia de los confines no acertaba en proceder de hecho con él; y aun a los vecinos escribían, que grandes debían ser sus pecados, que castigaba Dios con un azote como enviarles aquel anticristo por Obispo, haciéndole causante de las turbulencias de los indios.

El propio escritor advierte, que mal se achacaba al Obispo de Chiapa el ser singular en su doctrina: que como ni los unos, ni los otros, dice, libro VI, capítulo 5º, habían bajado a la ciudad de Santiago, ni a la provincia de Guatemala, no sabían lo que pasaba allá en este caso, que era lo mismo, y muchos años antes que en Ciudad Real; porque el santo Obispo, digno de eterna memoria don Francisco Marroquín, aun siendo cura de la ciudad de Santiago, abominó siempre el hacer los indios esclavos, y siguiendo al Padre Fray Domingo Betanzos, que fué el primero que trajo la doctrina a la tierra, predicó siempre contra aquel modo de cautiverio, y sobre él escribió veces al Consejo de las Indias, de donde el mismo Consejo vino a tener noticias de su persona, para darle el obispado como hombre de quien se tenía esperanzas que procuraría la salvación de los españoles, y el bien de los naturales. Siendo Obispo, hizo un memorial de confesores muy docto, y dióle a todos los de su obispado, diciendo los casos en que habían de negar la absolución al penitente, y los que reservaba para sí: y sobre ellos tuvo muchos y muy grandes disgustos en su ciudad,

y no menores murmuraciones que el señor Fray Bartolomé de las Casas en Ciudad Real; y por el mismo caso las padecieron también el Padre Fray Pedro de Angulo y sus compañeros, hasta llegar los regidores a hacer informaciones contra ellos, y enviarlas al Consejo, para infamarlos y desacreditarlos con el rey y sus ministros.

CAPITULO XIV

MEMORIALES DE LOS CONQUISTADORES

En uno dirigido al rey en 19 de noviembre de 1539, dice el Ayuntamiento: "Fray Bartolomé de las Casas, de la Orden de Santo Domingo vino a esta tierra puede haber tres años, y entre otras cosas que nos ha predicado y dicho, dice, que por la orden que V. M. a mandado conquistar estas partes, no a sido conforme a la que su A. Mandó y que así ni V. M. a podido llevar sus quintos reales, ni nosotros lo demas que dellos avemos avido, y que todos somos obligados a restituir lo que así avemos avido y tenemos, y así mesmo los esclavos que se an hecho, que no ovo razon para hacerlos, y que los debemos ahorrar... Suplicamos a V. M. en lo que dice este religioso, lo mande ver y examinar, y consultar con los de su consejo, y si es así, sea servido mandárnoslo hacer saber, porque no será V. M. servido, ni posible que vivamos en esta tierra, ni las demás se conquisten, sino aviendo venido mozos, nos volvamos viejos y pobres".

En otro de 20 de abril de 1540, dice al rey: "Abrá cinco dias que vimos dos cédulas que V. M. fue servido mandar escribir al Obispo y Gobernador desta provincia, de que no ménos se escandalizó este pueblo. V. M. se maravillaría si particularmente se oviese de dar cuenta de las cosas de Fray Bartolomé de las Casas. En tres años que estubo en esta tierra no residió en ella el uno en todas las veces, por que con sus novedades no hizo, sino irse y venirse a la provincia de nicaragua por mar y por tierra, y a méxico, y con todos los buenos tratamientos que se le hicieron, no fuimos parte para qué reposase, y administrase los naturales. En 15 de septiembre de 42, informando sobre la provisión venida para que no fuese gente de guerra a Tesulutlán, decimos, son sus palabras, que lo que los frailes pidieron fué muy injusto; y en orden a reducir éstos de paz a los naturales, añaden que vernia mucho daño, porque sería una manera de burla, y después cuando les quisiese mandar alguna cosa cumpliera al real servicio de su mag. no lo harian y se revelarían".

En memorial de 10 de septiembre de 43, se lee lo siguiente: "S. C. R. M. Los mas fieles vasallos vecinos de Guatimala, que V. M. tiene, besamos los pies y manos de V. M. en respuesta de ciertas relaciones que a esta provincia y gobernacion an llegado, y segun se publica así las á mandado V. M. apregonar y guardar. Decimos que no obstante que por no aver visto su real firma, no las podemos creer, estamos tan escandalizados, como si nos enviara a mandar cortar las cabezas. Porque si es así

como se dice, es decir á la clara, que todos los que acá estamos, somos malos cristianos, y traidores á nuestro Dios y á nuestro rey, á quien con tanta fidelidad avemos servido con vidas y haciendas, y muchos de treinta años, otros de veinte é cinco años, y ninguno baja de veinte. Al fin de la jornada y de tanto tiempo, obligado estaba V. M. como cristianísimo príncipe amar á sus vasallos, y al fin é remate de sus vidas, mostrarles mayores señales de amor, y esto en cumplirles las mercedes comenzadas y aumentarles, y no que áyamos venido á ser condenados en costas, y pribados de las mercedes que V. M. está obligado azas á nosotros y á nuestros sucesores.

“Cathólico Cesar, afirmase por las dichas relaciones, que perdamos la esperanza que nuestros hijos ayan de gozar de mercedes que nosotros que somos sus padres al presente gozamos é poseemos en nombre de V. M. Atonitos quedamos y faltos de juicio, porque no hallamos como ayan sido tan graves nuestras maldades, que merezcan un juicio tan riguroso, sin mezcla de ninguna clemencia, y de una imperial persona monarca del mundo, que está tan obligado á estender la mano, para hacer mercedes.

“Quieren nos certificar que a sido parte para esta sentencia tan cruel un fray Bartolomé de las Casas. Mucho nos admira esto, invicto príncipe, que vuestra cosa tan antigua, comenzada de vuestros cathólicos agüelos, pasada por tantas manos, entendida por tan buenos juicios, tan sanos, tan abastantes en letras, se venga todo a trastornar por un frayle, no letrado, no santo, invidioso, vanaglorioso, apasionado, inquieto, y no fulto de cudicia. De todo se puede hacer clara probanza, y sobre todo escandaloso, y tanto que en parte de estas Indias no á estado que lo ayan echado, ni en monasterio lo pueden sufrir, ni él es para obedecer á nayde, é por eso nunca pára. En sola esta ciudad y gobernacion cupo por contemplación de nuestro perlado, y le sofrimos. Ciertamente el padre Fray Bartolomé es el solo bueno, y todos debemos ser malos.

“Bien estamos certificados, que como cathólico príncipe y señor, será servido de nos oyr, y si fuere bueno, nuestro parecer y prueba, creemos e tenemos por cierto que como buen juez y cristianísimo, mudará sentencia.

“Dos cosas tenemos por cierto: que V. M. quiere y desea: la primera el bien de los indios: lo otro es que se aumenten sus rentas reales. Estas dos cosas son todo lo esencial que se debe querer y procurar. Esté V. M. cierto que si es así, como se pregoná por estas calles, que lo uno ni lo otro puede aver efecto, porque seria perderlo todo. Engañase al padre religioso; Dios se lo perdone que: otros ay acá, que saben tanto y algo más que él, y con zelo muy santo y sin pasion lo an mirado y estudiado, que nadie les hace ventaja, y sabran dar orden, como se cumpla al descargo de vuestra real conciencia, y aumento de las rentas reales, y que los pueblos de los españoles no se desagan, y los conquistadores y pobladores no se quejen ni anden dando voces por las calles pidiendo justicia á Dios y á V. M. Y esto puede ser así, porque V. M. no ha sido servido de mandar hacer llamamiento de las cibdades, villas é lugares de todas estas partes, para fenecimiento de cuenta de tantos y tan leales servicios

como á V. M. hemos hecho con nuestras vidas y haciendas, sin interesar V. M. un peso de oro. No se consienta, príncipe cristianísimo tal paga á tanto buen servicio.

“¿Para qué nos fué mandado de parte de V. M. que nos casásemos? Casados y cargados de hijos, ¿qué resta si se cumple lo que viene proveído, sino que muchos mueran desesperados, pues no sobra la paciencia y caridad, y que los hijos que dejamos pidan por Dios, y las hijas en condición de se perder? ¿Tanto mal en tierra que sus padres ganaron?

“En fin, que lo que suplicamos á V. M. es que nos oyga, pues se nos debe el audiencia de derecho divino, y muy mas debida á los que en estas partes vivimos, por estar tan léjos de esa presencia imperial, y suplicamos á V. M. tenga memoria del acelerado, grande y cruel castigo que envió Dios por nuestros pecados, cuando asoló la mayor parte de esta cibdad, do perdimos casi todo lo que teníamos, y los grandes gastos que se han hecho en edificarla de nuevo. Pues Cathólico Cesar ¿se puede sofrir esto, ni aun padecer, si V. M. no alarga su mano imperial, y hace muy crecidas mercedes a esta cibdad? Se le debe mas que á cuantos hay en las indias por lo mucho que á servido. Los reynos del Perú si estan debajo el yugo y subjeccion de V. M. do tanto tesoro se ha sacado y saca ¿quién á sido la causa? los caballeros, caballos y armas que de esta cibdad y gobernación salieron y cada dia salen. Páguenos V. M. lo que nos debe, y háganos grandes mercedes, lo cual pedimos en humilde suplicacion de rodillas ante V. M. y que se compadezca de nosotros desterrados para siempre de nuestra naturaleza, que por solo esto se nos debia dar lo que acá ay, sin reservar cosa alguna”.

Informe de la Audiencia de 31 de agosto de 44: “En lo que V. M. manda por su real hordenanza que los indios esclavos se pongan en libertad, si los poseedores no mostraren título como los poseen legítimamente, parece que si la horden se guardase de necesidad, se daria la libertad a todos los esclavos, porque ninguno podría mostrar título. El conquistador que lo ovo no puede mostrar otro título, salvo averle avido en la guerra, é averse herrado por mandado de vuestros capitanes, por las provisiones e instrucciones que de V. M. an tenido, y no pueden probar que se herró conforme á ellas, é de esta manera todos los esclavos se darían por libres, de que se recrecerían grandes inconvenientes, porque las personas que los tienen perderían sus haciendas, que ay muchos que no tienen otras mas de los esclavos que an comprado, é la tierra vendría en pobreza é gran diminucion”.

En memorial de 6 de mayo de 45, escribe el Ayuntamiento al Presidente: “Muy yll. señor. Los hijos legítimos y servidores de V. S. que en estas partes vivimos estamos admirados y casi como encantados en oir y ver las hordenanzas y leyes que S. M. invió, que claramente da a entender que todos avemos sido desleales, pues tal pago nos dá, y de lo que mas estamos maravillados es estar vra. señoría presente, el mas leal vasallo y criado que Rey ni príncipe aya tenido y que no aya sido bastante para dar á entender á S. M. quan engañado á sido, y quan poco gana Dios, ni esta tierra ni sus rentas reales con semejantes leyes, y que bastase mas un

frayle, que tantos daños a hecho en tiempos pasados, y que agora se fiase del una cosa tan árdua". En otro, dirigido al rey, en 7 del mismo mes y año, dice así: "Si pudiéramos, todos nos presentáramos ante V. M. para que si avemos sido desleales, nos mandára cortar las cabezas y si leales, como á tales nos mandára premiar. Uno va por todos, y humildemente suplicamos nos oyga y porque lo lleva todo por instrucción y capítulos, no ay para que nos alargar, y ansí confiados, quedamos con mucha esperanza que las hordenanzas y premáticas ásperas se quitarán de en medio".

En carta del Obispo Marroquín, de México, á 20 de julio de 46, dirigida a este Ayuntamiento, dice: "Acá llegó la grita y escándalo que ese señor oidor causó con su llegada, perdóneselo Dios.... Quisiera yo señores, que cuando se herraban los esclavos, y se tasaban los pueblos á voluntad de cada uno, hubiera una grita de estas para la pobre alma del que lo hacia y consentía.... Después que llegué, cada día nos avemos juntado y se an tratado cosas más espirituales que corporales. En lo de los esclavos y servicio personal de los indios, acordamos que no se hablase, y que los confesores se lo oviesen entre sí por no alborotar el pueblo. El Obispo de Chiapa llegó algo tarde, y está mui manso, y lo estará mas cada día, aun que ayer quizo comenzar á respingar, y no se le consintió". Martín de Guzmán, vecino de Gracias, en 23 de agosto de 47, escribe al Ayuntamiento de esta capital lo siguiente: "El Cabildo de esta ciudad á estado preso en la cárcel pública de siete ó ocho dias, y está con prisiones y bien á recabdo, porque escribieron a los cabildos lo que S. M. proveya y que embiasen sus procuradores, y aquí todos juntos suplicasen. Ayer les quitaron los grillos, y no sé en lo que los condenaron". El Ayuntamiento de la propia capital, al Presidente en 26 de septiembre de 48, escribe así: "Ill. señor. Esta cibdad ha sabido el mando que Vra. Señoria á sido servido de hacer cerca de los esclavos, creyendo que en ellos se sirve á Dios y S. M.... Hallará Vra. Señoria que todo el bien y ser de estas partes está en el contento y asiento perpétuo de los españoles y en el poco de oro y plata que se saca, y no en el contento y parecer de los religiosos, aun que su zelo parezca bueno y santo".

Otro memorial presentado á la Audiencia, dice así: "Muy pso. señor. Juan de Castro, en nombre de la ciudad de Santiago de la provincia de Guatemala, dice: que por otra su petición suplicó que por cuanto el Licenciado Cerrato Presidente avia dado por libres generalmente todos los esclavos indios sin los oyr ni dar lugar á que recibiesen los títulos y recabdos que tenian para se proveer dellos, sino solamente con mandar que todos los vecinos trujieran los tales esclavos antel, é traydos los ponía é puso libres, é así les abia hecho muy notorio agravio, por aver exedido de la horden que V. alt. manda que se tenga por el capítulo de la ley nueva que sobre ello dispone. A lo que se proveyó que siguiese su justicia. Dice hablando con el acatamiento debido, que lo proveydo se ha y debe enmen- dar y mandar, que les sean vueltos y restituidos los dichos indios esclavos que así poseyan, para que los tengan en servicio moderado con la obliga-

ción é fianza que estan preferidos á dar hasta que S. M. provea lo que sea servido sobre ello". Luego se hablará de este presidente que sucedió a Maldonado.

En memorial dirigido al emperador, dice el Ayuntamiento: "Prometemos de hablar como cristianos y de no os decir palabra con pasion y que no sea verdadera, y así decimos que fué V. M. malamente informado, y por mejor decir engañado en enviar al licenciado Cerrato para un cargo tan preminente como este que requiere persona generosa y dignidad, y que tenga zelo de la honra de Dios. Verdaderamente, invictísimo príncipe, todo le falta a su persona, y como se vió tan alto, entro satanas, y procuró que hiciese todo lo que se a hecho, para que llegase su sonido á V. M. por subir y valer mas. Pretendio su interes, y ciego de su malicia y cobdicia hizo lo que hizo y hace lo que hace. Afirmamos por la fidelidad con que somos obligados, que ni es para ser juez, ni para ello tiene parte, porque le falta ciencia, paciencia y conciencia. La justicia de Dios y de V. M. jamás á estado en estas partes tiranizada, sino en poder deste hombre. Todo está caído, y no se puede levantar por estar perdido y destruido. No parece sino que fue enviado este hombre para poner fuego á esta tierra. Tan mal intencionado que le parece, que en destruirnos vos hace servicio". El Obispo Casas en la razón décimacuarta, escribe: "Aun agora los que allá son mas ricos, especialmente los que se jactan de conquistadores, tanta presuncion y temeridad tienen, que apenas las justicias se pueden valer con ellos".

CAPITULO XV

CONCURRENCIA DE CASAS Y MARROQUIN A MEXICO

El visitador Tello, escribe Remesal, mientras venían los despachos del emperador, y la suspensión de las nuevas leyes, tomó un acuerdo de mucha prudencia, y fue, hacer en México una junta de todos los prelados de Nueva España y de todos los hombres de ciencia que en ella había, para tratar y resolver las cuestiones y dificultades, que en tan grave materia, como la conquista de las Indias, el hacer sus naturales esclavos, y tenerlos por súbditos y vasallos en sus repartimientos y encomiendas, que los gobernadores habían hecho, se ofrecían para que si eran o no lícitos los tales esclavos, y las tales encomiendas se resolviese de una vez, y supiesen todos lo que habían de tener, sin andar con la confusión que hasta allí. Porque la mayor parte de los doctores y obispos tenían la afirmativa de esta opinión, como más favorable a los seglares y la menor que era la orden de Santo Domingo, y en ella no todos tenían la negativa, como más llegada a la verdad y al bien de los indios, condenando el modo de hacerse los esclavos, y el repartir de la tierra, y a los encomenderos y conquistadores de ella, obligándolos a restituir todo lo que habían llevado a los indios, nasta el último grano de maíz.

Sin duda, el distrito de los Confines quedaba aun sujeto al virreynato de Nueva España, cuando el visitador Tello convocó a los obispos de su comprensión, y de éstos concurrieron, cuenta Remesal, libro VII, capítulo 16, los de Chiapa y Guatemala. Herrera, 8, 10, 26, expone, que el visitador Tello convocó esta junta por mandado del rey y se tuvo el año de 46. No es mucho fuese así, cuando de orden real se habían celebrado otras dos en los años de 37 y 39, de que da noticia una memoria impresa en 57 páginas de fol. sin lugar ni año de su edición, tomada de los archivos de la curia arzobispal de México, y de las cuales en la primera a que concurrieron solamente los obispos de aquella ciudad, el de Antequera o Oaxaca y de Guatemala, se tocan puntos tan graves sobre la disciplina eclesiástica de estas partes, que a consecuencia de lo representado en el artículo 10, nota el editor, se impetraron las facultades, llamadas solitas; y por éstas es de inferirse la importancia de lo establecido en la segunda, que contiene 25 capítulos.

De los obispos Casas y Marroquín, el primero salió antes de Chiapa, porque había llegado a esta provincia el oidor Rogel, y después de visitas y cumplimientos, dice Remesal, capítulo 13, representándole el Obispo repetidas veces la equidad de las leyes, y la necesidad de sacar los naturales de la opresión y cautiverio, el Juez siempre le oía con respeto, y para que no se cansase más en informarle, le dijo un día: "Bien sabe V. S. que aunque estas leyes se hicieron en Valladolid con acuerdo de graves personas, como V. S. y yo vimos, una de las razones que las han hecho aborrecidas en las Indias, ha sido haber V. S. puesto mano en ellas: pues los conquistadores entienden, que lo que procura por los naturales, no es tanta sospecha sentirían más tener a V. S. presente, cuando yo los despoje, to por amor de ellos, cuanto por aborrecimiento de los españoles; y con que el perder los esclavos y haciendas; y no quiero que me digan que por su respeto hago lo que estoy obligado a hacer, y por el mismo caso se eche a perder todo." Con esta razón, para no ser de estorbo al bien de la tierra, apresuró su partida.

Salido de la diócesis, el Oidor comenzó la visita de la provincia, y hechas sus averiguaciones, dio sentencia, expone Remesal, capítulo 18, quitando a Chiapa más de 1,500 castellanos, que era lo mismo que pesos de tributo, a Cinacatlán más de mil, y otros tantos a Copanabastla y de esta manera alivió a los pueblos, porque de ninguna tasa dejó de quitar por lo menos 500 castellanos de oro. Quitó mucha parte del servicio personal que los indios daban para minas, ingenios, y para los ganados y para el servicio de las casas de sus amos, y para todo lo que ellos querían, y querían siempre mucho, y así fué mucho lo que alivió los naturales en esta parte. Mandó so graves penas que ningún indio sirviera dentro de ingenio de azúcar, ni en prensa, ni en otra cosa, sino que solamente sirviesen por fuera en acarrear leña y caña. Quitó la mayor parte de los tlámenes, o indios de carga, que daban los pueblos de tributo, para acarrear las mercaderías, que salían y entraban de la tierra, y ordenó, que no fuesen cargados fuera de su tierra más de quince o veinte leguas, e hizo otras cosas de muy buen gobierno, con que ya no del todo, porque no pudo, según su buena prudencia, a lo menos en mucha parte alivió a los naturales.

El Obispo siguió su camino, continúa Remesal, capítulo 16, y poco antes de llegar a México, supose en la ciudad, que dentro de ocho días entraría en ella, y así se alborotó toda la gente, como si hubieran de ver un ejército de enemigos, estando desarmado y a pie y encendióseles tanto la sangre en su odio y aborrecimiento, que temiendo el virrey y visitador alguna alteración o desgracia, le escribieron que se detuviese, hasta que ellos le avisasen, que sería cuando la gente estuviese algo desapasionada. Llegó esta ocasión, y entró el señor Obispo en México una mañana a las diez del día, y no sólo no hubo quien se alborotase contra él, pero aun le miraban con respeto, y hubo quien dijo: “este es el obispo santo, verdadero padre de los indios”. Entre tanto, llegaron los obispos de Guatemala y Oaxaca por una parte, y de otra el de Michoacán, y parece que el de Tlascalala, que reunidos con el de México, los prelados de las religiones, y muchos eclesiásticos y seglares de buenas letras, que no faltaban en aquella ciudad y su comarca, dieron principio a sus juntas.

Entrando en discusión de la materia, sentaron cinco principios, a saber: la dignidad, señorío, y jurisdicción de los príncipes indígenas en sus estados y reinos; su aptitud, siendo infieles, para vivir en cuerpo de reinos y naciones; que el principado conferido sobre ellos por el papa, fué sin abolición de los suyos particulares; y concedido con cargo de la predicación del evangelio, y la obligación de no impedir su conversión a la fe y religión cristiana. Se fijaron otros tres, cuenta Remesal; pero no expone cuáles: dice que sobre ellos se fundaron muchas conclusiones y no da idea de ellas; y sólo expone, que cada disputa era como un día del juicio: porque en ella se sacaban en público conquistadores y pobladores, encomenderos de indios y mercaderes; principalmente los que trocaban armas y caballos por esclavos; y todos salían condenados, o ya en la sustancia, o ya en el modo de sus obras, y obligados a restituir, y los confesores a no absolverlos, si no es con tales y tales condiciones, sopena que sobre ellos iría la culpa del descargo de restituciones que no se hiciesen.

Después de largas disputas y tratados que los señores obispos y prelados de las religiones y demás letrados tuvieron entre sí, hicieron como un formulario del modo que se habían de haber los confesores en absolver los conquistadores, pobladores, mercaderes, mineros, gente que trataba en esclavos, y de todo lo demás de las Indias, que en aquel tiempo tuviese escrúpulo de las haciendas que poseían que pocos o ningunos se escapaban de él: porque siempre la fe y el gusano de la conciencia, y la ley natural les remordía, que algo de lo que tenían no era con legítimo título ni la posesión fundada, que no se pudiese mejor llamar hurto y rapiña, que señorío y dominio. Hicieron también un largo memorial, que enviaron a su Majestad y a su real Consejo de Indias, para que por aquel orden superior se pusiesen en ejecución las cosas gravísimas que en él iban; y con esto la Audiencia, virrey y visitador, obispos, prelados y letrados estaban muy contentos y satisfechos.

Sólo el señor Obispo de Chiapa y el Padre Fray Luis Cáncer tenían gran pena, porque uno de los principales puntos del modo de hacer los esclavos no se había tratado, disputado y determinado como ellos quisie-

ran, ni tomándose la resolución que era justa en una cosa de tanta importancia para el bien de los naturales. Propúsola el señor Obispo muchas veces, y nunca se acababa de tratar de veras. En cierta ocasión le dijo el virrey: “que era razón de estado no determinarse aquello, y que así no se cansase en proponerlo en la junta, que él había mandado que no se resolviese”. Guardó aquello el señor Obispo, y predicando dentro de pocos días en su presencia, acriminó aquel mandato, trayendo aquellas palabras de Esayas, en que los hebreos decían a los profetas: “no querrais mirar para nosotros las cosas que son rectas, habladnos cosas placenteras”. Y súpolo decir con tal espíritu, que el virrey se compungió y le pesó harto del mandato, y revocándole, permitió que en el convento de Santo Domingo se hiciesen todas las juntas que el Obispo quisiese, y que allí se tratase no sólo el punto de los esclavos, sino todas las materias que a él le pareciesen, y se determinase lo que fuese razón y justicia, que él lo escribiría a su majestad, para que se pusiese en ejecución.

Con esta licencia juntó el señor Obispo todos los que eran de la junta principal, excepto los señores obispos, y por muchos días en disputas públicas trató la materia de los indios esclavos. El Padre Fray Luis Cáncer, que era hombre docto y había estudiado bien la injusticia de este caso, sustentó bien la verdad de él. Y como la principal razón que los contrarios daban era haber requerido los conquistadores a los naturales con la fe, según el orden que el rey les había dado, el religioso, que iba apercebido, sacó el requerimiento en la forma y modo que hoy se halla en los libros del archivo de la ciudad de Santiago de Guatemala, que como había estado en aquella tierra, y en ella había tantos esclavos, tuvo cuidado de haberle, y leyóse allí públicamente, según se ha transcrito.

Halláronse algunos defectos en el requerimiento, y allí se dijo, y había muchos testigos de vista, que jamás se había hecho, ni guardado el orden, que el emperador había dado aunque tan imperfecto y tan poco obligatorio como éste. Sólo dijo un padre de los que allí estaban, que siendo seglar había andado en la conquista de una provincia, que lo más que vió hacer, sola una vez, al principio de la guerra, fué: A la noche, con un tambor en el real, entre los soldados, decía uno de ellos: “á vosotros los indios deste pueblo, os hacemos saber, que hay un Dios, y un papa y un rey de Castilla, á quien este papa os ha dado por esclavos, y por tanto os requerimos, que le vengais á dar obediencia, y á nosotros en su nombre, so pena que os hacemos guerra á sangre y á fuego”. Y al cuarto del alba daban en ellos, cautivando los que podían con título de rebeldes, y los demás los quemaban o pasaban a cuchillo, robábanles la hacienda y ponían fuego al lugar.

Todo esto es de Remesal, capítulo 17, quien después de referir otras cosas, llega a la resolución de la junta y dice: “Condenáronse los tales por tiranos, y los esclavos se dieron por mal hechos, obligaron á todos cuantos los tenían á ponerlos en libertad, so pena de mal estado. Sólo en los de la segunda guerra de Xalisco (en que fué derrotado Alvarado), hubo alguna duda, y se puso moderación en esto. Condenáronse también los servicios personales; y aunque aquellos tan doctos varones veyan, que no por decir-

lo ellos, se habían de poner los indios en libertad, contentábanse con dar á entender á los españoles la verdad, y decirles lo que les era necesario para su salvacion, que no estaban obligados á mas.”

“De todo lo que en esta junta se determinó se hicieron muchos traslados y se enviaron por todas las indias, principalmente por el distrito y gobernación de la Audiencia de México (y de consiguiente por la de los Confines) para que así eclesiásticos como seglares las supiesen y se gobernasen por ellas. No se puede creer el gran contento que los padres de la orden que estaban en la provincia de Chiapa y Guatemala recibieron, cuando vieron los papeles de la junta, y dieron mil gracias á nuestro señor por ver su opinion y doctrina aprobada y confirmada por tantos prelados y hombres doctos”. En que salían de la mala opinion, que antes se tenía de ellos, que eran singulares en lo que defendían, e injustos en no querer absolver los españoles. Llorente, en la vida del Obispo Casas, dice: “Esta reunión de obispos mexicanos (y Guatemalanos), no está contada entre los concilios españoles, porque la convocación no fue hecha según las reglas canónicas, y que sus actas no fueron remitidas á la aprobación de la corte de Roma; no obstante, ella no fue menos un verdadero concilio por el carácter de sus miembros, y por la naturaleza misma de las materias discutidas”.

Pero aunque sus decisiones no fueron remitidas a Roma, ellas fueron dadas en cumplimiento del breve expedido por Paulo III, a 10 de junio de 1537, en que dice: “Determinamos y declaramos, que los dichos indios... en ninguna manera han de ser privados de su libertad y del dominio de sus bienes... y en ningún modo se deben hacer esclavos, y si lo contrario sucediere, sea de ningún valor ni fuerza”. ¡Monumento, exclama el propio Llorente, que siempre honrará la memoria de este pontífice! El fue obtenido a ruego de Minaya, religioso dominico, que estuvo con Casas en Guatemala, y que siendo provincial de Santo Domingo en México, hizo viaje a Roma con una apología de los indígenas, dispuesta por Garcés, Obispo de Tlascala, para desvanecer en el ánimo del Papa las funestas impresiones que la malevolencia de los conquistadores y encomenderos habían llevado a aquella corte, persuadiendo a su Santidad la incapacidad de los indios para el cristianismo, únicamente a propósito para la servidumbre con el nombre de esclavos.

Parece que al principio de la conquista, escribe Humboldt en su Ens., Libro II, capítulo 7º, “se contaba en México un gran número de estos prisioneros de guerra, a quienes se trataba como esclavos del vencedor. En el testamento de Hernán Cortés, monumento histórico digno de ser sacado del olvido, hecho en Sevilla, a 11 de octubre de 1547, he hallado sobre este asunto una cláusula notable. Este gran capitán, que en el curso de sus victorias y en su perversa conducta, no había mostrado una conciencia demasiado delicada, cayó en escrúpulos al fin de sus días sobre la legitimidad de los títulos con que poseya sus inmensos bienes en México. En la cláusula 39, hablando de los esclavos, añade estas palabras memorables: “Como es muy dudoso, si ha podido en conciencia un cristiano servirse como esclavos de los indígenas prisioneros de guerra, y como hasta ahora

no se ha podido poner en claro este punto importante, mando á mi hijo don Martín, y a sus descendientes, que le sucedan en mi mayorazgo y estados, que tomen todos los informes sobre derechos que puedan legítimamente ejercerse sobre los prisioneros. Los naturales, á quienes despues de haberme pagado los tributos, se les ha forzado á prestar servicios personales, deben ser indemnizados, si se decidiere, que no se pueden exigir tales servicios". Pero, ¿de quién, pregunta este escritor, se habían de aguardar estas decisiones sobre puntos tan problemáticos, sino del papa, o de un concilio?

Antes que Cortés hiciese su testamento en Sevilla, dispuso Alvarado el suyo en Tequēcistlán, en la Nueva Galicia, a 11 de enero de 1542, expone Remesal, libro IV, capítulo 7º dando su poder para esto al Obispo Marroquín, quien en las cláusulas primera y tercera, declara por libres a los indios esclavos que tenía en sus labranzas y minas, condonándoles tierras por vía de indemnización; lo cual da el triunfo a las decisiones dadas, y forma el elogio del otorgante.

CAPITULO XVI

EXPEDICION DE QUIÑONEZ AL PERU

Gonzalo Pizarro, habiendo de contender con la Audiencia y virrey, trató de hacer armada en la Mar del Sur, cuenta Herrera, 7, 9, 1, para correr la costa hasta Nicaragua y Guatemala. Vaca de Castro, que había sido gobernador, considerándose inseguro, determinó volverse a Castilla, y pasando por Panamá, dio aviso que vendrían los rebeldes contra esta ciudad, para que se pusiesen en defensa; mas empleando sus vecinos poca diligencia, entró en ella primero Machicao y después Hinojosa. Verdugo, que estaba por el virrey, dice este escritor, 8, 1, 9, estando esta ciudad ocupada, pasó a Nicaragua; luego vino en pos de él Palomino, y no alcanzándolo, quemó en el puerto una nao; con que llegó el movimiento a estas provincias.

Salió de León el Alcalde Biedma, a impedir a este último que tomase tierra; mas ya lo había hecho, y tomado otras naos y caballos que le vendían los de la tierra sin miramiento. Verdugo llegó a Gracias a avisar de todo a la Audiencia, y a pedir gente para el virrey. El presidente Maldonado le dio comisión para que la levantase en Nicaragua, a donde fue también el Oidor Quiñónez, hombre de valor, e inclinado a cosas de guerra, para proveer lo que conviniese; y conseguidos muchos bastimentos, armas y más de 200 hombres, expresa Remesal, libro VII, capítulo 13, lo envió con ellos en cuatro barcos por el desagadero a Nombre de Dios, para que obrase por el virrey.

Halló también ocupada esta plaza por los rebeldes, expone Herrera, capítulo 4º, y batiendo la guarnición que tenía, la tomó por el rey. Mas pronto fue desalojado de ella por Hinojosa, que irritado, porque no obra-

ba no con despachos reales, sino de la Audiencia de los Confines, vino de Panamá con refuerzo, y puso en fuga su tropa, compuesta casi toda de mercaderes, y como mejor pudo, viéndose desamparado, se recogió en los barcos, y se fué para Cartagena a hacer gente, llevándose un navío del puerto; lo que denota que no le desamparó toda la que tenía.

Entretanto, Pizarro había deshecho la Audiencia en el Perú, y caminando en seguimiento del virrey, le presentó batalla en Añaquito y le desbarató, siéndole cortada la cabeza, y arrastrada ignominiosamente, con que quedó dueño de la tierra. Algunos le aconsejaban que se alzase con ella, guardando solamente el paso de Panamá; pero limitando sus pretensiones a conseguir su gobernación por el rey, dirigió su solicitud a España, a tiempo que venía el Licenciado Gasca, nombrado Presidente de la Audiencia que se restableciese en el Perú, y autorizado plenamente para sosegar aquellas alteraciones, por el camino que mejor conviniese: con cuyo carácter llegado a Nombre de Dios en julio de 46, ocurrió Verdugo, dice Herrera, capítulo 5º, con dos navíos, y con la gente que tenía de Nicaragua, y la que había hecho en Cartagena. El Presidente le ordenó la dejase allí, restituyese un navío que había llevado, y se volviese a Cartagena o Nicaragua; y aunque le pesó, no fuese admitido su servicio, obedeció y volviéndose a Cartagena, tomó el camino para Castilla.

La manera pacífica y privada con que se presentó el Presidente Gasca, sin otro equipaje que su vestido, y la determinación con que desvió a Verdugo de todo ademán de guerra, unido todo a la representación de la autoridad real, quitó a muchos la audacia de la rebelión, y resolvió al capitán de la plaza, Mejía, para que se le mostrase en secreto leal vasallo del rey, y se pusiese a sus órdenes. El Presidente, asegurándole en su empleo, pasó a Panamá, y por el mismo tenor quiso negociar la sumisión del capitán Hinojosa; pero éste la difirió hasta obtener el permiso de Pizarro, y ambos le escribieron: el primero pidiéndoselo para entrar en el Perú, y hablarle personalmente, y el segundo para disponer de su persona y de la armada. Esto dio motivo a mucha discusión y pareceres en el consejo de Pizarro, y al fin se resolvió enviar mensajeros a Hinojosa, prohibiéndole la entrada del Presidente Gasca, y órdenes secretas para asesinarle o embarcarlo: las cuales fueron muy mal recibidas en Panamá, desaprobándose la conducta de Pizarro, y creyendo Hinojosa haber cumplido con lo que debía a la amistad, se sometió al Presidente, también de secreto, y puso a sus órdenes la armada. Viendo el Presidente, escribe Herrera, capítulo 8º, que cuantos llegaban del Perú, certificaban, que no dejaría Gonzalo Pizarro la gobernación e imperio que tenía en el Perú, sino con la vida, avisó al virrey de Nueva España, y a los presidentes de las Audiencias de la Española y los Confines, que apercibiesen gente, caballos y armas para cuando se lo pidiese: en lo cual terminó el año de 46.

La Audiencia de los Confines, escribe Remesal, dio el cargo de reunir este socorro al Licenciado Pedro Ramírez de Quiñónez, lo cual hizo con extremada diligencia. Vino a la ciudad de Santiago a hacer la provisión a los 18 de febrero de 1547. Los Alcaldes Lorenzo de Godoy y Antonio Ortiz (en los cuales concuerda la cronología de Juarros), con mucho

cuidado apercibieron lo que el oidor pedía, así en la cantidad como en la calidad de las cosas: y para que la tierra no se encareciese, mandaron, so graves penas, que no se subiesen los precios más de como estaban antes que el socorro se comenzase a hacer. A esto debe haber precedido solicitud de dineros y libramientos de hacienda, de que se habla en autos de encomienda en que se recuerdan servicios de conquistadores y primeros pobladores, pero de una manera que no ofrece exactitud. En uno de 4 de mayo de 1647, de encomienda de doña María Montúfar, biznieta de Diego de Vivar, se lee, que estando en la ciudad de Comayagua el dicho Diego de Vivar, sirviendo la dicha plaza de contador, habiendo llegado a ella el de la Gasca, con orden de su majestad para que de su real hacienda le socorriese con la cantidad que hubiese menester para las municiones, pertrechos de guerra y pagas de infantería para la pacificación de los reinos del Perú, de su propia hacienda los suplió en cantidad de más de cien mil pesos, porque le dio navío, armas, municiones y gente pagada así de mar como de tierra a su propia costa, bastimentos y plata para que supliese las demás pagas.

A tiempo que se tomaban estas prevenciones en las provincias de Guatemala y Honduras, llegó a la ciudad de Gracias el contador de Panamá Juan de Guzmán, enviado, expone Herrera, libro III, capítulo 2º, por el Presidente Gasca a pedir a esta Audiencia y Presidente de los Confines navíos, gente, armas y caballos, que ya se habían menester. El Licenciado Quiñónez, dice Remesal, “había prevenido bastimentos, y cargó en la mar del sur un navío de tocinos, maíz, mantas de algodón, vestidos, alpargatas, y otras provisiones necesarias para el ejército, como pólvora y armas; y ya con el aviso y venida del Contador Guzmán, se puso ejecución en lo demás para embarcar doscientos hombres”. Diego de Vivar, continúa diciendo el auto de encomienda, le dio para que fuese en su compañía al capitán don Francisco de Merlo, su sobrino, como persona práctica de aquel reino, y muy esforzado soldado. En auto de nombramiento de corregidor para Acasabastlán, hecho a 17 de julio de 1647 en don Antonio Godoy, nieto del capitán Lorenzo de Godoy, y biznieto del capitán Juan Pérez de Ardón, se lee igualmente, que teniendo noticia este último de que en los reinos del Perú se habían alzado los tiranos, a cuyo castigo y pacificación vino el Licenciado La Gasca, el susodicho compró un navío, y armó y pagó cien soldados, todo a su propia costa, con que pasó al dicho reino. Remesal añade, que salieron doscientos hombres y por capitán de ellos el Licenciado Quiñónez. Deben haber sido dos los navíos en que se embarcaron, porque en auto de situado de encomiendas para los castillos, de 22 de julio de 1699, se expresa, que yendo el Licenciado Pedro Ramírez de Quiñónez, Oidor de esta Real Audiencia, por capitán general con mucho número de soldados al socorro del Licenciado La Gasca, nombró a Juan Pérez de Ardón por capitán de 120, que iban en un galeón.

El Presidente Gasca había ya salido de Panamá con una armada desde últimos de abril, y como esta navegación no era entonces bien conocida, fueron a dar entre el río de San Juan y puerto de San Buenaventura, siendo preciso revolver hasta tierra firme, para tomar la navegación del

Perú; pero instando en seguir la jornada, tomando tierra en el puerto, les sobrevino un mal tiempo, con que fue a dar a la isla del Gallo, y de allí a la bahía de San Mateo, dejando atrás los navíos; los cuales sentían ya gran falta de vitualla, en tanto extremo, que mucha gente se quería echar en tierra a la ventura, para que se fuese sustentando de raíces. En esta ocasión, escribe Herrera, capítulo 16, llegó el capitán Gómez Arias con un navío de Nicaragua, que la Audiencia de los Confines enviaba cargado de vitualla, con que se socorrió aquella gran necesidad.

Siguiendo la costa, llegó al puerto de Manta, y de allí a Puerto Viejo, donde dejó los enfermos. Conforme se aproximaba se iban declarando las ciudades por el rey, y remitiendo a Gasca bastimentos y gente, de modo que llegado a Tumbes, contaba 500 hombres; con lo cual envió aviso a Nueva España y la Española que no había necesidad de socorro. Pizarro comenzó sus preparativos de guerra, y salió de la ciudad de los Reyes para el Cuzco, donde luego se vio con 500 hombres. Centeno y Mendoza, declarados por el rey, acertaron a juntar algunos leales para cortarle el paso, y con 487 soldados le presentaron batalla en el campo de Guarina, en que fueron derrotados, y con esta victoria se alentó el orgullo de los rebeldes. El Presidente Gasca necesitó de toda su entereza, para continuar su camino en seguimiento de Pizarro. En Jauja proveyó los oficios del ejército, colocando entre sus capitanes, cuenta Herrera, libro IV, capítulo 4º, a Gómez Arias, de Nicaragua. En principios de enero de 48, se hallaba en Guamanga, y pasó a Andaguayas, donde le alcanzaron, dice este escritor, capítulo 14, el Adelantado de la Plata y el Gobernador de Chile, con más gente y caballos y más adelante el Licenciado Pedro Ramírez de Quiñónez, Oidor de la Audiencia de los Confines, con 140 soldados, de modo que en el tránsito del río Apurímac contaba 900 hombres.

Gonzalo Pizarro, ya inmediato, contaba igual número, y aunque vista la determinación del ejército real, le aconsejaban no aventurar el negocio en una batalla, sino dilatar la guerra lo posible, otros llevados de la valentía y de la dicha que les acompañaba, dictaminaban lo contrario, para quedar de una vez dueños del reino, y fue el parecer que siguió Pizarro, adelantándose a tomar un sitio fuerte en el valle de Xaquixagua, por donde había de pasar el ejército real, a cuatro leguas del Cuzco. Se acercaron los unos y los otros: en ambas partes había dos jefes astutos, experimentados en las guerras de Italia, Carvajal en la de Pizarro, que a veces no seguía su dictamen, y Valdivia en la de Gasca, que contaba en todo con su consejo; y tomada por este orden la disposición para la batalla, sucedió que venida una banda de arcabuceros de Pizarro, fue repelida por otra de Gasca, y que la artillería real de una loma dañase a los rebeldes, y la de éstos no hiciese daño a los leales en todo un día. Al siguiente, que fue 9 de abril, se pasó del campo de Pizarro al real Garcilaso con un primo suyo, y algunos otros; tras ellos el Licenciado Cepeda, y luego el capitán Guillén, con doce arcabuceros, aconsejando a Gasca no pelease aquel día, porque en la noche se le pasaría toda la gente, y pareció buena la advertencia, porque acometiendo Pizarro, y no empeñando la acción, el

ejército real solamente mantuvo una escaramuza, en que se desordenaron los rebeldes, y dio entonces sobre ellos, poniéndolos en huída, y quedando desamparados y presos sus caudillos, que luego fueron ajusticiados.

Dichosamente, exclama aquí Robertson, para reposo del género humano pocos hombres están dotados de aquella fuerza de espíritu necesaria para ejecutar grandes proyectos: la mediocridad de los talentos de Pizarro detuvo su ambición en límites estrechos, en vez de aspirar a la independencia. El Presidente Gasca aplicó a los que le sirvieron en la campaña las encomiendas que gozaban los que se empeñaban en la rebelión; y restablecido algún tanto el gobierno, ocupó con nueva energía todo el año de 49 en el cumplimiento de las leyes de 42 y 43, que no fuesen derogadas. Se exterminó el nombre de esclavitud en los indígenas, expone Herrera, libro V, capítulo 7º, salieron visitadores por todas partes, y tasaron los tributos, quedando los indios contentos; se abolieron los tlámenes en muchas partes donde la propagación de ganados proporcionaba acémilas, tolerándose todavía donde faltaban; y se disminuyeron lo que fue posible, los servicios personales. Quiñónez, cuenta Remesal, no volvió a la tierra hasta este año de 49, en que pasó, dice también, libro IX, capítulo 1º, a remediar otros desastres a la Verapaz; y Juan Pérez de Ardón, dice Juarros, fue nombrado en el mismo año, primer alcalde de esta ciudad. La ninguna mención que en todo esto ocurre de Costa Rica, prueba los estragos sobrevenidos a las poblaciones castellanas, por los cuales había abandonado Diego Gutiérrez esta provincia, al paso que Herrera, libro II, capítulo 8º, más bien la hace de Soconusco, habiendo aportado aquí, y luego caminado para México, unos desterrados a Chile, que se alzaron con el navío, y tomaron esta dirección.

CAPITULO XVII

ALTERACIONES EN LAS PROVINCIAS DEL REYNO

El distrito de los Confines no estuvo libre de sediciones nacidas en su seno. Por el año de 48, escribe Herrera, libro V, capítulo 5º, “habíanse alzado en la Villa de San Pedro, que es de la gobernación de Honduras, los negros; el Audiencia se dio tan buena maña, que nombrando un capitán contra ellos, fue con gente, y los rompió, y ahorcó al capitán, y fue de mucho provecho la diligencia, con que se proveyó y ejecutó: porque cuando se detuvieran mucho, acudirían tantos negros de otras provincias, que fuera negocio dificultoso de sosegar”.

Siguióse a ésta la sedición de los Contreras, efecto todavía de la animosidad contra las nuevas leyes. Había confirmado la Audiencia de los Confines la residencia de Rodrigo Contreras, Gobernador de Nicaragua, en que fué separado del gobierno de la provincia, y privados su mujer e hijos de los indios que les había traspasado, incorporándose en la corona. El residenciado hizo viaje a Castilla, y por mucha diligencia que

hizo en el Consejo de Indias para que se revocasen estas providencias, ambas fueron confirmadas; de que resentidos en extremo sus dos hijos, que estaban en Granada, Hernando, uno de ellos, prometió vengarse en teniendo ocasión. Corría entonces el año de 50, en que habían llegado a Nicaragua muchos desterrados del Perú y Panamá, otros descontentos en la expedición de Gasca, que no les había premiado su trabajo, y unidos a los perdidos de la tierra que había en la ciudad, ofrecieron seguirle, mayormente si emprendía correr el Perú, donde estaba la gente agraviada y todos acudirían a él, que como descendiente de Pedrarias, tanto derecho tenía a señorear el país.

Aliado, pues, con Bermejo, uno de los desterrados del Perú, dio principio al intento, y partió para León, donde hizo una junta de vecinos, y un parlamento en que mostraba la opresión y pobreza en que traía la Audiencia a los que habían ganado la tierra con su sangre, y cómo era bien salir de ella. De allí entró de improviso en la casa del Obispo, con quien llevaba enojo; Remesal, libro VIII, capítulo 19, dice que por competencias de jurisdicción habidas con su padre; Herrera, libro VI, capítulo 5º, expone, que por interés que éste mostró en la defensa de los indios; y dando con él, sin trecho para huir, lo mató a puñaladas, y desce-rrajando su cofre, salieron con los conjurados, gritando: ¡Viva la libertad! ¡Viva el príncipe Contreras! Rompieron también la caja real, y tomado el tesoro, buscaron armas, y juntaron gente. Enviaron alguna al Realejo, a tomar el puerto y los navíos, y dieron aviso a Granada, donde acudieron los conjurados a la voz de defender la ciudad, mataron al capitán Carrillo y otros; y puesto a su frente el otro Contreras, a pesar de las lágrimas de la madre, no se olvidaron de enviar a Nicoya, para ganar el puerto, y quedar dueños de la provincia.

En este tiempo había ya dejado el Perú el Licenciado Gasca. Antes hizo recoger los quintos reales, y juntó un millón y doscientos mil pesos, de que pagó novecientos mil, que prestó para gastos de la guerra, y dispuso su vuelta a España con el resto, para llevarlos al rey. El Alcalde de Granada, al propio tiempo que envió aviso por tierra a la Audiencia de los Confines, envió también una fragata por el desaguadero a Nombre de Dios, a donde Gasca debía llegar. Entretanto, los Contreras, no dando lugar a que viniesen fuerzas mayores contra ellos de Guatemala y Honduras, y para sorprender Panamá y Nombre de Dios, embarcaron la gente que pudieron en el Realejo en dos navíos que habían tomado, quemando otros para que no los siguiesen, y se encaminaron a Nicoya, donde había ya más soldados con cuatro navíos; siguiendo el camino, tomaron otro navío en la isla de las Perlas; llegaron al Ancón, y en la noche del 20 de abril, ganaron otros cuatro o cinco navíos que había en el puerto, entre ellos uno bien armado, y luego desembarcaron con 280 hombres, entraron y tomaron la ciudad, no pudiendo sus vecinos hacer más que esconder las armas, y discurriendo por ella, saquearon las casas, comenzando por la del gobernador, prendieron al tesorero, al alguacil mayor y otros, recogieron armas, caballos y mulas, apellidando libertad, y vivas al príncipe Contreras.

Sabido por Hernando Contreras que el Licenciado Gasca había pasado dos días antes por la ciudad y la plata que llevaba, envió al punto en pos de él al capitán Salguero con 25 arcabuceros, para tomarle la plata que pudiese; al otro día salió él mismo con 40 arcabuceros; y luego Bermejo, su maese de campo, en seguimiento suyo, con la demás gente. Gasca, que tuvo aviso de la toma de Panamá, apresuró su camino a Nombre de Dios para volver en su socorro; pero sólo pudo llegar en la noche al puerto de las Minas, y al amanecer a la isla de Bastimentos, cercana a Nombre de Dios, a donde esa noche llegó la fragata de Granada, y junto con ella orden de Gasca de apereibir lo necesario para volver al socorro de Panamá. Salguero alcanzó a tomar en la venta de Cruces del río de Chagre dos partidas de plata del rey, muchas barras de vecinos y mercaderes, que se estaban embarcando, y todavía se desperdiciaron otras, que cayeron en el agua y malezas de la ribera.

Hasta aquí todo iba al contento de los alzados; pero habiéndose descuidado en dejar guarnición suya en Panamá, sus vecinos se armaron en número de 300, y revolviendo Bermejo sobre ellos, primero fue rechazado, luego acometido, y por último derrotado y muerto; murieron también 90 rebeldes; los demás quedaron presos, y fueron ahorcados. El Licenciado Gasca venía ya con 250 hombres en auxilio de la ciudad; recogió la plata del rey, la de particulares y muchas de las barras perdidas en el agua y en la maleza, sino es las que los buscadores enterraron y escondieron, y con los reales haberes volvió y llegó a España, dejando en Panamá disposición y órdenes para la persecución de los Contreras, que huyeron, Hernando por tierra y Pedro por mar al medio día, sin que se supiese más de ellos; siendo de notar aquí también, que en todas las ocurrencias que pasaban al contorno de Costa Rica, en todas direcciones, no se hace mención de población ni puerto alguno de su comprensión.

Resta la facción de Juan Gaitán, sucedida el año de 54, de que trata Herrera, libro X, capítulo 20. "Padeciendo, dice, a algunos hombres facinerosos, que estaban en las provincias de Honduras y Guatemala, que hallándose de nuevo revueltas las cosas del Perú, también ellos podrían poner en confusión las de esta tierra, para vivir en libertad, y eximirse de pagar muchas deudas que tenían, acordaron de tomar por cabeza á Juan Gaitán, y siendo ya 40 castellanos con algunos negros, todos bien armados, se fueron al asiento de minas de la Choluteca, y hayando buena resistencia, se encaminaron á la provincia de Nicaragua, adonde era gobernador el licenciado Juan de Caballón, que residía en la ciudad de León, y siendo avisado dos días ántes que llegasen los rebeldes, puso en orden la gente que tenía, y envió por socorro a la ciudad de Granada, y al puerto del Realejo, y avisó al Contador Juan de Aguirre, que hiciese alargar los navíos que allí estaban, porque entendía que los tiranos llevaban intención de acuparlos, para emprender lo mesmo que Contreras, o irse a la vuelta del Perú, para juntarse con Francisco Hernández, que llevaba revuelto aquel reino, y tener la mar en su nombre.

"Avisando la guardia al Licenciado Caballón, que los tiranos estaban dos leguas de allí, armó la gente, y en la plaza hizo su escuadrón, aguardando a los enemigos los cuales animosamente embistieron a los de

León, que no mostrándose inferiores en ánimo y valor, pelearon con gran constancia hasta vencer a los tiranos, que por habérseles mojado la pólvora, no pudieron resistir, y siendo desbaratados, Juan Gaitán se fué al monasterio de la Merced, a donde tenia un hermano fraile, y en el monasterio a la sazón se hallaba el licenciado Sotomayor, que había venido desterrado de Nueva España, el cual prendió a Juan Gaitán, y le entregó a los que fueron en su seguimiento, y otro día le cortaron la cabeza, y ahorcaron a Tarragona, su maese de campo y algunos otros, y a los demás desterraron”.

En auto de encomienda de 29 de mayo de 1652, conferido a Jacinto Estrada de Medinilla, consta, que su bisabuelo materno, Alvaro de Paz, teniente de gobernador que entonces era de Honduras, reprimió y castigó algunos de Puerto Caballos, concertados en el motín de Juan Gaitán. En otro de 29 de marzo de 1651, de encomienda concedida a Sebastián Ramírez, vecino de Santiago de Guatemala, aparece que Gonzalo Mexía, rebisabuelo de su mujer, doña Violante Mexía, contador que fué de la Real Hacienda de las provincias de Nicaragua y Costa Rica, hizo grandes servicios en el alzamiento de Juan Gaitán y el Bachillar Tarragona, su maese de campo, y acudió a los leales en la memorable batalla que se dio junto a la ciudad de León, día de pascua del Espíritu Santo, el año de 1554, y antes de todo al cuidado de los navíos en el puerto del Realejo.

Francisco Hernández, que entonces revolvía el Perú, expone Herrera, capítulo 16, había estado primero con Felipe Gutiérrez en Costa Rica, hasta que pasó a aquel reino en que obtuvo de Gasca el gobierno de la provincia de Chunchos, y en 1553, tomando el partido de los descontentos por la nueva prohibición del servicio personal de los indios, comenzó por quitar al corregidor del Cuzco, y se hizo gobernador: luego, haciendo gente, fué contra la que le opuso la Audiencia, y ganó la batalla de Chuquina en abril de 54: luego se vio con 800 hombres, seguido por el ejército real, que contaba mil y ciento, y perdió la de Pacura en noviembre del mismo año: últimamente fue rendido, cuenta el propio escritor, por el capitán Gómez Arias, de Nicaragua, que se quedó en el Perú. Así fue como la ruina de los alzados acabó de asentar el imperio de las nuevas leyes. Herrera, 5, 10, 9, nota que costó al rey en el Perú y Guatemala más de un millón de su real hacienda.

CAPITULO XVIII

PRESIDENTE CERRATO

Mientras que en el Perú, y una parte de las provincias de Guatemala, se disputaba el imperio de las nuevas leyes con las armas, en otra parte de ellas y en Nueva España se altercaba con razones; y la contienda, sostenida en la junta de prelados, que parecía terminada en México, se suscita en el Consejo de Indias bajo otro aspecto por la provincia de Chiapa

contra su Obispo, que es denunciado de negar en sus reglas penitenciales el título de señorío que los reyes de Castilla tenían en este orbe. Se le mandó explicarse sobre esto. Para entender en ello, renuncia el obispado, y emprende un difuso tratado; pero obligado a escribir en sumario, lo da al Consejo en treinta proposiciones, en que dijo lo bastante para indemnizarse; sin embarazarse en negar la legitimidad del título de conquista, insiste en la injusticia de las guerras de los españoles, sostiene la nulidad de la esclavitud de los indígenas, la iniquidad de los repartimientos y encomiendas, y defiende de nuevo sus reglas penitenciales, que fueron aprobadas por los mayores teólogos de España. El emperador mandó que en adelante no se hiciese uso más de la voz conquista, y en su lugar se sustituyese la palabra pacificación.

Remesal, libro VIII, capítulo 4º, advierte, que habiendo partido Marroquín de México para Guatemala, Casas, viendo lo poco que aprovechaba en su diócesis, y con la Audiencia, que en la corte al lado del rey y del Consejo aprovecharía más a estas provincias, y a todas las Indias, tomó el camino para Veracruz, donde se embarcó, y llegó a España, mediado el año de 47. A tiempo que oía su acusación y hacía su defensa, no se olvidaba de Guatemala, según parece de cédulas impetradas a representación suya, desde julio de este año en adelante, sobre diferentes materias, entre ellas las dirigidas a los caciques de Chiapa y Verapaz. En Nueva España, muchas leyes antiguas, expedidas en favor de los indígenas, habían sido ejecutadas por don Sebastián Ramírez, presidente que fue de aquella Audiencia, y lo habían sido después otras de las nuevas por el virrey Mendoza, al paso que en el distrito de los Confines, todo estaba por hacerse, y Maldonado caminaba en ello con lentitud, esperando todavía el éxito del Perú, pendiente entonces de la jornada de Gasca. Casas, en su tránsito por la Española, había visto, nota también Remesal, capítulo 15, en el Licenciado Alonso López de Cerrato, Presidente de la Audiencia en esta isla, su mucho valor, letras y prudencia, amor de los indios, y celo del remedio de sus miserias, y obtuvo que fuese promovido a la Presidencia de la de los Confines, a donde llegó a principios del año de 1548, y de quien ya se ha hecho mención.

Luego le pareció la ciudad de Gracias, cuenta el propio escritor, capítulo 23, un sitio tras mano para los negocios de Yucatán, que debía comprender su distrito, y deseando acercárseles más, trató con su majestad de pasar la Audiencia a la ciudad de Santiago de los Caballeros, cabeza de la Provincia de Guatemala. Escribió también en orden a esto el obispo de Guatemala, don Francisco Marroquín, y ofreció las casas que había edificado para sí y sus sucesores, para que viviesen en ella el Presidente y Oidores, que por ser muy capaces, había bastante aposento para todos, y salas muy grandes para tener los acuerdos y audiencia. Habida respuesta de su majestad, y concertado entre el Presidente y Oidores la mudanza de la Audiencia, se vinieron cada uno por su parte visitando la tierra, para remediar lo que en ella había necesidad. Entendido esto en la pro-

vincia de Yucatán, ordenaron a su procurador en España solicitase de su majestad les diese esta Audiencia por superior para sus apelaciones, y lo obtuvieron en cédula del año de 50.

Se conocían en las provincias de Guatemala dos géneros de esclavos. Los hombres bien o mal hechos, tales en la guerra, y fuera de ella, de los cuales había en todas las partes de Indias; y las mujeres y niños, reducidos a esclavitud en tiempo o a consecuencia de la guerra; lo cual solamente se vio en Guatemala, y no en lo demás de las Indias. Respecto a los primeros, se previene al Presidente Cerrato, expone Herrera, 8, 5, 5, que el poseedor que no probase que la guerra fue justa, y que en ella se guardó la forma dada por el rey, sean dados por libres, aunque por los indios no se probase cosa alguna, de manera que la probanza se cargue al poseedor, y no al indio; aunque estuviese herrado, y hubiese cartas de compra u otros títulos. En cuanto a los segundos se le ordena, que ante todas cosas, sin esperar más probanza ni título, y sin embargo, de cualquier posesión, y aunque estuviesen herrados, la Audiencia declarase por libres todas las mujeres de cualquiera edad, y todos los varones que eran niños de catorce años abajo, al tiempo que los tomaron en cualquier guerra, entrada o ranchería en tierra de indios amigos o enemigos, porque éstos no se pudieron hacer esclavos, aunque fuese con motivo de rebelión.

Luego trató el Licenciado Cerrato, cuenta Remesal, capítulo 16, de poner en libertad los esclavos de la provincia de Guatemala, que eran muchos, y con gran brevedad hizo libres la mayor parte de ellos, siendo el solicitador de esta causa el Padre Fray Pedro de Angulo, que con gran constancia padeció muchos trabajos y persecuciones, por ella. Acudieron también los padres de la provincia de Chiapa, con sus peticiones sobre la misma materia. El Presidente, continúa este escritor, capítulo 23, envió a aquella provincia a Gonzalo Hidalgo de Montemayor, que llegó a Ciudad Real por la pascua de Espíritu Santo de este año de 49, como otro espíritu consolador, para sacar los afligidos indios del duro cautiverio en que estaban. No será muy dificultoso creer el desconsuelo tan grande, y la aflicción que este día trajo a los españoles, porque ahorrarles los esclavos, era quitarles sus haciendas, la autoridad, la honra, la comida y el ser. Usaron de mil ardides con el juez, como con los religiosos, para que esto no se efectuase, o que sólo fuese la libertad de los indios de nombre, o que si no era posible se dilatase el negocio. Los religiosos, viendo el día tan deseado para ellos, y el sol que amanecía a la tierra, cerraban los oídos a los ruegos y animaban al juez, aunque no era menester con él esta diligencia. Ahorráronse, pues, todos los esclavos, y pusieron en libertad: que viéndose libres daban todos saltos de placer, y bendecían a Dios, y al rey, y a los padres que tal día les habían traído.

Estaban también las mujeres sometidas a la servidumbre de encomienda como los hombres, de modo que cuando se abolió el servicio personal de tasas, naborias y tapias, a que estaban sometidos éstos, se reprendió también el que padecían aquellas, y fueron muchas sacadas de él como los hombres. Solórzano, en la Política Ind., libro II, capítulo 2º, dice: "El

mesmo año de 1549 se despachó otra cédula a la Real Audiencia de Guatemala, en que se notan y prohíben las durezas, y excesos de otros encomenderos, que á las mugeres é hijas de sus indios encomendados, detenían en sus casas, como en cárcel privada, para que les hilasen y tejiesen, é hiciesen otras obras, labores y servicios, como si fueran esclavas suyas". Remesal advierte que en Chiapa, cuando fueron ahorrados los esclavos, se pusieron también en libertad los naborias y las amas, y todos los indios que estaban en las casas de los españoles, y en las estancias e ingenios de azúcar y grangerías; y añade, que viéndose desembarazados, daban saltos de placer como los otros.

A tiempo que se abolía el servicio personal de los indios encomendados, se trató de tasar el tributo que debían dar a sus encomenderos. Remesal añade que el Licenciado Cerrato dio provisiones para que se tasase de nuevo la tierra, y que hecha por el comisionado en Chiapas la tasación, parecióle que para la publicación de ella, se juntasen los indios de toda la provincia en Ciudad Real, los 24 de agosto, porque todos la oyesen y fue tanta la muchedumbre de indios que acudió a la ciudad, que no cabían por las calles, ni en la plazas, y los campos se cubrían de ellos, como de yerba. Estando ya para publicarse la tasa, sábado a los 24 de agosto, y los indios con la ansia de oirse relevar de tantos y tan pesados tributos, acataron los españoles, que era día de San Bartolomé apóstol, acordáronse del señor Obispo Fray Bartolomé de las Casas, a quien atribuían todo aquel estrago, y acudieron a suplicar al juez, que siquiera los consolase y que no se publicase la tasa aquel día, para que no hubiese algún historiador misterioso que sacase de allí algunas moralidades. Al otro día, domingo, se publicaron las tasas; y al siguiente, lunes, comenzaron a darlas, y apenas las habían recibido los indios, saltaban, asíanse de las manos, alegrábanse unos con otros, reíanse entre sí mismos, llenos de placer, por verse desembarazados de tan intolerables cargas como habían sufrido, y ya desde entonces se prometían prosperidad y riquezas.

Por la ordenanza 28 de las nuevas leyes, estaba mandado que los encomenderos que hubiesen dado malos tratamientos a sus encomendados, fuesen privados de las encomiendas; y tratándose del cumplimiento de ella, comenzaron los españoles a concertarse con los indios, y a pagarles los agravios que les habían hecho; otros les habían hecho tantos, que sabían ser imposible todo concierto. Con que al fin fueron privados de las suyas esta vez en Chiapas diez y seis españoles que menciona el propio Remesal, a saber: Francisco Ortez, Cosme Zaraus, Antonio de la Torre, Francisco Domínguez, Pedro Moreno, Antón Sánchez, Luis Medinilla, Luis Mazariegos, doña Catalina de Mazariegos, Andrés Benavente, Juan de Aranda, Gonzalo Dovalle, Diego García, Diego de la Zarra, Alonso Martín y Pedro Solórzano. Hablando todavía de los encomenderos, prosigue el mismo escritor, muchos salieron condenados a restitución de gran suma de dineros, y para otorgar el juez algunas apelaciones consideró prudentemente, que aquellos eran delitos antiguos, y de gente que en los tiempos pasados no había tenido fuero ni ley comunes en todas las Indias, y quizá mayores en Guatemala.

Herrera, expone, que porque el Adelantado de Yucatán, don Francisco Montejo se retenía los indios, que conforme a las nuevas leyes no podía tener como ministro real, se ordenó se le quitasen, para que la ley fuese cumplida. Asimismo se previene al Presidente Cerrato, refiere este escritor, no consintiese echar los indios en las minas en provincias de Honduras, Guatemala, Nicaragua y Chiapa; y que tampoco se cargasen. Remesal expresa, que se puso en ejecución esto último en Chiapa; y desde este día, añade cesaron del todo los indios de carga. "El español que tenía en su casa 40 y 50 indios de servicio, y otros tantos en sus haciendas, dentro de dos días comenzó a rogar y pagar un indio que le trajese agua y leña, y usar el mismo modo con la india que le avia de mazar el pan. Para el indio ya no avia llamarles bestia, perro mastin, pinge, ni azote o palo: ya era mano blanda por el rostro, destramalle el cabello y llamarle hermano, hijo, tata: pedirle perdon de lo hecho, y prometer enmienda para adelante". Esto pasaba en las provincias de Guatemala en 1549, a tiempo que en las del Perú obtenían el propio año su cumplimiento las nuevas leyes.

No se sabe el tributo que fue tasado en esta época a los naturales de estas provincias. Solórzano, libro 2, capítulo 20, refiere generalmente, que en una provisión del emperador Carlos V, despachada en Zaragoza a 9 de diciembre de 1518, se mandan pagar tres pesos de oro a cada indio mayor de 20 años, y un sólo peso a los mayores de 15, hasta que llegasen a 20. Ximénez libro II, capítulo 17, citando a Fuentes, expone: "que por el año de 36 el Gobernador Maldonado y el Obispo Marroquín, por disposición particular de la reina gobernadora hicieron rebaja en los tributos de esto de Guatemala en más de 90 mil castellanos de oro"; mas no expresa la tasación hecha entonces. En el capítulo 19 refiere el mismo Solórzano, que en una cédula de 2 de febrero de 1549, y en otra de 29 de septiembre de 1555, se ordena tasar los tributos bien en dinero, bien en fruto, de la tierra, o efectos de la labor de sus manos, o parte en uno y parte en otro, según la proporción de la tierra, y de sus habitantes. Nota asimismo este escritor en el capítulo 20, que en el Perú nunca vio ni entendió, que a las mujeres se cargase tributo alguno teniéndolas por libres y exentas de él, como lo son de los demás cargos y oficios; pero en casi todas las provincias de Nueva España, dice, está asentado y aprobado por cédulas reales, que las mujeres los paguen; salvo, añade, que algunas pagan sólo la mitad de lo que está tasado, y mandado que paguen los hombres. En estas provincias estuvo el sexo débil sometido a semejante gravamen, según parece de cédula del año de 1549, despachada a la Audiencia de Guatemala, la cual apretadamente prohíbe, que ni aun los encomenderos puedan encerrar las indias en corrales, para que hilen y tejan la ropa de algodón que han de dar de tributo, sino que en sus casas lo hagan, y allí entiendan en ello, de manera que no reciban, ni se les haga agravio alguno. Aun deja menos duda otra cédula de 26 de mayo de 1573, que cita al capítulo 20, escrita también, dice, a esta Audiencia, en que se declara que los varones mayores de 55 años y las mujeres de 50 dejen de tributar.

CAPITULO XIX

ESTABLECIMIENTO DE CORREGIDORES

Hasta entonces los indígenas encomendados que se reputaban libres en derecho, sus mujeres e hijos, sus familias, y los pueblos mismos encomendados que componían la masa general, no tenían otro juez, otro superior, inmediato, que los encomenderos españoles particulares, elevados a magistrados y señores de vasallos, a quienes tributaban sus respectivos súbditos, y estaban sujetos en lo civil y criminal, en lo político y económico, en sus personas, vidas y haciendas, sin otro recurso y apelación en caso de agravio y de queja, que a los adelantados y gobernadores de las provincias primero, después a las audiencias, cuando las hubo, a quienes se mandaba por una ordenanza de las nuevas leyes, que en esta clase de juicios se procediesen sumariamente, como por vía de privilegio dispensado en su socorro.

Este abismo de esclavitud exigía otro orden de cosas, que pusiese en salvo la libertad de los indígenas, y tal pareció ser la institución de cabildos de su propio gremio por una parte, y por otra el restablecimiento de la autoridad de sus antiguos caciques, Juarros, en la cronología de presidentes, hablando de Cerrato, dice: "Habiendo sabido que los indios caciques lamentaban que se les hubiese privado enteramente de la suma autoridad que gozaban en sus señoríos, hizo ordenanza sobre este punto, que hasta hoy se observa, por la cual mandó se erigiesen cabildos en los pueblos, compuestos de dos alcaldes, cuatro regidores y un escribano, con sus alguaciles ejecutores, para cuyos oficios optasen los caciques e indios principales. Al propio tiempo que los cabildos inducían a los indígenas a tomar los usos y estilos españoles, los gobernadores propendían a conservar sus antiguas costumbres, en lo que fuesen racionales por su naturaleza, y compatibles con el nuevo gobierno. La autoridad de los gobernadores, siendo cumulativa con la de los cabildos, hacía un cuerpo con ellos y les daba más fuerza, y siendo perpetua guardaba analogía con su representación. Así fue como los indígenas tributarios, saliendo del vasallaje de sus encomenderos, hallaban abrigo y resguardo en sus cabildos y gobernadores, y el español acreedor de los tributos no era ya un juez, sino una parte que pedía y reclamaba su derecho, con arreglo a las tasaciones y numeraciones hechas, y autorizadas por la Audiencia".

No obstante, los encomenderos emprendieron exceder las tasaciones, restablecer el servicio personal, e inferir malos tratamientos; y no siendo bastantes los cabildos y gobernadores al resguardo y defensa de los agraviados, acudían con quejas de ello a la Audiencia. En el libro de votaciones salvadas en los acuerdos de justicia, se leen varias por los años de 45 a 55; unas contra Alonso de Cáceres y Sancho Ponce, de Comayagua, otras contra Vargas, Avilés y Serrano, de San Miguel, otra contra Cristóbal Cerón, de San Salvador, otras contra Lope Molina y doña Francisca Molina, de Guatemala, otra contra Juan de Orduña, de Chiapa, y así otras; unos son privados de encomiendas, otros multados, y a

otros reformadas las tasaciones. A instancia del Oidor Herrera, se creó fiscal defensor de los indios para el auxilio y seguimiento de estas causas, y fue nombrado el Licenciado Ortiz, Abogado de esta Audiencia, que aprobó el rey.

Herrera, trata este punto, 5, 5, 9, andando el año de 33, y con respecto a Nueva España, dice: los hombres descontentos con la tasación de tributos que se había hecho por este tiempo, y sentidos de que ya los indios sabían pedir su justicia, enviaron en nombre de las poblaciones de castellanos un procurador a España, para que pidiese remedio de muchas cosas en que pretendían ser agraviados; y entre ellas era una, que el Presidente Ramírez y los nuevos oidores suspendían las encomiendas y las ponían en corregimientos; y como los que tenían los indios criaban ganados en sus términos, y los corregidores se los echaban de allí, eran forzados a venderlos, y perder en ellos. En España se consideró necesaria la institución de corregidores, así por esto, como para que reprimiesen los excesos de los mismos indios entre sí, y se pidió informe de cuántos corregidores habían sido proveídos, qué salarios llevaban, y qué utilidad se seguía de ellos; con lo que a los dos años, es decir, el año de 35, ya se ven puestos muchos y prescritas las instituciones que habían de observar.

Juarros, trat. 4, capítulo 19, advierte que recobrada la ciudad de San Salvador de la invasión de Pedrarias el año de 30, puso en ella Alvarado Teniente de Capitán General, y Justicia Mayor; mas ésta fue providencia militar y transitoria, Solórzano, libro V, capítulo 2º, refiere que en cédula del año de 36, remitida al Perú, se manda ir estableciendo corregidores; pero no aparecen, sino al cabo del tiempo, primero el del Cuzco, y después el de Charcas. Es el motivo porque el Padre Casas, en el memorial de la Destrucción de las Indias, escrito por el año de 42, decía: "México y su comarca está un poco menos malo, porque allí, y no en otra parte, hay alguna justicia".

En el propio libro de votaciones de esta Audiencia, se advierte que por el año de 45 se dieron en corregimiento unos indios de Trujillo a Cristóbal Guevara, y poco tiempo después a un don Cristóbal los del Copelet, al Licenciado Villalobos los de Tencoa y a Luis Pérez, los que tenía el tesorero de Guatemala; y aunque sólo denota un encargo de recoger los tributos sí parece que incluía oficio de jurisdicción, porque en cédula de 8 de noviembre de 50, redactada en la ley 3, título 2, libro V, que ordena el establecimiento de corregidores, así lo supone, cuando dice: "Nuestra voluntad es que los pueblos de indios encomendados sean puestos debajo de la jurisdicción de los corregimientos y alcaldías mayores, adjudicando a cada uno los pueblos más cercanos, y damos poder a los corregidores y alcaldes mayores para conocer civil y criminalmente de todo lo que se ofreciere en sus distritos, así entre españoles, como entre españoles e indios, e indios con indios, y de los agravios que recibieren de sus encomendados; y que se les dé instrucción de lo que deban hacer, según lo más conveniente a cada provincia". Entre tanto, aparece mandaba establecer por el rey, Alcaldía Mayor en Nicaragua por real orden de 9 de septiembre de 51, que dice así: "Nos somos informados, que en la provincia de

Nicaragua ay falta de justicia, y acá ha parecido bien, poner allí un alcalde mayor, que tenga en justicia aquella tierra". Otra se dio en 9 de diciembre siguiente, para igual provisión en Yucatán.

Remesal, libro IV, capítulo 13, encareciendo las trazas que por este tiempo se daba el emperador Carlos V, para el buen gobierno de las Indias, dice: "Se criaban audiencias, presidentes y oidores, nuevas gobernaciones, nuevas alcaldías y corregimientos". Juarros, hablando del Presidente Cerrato, que lo fue desde mayo de 47 hasta enero de 55, dice: "También estableció y formó los corregimientos, señalando los límites de cada uno, y nombrando corregidores". Lo cual, aunque no pueda entenderse de una operación concluída, sí debe conceptuarse de una plantación comenzada. Por el año de 59, se conoce que ya había otros corregimientos, puesto que en cédula de 16 de abril se veda a la Audiencia proveer alguaciles en ellos por corresponder, dice, su provisión a los propios corregidores; y en otra de septiembre siguiente, se le inhibe asimismo enviar a tomar residencia a los alcaldes mayores, proveídos por S. M. a causa de suspenderse con ella una autoridad de concesión suya. En votaciones del año de 58 suena Alcalde Mayor de la Trinidad Alonso de Paz, y en cédula de 18 de julio de 60 al artículo 3º se da por informado el rey de que al Alcalde Mayor de Acajutla se había dado jurisdicción sobre San Salvador, y al de Ucelutlán sobre San Miguel, por no haberlo en estas villas, y que convenía poner otro en Tabasco y Chiapa; en el artículo 4º, avisa que está provisto el Doctor Quijada Alcalde Mayor de Yucatán; y en el 12 refiere la misma cédula que había corregidor en Nicoya, y en Nicaragua estaba a la sazón de Alcalde Mayor el Licenciado Ortiz. En real orden de 17 de septiembre inmediato, se califica de zurda la administración del cacique don Juan de Chamelco, gobernador de la Verapaz, nombrado por S. M. y ordena se le ponga asesor; y ya en otra de 23 de noviembre de 61 se refiere, que el propio Chamelco vino a la capital, y pidió Alcalde Mayor a la Audiencia, la cual estaba en ponerlo, y el rey se lo aprueba; en el artículo 6º de la misma orden desaprueba se haya extendido la autoridad de los alcaldes mayores comarcanos sobre San Salvador y San Miguel, ordenando se sigan gobernando estas villas por alcaldes Ordinarios, como hasta entonces, y en el 7º tiene a bien estén proveídos alcaldes mayores en Soconusco y Honduras.

La provincia de Costa Rica no existía entonces; porque conocida primero por una porción de la provincia de Castilla de Oro, y conquistada por Pedrarias, no pudo después ser conservada por Barrionuevo, su último sucesor en ella, ni reconquistada por Felipe y Diego Gutiérrez sus nuevos conquistadores, obteniendo únicamente el pequeño distrito de Cartago, en que fue fundada la ciudad de este nombre, hasta pasados 16 años, en que aparece el resto como una parte de la provincia de Veragua en el artículo 12 de cédula del año de 60, que va citada, y dice así: "La provincia de Veragua, que por otro nombre se llama Nueva Cartago, es en ese distrito, y de dos años a esta parte se han venido de paz unos indios comarcanos llamados Chomes, los cuales han sido bien regalados y se les ha proveído de iglesia, sacerdotes y ornamentos y de alcaldes y de otras

cosas importantes a su cristiandad y policía; y además de esto, por españoles que han estado y han andado casi toda la provincia de Veragua se tiene noticia de haber en ella más riqueza de oro que en otra parte alguna, y que hay pocos indios y éstos muy derramados, y que fácilmente y sin guerra se podrían traher de paz, y por la parte de Natá, la ha poblado de orden nuestra el capitán Francisco Vásquez". Este Adelantado, obteniendo primero sucesos favorables, y sufriendo después reveses, tuvo necesidad de socorros de Nicaragua, con que se adelantó su reconquista, la de varios distritos entre ellos un puerto llamado hoy de la Caldera, a que en auto de encomienda de 29 de marzo de 1651, se refiere haber tomado en su principio el nombre de Landecho, en honor del Presidente que entonces gobernaba. Bejarano, gobernador de Veragua, en informe dado en materia de misiones al Ayuntamiento de Guatemala, en 15 de septiembre de 1775, escribe: todo aquel terreno, montañas, ríos y quebradas es abundantísimo de oro, sin necesidad de trabajarlo en las minas, sino lavar las tierras y arenas de dichos ríos y quebradas; por lo que fue numeroso y grande el comercio de gentes ultramarinas que concurrieron y de que se derivó el nombre de Costa Rica. La importancia de esta provincia se ve ya en cédula de 2 de julio de 1569, en que declara el rey al presidente González la facultad de conferir los corregimientos y alcaldías mayores, exceptuando las gobernaciones de Honduras, Costa Rica y Soconusco.

Expresa también Bejarano en el informe, que conquistados en este territorio los cavecaras y vezeitas, se fundó en los llanos del río de la Estrella, la ciudad de Santiago de Talamanca, distante de Cartago 20 días de un camino real que hacían muchos y grandes pueblos; y luego, dice: en ésta había un castillo, llamado San Ildefonso, con la correspondiente guarnición de tropa, que custodiaba dicho río de la Estrella, por el cual subían las embarcaciones que venían de España, con nombre de registros y se amarraban en el citado castillo. Otro informe anónimo de la misma clase, refiere que en esta ciudad y fortaleza había gobernador sujeto al Gobernador General de la provincia; es decir, había otro Alcalde Mayor provisto por el del reino, y subordinado al del territorio; y añade: los primeros españoles trasegaron aquellas eminentes cordilleras, abriendo caminos, que aun hoy existen, para penetrar con mulas aquellas fragosísimas tierras; causa admiración ver cómo por unas cuchillas, cuasi impenetrables, profundizaron zanjones para el tránsito de mulas, que solamente el crecido interés que tendrían, pudo empeñarlos en abrir caminos tan difíciles y dilatados. En otro del obispo de Tristán, de 18 de marzo de 1783, se expresa que en la misma época fue fundada, además de otras villas de españoles, la famosa ciudad de Esparza, cabeza entonces, dice, de toda la provincia; y por consiguiente, residencia de su gobernador.

En cédula del año de 1560, que va citada, decía el propio monarca, artículo 3º, "Porque quiero saber como se gobiernan al presente los pueblos despañoles, si es por alcaldes mayores, o por alcaldes ordinarios de ellos mismos, enviarnos eis relacion particular de todo ello, y de como hacen sus oficios las dichas justicias, para que visto se provea lo conveniente". Sin duda, pasado algún tiempo, cuando pareció ya asentada la

autoridad de los cabildos de indígenas y de sus gobernadores, fue ya conveniente, según la cédula de 69, permitir el establecimiento general de corregidores en los pueblos grandes de indígenas, y el de alcaldes mayores, en las villas de españoles. Entonces también las alcaldías mayores que tenían bajo de sí corregimientos, o puertos, pasaron a titularse gobernaciones, de lo cual existen indicios. La real orden de 23 de marzo de 61, dirigida al Alcalde Mayor de Honduras, comienza así: “nuestro gobernador de la provincia de Honduras”; y le encarga el apercibimiento de los puertos, y resguardo de los corsarios franceses; otra de 2 de enero de 69, previene al Presidente Gobernador del reino, cuide de que el corregidor puesto por él en Nicoya, guarde subordinación al Alcalde Mayor de Nicaragua, que tenía a su cargo órdenes para aquellos puertos, relativas a la vía del Perú. Entretanto, la creación de corregimientos tuvo sus limitaciones. Andando el año de 75, se pusieron corregidores en el pueblo de Tecoluca, y en la villa de San Miguel, que fueron resistidos y reclamados, según aparece en cartas de la ciudad de San Salvador, de 17 de marzo, y de la misma villa de San Miguel en 19 del mismo, escritas al ayuntamiento de la capital, para que coadyuvase en su defensa. La exención del propio San Salvador si terminó en esta parte. De auto acordado de justicia de 9 de diciembre de 85, resulta que a la sazón no solamente había Alcalde Mayor en esta villa, más tan bien que lo había sido Alonso de Navas. Y así en este tiempo debe darse por concluido el establecimiento general y distribución de los corregimientos, alcaldías mayores y gobernaciones del reino.

Juarros, tr. 4, capítulo 8, asigna la división del territorio en 32 partidos y provincias, aunque pudo llegar a 33, a saber: catorce en Guatemala, siete en Nicaragua, seis en Costa Rica, cuatro en Comayagua, uno de Chiapa y otro de Soconusco, en esta forma. En Guatemala: San Salvador, Sonsonate, Verapaz, Suchitepéquez, Amatique, Totonicapán, Quezaltenango, Atitán, Sololá, Escuintla, Guazacapán, Chiquimula, Aca-saguastlán y el Valle. En Nicaragua el del propio Nicaragua, según parece hasta Granada, Nicoya, Realejo, Matagalpa, Monimbo, Chontales y Quezaltepequez. En Costa Rica: Cartago, Talamanca, Quepo, Chirripo, Pacaca y Ujarraz. En Honduras: Comayagua, hasta Trujillo y Puerto Caballos, Tegucigalpa, Minas de Zaragoza, y Tenoco. En Chiapa: el propio Chiapa, y lo mismo en Soconusco. Venían siendo cinco gobernaciones a saber: Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Honduras y Soconusco; nueve alcaldías mayores, a saber: San Salvador, Chiapa, Tegucigalpa, Sonsonate, Verapaz, Suchitepéquez, Nicoya, Amatique y las Minas de Zaragoza; y los demás eran corregimientos. De todas proveía el rey las cinco gobernaciones y las seis primeras alcaldías mayores, según advierte Herrera, descr. capítulo penúltimo, las demás y los corregimientos, añade Juarros, eran de provisión de los presidentes, a excepción del Valle.

Fue esta una excepción entonces harto notable. México, cuenta Herrera, 5, 5, 13, apenas había obtenido el año de 33, que sus justicias ordinarias tuviesen jurisdicción en la ciudad, y cinco leguas al rededor, y según parece del epígrafe de la ley 3, título 8, libro IV, ésta se extendió

en el año de 39 a quince leguas. No obstante, así esta capital como la de Lima, tenían corregidor, que era, expone el mismo Herrera, de provisión del consejo, y lo tuvieron durante el siglo 16, hasta principios del 17, en que se quitó en ellas este oficio, refiere Solórzano, libro V. capítulo 1º, primero en Lima y después en México. Entretanto, la capital de Guatemala ni lo había admitido, y extendía su jurisdicción a muchas más leguas. Solórzano, libro II, capítulo 21, hablando en general, explica la necesidad que hubo desde el principio de poner el cobro de los tributos a cargo de los corregidores, inhibiéndolo a los propios encomenderos; y añade, que cuando algunos de ellos obtenían merced de cobrarlos por sí, todavía quedaba inspección a los corregidores; pero en Guatemala no se advierte que necesitasen privilegio; los propios encomenderos por sí o por sus encomendados y administradores cobraron siempre sus tributos; y según expone Juarros, los corregidores sólo tenían a su cargo el cobro de los que pertenecían a la corona; menos en el Valle de la capital, donde incumbía a los oficiales reales.

CAPITULO XX

JORNADA DEL GOBERNADOR DE LA VERAPAZ AL LACANDON

Entretanto que Casas en España se había indemnizado y velaba sobre el cumplimiento de las leyes en Guatemala, y lo demás de las Indias, sus contiendas no calmaban acerca de su libro penitencial; pues aunque el Consejo quedó satisfecho con las treinta proposiciones que presentó, no así sus poderosos enemigos, que empeñados en dar mala idea de su doctrina, encontraron en el Doctor Juan Ginés de Sepúlveda, un sabio de reputación, que emprendiese probar haber sido justas las guerras hechas a los indios, y que el rey tenía derecho, para mandarlas hacer, si resistían a sus intimaciones. Como el Consejo de Indias negó licencia para la impresión de su tratado, acudió al rey para que la diese el de Castilla, quien oyendo a las universidades de Alcalá y Salamanca, tampoco accedió a ella, y aunque se imprimió en Roma bajo otro título, por medio de un amigo suyo, Antonio Agustín, auditor de la Rota, Carlos V prohibió su introducción en España. No obstante, el autor compuso un sumario, y esparciéndolo manuscrito, fue acogido con ansia, por todos los partidarios interesados en poseer sin remordimiento las riquezas de las Indias.

Casas, que conoció el peligro de su propagación, le opuso un nuevo tratado, rebatiendo su doctrina. Las memorias de ambos antagonistas excitaron una especie de fermentación, llegando ellas a ser el objeto de conversación en todas las ocurrencias y sociedades. En la Corte se dividió la opinión, aprobando unos el sistema de Sepúlveda y otros el de Casas. Siendo el punto de los más importantes en la moral, el emperador convocó en Valladolid el año 50 una asamblea de prelados, teólogos y jurisconsultos, que discutieron en presencia del Consejo de Indias la licitud de aquellas guerras. Hizo su exposición Sepúlveda, y la hizo Casas. Sepúlveda pre-

senta objeciones, y Casas contrapone réplicas. El triunfo quedó por el segundo; acabó de desimpresionarse de él el Consejo; y la opinión se decidió contra las guerras, los esclavos y los repartimientos, y las riquezas adquiridas por estos medios, que era su intento, y el asunto de sus reglas penitenciales, las cuales, dice Herrera, en el capítulo final de sus décadas, mandó el rey fuesen guardadas, como habían sido establecidas en la junta de prelados convocada en México por Tello.

Exponiendo Casas la industria de conquistar sin guerra, quería que religiosos entraran en el país, para predicar el evangelio, y ser recibidos voluntariamente, para que se ocupasen en hacer la religión amable, y disponerlos a reconocer la soberanía de los reyes de Castilla, sin perjuicio de la libertad, y de las propiedades de los indios, conformemente a la Bula de Paulo III, que había explicado el solo y verdadero sentido de la de Alejandro VI; y si los indios no querían recibir voluntariamente los religiosos, la sola cosa que le parecía permitida, era levantar fortalezas en los países que se hubiesen ya sometido y pacificado, y que fuesen vecinos de otras provincias, todavía independientes, a fin de ponerse, por aquí en relaciones de comercio y amistad con sus habitantes. Más adelante dice: "Que comiencen esta santa empresa enviando a los idólatras otros indios convertidos, de quienes ellos conozcan la fidelidad. Esto es lo que hicimos los padres dominicos y yo en el país de Guatemala, en donde convertimos un grande número de habitantes, sin que la paz fuese turbada; ventaja que le valió el honor de ser nombrado por su magestad la provincia de la Verapaz".

No tuvo igual éxito la entrada del Padre Vico en el resto de Tesulutlán, contiguo a esta provincia, por el Norte. Este religioso y el Padre La Torre, ambos dominicos, habían determinado ir a conquistar estos pueblos por el mismo tenor que se había ganado la Verapaz, y poniéndolo por obra, llegaron a las primeras rancherías en el año de 50. El Padre Vico especialmente era muy capaz para hacerse entender de aquellos naturales; porque había hecho estudio particular del idioma. Hacía tiempo, cuenta Remesal, 7, 14, que había escrito para que otros le aprendiesen una arte del modo de la latina, tan concertada y ordenada, que no le faltaba declinación, conjugación, tiempo, clase de verbos, formación de tiempos, nombres, verbos y adverbios; como también un vocabulario muy copioso, aun de las dicciones obscuras y poco usadas; escribió asimismo muchos tratados en las lenguas de la tierra, así para enseñanza de los naturales, como para los otros sacerdotes, entre ellos una teología de indios; designó hasta los idiotismos, para preservar el uso de ellos de impropiedad. Demás de esto trovó para cada pueblo muchas coplas y versos en que escribió toda la vida de Cristo, Señor Nuestro, de los apóstoles y muchos santos, especialmente patrones de las iglesias, para que los indios los cantasen en sus fiestas y bailes.

Los habitantes de esta primera ranchería y de otras que le seguían esparcidas en la comarca, se prestaron a dejar la idolatría y abrazar el cristianismo, hasta hacer entrega de sus ídolos. Llevando, pues, los padres muy adelante su ocupación, refiere el propio escritor, libro IX, capí-

tulo 2º, dos indios de los que se estaban instruyendo les avisaron una noche, que trataban unos infieles de quitarles la vida, y lo aseguraban en términos que se tuvo por cierto. Con todo eso, no se inquietaron ni cesaron en sus ejercicios, y sólo enviaron aviso de lo que pasaba al Gobernador de la Verapaz, que lo era don Juan cacique de Chamelco. El gobernador con mucha brevedad se vino a ver con los padres, muy acompañado de gente de guerra; comenzó a hacer pesquisa de la conjuración, y los sindicados negaron fuertemente. Los padres le rogaron no pasase adelante; cesó el gobernador, y poniéndoles gran temor con amenazas que les hizo, se volvió. Los padres se quedaron y continuaban su trabajo con fruto, porque los indios acudían a la instrucción, y se bautizaban muchos; pero volviendo a saber lo poco que se sosegaban los infieles, y cierta junta que sobre matarlos habían hecho, no dándose por entendidos se salieron de entre ellos.

Pasados algunos días, continúa Remesal, 10, 6, los padres del modo que se fueron volvieron a la primera ranchería, y cumpliendo sus ejercicios, sin hacer mansión en ella, y de tiempo en tiempo repetían esta visita, llegando a las rancherías comarcanas, en que algunos de sus habitantes habían recibido razonablemente la fe. Siendo prior de Cobán el Padre Vico, vino a la tierra y trabajó en ella más de lo que se puede decir, reduciendo las rancherías a pueblos ordenados, y poniéndolos en alguna policía. Corría ya el año de 55, en que volviendo al convento el Padre Vico, a objetos de su oficio, los indios que no estaban bien con la fe ni con la policía que les enseñaba, y los señores y principales de las rancherías más remotas, que la recelaban, trataron de destruir aquel primer pueblo, por donde los padres tenían entrada a los demás y espaldas para todo, y matar también al Padre Vico, si lo podían haber a las manos.

Llegó el rumor a los moradores de aquel pueblo, que entraron en gran consternación y no hallándose suficientes a defenderse, enviaron aviso a los padres que les habían dado la fe. Estos se pusieron en gran confusión, especialmente el padre Vico, que luego dispuso irlos a favorecer, y escogió por compañero al padre López, hombre robusto y valiente, bastante para tomar parte en aquel apuro. Fueron también en su compañía veinte indios de Cobán, para que le diesen algún resguardo. Sabiéndolo el gobernador, acudió a desvanecerle el viaje, intimándole el peligro en que se iba a meter; pero mostrándole el padre Vico el que corrían los nuevos cristianos de aquel pueblo, no se lo pudo estorbar; y tomó el camino en seguimiento suyo, llevando consigo trescientos soldados de los suyos, armados a su modo. Llegados al pueblo y no viendo el padre Vico aparato de guerra, hizo instancia al gobernador, que se volviese, porque el bastimento debía faltar a su gente, y ser gravosa su mansión a la comarca: algunos habitantes de ella también le pusieron por achaque, que los vecinos no acudían a la iglesia por temor de aquella gente; con que se retiró, y todavía a unos treinta indios de los de Cobán y del gobernador que quedaron, les quitó las armas, para alejar todo motivo de temor, ocupándose eficazmente en sosegar los ánimos.

Luego que se juzgó distante al gobernador, se alzaron los indios, y no hubo más obediencia ni respeto; y muy apriesa enviaron a llamar a los demás concertados, que se juntaron todos jueves en la noche 28 de noviembre. Entonces creyó el padre Vico la conjuración. Durante la noche nada sucedió; pero al reír del alba, un indio de Cobán llegó a avisar al padre Vico: "La casa se quema, aun el fuego viene despacio; dame mi espada, y vente conmigo, que yo te doy palabra de sacar libre a tí y al padre López, de más de mil alzados que te están esperando". El indio instó segunda y tercera vez, y el padre le dijo: "Líbrate a tí propio; toma tu espada y la rodela, y vete a tu tierra". El cobanense desenvainó la espada, y embrazó la rodela, y como un león dando estocadas y reveses a todas partes, rompió el cerco lloviendo sobre él saetas, y con solas algunas heridas, se puso en salvo.

Aclaraba ya el día, y el padre Vico se bajó por una puerta con gradas que salía a la plaza donde estaban los alzados, y andando entre ellos le abrían campo, porque como gentiles tenían la aprehensión, que si se acercaban a un sacerdote morían luego; conque tuvo lugar de entrar a la iglesia; pero advirtiéndole a poco que la iglesia se ardía, salió afuera y preguntó a los indios qué les había hecho porque le querían matar. La respuesta fue flecharle muy apriesa con furia; acertaron a clavarle una saeta en la garganta, de que luego cayó en el suelo. El padre López, su compañero, acudió a ese tiempo, lo arrimó a la pared de la iglesia y resguardándolo él y uno de los acólitos con una rodela que había a la mano, le estuvo auxiliando hasta que expiró. Ya habían clavado una saeta al padre López en la barba, que luego se quitó, y entrando en la casa, tomó la alforja de bizcochos y su diurnal, y poniéndose a camino hacia Cobán, iba rezando y recibiendo saetas, con que viéndole erizo le dejaron ir; pero encontrando una tropa de alzados, se las multiplicaron, y desangrándose demasiado por las heridas, cayó en el suelo, y a poco murió. Murieron también los indios de la Verapaz que quedaron con los padres, y no pudieron escapar en el calor de la conjuración.

Otros que escaparon, y especialmente el cobanense que rompió sobre los alzados, llevaron a la Verapaz la noticia del alzamiento y muerte de los padres, como también de sus compañeros. Los alzados, añade Remesal, capítulo 10, no se fueron alabando del caso. Porque luego que cometieron el delito, don Juan, cacique de la Verapaz, fue a ellos con casi 400 indios de los suyos. Alcanzólos en los montes, y por algunos despoblados, y dióles batalla a su modo, y mató casi 300 de ellos, y en los años siguientes nunca dejó de hacer entradas y correrías en las provincias de Acalá y Puchutla, haciéndoles todo el mal que le era posible; y decía muy de ordinario a los padres de Cobán que no descansarían su corazón, hasta que los acabase a todos en venganza del padre prior.

El Obispo Casas, en la disputa con Sepúlveda, disculpaba a los indios de la Florida, que dieron la muerte al bienaventurado Fray Luis Cáncer a la entrada del puerto en que desembarcó a predicarles el Evangelio. "Con su muerte, decía, quiere ayudarse el Doctor Sepúlveda; pero aprovéchale poco: porque aunque mataran a todos los frailes de Santo

Domingo y a San Pablo con ellos, no se adquiriera un punto de derecho más, del que antes había, que era ninguno, contra los indios. La razón es, porque en el puerto, donde lo llevaron los pecadores marineros, que debieron desviallo de allí, como iban avisados, han entrado y desembarcado cuatro armadas de crueles tiranos, que han perpetrado crueldades extrañas en los indios de aquellas tierras, y asombrado, escandalizado, é inficionado mil leguas de tierra. Por lo cual tienen justísima guerra hasta el día del juicio contra los de España, y aun contra los cristianos, y no conociendo los religiosos, ni habiéndolos jamás visto, no habían de adivinar que eran evangelistas”.

Los lacandones, que dieron muerte al felicísimo padre Vico, bien es que conocían a los religiosos dominicos, y sabían que eran evangelistas, y mientras predicaban el Evangelio, nada intentaron contra ellos; pero cuando éstos emprendieron nueva policía, en sus pueblos, cesó la confianza, y sin duda juzgaron que su suerte habría de identificarse con la de Verapaz, donde habían visto que Alvarado encomendó indios sin miramiento a lo tratado; que Munguya, población de indígenas, tornó en villa de españoles; y que sometida la comarca a españoles de Guatemala, todavía era conquistada por españoles de Yucatán, dando a sus moradores malos tratamientos y tomando la mujer de un cacique; no olvidaban que ellos, los mopanes y mancheses, soportaron todas las vejaciones del tránsito de Cortés; y los caciques acalanos, que vieron con asombro ahorcar a otros caciques más poderosos, y al gran Guatemuz, no creyeron que bajo los españoles fuesen ellos más venturosos, que el emperador mexicano; y así no sería remoto obtuviesen también disculpa los lacandones, en concepto de Casas.

No obstante, por lo mismo, debiera aquí desde luego haber tenido lugar el aviso que da el propio Obispo, de que la cosa que le parecía permitida, era levantar fortaleza en el país ya sometido y pacificado, con que habiéndolo sido diferentes pueblos, especialmente el primero formado por el padre Vico, nada impedía se hubiese dispuesto también una población española o cobanense en el confín de ellos, que sirviese como de fortaleza para su resguardo. Y sin duda, es a lo que alude una cédula de 22 de enero de 1556, transcrita por Remesal, libro X, capítulo 11, que hablando de estos nuevos cristianos de Tesulutlán, primero reducidos y amenazados, y luego seducidos y alzados, dice: los naturales no tienen ayuda de los españoles, ni gente de los naturales en frontera, ni aderezos de armas; y más adelante, ellos no son ayudados de los cristianos españoles, ni de Nos. ¿Qué deberá, pues, decirse de la revuelta del gobernador sobre los acalanos, con exterminio de 300? ¿Y qué de sus entradas subsiguientes? Lo que se sabe es que su gobernación desagradó en la corte.

Por este tiempo no se habían establecido corregidores en el Perú, y los indios y pueblos encomendados permanecían bajo el señorío de los encomenderos; y éstos no conteniéndose con disputar las encomiendas por una y por dos vidas, esto es, durante la propia vida y la de un heredero, solicitaban que ellas fuesen perpetuas en sus herederos, y la razón con que esforzaban su solicitud, eran los méritos contraídos en la conquista

y población de la tierra. El Obispo Casas, que no llevaba las encomiendas por un instante, y mucho menos el señorío de los encomenderos y vasallaje de los encomendados, escribió el año de 55 a Carranza, confesor del rey, después Arzobispo de Toledo, la carta que corre en la colección de Llorente, en que hace la resistencia más viva a semejante concesión, oponiendo, que los que alegaban servicios, no habían hecho sino deservicios a Dios, al rey y a la tierra, que no debían recibir premio por lo que merecían castigo; “y diré, añade, que el rey será rigurosamente responsable, por no haber castigado estos asesinos”. Solórzano, libro III, capítulo 32, advierte que esta solicitud de perpetuidad en las encomiendas comenzó por Guatemala, donde la hicieron los oficiales reales de este reino, desde el año de 30.

En el siguiente de 56 ya fue otra la contienda en materia de encomiendas; porque se pretendía su venta, según expone Remesal, libro X, capítulo 24. “En el año de 1556, dice, ejercitó grandemente el Sr. d. fr. Bartolomé de las Casas, su oficio de padre y protector de los indios. A causa de que dando mucha priesa el príncipe don Felipe II desde Inglaterra, donde estaba con la reina María, que le enviasen dineros para irse a Flandes, querían vender en España los lugares de abadengo, y en Indias las encomiendas y lugares de repartimiento. Opúsose a este arbitrio con todo valor nuestro Obispo de Chiapa, como defensor de los indios, impidiendo la tal venta, como medio eficaz de acabarse las Indias y destruirse de todo punto los naturales de ellas. A este tiempo refiere Llorente un tratado de Casas, que incluye en su colección, sobre la inenajenabilidad de los súbditos, y de las ciudades, villas y lugares, en que sienta los principios más luminosos del derecho público; y hablando de la potestad real, en el capítulo 5º, dice: “La voluntad libre de la nación es la única causa eficiente, el solo principio inmediato, y la verdadera fuente de la potestad de los reyes y príncipes”; y al capítulo 9º, añade: “El temor del pueblo y el aparato amenazante del príncipe, imprimen el carácter de nulidad en todo lo que parece consentido”. El redactor admira que se produjesen tales especies en aquella época, y en el reinado de príncipes los más absolutos y poderosos.

CAPITULO XXI

JORNADA DEL OIDOR QUIÑONEZ AL PROPIO LACANDON

En cédula transcrita por Remesal, libro X, capítulo 11, se refiere, que por el año de 52, destruyeron los indios de Puchutla y Acalá un pueblo quince leguas distantes de Ciudad Real; que no había año que no hiciesen iguales daños en pueblos comarcanos ya sujetos a la corona, y que de ellos llevaban ya destruidos unos catorce; de que dada queja a la Audiencia, no puso remedio, contestando que le estaba vedado hacer guerra a los naturales; con que otros pueblos amedrentados y amenazados, viéndose sin defensa ni protección, se habían alzado también y unídose a los infieles. Por lo que el año de 56, en capítulo celebrado por los padres

dominicos en Cobán, a 8 de mayo, se propuso, cuenta este escritor, capítulo 9º, entre otras dudas, la siguiente: “¿Si ahora es lícito a nuestro rey hacer guerra a los indios de Puchutla y Lacandón? Respondieron, dice, los misericordiosísimos y piísimos padres y que en gran manera amaban a los indios: que no solo le era lícito al rey hacerles guerra, sino que en conciencia estaba a ello obligado, y para defender a sus súbditos totalmente destruir a los de Lacandón y Puchutla. Se puso la queja al rey por Casillas, segundo Obispo de Chiapa; y el rey en cédula de 16 de marzo de 1558, mandó hacer la guerra a los indios de la provincia de Lacandón, ordenando que sacados de este distrito, fuesen trasladados a la otra parte de Chiapa, en Tabasco, que había quedado despoblada, y que los españoles de Guatemala y Chiapa que hiciesen la guerra, se los repartiesen y pudiesen aprovecharse de sus tributos, derogando por esta vez la ley del emperador que vedaba hacer guerra a los naturales, y permitiendo que los indios que fuesen cautivados en ella, fuesen habidos por esclavos, y como tales pudiesen tomarlos y servirse de ellos. Muy pronto habían olvidado los mismos padres, moradores del país clásico de la paz, el aviso que su establecedor dejó consignado en sus escritos y de palabra, y muy bien fue comprendido en México, de que se situase población armada en la frontera de lo conquistado para su resguardo; pero de este cargo y facultad se dieron por ajenos los individuos de la Audiencia, estando encomendada del gobierno y su defensa.

En fin, la cédula se publicó en Guatemala a 3 de enero de 59. La Audiencia tenía entonces todos los ramos de gobierno: policía, justicia, hacienda y guerra, y dio todas las órdenes. Fué nombrado Capitán General el Licenciado Pedro Ramírez de Quiñónez, Oidor de la misma Audiencia, que el año de 47 había ido con la gente de este reino en auxilio de Gasca al Perú. Bajo su bandera se asentaron muchos españoles, y entre ellos algunos caballeros hijos dalgos y gente noble, de los cuales los principales fueron los siguientes: Nicolás López de Irrarra, Alguacil Mayor de la Audiencia; Francisco Girón, Alférez Mayor; Carlos Bonifaz, don Carlos de Arellano, don Felipe de Mendoza, Juan Vásquez Coronado, no se expresa si el Adelantado de Costa Rica, Gaspar Arias Dávila, Gaspar Arias Hurtado, Alvaro Dorrego, Gaspar Pérez de las Varillas, Alonso Gutiérrez de Monzón, Juan de Morales, Juan Méndez de Sotomayor, Gregorio de Polanco, Melchor Ortiz de la Puente, Alonso Hidalgo, Sancho de Barahona, Pedro de Barahona su hermano, y Francisco de Bañuelos. Cada uno de estos personajes son palabras de Remesal, no dejó de llevar consigo tres o cuatro españoles que le servían y eran de guerra. Iban por capellanes de esta bandera tres clérigos.

Se acopió todo género de mantenimiento: trigo, carne, cecinas, maíz y otras legumbres, y todo se pagó de la hacienda real, por mano de los tesoreros y contadores del rey. La gente española de Guatemala se puso tan galana y lucida, como se ha visto otra jamás, porque fué más de lo que se puede creer lo que para esta jornada gastaron en vestidos, plumajes, pabellones y cosas de este menester. Algunos quedaron ricos y desembarazados de mercaderías de que quizás no salieran en su vida, sino

fuera en esta ocasión. De otros baste sólo decir, que ni ellos ni sus hijos no lo pudieron pagar, que hoy en día, cuando escribía el autor, hay muchas casas acensuadas por el empeño de esta jornada.

Fué nombrado por capitán de la gente española de la Ciudad Real de Chiapa, Gonzalo Dovalle, caballero noble de aquella ciudad, y uno de los primeros y principales fundadores de ésta de Santiago de Guatemala; los españoles que se alistaron, era gente noble y lucida, como aquella ciudad lo acostumbraba siempre a tener.

Se armaron mil indios de la provincia de Guatemala, gente robusta y valiente; y ochocientos de la de Chiapa, todo a costa de sus pueblos; y por cierto que algunos no quedaron tan bien librados, si no es que se diga que quedaron libres y desembarazados de su hacienda, que se les tomó mucha parte para esta jornada. Hiciéronse armas para todos los soldados, lanzas, arcos, flechas, rodela y escaupiles o cotas y caperuzas, e imponíanse también, que parecían en las reseñas soldados viejos de Italia. Los de Chiapa y Cinacantlán nombraron sus capitanes, y apercibieron su gente, y hicieron sus banderas muy galanas, y atambores; y sus trompetas, muy bien vestidos y con sus libreas coloradas y penachos, que parecía bien. Tres indios mancebos hijos de señores, tomaron arcabuces. Llevaron en el ejército el aderezo de dos bergantines, que en cada uno de ellos cabrían cien hombres. El matalotage de los españoles era abundantísimo, y los indios que traían de carga infinitos, con que recibieron algún daño los lugares por donde pasaban. El Gobernador de la Verapaz alistó gente de su distrito, y disponiendo la de Guatemala y Chiapa juntarse en Comitlán, para acometer por esta parte, poco más o menos por donde entró Cortés, aquella tomó el rumbo opuesto, casi por donde salió este general, para atacar de aquella parte las poblaciones de Lacandón.

El General Quiñónez se dirigió a la principal, que era la del Petén, en que tenían los moradores un peñol grande, a que se juntan otros pequeños, todos cercados de agua, sitio muy fuerte; y en ellos había buenas casas y grandes. Confiados en su fortaleza, aunque la gente les pareció mucha, hicieron poco caso de ella. Con todo eso, vinieron algunos indios en canoas pequeñas, con ánimo en el hablar, preguntando a la gente, qué quería, o qué buscaba en su tierra. Después vinieron diciendo que querían paz; pero pidiéndoles canoas para pasar la gente, no trajeron, sino solas once. El no traerlas, era por llevar los españoles o su gente poco a poco, y como llegasen irlos matando.

En estas dilaciones, idas y venidas, se acabó de armar y embrear uno de los bergantines, y se echó al agua con gran ruido y vocería de la gente. Los del Petén, que vieron un monstruo tan grande en su mar, admiráronse grandemente, y viendo en él gente armada, y que a toda priesa caminaba hacia el peñol donde ellos estaban, dieron a huir; y esto fue todo el aparato de la primera batalla, y el provecho de ella, cautivarse 150 indios, y derribar sus casas después de despojadas. Muchos de los indios fugitivos se metieron en un río grande, y en canoas caminaban hacia Yucatán, dice Remesal; pero no puede ser sino un brazo del de Sacapulas, que sale a Tabasco. Los españoles, como si hubiesen sido los que huían,

dejaron en el monte el otro bergantín, y echan a pique el que sirvió, salieron del Petén, y pasando al pueblo de Totiltepec, iban tan descuidados y desconcertados, que ochenta indios de los que esperaron en un estrecho, desde un cerrillo, les dieron con tanta furia una rociada de flechas, que los pusieron en gran trabajo, y algunos salieron muy mal heridos, especialmente Juan de Guzmán, maese de campo de los de Guatemala, y fuérale peor, si Sancho de Barahona no le socorriera, hasta que acabadas las flechas, desaparecieron los indios, y aunque fueron en pos de ellos, no los pudieron alcanzar, y así ganaron el combate y ocuparon al pueblo, que hallaron vacío, pero con bastante comida, que fue buen socorro para el ejército.

De aquí pasaron a Puchutla, que también está en agua, y los indios los esperaron en sus casas, hasta tanto que los españoles hicieron balsas, y se encaminaron a sus peñoles. Los indios, especialmente de Chiapa, nadando sobre carrizos, formaron sus escuadras, conduciendo las balsas y manejando sus armas el espacio de una legua. Entonces salieron los de Puchutla al encuentro con gran muchedumbre de canoas, y acabóse esta batalla naval con harta brevedad, porque los indios, espantados de los arcabuces, huyeron luego, dejando algunos de los suyos muertos en el agua. Entraron los españoles al pueblo, y halláronle sin gente, porque apercibidos los indios, escondieron en el monte sus hijos y mujeres, y la miseria de hacienda que podían tener. El Licenciado Ramírez no permitió que los buscasen, ni que la gente se detuviese, y muchos contra su voluntad dieron la vuelta, porque no sacaron interés alguno para reparar los gastos de la jornada. Tampoco se ocupó en apoderarse de los lugares ganados, ni en situar población española en alguno de ellos, que sirviese de resguardo a los súbditos, y de entrada al interior de la tierra, para relacionarse con sus habitantes.

No expresa Remesal que los españoles derribasen las casas, como en el Petén. Mr. Galindo, en relación transcrita en el boletín de la Sociedad Geográfica de París, n. 114, de octubre de 1832, describe los fragmentos de una torre de cinco cuerpos, y otros edificios en que aún subsisten escombros de una madera que llama jabín. Tampoco hace mención de los pueblezuelos que así este lago como el del Petén refiere Bernal Díaz tenían en su contorno, en número de más de veinte, y existían en tiempo del tránsito de Cortés.

La otra batalla se dio por el cacique don Juan Gobernador de la Verapaz, en Acalá, de la otra parte del Petén, donde estrechó a sus habitantes, los venció, y luego ahorcó de ellos 80 principales; y con esto, nota Remesal, quedó Acalá casi destruida. Semejante desvío de los avisos del Obispo Casas viene de atrás y seguramente no fue autor de él este cacique, capaz de mejor dirección.

De los españoles fueron algunos bien premiados por el trabajo de la jornada. Otros, con las informaciones que hicieron de sus gastos, y deseo de servir a su majestad, cobraron grandes esperanzas de repartimiento. Con respecto a los indios de Guatemala, sin distinguir si de carga o soldados, o dueños de los frutos acopiados para el matalotaje de los es-

pañoles, advierte Remesal, que quedaron libres, y desembarazados de la paga, porque librándosela los oficiales reales de hoy para mañana, y de ahora para la vuelta, nunca la vieron. Su majestad libró de su real hacienda 4,500 pesos de oro de minas, de valor cada peso de 450 maravedís.

A los indios de Chiapa, en premio de su trabajo, se les perdonó algo del tributo que pagaban, y a algunos principales dio el oidor espadas y alabardas, con que entraron en su pueblo muy contentos y honrados. Otros trajeron del Petén algunas preseas, que les duraron años para su honra y fama. Indio hubo que por no entrar en el pueblo vacío, que era afrenta, viniendo de la guerra, hinchó un cestoncillo, que llaman chicubite, de piedras, y el peso le hizo sudar mucho, y con esta apariencia entró tan ufano, como si triunfara en Roma. Duróle poco el gozo. Porque codiciosa su mujer de las riquezas, que entendía, que el marido traía de la guerra, abrió el chicubite y como le iba aligerando, iba también apedreando al que le había traído aquellas alhajas a casa. Los de Cinacantlán quedaron algo quejosos, porque no se les hizo favor ninguno; e hiciéronles compañía los de Chiapa; porque dentro de pocos años un Oidor les quitó las alabardas, diciendo que no era arma para indios, y que pertenecía al rey, y enviolas a Guatemala. No se ve en Quiñónez un concierto y un designio para sacar ventaja de sus operaciones; pero tampoco se encuentra en él un espíritu dañino para los indígenas; pues aun los 150 que se tomaron cautivos, fue como si se dejaran en su casa, que todos se huyeron y no quedó uno. La campaña fue emprendida sin el fin de reducir a los naturales de la tierra; y modelada por el tipo de la que se dispuso contra los españoles del Perú, en que se halló este caudillo; ella llevaba en sí misma un principio de aberración, que terminó por hacerla infructuosa, y privó a la posteridad del país de ejemplos útiles.

CAPITULO XXII

SUPRESION Y REPOSICION DE LA AUDIENCIA

Quiñónez había sido de los primeros oidores nombrados para esta Audiencia, y en este tiempo era ya el más antiguo: por lo cual habiendo fallecido en noviembre de 38 el doctor Quezada, que era presidente de ella, entró a serlo el licenciado Quiñónez, hasta septiembre de 59, en que entró el licenciado Landecho, provisto para este destino. Quiñónez fue promovido para la Audiencia de Lima, a donde partió por Acajutla, acompañado del mismo presidente Landecho y de mucho vecindario, en agradecimiento de la mucha justicia con que gobernó: lo que fue faltando notablemente después. Por el año de 60, cuenta Remesal, 10, 5, estaban los oidores unos privados y otros suspensos, y todo el gobierno remitido al Presidente, asociado del Doctor Cota; y al capítulo 18, dice de Landecho, ser hombre amigo de su parecer, nada aficionado a los naturales, poco limpio en el manejo de la hacienda real y menos escrupuloso en recibir de entrambas partes litigantes; que a contemplación suya ya hacían lo mismo

los demás oidores, y fueron notables los males que recibieron religiosos, clérigos y muchos particulares, y especialmente lo fueron las extorsiones que hicieron a los miserables indios, afligiéndolos con nuevas imposiciones y tributos.

Llegaron a la corte las quejas y clamores de tales excesos, y el rey, informado de ellos, por provisión de 30 de mayo de 63, nombró Visitador General al Licenciado Briceño, para que viniese a visitar esta Audiencia, es decir, su presidente, ministros, fiscal, escribanos y abogados, dice Francisco del Valle Marroquín, procurador de esta ciudad en España, en carta de 20 de febrero de 64; añadiendo, que hacía siete meses que está el Visitador demorado en Sevilla por falta de embarcación. Hay tradición, dice Juarros, tr. 4, capítulo 10, que este letrado vino con gran cautela y disfraz, sin ser conocido, y habiendo llegado a la capital se aposentó en el convento de Nuestra Señora de la Merced, declarando solamente al prelado su comisión; y continuando oculto para los demás, se llegaba a las conversaciones y corros; de este modo tuvo campo de informarse por sus oídos de muchas cosas; y habiéndose hecho capaz del estado de esta república, así por lo que oyó, como por lo que vio, se salió para el pueblo de Petapa, distante seis leguas de la capital, y desde allí dio aviso de su llegada a la propia Audiencia y a la ciudad; de las cuales aquella rehusó hacerle recibimiento, y ésta, haciendo más de lo que debía, salió en cuerpo de cabildo, y con este acompañamiento hizo su entrada pública en 12 de febrero de 65. Pero la narración de Remesal da poco lugar a esta tradición; pues hablando del año de 64, expresa que al fin de julio de este año vinieron de España los padres Cárdenas y López con los sacerdotes que fueron a traer para esta provincia; y más adelante, dice: "Venían estos padres en compañía del Licenciado Briceño, a quien su magestad enviaba por Visitador de la Audiencia; lo cual siendo interesados, y acaso querellantes, no se les podía ocultar desde su salida en España mismo"; y luego añade: "llegó este juez a la ciudad por fin de julio de este año".

"Por el mes de agosto siguiente —prosigue este escritor—, abrió el Visitador la visita contra el Presidente y Oidores y demás oficiales de la Audiencia. Convino arrestar al Licenciado Landecho en su casa. Que sabiendo por su conciencia, y otros que se lo dijeron, cuan malos andaban sus negocios, y como se entendía que le condenaría el Visitador a restitución, así al rey, como a particulares, de cantidad de 30 mil pesos, se fingió enfermo, y dió orden a sus criados, que no dejasen entrar a nadie. Con esto se escondió unos días, mientras apercibió postas para el Golfo Dulce de la Verapaz. Llegó allá con brevedad y secreto, metióse en una barca, y al salir a la mar le sobrevino temporal, y nunca más pareció. Llevaba consigo cantidad de oro. El Licenciado Briceño, por pesquisas hizo parecer la hacienda que dejó en Guatemala, para pagar con ella los agravios que el reo había hecho. Los Oidores libraron mejor, porque no eran sus delitos tan graves; pero sólo uno quedó con la plaza, aunque ninguno dejó de ser condenado, el que más en nueve mil pesos, el que menos en tres mil".

El Conde Las Casas, en el resumen de la historia de Guatemala que da en su Atlas, expone que Briceño, con más rectitud que cordura, disolvió la Audiencia de Guatemala y la trasladó a Panamá. Briceño no procedió a esto de movimiento propio, sino por orden real, según parece de la carta de Marroquín, que va citada, cuando dice: "Su magestad manda mudar esa Audiencia a Panamá"; y en otra posterior, de 18 de marzo, también de 64, expone: "que por el descontento con que se retiraron los procuradores del Perú, juzgó oportuno el Consejo trasladar la Audiencia; que sobre ello hubo dictámenes en contra de personas graves, y aun el Visitador de México lo contradijo"; pero la orden real se repitió, dice Remesal, en 17 de mayo del mismo año de 64, y cumpliendo con ella obró el Visitador de Guatemala. Mas como éste pudo representar contra ella, del modo que representó el Visitador de Nueva España desde México, queda vigente el motivo de la censura de Casas. Todavía en carta de 10 de febrero de 65, ya hecha la supresión de la Audiencia, dice el propio Marroquín que el negocio aún se había de consultar con su majestad; que se le avise si estarán aquí mejor sin Audiencia, y cual sea lo que conviene al bien público.

De los Oidores, cuenta Remesal, uno sólo conservó su plaza, mas no expresa quien; y sólo añade que publicada en la ciudad de Guatemala en 19 de noviembre la real provisión de la supresión de la Audiencia de ella, y su traslación a Panamá en Tierra Firme, el Doctor Barros sacó el sello real para aquella ciudad. De que puede conjeturarse, que éste fue el Oidor que conservaría su plaza; pues aunque Juarros afirma haber sido el Licenciado Jofre de Loayza, no produce autoridad alguna, para desviarse de dicho escritor, el cual en el contesto de su narración, agrega: "Los escritos de esta visita, que no son pocos ni para olvidar, están en el oficio del Secretario García de Escobar". Remesal añade, que Juan Bustos de Villegas, que a la sazón era Gobernador de Tierra Firme, fue provisto por el rey para que lo viniese a ser de Guatemala. Marroquín en su primera carta, dando por sentada la Audiencia en Panamá, dice: "Quedan en aquella Audiencia las provincias de Nicaragua y Honduras; y las provincias de Guatemala y Chiapa, Soconusco y Verapaz, quedamos a México súbditos". En la segunda, dice: "y así emos de ser gobernados como provincia de Nueva España". Entonces no había gobernador en Soconusco, y menos Alcalde Mayor en Chiapa, sino a lo más gobernador indígena en Verapaz; y así el nuevo gobernador Briceño sólo substituyó en el gobierno a la Audiencia, la cual no estaba menos súbdita a México en esta parte. En el propio concepto hablan de este tiempo Remesal y Juarros. Un auto acordado de justicia de 12 de octubre de 1588, tratando de la Audiencia suprimida, numera entre las personas gravísimas de sus individuos, al Licenciado Cerrato, Presidente de ella, al Licenciado Ramírez de Quiñónez, Presidente que fue de las Charcas, y murió Presidente en Panamá, y al Licenciado Tomás López, que de esta Audiencia fue promovido al nuevo reyno, y de allí con licencia del rey nuestro señor, se fue a España a Alcalá de Henares, y allí estudió y se graduó en artes y teología, y luego su majestad le presentó por Obispo de esta iglesia de Gua-

temala, y no lo aceptó, y fué administrador de un hospital de Galicia. En los informes de méritos 7 y 17, del año de 601, atesta la Audiencia los del capitán Alonso de Contreras, Gobernador de Honduras, nieto del Presidente Cerrato, y los de doña María de Rivas, bisnieta suya, casada con Tomás López de Mesa.

Puntualmente por este tiempo, habían urgido por tributo los oficiales reales a los indígenas de Almolonga, y estos lo resistían con privilegio de conquistadores; pero alegando los primeros que los actuales moradores del pueblo ya no eran conquistadores, y que la gracia había expirado: estos últimos produciendo ser descendientes suyos, contradijeron hubiese expirado. El negocio se llevó a México, cuyo origen era el blasón de los interesados, y al propio tiempo una relación de paisanaje con los jueces, harto lisonjera para captar su favor; y visto, fueron amparados en posesión de su libertad, y se libró en Tenuctitlán, a 6 de noviembre de 1564, real provisión, que conservan los naturales de Almolonga en folios de pergamino encuadrados en forma de libro, empastado con tablas finas, y forrado en terciopelo carmesí, con sus guardas de plata al contorno, en las esquinas, sus escudos al medio, y manillas correspondientes. La letra toda es redonda y grande, como las primeras hojas de un Catón de escuela, y las iniciales mayúsculas doradas sobre bermellón, con sus entrepaños sueltos de tafetán nácar doble, que aún se conservan para librarlas de la colisión. ¡Monumento digno de su antigüedad!

La provincia de Guatemala, dice Remesal, capítulo 24, desde que por orden de su majestad se pasó la Audiencia a Panamá, quedó en poder de gobernadores, padeció muchos y muy grandes trabajos, porque una persona sola no podía acudir al gobierno de tan largas tierras, y era inconveniente grandísimo haber de ir con las apelaciones a México, que en parte dista 400 y 500 leguas. La ciudad y provincias de Guatemala, expone Juarros, teniendo por su procurador en la corte al regidor de la misma ciudad, Francisco del Valle Marroquín, le dio orden para que hiciese presente a su majestad la gran distancia que hay de estas provincias a la ciudad de México, y lo difícil que se hacían los recursos, y le suplicase mande volver la Real Audiencia a esta metrópoli. Los padres de Santo Domingo, prosigue Remesal, escribieron al señor Obispo Fray Bartolomé de las Casas, los daños que padecía la tierra sin Audiencia, y cómo padecían los naturales por falta de justicia, a causa de que no podían ir a México con las apelaciones de lo que proveía el Gobernador.

El infatigable Obispo, entonces ya en una edad avanzada, cogía el fruto de sus tareas. No le sucedió, nota Llorente, lo que a los otros héroes de la América. El inmortal Colón muere tempranamente de pesadumbre; Cortés litigando los estados de su mayorazgo; Alvarado estropeado de un caballo; Balboa ajusticiado por un rival; Almagro en la guerra civil con su competidor; Pizarro asesinado por sus vengadores, y así los otros. Casas, dotado de una constitución robusta, y de una alma superior a las injurias, sobrevive a todas sus contiendas, y goza las ventajas del triunfo. Ve cambiadas en aplausos las prevenciones contra sus reglas penitenciales, y que son observadas no sólo en las Indias, mas también en España

mismo, donde muchos confesores niegan la absolución a los que emprendían esta venida, y no ser absueltos los que volvían sino con sujeción a ellas; y después de escuchado y complacido por el gobierno, en todo lo perteneciente a indígenas, llega a ser el oráculo de particulares interesados en ellos que le consultan del Perú el año de 64 sobre doce puntos a que satisface el tratado que corre en la colección de este escritor, esclareciendo las materias de hecho y de derecho, de las doce dudas, estableciendo principios y deduciendo de ellos diferentes corolarios para resolución de cada una. Aquí amplía lo que ha sentado en sus treinta proposiciones, a saber: que la restitución debida a los indígenas comprendía no solamente la libertad y sus bienes, mas también sus señoríos, estableciendo aquello a que estaba obligado el rey mismo en orden a esto último, hasta deber ser reconocidos espontáneamente estos principados para ser el suyo legítimo, llenar su deber y sanar su conciencia.

Cuando debía ya descansar el Obispo Casas, llegan los clamores de Guatemala para la restitución de la Audiencia, el año de 66. Tenía en la corte el Obispo todo el valimiento que era de desearse, y amigos a quiénes recomendar el asunto, para que el Procurador Marroquín tuviese buena acogida en su solicitud; pero no era Casas quien dejaba en manos ajenas negocio que miraba como suyo. Para tratar una materia tan grave como ésta, dice Remesal, salió el señor Fray Bartolomé de las Casas del Colegio de San Gregorio, y vino a Madrid. Propuso sus razones con tanta eficacia al rey, Nuestro Señor, y a su real Consejo de las Indias, y ellas eran tan justificadas y puestas en razón, que por su medio alcanzó la vuelta de la Audiencia a la ciudad de Santiago de Guatemala. Causa ternura ciertamente considerar a un anciano nonagenario determinado a esta jornada, sin miramiento a los achaques de la edad.

El rey don Felipe II, escribe Juarros, en cédula de 28 de junio de 1568, mandó volviese la Real Audiencia a residir en la ciudad de Guatemala; nombrando para presidente al Doctor Antonio González, y para oidores a los Licenciados Jofre de Loayza, Valdés de Cárcamo y Cristóbal Asqueta; y para fiscal, que antes no había, al Licenciado Arteaga. El día 5 de enero de 1570 entraron en esta capital con el real sello los nuevos presidente y oidores, y fueron recibidos con notables muestras de alegría y contento de todo el reino. Abrióse la Audiencia el día 3 de marzo siguiente. Y su majestad, en cédula de 6 de agosto de 1571, manifiesta el gusto y satisfacción que ha tenido con la noticia de haberse restablecido con la solemnidad debida la real chancillería de Guatemala; y aprueba los oficios que libraron a las audiencias de México y Panamá, para que se abstuvieran del conocimiento de los negocios que le pertenecían, y les remitieran los pendientes de este distrito; con que entró no ya al gobierno, que entonces quedó sólo al Presidente, pero sí a la administración de justicia, no más súbdita a la Audiencia de México, según el despacho librado en 31 de mayo de 1568.

En España, impetrada que fue la gracia de la restitución de la Audiencia, el Procurador Marroquín seguiría los demás trámites para su

realización, porque al Obispo Casas asaltó la muerte en Madrid, y ya no volvió a su colegio de San Gregorio en Toledo; de modo que se puede decir que murió en servicio de Guatemala. Y estando muy contento, dice Remesal, con este despacho, fue Nuestro Señor servido de llevarle para sí, habiendo recibido devotísimamente los sacramentos al fin de julio de 1566, y con gran concurso de todo Madrid se enterró en la capilla mayor antigua del convento de Nuestra Señora de Atocha, con pontifical pobre y el báculo de palo, como lo ordenó; y hízole unas solemnísimas exequias el padre Fray Domingo de la Parra, que era superior, y después fue provincial del Perú. Murió de edad de noventa y dos años, habiendo llegado a Guatemala por primera vez en la de cincuenta y siete, y fungido de vicario del Convento de Santo Domingo de esta ciudad en la de sesenta, y venido por Obispo de Chiapa en la de setenta. Muy pocos hombres han tenido la ventaja de llenar una vida tan larga como la suya por servicios tan lucidos hacia sus semejantes. Los amigos de la religión, de las costumbres, de la libertad y de las letras deben un tributo de respeto a su memoria. Eguiara, en la biblioteca mexicana, art. 6 le llama ornamento de la América. Mr. Gregoire, antiguo Obispo de Blois, en discurso pronunciado en la Sociedad del Instituto de París, año de 1804, por deber su nacimiento a España y su origen a la Francia, le nombra ornamento de ambos mundos. Por pertenecer su muerte, y una gran parte de su vida a este país afortunado, los Redactores de estas Memorias le proclaman ornamento de Guatemala.

Juarros anuncia: que de las Audiencias comarcanas, al de México no devolvió los asuntos pertenecientes a Yucatán, de lo que entendido el rey, pidió informe, aunque no en el año que cita el virrey de Nueva España y Gobernador de esta provincia, el cual indica Ximénez, libro IV, capítulo 68, fue dado en contra, oponiendo este último por causa, la falta de camino de Yucatán a Guatemala; pero esta causa no parece fuese entonces positiva; pues mucho antes, desde el año de 48, que solicitaron los de aquella provincia tener esta Audiencia por superior, suponen en la instrucción que dan a su procurador, que había camino y tráfico de una a otra provincia. "Porque somos informados, dicen, que en la ciudad de Santiago de Guatemala S. M. ha mandado o quiere proveer Audiencia Real, sea servido, que porque es de aquí muy cerca y comarcana, y la contratación de ella por tierra firme, y grandes gastos que se hacen en el camino para México, nos haga merced de nos la dar por superior, é que nosotros podamos libremente ante ella pedir justicia, e interponer nuestras apelaciones". El rey ordenó, añade Ximénez, que conforme hubiese camino, continuase Yucatán en acudir a Guatemala; pero la realidad es, nota este escritor, que el Gobernador apetecía que la superioridad estuviese más remota, para que fuesen menos las quejas y apelaciones; y así no es mucho se dificultase mucho tiempo el tráfico, verificándose de este modo, que la administración gubernativa obrase en contradicción de los intereses y deseos de los moradores del distrito. Señal demostrativa de que habían faltado los respetos, que obtuvieron la providencia principal.

CAPITULO XXIII

REDUCCION DE LAS POBLACIONES INDIGENAS

Say, defendiendo el interés individual del agricultor, enseña que es libre para vivir en el campo. Jovellanos, decidido por la cultura de la tierra en pequeñas proporciones, exige la presencia del dueño de su propiedad rural. Ambos han debido convenir en que sólo un interés superior ha podido trasladarlo alguna vez del campo a la ciudad. Esta ocasión debe haber sido el concurso de otros intereses que se acumulan en el poblado, o el de la defensa del individuo en una invasión enemiga. De aquí los caseríos, las aldeas, las villas, ciudades y fortalezas. Este orden habían guardado los indígenas en la formación de sus poblaciones. Tenían ciudades fortificadas, como Uxatlán, Guatemala la vieja, Uspantán, Copantl; ciudades abiertas, como Cuscatlán, Tecoluca, Escuintla, Guazacapán, Esquipulas, Quezaltenango, Isancanac y otras; y por este tenor sus villas y aldeas que Remesal, Días y Herrera, llaman pueblos y pueblezuelos, y por último, sus rancherías y corrales de crías y sementeras, que denominaron estancias.

Remesal habla de los pueblos y pueblezuelos de una manera, que no los distingue de las estancias, por la disposición en que estaban derramadas las casas y ranchos de su mansión. Vivían, dice, libro VIII, capítulo 24, los indios en su gentilidad en pueblos diferentes unos de otros, con diferentes nombres, diferentes señores, diferente gobierno, diferentes lenguas, y, todo tan distinto como una señoría o reino de otro; y a causa de no se ordenar los pueblos por calles y barrios como en Europa, estaba aquí una casa, acullá otra, a otro trecho otra, sin correspondencia alguna, y por esta razón un lugar de quinientos y de menos vecinos, que en aquellos tiempos era muy pequeño, ocupaba una legua de tierra, de donde procedía ser ellos entre sí mismos poco sociables. Casas, en la Destr., art. 6, hace mención en Nicaragua de pueblos que duraban tres y cuatro leguas en luengo. Serían estos los pueblos grandes, que estarían igualmente dispersos. Aun de la antigua Culiacán, llamada Palenque, se ha notado en la memoria de Mr. Galindo, estar sus ruinas situadas por este tenor. Además de estar las habitaciones diseminadas, así en los pueblos grandes, como en los pequeños, es de advertir, que Remesal habla de un tiempo posterior a la edad de los conquistadores, en que ya unas poblaciones estaban disminuídas y otras enteramente acabadas, y esto debió aumentar su dispersión.

La Verapaz era un país que por tres veces había soportado los estragos de la guerra, aunque no había sucumbido, y tenía sus poblaciones extenuadas y dispersas. Casas, en la conquista de esta provincia, halló en la religión un motivo de interés para reunir las, y fue el primero que lo emprendió por el año de 38. Ningún medio, cuenta el propio Remesal, libro III, capítulo 17, se le ofreció más acomodado para predicarles y enseñarlos que juntar los indios a vivir en pueblos en comunidad, sacándolos de los montes: como se había ya prevenido en las instrucciones para la Es-

pañola, que menciona Herrera, 2, 2, 4. Pareció bien a don Juan, cacique de Zicicastenango, que entonces prestó todo favor a los padres dominicos, continúa Remesal, y dudándose por cuales pueblos habría de comenzarse, convino dar principio por los de Rabinal. El cacique don Juan lo comenzó a tratar muy eficazmente con los indios, y los indios con más veras a contradecirlo, y por poco se pusieran en armas, según abominaba dejar cada uno su rancho y el monte, valle o barranca en que había nacido. Volvieron a ellos el Padre Casas y el Padre Angulo, y tratándoles de la mudanza, y juntarlos en un pueblo, como percibían poco las razones, casi perdieron la voluntad que antes habían cobrado a los padres, y salieron con las manos en la cabeza. Mucho padecieron los padres, y mucho sufrieron en esta ocasión. Pero favoreciéndolos el Señor, poco a poco juntaron hasta cien casas con su mismo nombre de Rabinal, y luego se agregaron más, conviéndose unos a otros. Lo mismo se practicó en Cobán y sucesivamente en Cahabón, y demás pueblos del distrito.

En cédula de 10 de junio de 40, remitida al Gobernador y al Obispo de Guatemala, se les encarga procuren esta reunión de caseríos en pueblos relevándose a los indios del tributo por un año o más tiempo; pero intentándose poner por obra, encontraron, cuenta este escritor, libro VIII, capítulo 24, grandísima contradicción en los españoles señores de los pueblos por la cesación de los tributos, y porque entendían que se les habían de alzar al monte, o irse a fundar a otras partes, y por evitar este inconveniente no consentían que se tratase de cosa que tanto importaba al buen gobierno espiritual y temporal de los naturales; y así nada se hizo antes ni después de establecida la Audiencia, hasta la presidencia de Cerrato. Fué esta una de las instrucciones enviadas a este Presidente el año de 48 de que hace mención Herrera, 8, 5, 5, a saber: que en estas provincias se juntasen los indios en pueblos grandes para ser mejor doctrinados, porque de estar derramados y apartados unos de otros, no lo podían ser. Entonces fue Montemayor de comisionado a Chiapa, y el Oidor Quiñónez, recorrió las provincias de Guatemala, y alzado algún tanto el señorío de los encomenderos, los religiosos tuvieron otra aptitud para poner en obra las reducciones. Todavía en cédula de 21 de noviembre de 58, que transcribe Remesal, dice el rey al Presidente y Oidores de Guatemala, que junten los prelados y religiosos principales para tratar con ellos cierta mudanza de unos pueblos.

Comenzaron los padres a tratar de juntar los pueblos, y disponerlos en forma de república sociable. Para esto hicieron primero una planta, porque todos fuesen uniformes en edificar. Lo primero dieron lugar a la iglesia mayor o menor conforme el número de vecinos; junto a ella pusieron la casa del padre; delante de la iglesia una plaza muy grande, diferente del cementerio; en frente la casa de regimiento o consejo; junto a ella la cárcel; y allí cerca el mesón o casa de comunidad, donde posasen los forasteros. Todo lo demás del pueblo se dividía por cordel, las calles derechas y anchas, Norte a Sur, Este a Oeste, en forma de cuadras.

Prosigue Remesal, capítulo 25, enumerando muchos de los pueblos que se formaron. El pueblo de Chiapa fundóle el capitán Diego de Mazarriegos, sacando los indios del peñol en que antes vivían. Los padres le or-

denaron del modo y forma que ahora tiene. En Ostustla se juntaron dos pueblos. En Iztapa cinco afuera de otros muchos indios que moraban en milpas y salinas, estancias y barrancas, que asimismo se agregaron. En Chamulá se juntaron tres. En Tespatlán, pueblo a que, Herrera, en la entrada de Cortés, llama Tepestitlán, y Bernal Díaz, Temastepec, se congregaron cinco, sin contar con los que moraban en milpas y salinas y estancias.

Al ver aquí que ya no se trató solamente de reunir familias dispersas en un pueblo, como hizo Casas en la Verapaz, mas también de reunir pueblos menores en otro mayor, se viene en conocimiento, que acaso este es el sentido de la instrucción dada a Cerrato, cuando se le previene, que se junten los indios en pueblos grandes. Adam Smith ha dicho que el hombre es la alhaja más difícil de transportar que toda mercaduría. Si esto se ha juzgado de personas y familias, tanto más ardua debió ser la traslación de pueblos pequeños para formar uno grande. Con razón Remesal pondera el trabajo que esto costó a los religiosos; porque propuesta la mudanza a los indios, dice, unos llevados de la razón convenían en ella, otros mostraban avenencia de un modo cortesano, dispuestos a todo y a cumplir nada, y otros lo repugnaron abiertamente; y como era obra, que no se había de ejecutar a palos, para llevarla al cabo, fueron menester industria, tiempo y paciencia.

“Pasando a la provincia de Zacapula, continúa este escritor, se juntaron en la sierra de Chaul a petición de los padres fundadores del convento, por orden y diligencia del Licenciado Pedro Ramírez de Quiñónez, los pueblos de Huyl, Boob, Illón, Honcab, Chaxá, Aguazac, Huiz, y otros cuatro, y cada uno de estos tenía otros pueblezuelos conjuntos como sufragáneos. Aquí de nuevo se debe reflexionar, que ya son pueblos metropolitanos, y cabeceras de otros sufragáneos los que se logró transportar para formarse otro todavía mayor, que ha debido ser efectivamente grande”.

Sigue la enumeración. “Al pueblo de Aguacatlán, en la sierra de Nebah, se juntaron los de Vacá, Chel, Zalchil, Cuchil y otros más de doce. Al pueblo de Cozal se juntaron los de Numá, Chicui, Temal, Caquilax, y otros muchos. En el Quiché, pueblo que hoy se llama Santa Cruz, se juntaron Zaguaquib, Niab, Achavil, Quiché-Tamub, y otros muchos. En el pueblo de Santo Tomás se reunieron Carrabarracán, Chulimal, Huylá, Zicicastenango y otros muchos, con los que les estaban sujetos. En Zacualpa se congregaron Ahanquiché, Niayb, Caguequib, Rokehe, y otros muchos con los de su jurisdicción. En Chichoy, junto a la laguna, se juntaron cinco pueblos entre ellos el de Amatitlán, en el llano en que ahora está, que era parte de la estancia de un español y hubo de comprarse. Lo mismo fue en los demás pueblos de San Antón, San Bartolomé, San Miguel, Chalcucua, San Pedro Xocopila y Cunén, que todos se formaron de muchos pueblos pequeños y adonde se juntaron más, fue en San Andrés”. Por este estilo se formaron, cuenta Vásquez, capítulos 16 y 21, los pueblos de Comalapa, Sololá, Alotenango, Quezaltenango, Totonicapán, y otros y que en mucho de ello intervino el Oidor Rogel.

El orden que tenían en mudar los pueblos era este. Lo primero: ellos y los caciques y principales miraban y tanteaban el sitio nuevo, y si alguno de los antiguos le tenía acomodado para juntar a él los otros, ordenaban éste. Hacían antes sembrar las milpas junto al sitio: mientras crecían y se sazónaba el maíz, edificaban las casas, y se enjugaban, y en estando las milpas para cogerse, algún día señalado se pasaban todos al nuevo sitio, con muchos bailes y fiestas, que duraban algunos días, para hacerles olvidar sus moradas antiguas. Y quedaron los religiosos tan grandes maestros en edificar pueblos, y poblarlos de moradores, que si en la Nueva España se guardara este orden, no se hubiera errado tanto en la reunión de pueblos que se pretendió hacer, y el rey ahorrara más de 300 mil ducados de los salarios que dio a sus ministros, y la tierra tuviera más de un millón de moradores, que faltaron, por quererlos mudar de sus asientos, sin orden ni concierto, y fuera de tiempo y sazón. Luego siguió en el Perú la misma providencia, según parece de cédula de 22 de julio de 1595, dándose por causa, que estando los indios como solían divididos por los campos, no se podía tener con ellos la cuenta y cuidado que convenía.

Juarros, trat. 6, capítulo 15, hace juicio que los pueblezuelos de Milpas Altas y Milpas Bajas del contorno de la ciudad de Santiago, desde Santa Lucía y Santo Tomás, hasta Pastores y Dueñas, todos, excepto Almolonga y Jocotenango, fueron formados por los conquistadores vecinos de la ciudad, que saliendo en la noche por los montes a asaltar indígenas de guerra, juntaron varias porciones, que situaron en sus peonías y caballerías, que les eran repartidas para sus sementeras; y aunque se puede asentir a lo primero, que fueron poblaciones formadas por los conquistadores, no a lo segundo, que fuesen indios de guerra asaltados en los montes, y situados en tierras de propiedad particular. Porque lo primero, los españoles, según advierte Remesal, libro I, capítulo 9º, "buscaron sitio que tuviese más comarca de lugares de los naturales para el servicio y compañía de la ciudad". Los segundos, deben haber sido indios ya sojuzgados, diseminados en el propio recinto o llamados de los pueblos encomendados que poseían en el contorno y a toda distancia hasta Quezaltenango, Suchitepéquez y Sonsonate, y situados afuera de las peonías y caballerías que fueron repartidas, dice el propio Remesal, libro II, capítulo 1º, al otro lado del río, quedando muchos de los pueblos en la banda opuesta. Por este tenor, testifica este escritor, libro IV, capítulo 7º, fue poblado Jocotenango de utatlenses y guatemalanos. Este autor parece suponerlo así, libro VIII, capítulo 25, cuando hace larga mención de estos pueblos con el título de Milpas Altas y Bajas y sólo refiere la construcción de sus iglesias, diciendo que en años pasados, esto es, en el siglo XVI, acudían todas las milpas a misa a la capilla de Candelaria, y después que se cayó, se dividieron, reedificando esta capilla el Padre Cervantes, y haciendo la suntuosa que tenía Jocotenango los Padres Morales y Luxán. Lo mismo indica Ximénez, libro IV, capítulo 67, y nada dice de sus poblaciones. Las actas del cabildo propenden a este último concepto: pues además de que el repartimiento de tierras que corre en ellas, muestra muchas peonías y caballerías dadas en la bajada de Chimaltenango, junto al río de Ama-

titlán y laguna de Petapa; el acta de 24 de septiembre de 37 supone que se reservaron baldíos para pueblos de los naborías y esclavos de servicio, y baldíos para pasto de ganado, y se mandan que se deshagan aquellas casas que han hecho éstos, y se les haga recoger a sus pueblos; y todavía en cabildos de junio y julio de 38 se mandan señalar sitios en los ejidos para poblaciones de esta especie. Fuentes advierte, que de libertos rescatados por el Obispo Marroquín, se formó el pueblo de San Juan, denominado con este título.

Las casas de los indios, escribía Remesal, "son de poca costa y embarazo. Cuatro horcones hincados en tierra, el tejado de paja, las paredes de caña cubiertas con lodo; puertas ni ventanas no las ocupan, ni menos escaleras para los altos, que todas están en tierra". Con esto en cuatro horas se hacía una casa, y en dos días todo un pueblo. El Padre Fray Benito Villacañas en una noche hizo el de Santo Domingo Xenacahot en los Sacatepéquez, por impedir el sitio a unos españoles, que el día siguiente habían de fundar en él una estancia, de que se temía mucho daño a la tierra. Ximénez, capítulo 12, confirma esta relación, exponiendo que el pueblo de que se tomó la gente para esta colonia, fue San Pedro, por el año de 1580; y añade, que algún tiempo después el Padre Fray Víctor de Carbajal, por este estilo, con gente de San Juan pobló San Raimundo. Por estos impulsos en sentido contrario a las anteriores agregaciones, puede hacerse juicio de la conformidad de estas últimas con el curso natural de las cosas. "En fin agora, continúa Remesal, ya hay mas pulicía en las casas: hácenlas de tápias y adobes: enjalvéngalas, y píntanlas por dentro y fuera. Hay puertas y ventanas, corredores y soportales: y muy al uso de España edifican ya los naturales de estas tierras". En cabildo de 19 de julio de 38 se señaló sitio a los mexicanos, mandándoles desocupar el que poseían sobre la fuente; y en otro de febrero de 41, "porque tenían muchas casas de adobes, y pareció cargo de conciencia quitállos, acordaron de dexállos".

Puestos los pueblos al uso europeo en lo material, se siguió hacer lo mismo en lo moral, dándoles alcaldes, regidores y alguaciles para el regimiento de los pueblos y administración de justicia. Herrera, 5, 2, 8, expone: que a solicitud de don Sebastián Ramírez, Presidente de la Audiencia de Nueva España, se ventiló en el Consejo, entre otros medios de inducir los naturales a costumbres políticas, el que el gobierno y ejecución de la justicia se hiciese por ellos, y se mandó el año de 33 que se nombrasen alguaciles de su misma nación, y que en sus hogares fuesen regidores de ellos mismos: porque aunque no tuviesen habilidad, la tomarían de los castellanos. Refiere también este escritor, libro V, capítulo 12, que fue éste uno de los motivos de ponerles corregidores, para que bajo su corrección se fuesen habilitando a que las justicias fuesen de los propios naturales. Por el año de 36, hablando de la provincia de Quito y pueblos comarcanos a las ciudades de españoles, refiere, libro X, capítulo 12, que ya tenían alcaldes ordinarios y alguaciles indios, que en las causas criminales prendían y remitían a la justicia ordinaria de la ciudad, porque no tienen jurisdicción, añade, para más de cosas, de expediente ordinario.

Solórzano, libro II, capítulo 27, hace mención de una cédula del año de 49, en que se manda que “de los mismos se escogen unos como jueces pedáneos y regidores, alguaciles y escribanos y otros ministros de justicia, que a su modo, y según sus costumbres, la administren entre ellos, y determinen y compongan las causas de menor cuantía que se ofrecieren, y tengan a su cargo los demás ministerios de sus pueblos”. Ya se ha visto por la relación de Juarros que el Presidente Cerrato ordenó en el país estos establecimientos.

En las instrucciones dadas para la Española a los Padres Jerónimos el año de 16 que menciona Herrera, 2, 2, 4, se previene que los caciques gobernasen sus indios. Casas, en sus escritos, especialmente en las 30 proposiciones, no cesa de lamentar el despojo hecho a los caciques y reyes indígenas de sus principados y señoríos, y la privación inferida a los mismos pueblos y naciones indígenas de su gobierno y manera de ser regidos. “Les mostraremos, decía de sus antagonistas al Consejo, tener los indios pueblos y ayuntamientos, lugares y ciudades, reyes y señores y ordenada policía, y en muchos reynos muy buena policía, y en algunos mucho mejor que la nuestra, cuanto se puede tener entre infieles”. En la carta al Arzobispo Miranda, expone: las expensas que los reyes de España hacen o pueden hacer en lo sucesivo para el establecimiento de audiencias, virreynatos, gobernadores y otros funcionarios administradores, no tienen por objeto el interés y felicidad de los indios, que son naturalmente buenos y pacíficos, porque un gobernador les basta para 500 leguas de país.

Remesal supone en posesión de su título a diferentes caciques: al de Chiapa, Atitán, Zacapulas; a varios de la Verapaz; a don Antonio que llama, libro I, capítulo 2º, nieto del rey del Quiché, y otros. Solórzano, tratando de ellos, escribe: los podemos comparar a los duques, condes, marqueses, y otros señores de vasallos de nuestra España; y hablando de su autoridad, en comparación de la de los corregidores, dice: “se pusieron corregidores españoles en los principales pueblos de los indios, para que los gobernasen y recogiesen sus tributos: éstos conocen de todas sus causas civiles y criminales que puedan ser de alguna consideración, y a los caciques sólo les toca cobrar las tasas de sus súbditos, y llevarlas al corregidor, y buscarlos para los servicios personales, y entender en otras ocupaciones menores. En recompensa de este trabajo les pagan los demás indios cierto salario que les está cargado en sus mismas tasas, y están obligados á servirles en algunos menesteres domésticos, y traerles yerba para sus bestias y leña y agua para sus casas”. La instrucción dada a los Padres Jerónimos para la Española, confiere autoridad a los caciques para lo correccional de los delitos; y las cédulas de 51 y 58, redactadas en la ley 13, título VII, libro VI, se la quitan en los atroces. Como la institución de los caciques era anterior a la de los alcaldes y cabildos indígenas, parece que la voz de estos últimos callaba a presencia de la de los primeros, a los cuales presidía y miraba como subalternos en lo político y judicial. Presidía también a los calpules compuestos de ancianos principales, autorizados antes que los cabildos para la representación común del pueblo.

CAPITULO XXIV

PROPIEDAD TERRITORIAL DEL PAIS

En auto de encomienda de 27 de febrero de 467, y en nombramiento de Corregidor de Totonicapán de 16 de abril de 649, hecho en el Alférez Mayor Juan de Carranza y Medinilla, hijo de doña Juana de Meza, nieto de doña María de Rivas y biznieto de doña Beatriz de Vera, hija legítima del Licenciado Alonso López de Cerrato, se lee, que siendo este último Presidente de esta Audiencia, declaró: que todos los señoríos y posesiones de tierras y ejidos eran y pertenecían la propiedad a su majestad, como rey y señor suyo. Grocio juzga positiva en el vencedor la propiedad del territorio ganado por la guerra; pero habla de una guerra justa, y Casas siempre sostuvo la injusticia de la guerra de los españoles hecha a los indígenas, hasta obtener una tácita declaratoria de ello en la célebre junta de prelados habida en México el año de 546, y en la solemne disputa con Sepúlveda en el Consejo el año de 550. Aun Solórzano, libro II, capítulo 19, pone distinción en las provincias que se debelan y sujetan con guerras, que ellas ocasionaron por sus malos procedimientos, de aquellas, que se dan y rinden de su voluntad, o no nos dieron bastante ocasión para que las pudiésemos debelar; y en esta segunda especie, dice: "entran los indios y sus provincias, respecto de que la mayor parte se han entregado las más de ellas voluntariamente, y en ningunas o muy pocas han permitido nuestros reyes se les hiciese guerra sangrienta".

No obstante, la declaración de Cerrato se ve confirmada en cédula de primero de noviembre de 91, transcrita por este escritor, libro VI, capítulo 12, en que dice Felipe II: "Por haber yo sucedido enteramente en el señorío, que tuvieron en las Indias los señores de ellas, es de mi patrimonio y corona real el señorío de los baldíos, suelo é tierra de ellas, que no estuviere concedido por los señores reyes mis predecesores". En consecuencia de esto, cesó en los indígenas rendidos todo dominio así en los terrenos baldíos e incultos, como en los poseídos y cultivados; y en adelante no pudieron tener propiedad sino en los que les fuesen concedidos. Jovellanos refiere que cuando los visigodos ocuparon la España, se adjudicaron los conquistadores los dos tercios de la tierra: es decir, dejaron un tercio en beneficio de los conquistados. En las Indias, aunque se obligó a los conquistados dispersos en los campos a reducirse a poblaciones, la cédula de 19 de febrero de 60 redactada en la ley 9, título III, libro VI, previene que no se quiten las tierras y grangerías que tuviesen en los sitios que dejasen; y además, otra de primero de diciembre de 73, resumida en la ley 8, ordena que los sitios en que se formen los pueblos y reducciones tengan comodidad de aguas, tierras y montes, entradas y salidas y labranzas y un ejido para ganados de una legua de largo. Así es que Solórzano, libro II, capítulo 19, atendiendo a estas órdenes, ha tenido razón para afirmar que a los indígenas no se les quitaron las tierras y posesiones que tenían en tiempo de su infidelidad.

Pero ocurre en primer lugar, que cuando se trató de la propiedad de los terrenos, según la expresión de Casas, dando resolución a las dudas del Perú, ya faltaban en todas las Indias dos o tres tantos de la población indígena, especialmente propietarios empeñados en la defensa de su país; y así resulta positiva la narración de Solórzano, de que a estos indígenas no se les quitaron sus tierras y posesiones, que tenían en tiempo de su infidelidad, sino que más bien a las tierras y posesiones fueron quitados los dueños que tenían, antes de suceder en su dominio los españoles. En segundo lugar, por cédula de 27 de octubre de 1535, citada por Solórzano, libro VI, capítulo 12, se permite que los conquistadores y beneméritos sean acomodados en las tierras y estancias de ellas. Ya se ha visto, que estancias eran las labranzas de los indígenas en que tenían sus sementeras de granos, sus huertas de frutas, crías de animales, y sus ranchos y casas que componían sus poblaciones. Pues antes de que esta cédula lo permitiera, buen cuidado habían tenido los conquistadores de acomodarse en ellas. Los valles de Petapa, Chimaltenango, Panchoy, Tzacualpa y Pancán, en que se situó sucesivamente la villa y ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala con sus ejidos no fueron desmontados seguramente por sus vecinos y pobladores, sino aprovechados por ellos, confinando a sus extremos a los moradores, que sobrevivieron a la devastación.

En cabildo celebrado en 5 de diciembre de 1535, se lee el acta siguiente: "Este día el dicho señor gobernador y justicias e regidores dijeron que los tiempos pasados esta cibdad señaló para sus baldíos en que pasan los ganados los llanos del tianguesillo, é que no embargante esto algunas personas compren los baldíos diciendo, que fueron de los indios antes de la guerra, é con eso toman plena posesión e propiedad lo cual no pueden hacer, porque los naturales perdieron las tierras de los dichos baldíos por la guerra que se les dio, e por la rebelión que removieron, por ende dixeron que mandaban e mandaron, que señalaban e señalaron agora nuevamente por baldíos de esta cibdad todas las tierras que estan vacas desde el tianguesillo de esta cibdad en redondo cinco leguas de la cibdad a todas partes, e mandaron que ningunos indios no los ocupen, ni ningunos españoles no los compren dellos, so pena que hayan perdido lo que dieren por ellas, e mandáronlo pregonar por que venga a noticia de todos". Casas, hablando de los pueblos de Nicaragua, que duraban tres y cuatro leguas en luengo, escribe: "aposentáronse en ellos los cristianos, cada uno en el pueblo que le repartían, y hacían en el sus labranzas, manteniéndose de los frutos de los indios; y así les tomaron sus particulares tierras y heredades de que se mantenían".

Por otra parte, el sistema que se adoptó en Guatemala en la formación de los pueblos de indígenas, no pudo inducir otra cosa que el desamparo y ocupación de sus heredades. Porque reduciéndose a un pueblo, no los caseríos de las estancias, sino pueblos enteros, acumulándose para formar uno solo, y habiéndose de dar un solo ejido a este último, todos los demás habían de perder su territorio y pertenencias comunes y particulares. Así es que cinco pueblos grandes y otros tantos pequeños que formaron Zicicastenango, y tenían 5 y 10 ejidos, entran a tener uno solo:

once pueblos principales y otros tantos accesorios que formaron el de Zacapulas, y disfrutaban 22 ejidos, no tuvieron en adelante más que uno: Nebah, que se compone de 16 pueblos mayores y otros tantos menores y había de tener 32 porciones de ejidos, no obtiene sino uno. Lo mismo Amatitlán, cuyos seis pueblos debieron poseer seis ejidos, quedó reducido a uno, dentro de los ejidos de la capital; y por este tenor es de discurrir de los otros pueblos. Por lo cual no es de extrañar desapareciese entonces el pueblo de Ucubil, en que, según relación de Juarros se acamparon las huestes castellanas y sacatepeques: como tampoco parecieron más los pueblos de Samastepeque e Inestiquixa en el mismo valle, y en las inmediaciones de Escuintla los de Guasacapa, Chialchitán, Malacatepeque y Marma, que se mencionan en actas de los años 41 y 42. Humboldt, en el ens. libro II, capítulo 6, lamentando lo deplorable que la conquista hizo el estado de los indígenas, escribe: "toda propiedad india fuese mueble o raíz, era mirada como perteneciente al vencedor; y esta máxima atroz llegó a ser sancionada por una ley, la cual concede a los indígenas una pequeña porción de terreno al rededor de las iglesias nuevamente construídas".

Remesal, libro VIII, capítulo 25, expone, que asentados los pueblos en la forma referida, donde daban la vuelta los padres, eran desamparados de sus nuevos moradores, y era menester volverlos a juntar de nuevo, acariciarlos, ponerlos en sus casas nuevas, derribarles las antiguas, deshacer los sitios de su antigua superstición, y para todo esto, estudiar el modo de hablarles, para que entendiesen que todo aquello era por su bien. Lo mucho que los padres trabajaron, continúa este escritor, se echa de ver claramente por una cédula del rey don Felipe II, de 5 de marzo de 1577, en que hace memoria de cierta relación, que le hizo el Padre Fray Domingo de Alva, procurador de esta provincia: que los indios se comenzaban a salir de los pueblos en que vivían, y se volvían a los antiguos asientos que solían tener, y si se les consentía hacer esto sería causa para que se perdiesen, y los pueblos quedarían deshechos, de que también resultaría disminuirse la hacienda real, y para quitar estos inconvenientes, manda su majestad a la Audiencia de Guatemala, que no consienta, que los indios se vuelvan a los sitios antiguos. Por este estilo debió suceder, que muchos indígenas propietarios abandonasen uno y otro sitio juntamente: el nuevo, porque no les acomodaba, y el antiguo, porque no se les permitía y así verse en la necesidad de emigrar, y destituidos de propiedad. Otros adoptarían el nuevo domicilio llanamente, mas por mucho que se acomodasen en él, no podían recibir mucho contento sus antiguos moradores, llegándoles nuevos dueños y vecinos, con quienes habían de partir sus terrenos y formar comunidad: con lo que los indígenas eran mortificados en todos conceptos.

Fray Juan Zapata, obispo que fue de esta diócesis en el siglo siguiente, citado por Solórzano, libro 2, capítulo 24, fue de opinión contraria a estas agregaciones de pueblos; y en su tratado de just. distrib., párrafo 2, capítulo 21, refiere por menor, y llora los graves daños y pérdidas de hacienda, que por causa de ellas, recibieron los indios. Ello es, que

confinados los indígenas a sus pueblos y reducciones, quedaron más tierras vacas para el repartimiento, que en los principios, dice Solórzano, libro 6, capítulo 12, se permitió pudiesen hacer los gobernadores y los cabildos entre los vecinos y pobladores como por bien tuviesen, y así se ve en los de 2 y 23 de mayo de 42 hacer merced el de esta ciudad de las intermedias entre Xilotepeque y Santiago y entre Jalapa e Isguatlán, y sucesivamente de otras. Después que inhibió a los cabildos el repartimiento de tierras y solares, y se reservó a los gobernadores, quisieron a lo menos ser oídos. El de esta ciudad, en instrucción que da a su procurador en 9 de agosto de 1565, le dice: "Iten: pedir que el que gobernare estas provincias cuando oviere de repartir tierras y solares, se informe primero del cabildo de esta ciudad, si es sin perjuicio, é no que á causa de no se aver guardado, se han dado tierras y solares en perjuicio de los naturales". El uso de semejante regalía durante este siglo, llegó a términos que en la cédula ya citada de primero de noviembre de 1591, que aparece mutilada en la ley 14, título 12, libro 4, y existe original en muchos títulos antiguos de tierras y en el archivo parroquial del pueblo de Pinula, se nota que los pobladores españoles habían ocupado la mayor y mejor parte de toda la tierra, sin que los consejos e indios tengan lo que necesariamente han menester.

Casas, discutiendo y resolviendo la novena duda acerca de las cosas del Perú, relativa a las estancias de los indígenas, llamadas allí chácaras, decía: "Los españoles, a título de conquista, se han apoderado de estos fundos de tierras que son los mas fértiles del país, y las han convertido en viñas y en jardines que hacen cultivar como propiedades suyas: pues según lo expuesto en el primero y segundo principio, y lo resuelto sobre la sexta, séptima y octava duda, ellos deben restituir a los indios todas las tierras que se les han quitado". En la tercera conclusión sobre la sexta duda, dice así: "Los colonos españoles, que estan en el día de hoy en el Perú, no pueden gozar de alguna mina de oro, ó de plata, ni de algun otro objeto sin el permiso de los señores del país; y todo lo que ellos poseen, la ley de Dios les hace un deber de restituirlo, sin retener la menor parte".

En Guatemala los indígenas tenían minas de oro. Se ha visto que a Cortés hicieron presente de esta clase en el Petén y en la Verapaz, en Utatlán, Atitlán y Copantl, y no podía ser sino de sus minas. Ximenez en su *Historia Natural*, título 13, hace mención de las que tenían en estas provincias, y en los distritos de Nebah, Joyabah, San Juan y San Pedro Sacatepéquez. Los conquistadores se apoderaron de ellas y de la industria de sus dueños, para su beneficio y aprovechamiento, suministrándoles mejor herramienta.

Herrera 1, 7, 7, expone que de la isla de Santo Domingo se llevaron a Tierra firme cuarenta indígenas maestros de sacar oro, que enseñasen a otros; y a los que tenían este oficio en Nicaragua llama este escritor cuadrillas de sacar oro. Los naturales que le tenían en las minas de Alvarado, son llamados en su testamento esclavos de sacar oro. En queja que da este ayuntamiento a Montejo, gobernador de Honduras, en ausencia de Alvarado, firmada por tres regidores y los dos alcaldes Dovalle

y Dardón, que lo fueron el año de 37, sobre que los vecinos de San Pedro Zula impedían a los mineros y cuadrillas de esta ciudad el sacar oro en minas comarcanas a aquella ciudad, hacen cuenta y cargo de perjuicios, refiriendo que eran veinte cuadrillas de cada cien esclavos e más, cada una de las cuales, dice, “es notorio e se tiene por cierto cogerá en cada año cinco e seis mil pesos de oro de que pertenece a las rentas de su magestad mil pesos e más, que suman cada un año veinte mil pesos”. Veinte mil pesos venían siendo quinto de cien mil. Agia, en su tratado del servicio personal, hablando de varias provincias de Quito y el Perú y de estas de Guatemala, Honduras y Nicaragua, entre otras cosas, dice al párrafo 8º: “y de esta manera perpetúan los indios en las minas, por hacerles de mal a los encomenderos sacar de las minas a los que son diestros en sacar oro o plata, y meter indios visoños y que no saben de aquel menester”. En cabildo de 27 de febrero de 38 se concedió a Alonzo Zamora un sitio cerca de la laguna para poner a sus esclavos donde tenía, dice Juarros, tr. 6, capítulo 15, “su lavadero de oro”.

Los españoles también descubrieron otras. En acta de 24 de julio de 1529, se refiere que Diego Sánchez fue el primero que descubrió una, y se le permite ir a sacar el oro en polvo con sus cuadrillas, sin embargo, de la prohibición puesta en el cabildo anterior de acudir a las minas, pena de la vida, por estar la tierra de guerra en algunas partes. Bernal Díaz capítulo 181, cuenta que por este tiempo se descubrieron unas minas junto al pueblo de Quinistán. Herrera, 6, 1, 8, expone que a cuatro y cinco leguas de la ciudad de Gracias se encontraron muchas y buenas. Llorente, en el suplemento a la segunda memoria de Casas, refiere que este prelado, entre otras medidas útiles, obtuvo la de que se permitiese a los indios explotar de su propia cuenta, como los españoles, las minas de su país. Pero si en la costa de Michatoya, según relación de Herrera, 4, 8, 8, se dejó a los naturales el beneficio de la sal, que sacaban dice, cociendo la tierra en ollas con fuego; las salinas que se descubrieron en Nicaragua, según el mismo escritor, libro V, capítulo 4, fueron concedidas al comendador Francisco de los Cobos.

En fin, las tierras todas, aguas, montes, pastos, todo dice Solórzano, libro VI, capítulo 12, fue considerado perteneciente a la regalía. Remesal, libro XI, capítulo 4, expone que el Presidente Cerrato hizo donación de la laguna de Amatitlán a los padre dominicos, y asimismo, que el padre Fray Diego Martínez la pobló de mojarra, trayéndolas en botijas del mar del sur, porque antes no se criaban allí sino unos pescadillos muy pequeños. El cabildo la quitó y aplicó a los propios de la ciudad, redundándose a los indios algunas pesadumbres, que toleraban por el interés que tenían en la pesca. Las actas de 2 de agosto en adelante, denotan que sobrevino pleito hasta proponer el cabildo transacción; pero el rey, en cédula de 18 de enero de 1575, la mandó restituir y dar el dominio al pueblo de Amatitlán, y por consiguiente, también al de Petapa y demás de su comarca. En acta de 10 de octubre de 86, se hace mención de albarrada, echada según parece a la laguna de Dueñas, para cría de pescado, como perteneciente a ejidos.

CAPITULO XXV

FRUTOS DE LA TIERRA

¡Ojalá, exclama Humboldt en su libro 4, capítulo 9, que en todas partes se hubiese conservado el nombre de los que en vez de asolar la tierra, la han enriquecido con plantas útiles al hombre! Garcilaso de la Vega, prosigue, se queja de la ingratitud de sus compatriotas, que apenas conocían el nombre de María de Escobar, la primera que llevó algunos granos de trigo a la ciudad de Lima, con que se propagó su sementera. En Quito, el Padre José Rixi, natural de Gante, sembró el primer trigo europeo cerca del convento de San Francisco. Todavía los frailes enseñan como una curiosidad el tiesto en que fué de Europa el primer trigo, y lo conservan como una reliquia preciosa. En Guatemala, Vásquez, libro 1, capítulo 32, confiere esta primacía a Antonio Paredes, ascendiente suyo, a quien se dio vecindad en esta ciudad el año de 36. Juarros tr. 3, capítulo 5, la da a Francisco de Castellanos, tesorero que vino con Alvarado, según Remesal, el año de 29; y parece lo cierto.

El propio Juarros, tr. 6, capítulo 16, anuncia que la propagación del ganado vacuno se debe a Héctor de Barreda, que trajo a su costa de la isla de Cuba, cantidad de vacas, con que formó un hato en el sitio que le cupo en repartimiento, en los ejidos de la ciudad, y por esta razón fue conocido con el nombre de Valle de Las Vacas. El propio Vásquez refiere la venida de ganado ovejuno al contador Francisco de Zorrilla, y que lo aposentó en sitio que le fue señalado a la boca y principio del valle en 3 de junio de 30. Del caballar, añade este escritor, sólo se sabe que, multiplicadas las yeguas y potros en el valle, fue necesario señalarles sitio más distante el año de 31, en las tierras intermedias entre Escuintepeque y Masagua, que la ciudad miraba también como término de sus ejidos. El ganado de cerda estaba ya propagado. En acta de 6 de mayo de 25 se prohíbe vender un puerco en más de veinte pesos.

Con respecto a Honduras, Bernal Díaz, capítulo 183, refiere que Cortés, llegado a Trujillo por el año de 25, dio a los guanajos, puercas y verracos, que trajo de México, con que se hizo casta en aquella isla. Herrera, 3, 8, 4, expone que el propio Cortés, a quien Humboldt llama grande hombre en esta parte, envió un navío con la plata de su servicio y joyas que tenía, a Cuba y Jamaica, por bastimentos y ganados de todas suertes, y diversas plantas por acomodar y ennoblecer a Trujillo. Refiere asimismo este escritor, que por el año de 29 llegaron a Trujillo cuatro navíos cargados de yeguas, becerras, puercos, y otros animales y cosas de provecho; entre ellas seguramente simientes de plantas de Castilla y cañas de azúcar; y como ya era conocido el camino para Guatemala, mucho de esto debe haber pasado a esta ciudad.

En cabildo de 14 de julio de 36, ya pide Antonio Diosdado ciertas tierras para cañaverales de azúcar que son media legua, al parecer en los sitios llamados Talcomunta y Macuil, junto a Amatitán, con dos ríos

qué por ella pasan, y le son otorgados con calidad que las pueble y edifique y labre dentro de seis meses. Puede haberse construido ingenio, como lo había ya el año de 45 en Chiapa, según testifica Remesal, libro VI, capítulo 5º. En 4 de junio de 29 se había concedido un salto de agua del río de la Ciudad al Adelantado Alvarado para un molino; en igual mes de 32 se repite la concesión con indios de Tasulteque; en enero de 38 ya se pone precio a sus tareas; y en abril no se permite vender la harina si no en casas de cabildo. En febrero de 39 aparecen a real el arrelde, esto es cuatro libras de puerco y el de vaca, y a real y medio el de carnero; y en agosto de 41, escaseado el trigo con el perjuicio de los ganados, se paga a peso y medio una fanega. En enero de 32 se tasa a peso la arroba de pescado, y a peso la fanega de sal.

Remesal, libro I, capítulo 4º, expresa que el ganado multiplicó a la maravilla; y lamenta, que el ganado mayor de bueyes y vacas, caballos y yeguas, y el menor de lana y cerda, escaseando la yerba del campo, entró en los trigos y maizales, y en los árboles de España, que había costado mucho trabajo traer, plantar, y conservar. Primero se mandó alejar media legua de la ciudad, y después sacar del valle a los extremos de los ejidos. En la falda del volcán le hicieron mucho daño los leones, y en particular uno de que se hace mención en acta de enero de 32, y la hace también este escritor, añadiendo, que el propio Adelantado salió en montería a cogerlo, y no dando con él, se ofrecieron a quien lo matase 25 pesos de oro o cien fanegas de maíz, lo que denota que la fanega de este grano valía entonces dos o tres reales. No obstante, Alonso García que le mató, escogió y se le mandaron pagar los 25 pesos, según se refiere en el acta de julio que menciona. Herrera, 4, 8, 8, expone, que el ganado vacuno multiplicó en la costa de Michatoya, desagadero del río de Amatitán, desde el salto hasta la playa del mar; que el caballar más desmerecido engordaba en unos pastos que riegan unos lagos procedentes de mineros de azufre; y que había poblaciones de castellanos e indios con mucha fruta de la tierra y de Castilla, principalmente naranjas, higos y melones. En las propias actas suenan veintiocho libras de carne de vaca por el real el año de 76, y veintiséis en el de 77.

De Honduras, dice este escritor, 3, 8, 7: "Han multiplicado bien todo género de ganados, y el vacuno es mayor que el de Castilla; y las parras dan dos veces al año, y lo mismo el trigo, aunque la segunda vez no tan bien como la primera; y dende á ocho días que se vendimia la uba se podan las viñas y vuelven á echar, de manera que á Navidad se comen ubas maduras; los limones, naranjas y otras frutas han producido tanto, que los castellanos no echan ménos ningún regalo de Castilla; pues hasta el azúcar y otras cosas semejantes han dado muy bien". Hablando de Trujillo, dec. 5, libro IX, capítulo 9º, transcribe un memorial en que se expresa que no había vecino que no tuviese en su casa un huerto con todas las frutas de Castilla, que se habían podido haber, las cuales se daban muy bien, como naranjas, cidras, limones agrios y dulces, granados y higueras, de las cuales a siete meses que se plantan, se cogía fruta: de melones y ubas y otras tenían abundancia.

Avivado el laboreo de las minas, abundaron también el oro y la plata, que entonces se guardaba en barras, o aplicaba al ajuar y moneda. En la mortual de Francisco Fernández de Medina el año de 1538, aparecen recaudados de Domingo de Salazar 134 pesos, que importaban una media barra, una planchuela y un vasillo de oro, todo de 12 quilates: una bacinete con su asa y cuatro platos de plata; y en dinero, de Juan Godínez veinte pesos, y de la almoneda sacados gastos diez pesos. Por el año de 1540, cuenta Remesal, libro IV, capítulo 5, entraron en la ciudad grandes oficiales de oro y plata, y con la abundancia de estos metales que entonces había, cada vecino a porfía quería hacer vajillas para servirse, joyas para engalanarse a sí, a su mujer, y sus hijos: y sin escasez entregaba la plata por arrobas, el oro por libras, a puños las esmeraldas, que se habían de repartir por cadenas, cintos, joyeles y apretadores. En apunte tomado del primer libro de actas del cabildo eclesiástico a folio 44, aparece razón de 200 marcos de plata entregados en 1º de diciembre de 48 a Pedro Fernández para custodia y otras piezas de la iglesia mayor. El propio Remesal, libro IX, capítulo 4º, expresa que al fundarse convento de dominicos en San Salvador el año de 51, acudió la gente con tal liberalidad a todo lo necesario así de alhajas comunes como de ropa para el refitorio y sacristía, que dentro de un año la casa tenía más plata para el servicio del altar, y más ornamentos para el culto divino, que Guatemala y Ciudad Real juntos. Gage, p. 3, c. 1º, dando idea de la lámpara principal, de la imagen de la Santísima Virgen del Rosario, lámparas inferiores y demás, concluye en resumen, diciendo: este convento es tan rico, que se podría sacar cien mil ducados de los tesoros que encierra. El propio Remesal, hablando, libro IX, capítulo 25, de las iglesias de los pueblos de los indígenas, escribe: "unos indios á imitación de otros, y unos pueblos a emulación de sus vecinos se aventajan en estas obras: para dar entera relación de lo mucho que es ésto, cuando salí para Nueva-España, comencé á hacer memoria de la plata y ornamentos que había en los pueblos por donde pasaba, y llegaba á tanto el número y la cantidad, que era menester un libro muy grande para asentarlos; porque sólo en Sumpango, un indio había dado en plata cinco mil y quinientos y ochenta tostones: osaría afirmar, que en sola la sierra de Zacapula han sido más liberales los indios en esta parte, que todos los demás de esta provincia de Guatemala, Chiapa y los Zoques; y así no hay comparacion ni tasa."

Los indígenas según se ve, asegurados algún tanto en sus derechos descubrían los tesoros, que habían ocultado al tiempo de la devastación. El propio Remesal, libro VI, capítulo 5º, hablando del recibimiento que los indígenas hicieron en Chiapa el año de 45 al Obispo Casas, dice: "Los hijos de los principales, que eran más de ciento, venían vestidos al uso de España, de una vistosa librea, aderezados con muchas joyas de oro, con una mudanza de arcos, y una canción en romance a decorar. Salieron los principales más vestidos que otras veces con joyas y collares de oro: unos hechos a modos de culebras; otros como animales enlazados, y otros de otras hechuras; y el cacique don Pedro Noti llevaba tres anchos, que le ocupaban de la garganta a la cintura; y los padres se espantaban, como

los habían ocultado y defendido de los españoles". El mismo escritor, capítulo 17, refiriendo las fiestas que hicieron en la publicación de las nuevas leyes el año de 46 los propios indios, dice: "Esta alegría de su corazón, manifestada en el rostro, salió a los pies y las manos, y el primer día de fiesta, instigados de sí mismos, hicieron un baile el más solemne, en que como gallinas, que seguras del milano sacan sus polluelos a la era, y al grano, y calor del sol, sacaron todos sus ricos vestidos, plumages, cadenas, cintos, patenas, y mil diferencias de joyas de oro, esmaltadas con piedras muy finas, y de varias hechuras, que había años no salían á ver la claridad y hermosura de la luz".

Los conquistadores y nuevos pobladores cultivaron también con buen éxito algunas plantas indígenas. Herrera, 4, 8, 9, hablando del consumo y abundancia del cacao, escribe: "gástase tanto, que lo que sale de Nueva España y dan y gastan en sus casas y labores, en sólo cuatro lugares de los Izalcos serán más de cincuenta mil cargas, que á su precio comun valen quinientos mil pesos de oro de minas; ocúpanse todos ellos con sus huertas, dos leguas en cuadro, que tales huertas y tal fruto de árboles, en tan poco espacio, no se sabe en el mundo". No expresa cuál es el precio común, pero resulta a diez pesos de oro la carga, que hacían entonces quince de plata compuesta de 3 xiquipiles, el xiquipil de 20 contles y el contle de 400 almendras. Expone también, que 200 almendras tenían valor de 1 real entre los indios, y eran la moneda corriente entre ellos y los castellanos para las cosas menudas. Torquemada, libro XIX, capítulo 32, refiere que los curatos de esta costa son de clérigos, y son los más ricos de la Nueva España, por causa del mucho cacao que allí se hace, y es la mejor mercadería de toda esta tierra después de la grana.

Acosta, haciendo mención de la tuna, libro IV, capítulo 23, dice, es otro árbol célebre de la Nueva España, porque en sus hojas nacen unos gusanillos; déjanlos secar, y así secos los traen a España, que es una rica y gruesa mercadería; vale la arroba de esta cochinilla o grana muchos ducados. En flota del año de 87, vinieron 5,677 arrobas de grana, que montaron 283,750 pesos, y de ordinario viene cada año semejante riqueza. Resulta aquí la arroba a 50 pesos menos 5 maravedís.

Tratando del jiquilite, el propio escritor, dice: "aunque no es árbol sino yerba de la que se saca el añir, que es para tinte de paños, por ser mercadería que viene con la grana, dice, que también se da en cantidad en la Nueva España, y vino en la flota que ha dicho, obra de veinte y cinco mil y doscientas y sesenta y tres arrobas, que montaron otros tantos pesos". El autor habla aquí en general de la Nueva España, pero Solórzano, que reproduce la misma narración, libro II, capítulo 9º, se contrae a Guatemala, y no pone reparo alguno sobre tan bajo precio, como el de un peso por arroba.

Que Acosta tratando de la grana, comprenda a Guatemala en la denominación general de Nueva España, es cosa muy obvia, pues por lo menos era producción de Chiapa en la provincia de los Zoques en tiempo de Xi-

ménez, de que ya se ha hecho mérito, y además, aparece redactada en la ley 21, título 18, libro IV, una cédula de 23 de enero de 601, que apoya este concepto, cuando dice: "Entre otras grangerías que tienen los indios de las provincias de Nueva España y Guatemala es el beneficio y fruto de la grana o cochinilla; y porque algunos que en esto tratan, se la toman a bajos precios, y venden después a muy subidos, de que reciben mucho agravio; mandamos, que si los indios quisieren enviarla por su cuenta a estos reynos, no se les prohíba, ni ponga impedimento."

Gage, p. 3, capítulo 2, hablando de mulas en el valle de Mixco, computa a sus vecinos veinte atajos, expresando que sólo Palomeque contaba trescientas, y 600 mil pesos de caudal; y añade: "algunos indios ricos han aprendido de los españoles a sembrar el grano, y a traficar en el camino del Golfo con sus mulas. Así era como los indígenas propietarios y los españoles acomodados, formaban entonces la riqueza del país".

CAPITULO XXVI

MANDAMIENTO DE INDIGENAS

Adam Smith deriva el alto o bajo precio de los frutos agrícolas de la altura o bajeza de la renta de la tierra, de las ganancias del fondo, y del valor de los jornales; y observa, que en las nuevas colonias, en que sobran tierras que romper, poco va a decir el precio de su renta; y que siendo por esto los alimentos abundantes, los jornales deben ser baratos. Por consiguiente, hallándose en Guatemala muchas tierras desmontadas, y acaso cultivadas, y siendo sus alimentos abundantes, como lo era el maíz y otros granos, los jornales han debido ser baratos. Sin embargo, hay motivos para pensar que ellos en mucha parte fuesen ahorrados enteramente, o llevados a la postrer baratura.

Solórzano, libro II, capítulo 2º, nota, que por el año de 1568, en las provincias de Guatemala y en otras de Chile, Quito y Nueva España, no acababa de desarraigarse el servicio personal que muchos encomenderos exigían por vía de tributo, rehusando de todo punto su tasación. Herrera 5, 10, 9, hablando de mediado el siglo 16, expone: "que al fin de mucho tiempo se ejecutaron las nuevas leyes en el Perú, Nicaragua y Guatemala, a costa de mucho caudal de la real hacienda, muchas muertes y destrucciones"; y refiriéndose a fines del mismo siglo 16, añade: "después acá por remisión de algunos viso-reyes y lo mismo presidentes y gobernadores, y por otras razones, las reales provisiones hechas con muy buen acuerdo de su consejo para la conservación de los indios, se relajaron con gran daño de ellos". Agia, que escribió el año de 1603, supone vigente en su tiempo en las mismas provincias esta especie de esclavitud; y no parece haberse extinguido hasta haber sido substituída por otra muy diferente en sus trámites, pero idéntica en la substancia, y acaso más funesta en sus estragos.

Solórzano, capítulo 3º, escribe: "Otra especie de servicio personal, que también se endereza a particulares comodidades y aprovechamientos, se introdujo antiguamente en todas las provincias de las Indias; y aun hoy se conserva en muchas, con aver tantas leyes y ordenanzas que lo prohíben. Pidiendo los españoles, pobladores y habitantes de ellas, a las justicias, que para el servicio de sus personas y casas, y traerles agua y leña, ó cuidar de sus cocinas y caballerizas, les repartan algunos indios por semanas, ó meses; que les sirvan, aunque no quieran, pagándoles un corto jornal, a los cuales en el Perú llaman mitayos de servicio, y violentándoles y oprimiéndoles con este color, a servicios graves y laboriosos". Estos repartimientos se llamaron en el país mandamientos, y prevalecieron después de la edad del célebre Casas.

Apenas por el año de 1552 se despachó carta a la Audiencia de Guatemala, cuenta el propio Solórzano, capítulo 6º, encargando a los oidores de ella que saliesen a la visita de la tierra, tuviesen cuenta de hacer que los indios trabajasen en sus haciendas y heredades, y en las ajenas, y no se les permitiese la ociosidad, dando por razón, que se dice, son flojos y holgazanes, y si no se provee que trabajen para su provecho, no tendrán ningún género de policía, ni aprovechamiento, lo cual sería en daño suyo. Todavía en el propio año de 52, refiere el mismo escritor, capítulo 8º, se prohibió por cédula de 20 de marzo, el dar los indios para labrar las casas de españoles, y se manda que no se les den, sino los que quisieren trabajar de su voluntad y pagándoles muy bien sus jornales.

Pero ya en cabildo de 12 de noviembre de 72 se recibe mal, que el señor Presidente reserve del servicio ordinario de la ciudad a los indios, y se acuerda pedir, no los reserve, y no remediándolo, se apele de su proveimiento para la real Audiencia, y se siga por todas instancias. En cédula de 74, dice Solórzano, ya se permiten estos servicios expresamente, y se ordena que se den repartimientos para edificar y reparar las casas de los españoles, y otras obras públicas, como sea con moderación, y buena paga en mano propia. Entre las obras públicas cuenta este escritor las fuentes, puentes, puertos, aberturas y reparos de caminos. Entretanto, en cédula remitida a México se nota, que los pueblos de indios hacen las obras públicas, que son muchos y son compelidos a poner los materiales y el trabajo de sus personas, sin que por razón de ello se les descuenta de sus tributos: que sobre ello son muy molestados, y por otra parte pagan los tributos enteramente, y reciben notable daño.

No obstante, en carta de 75, escribe el mismo autor, se dice al virrey de México, que siendo necesario se apremien los indios a trabajar en las minas, sacándolos por repartimientos de sus pueblos, como se hace para las obras públicas e sementeras. En cabildo de 18 de febrero de 78 se trata sobre una cédula que tienen los indios del barrio de la Candelaria y los de las milpas para no servir y se acuerda hacer información secreta, con parecer de la Audiencia, sobre ser ganada con siniestra información y ante un alcalde indio sin autoridad.

Los españoles y pobladores no se detenían en solicitar y obtener repartimientos de indígenas para todo género de trabajos, de modo que para propender a su alivio, se fue haciendo distinción de trabajos nece-

sarios en la agricultura, como la sementera de granos y cuidado de los ganados, y otros menos necesarios, como los de viñas y olivares, y en esta última clase se consideró el beneficio del jiquilite, en cédula del año de 79, despachada a la Audiencia de México, y carta del año de 81 dirigida a ésta de Guatemala, que transcribe Solórzano, capítulo 9º, y dice así: “Decís, que de pocos años á esta parte los españoles, que habitan esas provincias han descubierto y usado la grangería de las hojas de añil, que la tierra caliente produce en abundancia, y que han metido indios para beneficiarla y cogerla, y que por entender que es trabajo dañosísimo para ellos, proveísteis que no trabajasen en esa labor. Os mandamos que prosi-gais el estorbarles el dicho beneficio; y lo mesmo enviamos a mandar a la provincia de Yucatán”.

No obstante semejantes prohibiciones, fue en los años consecuti-vos, según relación de Acosta, repetida por Solórzano, cuando se vio la arroba de este género a peso; infinidad de precio harto notable, que no puede atribuirse sino a lo gratuito del jornal, más bien que a la escasez de dinero, en una época en que según se ha observado, se daba la plata en arrobas y el oro en libras. Remesal, libro VIII, capítulo 17, advierte, que el alquiler de veinticinco indios en Chiapa, por el año de 1545, era un peso; y Solórzano, capítulo 12, hablando de Quito en el de 1601, refie-re que la paga de uno cada año era a razón de treinta y cinco pesos.

Además, llaman aquí la atención tres cosas: la entereza de la Au-diencia en alivio de estos naturales, el descubrimiento del añil por los españoles, y la prohibición de mandamientos para viñas y olivares. La entereza de la Audiencia en defensa de los indígenas, es cosa que ha nota-do Humboldt en el ensayo, libro II, capítulo 6, cuando expone que la corte envió letrados a las Indias, a gobernar las provincias, y para servir de contrapeso al poder usurpador de los conquistadores; y así en cabildo de 14 de enero de 88 se ve a estos últimos determinar que se defienda la jurisdicción de esta ciudad, sobre que a pedimento de los indios de Aca-tenango mandó la real Audiencia que los alcaldes ordinarios no den man-damientos para indios.

El descubrimiento del añil, no es mucho que se diga hecho por españoles de estas provincias de pocos años a esta parte. Raynal pretende que los europeos introdujeron el cultivo de esta planta en América, a causa de que las investigaciones de Beckman muestran haber sido cono-cida de los griegos y los romanos con el nombre de *indicum*, que Marco Paulo describió cómo se preparaba en el Indostán; y que Hernández la llama *anir*, palabra castellana tomada de la árabe *nir* o *nil*, que terminó en la de *añil*. Pero Clavijero, libro VII, artículo 45, dice: “ de todos los escritores de América que he habido á las manos, no he hallado uno solo, que pueda servir de apoyo a la opinión de Raynal”. Sabemos también por los historiadores de México, y particularmente por el doctor Hernández, que los antiguos mexicanos sabían hacer uso de aquel precioso vegetal; y consta por el testimonio de don Fernando Colón, que una de las plantas propias de la isla Española era el añil, aunque el modo de prepararlo en-tonces se diferenciaba mucho del moderno. Humboldt en el ens. libro IV,

capítulo 10, sigue en este punto a Clavijero, añadiendo que lo atestiguan las pinturas jeroglíficas más antiguas de los mexicanos, y que treinta años después de la conquista, no habiendo los españoles hallado aun ingredientes para hacer tinta escribían con añil; y conviene en que la preparación era distinta. Pueden pues los españoles de estas provincias haber descubierto un mejor modo de proceder en su beneficio, y así ser positivo lo que se anuncia en la cédula.

La prohibición de repartimientos de indígenas para viñas y olivares tenía dos objetos: el primero, el alivio de los indígenas; y el segundo y principal, el que se expresa en la instrucción dada para el Perú el año de 95, al virrey Velasco, sucesor de Toledo, que transcribe Solórzano, cap. 9, por estas palabras. En instrucciones y despachos secretos, que se dieron a don Francisco de Toledo, cuando fue a gobernar aquellos reinos, se le ordenó que tuviese mucho cuidado de no consentir que en ellos se labrasen paños, ni pusiesen viñas, por muchas causas de gran consideración, y principalmente, porque habiendo allá provisión bastante de estas cosas, no se enflaqueciese el trato y comercio con estos reinos. Igual instrucción supone el propio escritor dada al virrey de México el año de 96, estendiéndola a impedir el plantío de morales y linares. Esta instrucción se hizo general a todos los gobernadores en 1601, comprendiendo los olivares; y se repitió en los años de 1609 y 1610, encareciendo en esta última, cuánto importaba su cumplimiento para la dependencia que convenía tuviesen estos reynos de aquellos, y para la contratación y comercio.

De los dos objetos que se propuso el gobierno español en estas providencias, tuvo efecto el uno, y no el otro: es decir, se exterminaron los plantíos de todos estos vegetales y sus frutos; y no por eso se excusaron los mandamientos de indígenas. Los españoles de Guatemala, que al poblar la ciudad de este nombre, según la exposición de Remesal, libro I, capítulo 9, no tenía otras conversaciones que las de elección y aprovechamiento de las tierras, que fuesen mejores para sembrar, y en las cuales podrían haber viñas y olivares, y otros árboles de España, y que ya fundada y establecidos, les costó tanto conservar y multiplicar, ahora deben abandonar, arrancar y pegar fuego a lo que les llevó expensas traer de las islas y la península. Los pobladores de Honduras, que se gozaban en sus viñas con dos cosechas anuales, según va referido, no pudieron renunciar solo una, sino ambas. Nicaragua, que según el testimonio de Herrera, dec. 4, libro VII, capítulo 4º, tenía vino bastante hasta para el surtimiento de sus embarcaciones, en adelante carece de él y necesita del de España.

A Nueva España parece que cupo igual suerte, y lo mismo a Panamá; menos al Perú, donde los gobernadores, continúa Solórzano, toleraban y disimulaban por ser muchas las viñas ya plantadas y depender de ellas tantas haciendas de eclesiásticos y seglares.

Entretanto, el Ayuntamiento de Guatemala reclamaba ante el rey la jurisdicción de dar mandamientos de indios, que la Audiencia le inhi-bía, a tiempo que en la corte había cundido un gran retroceso de ideas en orden a la suerte de los indígenas, y era llegado el tiempo en que al in-

vocarse las leyes favorables a su libertad, comenzaron a mirarse como anticuadas, refiriéndolas, según la expresión de Solórzano, libro III, capítulo 1º, al tiempo en que andaban tan vivas las contradicciones del obispo de Chiapa, y se escribía contra él, motejándole con cuan poca razón y fundamento llenó el mundo de quejas de los agravios y vejaciones, que en todas partes se hacían a los indios, no habiendo él estado sino en las menos importantes de las Indias; y así no es mucho que la Audiencia de este reino perdiese la inhibición que ponía al ayuntamiento, y éste ganase la cédula que se menciona en cabildo de 19 de enero de 1616, para que sus alcaldes ordinarios, como corregidores del valle, usasen de la jurisdicción de dar mandamientos: por lo que sus individuos, en cumplimiento de ella, acuerdan hacer nombramiento de repartidores que distribuyan los indígenas del distrito.

Sin embargo, en Nueva España aparece la condición del indígena más favorecida; pues en cédulas de los años de 1612 y 1624, redactadas en la ley 4, título 26, libro IV, se nota el mal tratamiento y agravios que reciben los indios en los obrajes de paños, y se ordena a los virreyes que en todo lo posible procuren relevar a los indios de este trabajo, aunque acudan voluntarios y bien pagados; y se da por razón los inconvenientes que resultaban de que con estas fábricas se enflaquecía el trato y comercio con aquellos reinos; y aun se añade, que importaría menos el que cesase en la Nueva España de todo punto la fabricación de los paños, que el menor agravio que pudiesen recibir los indios. Fueron estas fábricas en su origen procuradas por el gran Cortés, así como las de vidrio y otras de que hacen relación Herrera y Humboldt.

CAPITULO XXVII

LIBERTADES PRIMITIVAS DEL COMERCIO

La navegación fue libre en los principios, lo mismo que las artes. Podía navegarse en las Indias de unas provincias a otras: de todas las de Tierra Firme a las islas, y de las islas a España. El trato de esclavos estuvo franco mucho tiempo de la Florida con Nueva España y Guatemala, y de Guatemala con el Perú y las islas. Las islas, surtidas primero de ganados, armas y caballos y luego de géneros y frutos de Castilla, surtían todas las provincias de estos artículos, llevando en retorno primero esclavos, oro y plata, y después oro, plata y frutos de la tierra; lo mismo unas provincias con otras, según su aptitud y urgencias. En todos los puertos se fabricaban navíos, así en la costa del Norte, como en la del Sur. Bernal Díaz, capítulo 178, habla de un navío que calafateaban los vecinos de San Gil de Buena Vista en el Golfo Dulce, para volver a Cuba. Herrera, 5, 1, 9, da noticia de otro que estaban fabricando en Trujillo para enviar a las islas; y en estas Memorias, tratándose de las alteraciones de Nicaragua, se ha hecho mención de una fragata, que salió del lago de Granada por el Desaguadero para Nombre de Dios.

En orden a la mar del Sur, Alvarado, cuando emprendió su primera jornada, cuenta Herrera, 4, 7, 5, envió por el año de 30 a Luis Moscoso a buscar puertos, y a quince leguas de la ciudad halló uno muy bueno, a donde dio orden que se cortase madera para fabricar navíos, porque se halló mucho aparejo della, y muy cerca de la mar. Labró pues, escribe Remesal, libro III, capítulo 5º, un galeón de 300 toneladas, otro de 170, otro de 150; y en el Golfo de Chira, perteneciente a Costa Rica, labró un navío de otras 150 toneladas, una carabela de 60, y un patache de 52 carabelas medianas. Añade Herrera 5, 3, 5, que pasando el Adelantado por el Realejo, tomó otros dos navíos, que allí se aderezaban.

Bernal Díaz, emplea todo el capítulo 202 en tratar de una muy grande armada, que el propio Adelantado hizo en Guatemala el año de 37, y fue la segunda, en la cual, escribe, puso en el mar del Sur que se dice Acajutla, trece navíos de buen porte, y entre ellos una galera y un patache, y todos muy bien abastecidos, bien artillados, y con buenos pilotos y marineros, y todo género de armas, artillería, pólvora y ballestas. Remesal, tratando de esta armada, dice: "fueron diez ó doce navíos grandes y una galera, y otras fustas de remo". Y Herrera, hablando también de esta segunda armada, expresa que fueron doce navíos de alto bordo, uno de remo de veinte bancos, y uno de trece.

Muchos particulares tenían también navíos propios. En el testamento de Alvarado, transcrito por Remesal, capítulo 9, se hace mención de algunos a quienes el Adelantado compró los suyos; uno fue Juan Rodríguez, vecino de esta ciudad, que tenía un navío en la costa del Sur; otro Antonio Diosdado, vecino también de esta ciudad, que poseía un galeón; y asimismo Santos de Figueroa, Cisneros y Alvaro de Paz, que tenían otro en compañía. En auto de encomienda de don Jacinto de Estrada, de 29 de mayo de 1652, se hace memoria del mismo Alvaro de Paz, bisabuelo suyo, armador de navíos en el puerto de Iztapa; y en el propio testamento del Adelantado se reconoce una deuda contraída, dice, en el servicio que le hizo el mismo Paz. En la expedición del Oidor Quiñónez al Perú el año de 47, se ha visto que envió primero un navío con bastimento, y después salió con gente en dos galeones, de los cuales uno era de Juan Pérez de Ardón, vecino de esta ciudad, nombrado capitán de la que iba en el suyo.

Todavía se notan otros vestigios de la existencia de navíos de propiedad particular en aquella época. En cabildo de 9 de junio de 36, dicen sus individuos: "Visto que contra la ordenanza que este cabildo hecha tiene sobre el cacao, lo sacan por muchas formas é maneras, é la tierra recibe mucha necesidad é carestía: por ende mandaban é mandaron que ningún señor de navío ni de bergantín consienta sacar ni saquen en sus navíos y bergantines ningún cacao, que no sea de la misma cosecha del tal señor de dicho navío o bergantín, so pena de la pena questá puesta é demás so pena de la pena de perdimiento de tal navío o bergantín, aplicado según se pone por la ordenanza sobre ello hecha". En 21 de julio de 42 hace petición Antonio de Salamanca, diciendo que aunque hubiese otros

navíos en la mar del Sur, los dos suyos fuesen preferidos en el viaje de los puertos, mediante sus servicios; y se le respondió que no había lugar, y que en razón de sus servicios sería gratificado en ellos.

Habiendo semejante tráfico en Iztapa, la suerte de este puerto no debió ser indiferente. En cabildo de último de julio de 38, se dispone abrir camino de carreta para él desde Guatemala, de modo que pueda ir una e venir otra, salvo en los estrechos, ofreciendo a quien lo abriese el que en dos años no pueda andar por él carreta, ni recua, sino del que lo hiciere. En 22 de agosto propone tomarlo Antonio de Salazar, pidiendo se doblase a cuatro años la propiedad, porque la carretada hasta la mar no salía más que a veintisiete pesos; se le concedió por tres, que corriesen desde que lo acabase, y aceptó. En último de enero de 39, es decir, a los cinco meses, avisa Salazar que él ha acabado el dicho camino de aquí a Iztapa, e que desde ahora quiere gozar de él. Este camino parece haber durado tanto como la barra, acerca de la cual, en acuerdo de la Audiencia de 10 de febrero de 1564, se comete al Presidente Landecho, “ver si ay disposición y comodidad para que entren navíos, echando en ella los ríos comarcanos”; y luego en instrucción de 22 de enero de 565 solicita el Ayuntamiento ayuda de costa para que los ríos que van al dicho puerto se echasen todos juntos, “porque con esto abriríase, dice, la barra, y podrían entrar navíos á cargar de cacao, y traer de Panamá y México bastimentos, que podrían venir en carretas a esta cibdad, como se solía hacer”; y en otra de 24 de marzo de 580 avisa el mismo Ayuntamiento a su apoderado, que va un informe pedido a la Audiencia de la disposición que había para poder abrir el puerto de Iztapa, juntando un río que le cae cerca, para que se pueda navegar como antes que se cerrase.

El informe de la Audiencia dice así: “La ciudad de Santiago de Guatemala presentó en esta real Audiencia una cédula de V. M. echa en madrid á 25 de julio del año pasado de 1576, en que V. M. manda a esta audiencia envíe relación particular de que provecho se seguiría que en el puerto de Iztapa desta provincia entrasen juntos dos ríos; el uno que agora sale por la barra del dicho puerto, y otro que pasa y entra en la mar cerca del, y del beneficio y utilidad que se seguirían de juntarse, y con cuanto se podría hacer”.

“En cumplimiento desto, se mandó hacer la información que se envia a V. M. y parece así de lo que en ella consta, como por lo haber visto por vista de ojos el Licenciado Valverde, vuestro Presidente desta Audiencia y el Licenciado Christobal de Oxaeta, oydor della, quel rio que pasa por esta ciudad se puede echar que salga por la barra del dicho puerto, porque este río vá á dar en la mar poco más de mil pasos de la punta de un estero quel dicho puerto hace: el cual estero es el mismo puerto de Iztapa, y echado el dicho río en el estero la fuerza del agua ahondaría la entrada de la barra, de manera que tuviese mucha mas hondura, y se poderan hacer en el dicho estero, que es hondable, navíos gruesos y de mucho porte, que siendo la barra honda podrían salir bien por ella, y las comodidades que en ello puede haber son las mismas que por la relación de la cédula de V. M. se dicen.

“Y se ennobleciera mucho esta tierra con esto, y también habiéndose de hacer navíos por mandado de V. M. se harían mejor allí que en otro cabo ninguno de toda la costa de la mar del Sur; porque allí junto ay infinitos montes y mucha madera para los navíos, que se pueden hacer muchos y a menos costa que en otro cabo, y ay en la comarca mucha pez, y para las jarcias mucho maguey y pita. Parece que echar este rio en el estero se podrá hacer con mill ducados de castilla”. En 5 de abril de 89 se reprodujo este informe, solicitando la unión de los dos ríos, y limpia del estero.

En memorial hecho al rey en 20 de abril de 1591, escribe: “La merced que V. M. hizo á esta ciudad de mandar dar el valor de los dos regimientos para ayudar á abrir el puerto de Iztapa de la mar del Sur, á sido muy grande. Este cabildo por sí, y en nombre de toda la república, besa los reales pies de V. M. por la memoria que de hacernos merced tan necesaria V. M. á tenido. Los regimientos se vendieron, y el procedido de ellos, por órden del Presidente de esta Audiencia, se á comenzado á gastar en los puertos de Iztapa, y otro puerto que siete leguas más arriba se a descubierto, que llaman el estero del salto, en que se an hecho muchas diligencias para satisfacerse de su capacidad, y a parecido bastante para recibir navíos de cient toneladas, y en esta mar del Sur se tiene por muy bueno. El Presidente de la Audiencia envía dibujado el puerto con todo el territorio de más de quinze leguas: tenemos por cierto con el favor de Dios se abrirá el camino, para que en esta tierra haya contratación con el Pirú y Nueva España, y la China”. Aquí no aparece que el puerto de Iztapa fuese abandonado por el del Estero del Salto. En acuerdo de junta de hacienda de 30 de enero de 644 se aprueban los gastos hechos en la gente que llevó el capitán Pedro del Rosal para la defensa del puerto de Iztapa. Ximénez, que en su “Historia Natural”, título 7, describe el origen y curso de los ríos de Michatoya y Guacalate, llama Iztapa la barra de este último, y dice que es puerto a donde pueden llegar navíos; mas no expresa si estaba en uso en su tiempo.

Una prueba de que el cacao de Guatemala influía en el mercado de Nueva España se encuentra en que el virrey Velasco puso precio en aquel reino al que se llevase de estas provincias, fijando el número de 180 almendras por el real, y á este tenor la carga, que salía á diez y seis pesos cinco y cuartillo reales. Esta ciudad, en cabildo de 3 de noviembre de 53, se da por agraviada de esta tasación de precio, y nombró en la propia fecha apoderado en México que la reclamase y pidiese su revocación; lo que denota que a mediados del siglo excedía de aquel precio el valor del cacao, y que sin duda disminuyó después abundando y aumentándose su cultivo a fines del siglo en que escribió Herrera; el cual en la dec. 4, libro VIII, capítulo 9, expresa, que en términos y costa de los Izalcos está el puerto de Acazutla, a donde surgen los navíos que andan en el trato del cacao y mercadería del Perú y Nueva España. Acosta, que escribió por el año de 589, tratando de las frutas de la tierra, y llegando a la del cacao, libro IV, capítulo 22, dice: “es tan preciada entre los indios y aun entre los españoles, que es uno de los ricos y gruesos tratos de la Nueva España,

porque como es fruta seca, guárdase sin dañarse largo tiempo, y traen navíos cargados della de la provincia de Guatimala, y este año pasado un corsario inglés quemó en el puerto de Guatulco de Nueva España más de cien mil cargas de cacao". A razón de quince pesos, cien mil cargas, hacen más de millón y medio de pesos.

Se ve pues al país en el transcurso del siglo con navíos propios y en un comercio activo y recíproco con los reinos vecinos en la mar del Sur. Semejante libertad estaba reconocida en cédula de los años de 35, 51, 60 y 81, resumidas en las leyes 1 y 3, título 44, libro IX, de las cuales la primera dice: "Concedemos licencia y facultad a los vecinos de los puertos del mar del Sur para que puedan fabricar y hacer y hagan en ellos cualesquier navíos que quisieren y por bien tuvieren". La segunda, dice: "Todos los navíos grandes y pequeños que en la mar del Sur hubiere y anduvieren al trato, se puedan cargar y carguen libremente". Fuentes, libro VII, capítulo 5º, cita cédula de 6 de febrero de 535, remitida a Guatemala para echar y fabricar navíos en el Sur.

La empresa que dejó comenzada Alvarado, de encontrar paso para las islas de la Especería, había sido continuada por el virrey Mendoza, quien enviando primero tres navíos que suvieron a la altura de 44 grados, y después dos, que quedando a la de 18, tomaron el camino al Poniente, dio al fin el año de 43 con Mindanao, Tidore y demás islas llamadas después Filipinas. Aquí es menester decir en elogio de Alvarado, lo que Bernal Díaz, capítulo 202, hablando de su segunda jornada, refiere de este Adelantado, a saber: "que fueron tan altos los pensamientos que tuvo en descubrir el paso para estas islas, que además del servicio de su majestad, quería dar traza, que por la parte de su gobernación se hiciese el trato de la Especería. Este comercio desde luego fue practicado por la Nueva España desde Acapulco; y habiéndose hecho importante con las ropas de China, solicitó también practicarle Guatemala". Fuentes, libro III, capítulo 6º, nota que el descubrimiento se hizo con los tres mejores navíos de Guatemala que quedaron de la flota de Alvarado.

En instrucción de 14 de marzo de 1575, dice el Ayuntamiento a su procurador: "En Nueva España se continúa la navegación desde aquel reyno para la China é islas del poniente, y en esta provincia ay aparejo y dispusicion para que de sus puertos salgan navíos á hacer la dicha navegación. Ase de pedir y suplicar á S. M. mande dar licencia para que de los puertos de esta gobernacion puedan salir navíos con mercaderías y navegar para las dichas islas y reyno de la China, y contratar en ellas y volver á descargar á los puertos de esta provincia y gobernacion, de que S. M. sera servido y sus rentas aumentadas". La solicitud fué hecha, en el Consejo, y denegada á 30 de abril de 576.

Del aparejo y disposición que se expresa había para la navegación de la China, da testimonio un informe de la Audiencia del año de 81, que dice así: "En lo que toca á los negros, que se informó á V. M. que serían necesarios en el Realejo, para la fábrica de los galeones, V. M. no tiene necesidad allí de astillero, porque los dos navíos, que para la China, se han hecho, el uno navega ya, y está para yr en esta flota á la China, y el otro

se acabará presto. Y de la China ay dos nuevos de tan gran porte como los que acá se han hecho, y han costado los dos que de la China vinieron muy poco precio, que con lo que cuesta uno de los que acá se han hecho, se harán cinco en la China, y para aquella carrera son muchos los que agora ay...y así parece que los negros no son allí necesarios, ni convienen, porque con ellos saldría á V. M. cada navío de quinientas toneladas en cuarenta mil ducados y más”.

CAPITULO XXVIII

LIBERTADES DÉL COMERCIO EN LA MAR DEL NORTE

Con respecto a la mar del Norte, Carlos V había mandado, dice Herrera, 4, 1, 8, que se reconociesen los puertos de esta costa, y se pblasen para la contratación con los reinos de Castilla. Fuentes, libro III, capítulo 4º, hace relación de esta misma providencia, refiriéndose a cédula de 20 de febrero de 1534; y según el propio Herrera, por el año de 1528, los que deseaban dar contento al emperador, porque le veían en cuidado de buscar camino para las islas de la Especería, afirmaban, dice asimismo este escritor, 4, 3, 2, que se podía hacer paso de una mar a otra, por una de cuatro partes: la primera por el desagadero de la laguna de Nicaragua, abriéndose canal de ella a la mar del Sur; la segunda, por el río Chagre, que nace a cinco leguas de Panamá, en que se podía cortar, para que la marea subiese por canal hasta el río; la tercera, por el río de Veracruz a Tecoantepec; y la cuarta, abriendo camino en Nombre de Dios a Panamá, o en el Golfo de Uruba a San Miguel; y que aunque habría dificultad era mayor la potencia de los reyes de Castilla.

Entonces estaba en su fuerza el tráfico de estas costas, y aunque en ellas no tenían todavía navíos los vecinos de Guatemala, no por eso dejaba de ser recíproco el comercio con las Antillas y era de donde se surtía de bastimentos y géneros de Castilla. Según la narración de Herrera, 3, 5, 10, por el año de 1524 valía en Guatemala una docena de herraduras 150 pesos. Según su propia relación, 4, 7, 5, en el año de 1530 valía 15 pesos: una silla gineta 50, un sayo de paño 60, una mano de papel 5 pesos. Remesal, libro III, capítulo 18, y IV, capítulo 5, habla en el año de 1551 de tiendas en que se vendían ropas de Castilla. Una partida de fábrica de la Catedral por el año de 1560, data la arroba de cera de la península en 30 pesos.

La frecuencia de navíos de las islas fue cesando, según fue creciendo el peligro de los piratas franceses, que durante las guerras de Francisco I con Carlos V, dieron en perseguir los navíos de la carrera de Indias, primero en las costas de España, después en la alta mar, tomados que fueron los derroteros de esta navegación, y por último en las Antillas, y en todas las costas de la Tierra Firme. Ellos eran á veces escarmentados; pero las riquezas que salían para España enardecían su tesón, y aumen-

tando las fuerzas y osadía, hacen presas, queman La Habana y Santa Marta, saquean Cartagena, y saqueada otra vez Santa Marta no deja de ser incendiada, sino por mil ducados, que dieron sus vecinos. Se admiraron entonces prodigios de valor en los navíos mercantes españoles, y en los puertos indefensos de las Indias, y siendo necesario su socorro, se crearon en España de las platas de Indias, diferentes armadas que viniesen a recorrer los mares, y a resguardar los puertos más perseguidos e importantes; y se fueron fortificando también plazas interesantes, entre ellas Nombre de Dios, Veracruz y La Habana, por los años de 41 y 44, según relación de Herrera, Alcedo, y un manuscrito de Cuba.

En auto de encomienda de 29 de mayo de 1652, que se ha citado, se refiere, que siendo Teniente de Gobernador en Honduras Alvaro de Paz, por el año de 1545, fue diligente en el despacho de los navíos en Puerto Caballos, por lo que le frecuentaban y que por su puntualidad en la caja de aquella provincia, despachó a España más de 130 mil pesos. No obstante, en cabildo de postrero de julio de 1538, ya se muestra el comercio de Guatemala dividido entre Puerto Caballos y Veracruz. Dice así el acta: "Este día los dichos señores dijeron, que porque esta cibdad no se puede sostener de las cosas de Castilla por la vía de la Veracruz, especialmente, que por se proveer por allí, los indios naturales de la tierra reciben mucho trabajo é muertes de las cargas, é que todo se remediaría, si el camino que ay de aquí al puerto de Caballos se abriese, é los vecinos de esta tierra é otras gentes della serían muy aprovechados, é los naturales della muy relevados é descargados por que en récuas se podría proveer esta cibdad de todas las cosas que tuviese necesidad, é que para lo abrir ay necesidad de muchos dineros, y esta cibdad no los tiene para los gastar, é les parece que lo que fuese necesario para ello se podría aber é sacar de sisa que se pagase en la carne é pan é vino y aceyte é otras cosas que se venden en la cibdad, é si al dicho señor gobernador como letrado, le parece que se puede hacer, que lo diga, por que con su parecer é acuerdo se haga é no sin el. Luego el dicho señor gobernador dijo, que le parece que se puede hacer, é que se debe hacer, é que se haga". Al punto se nota diferencia entre los caminos de Iztapa y Puerto Caballos; porque en aquel la propia utilidad y aprovechamiento de su uso ofrecieron la costa, y no en éste; y el primero al momento es puesto en ejecución, y, del segundo no aparece entonces más memoria; pues en 23 de febrero de 39 se celebra remate de carnicerías, y no se hace novedad ni mención alguna de sisa.

Remesal, libro IV, capítulo 10, observa, que muerto Alvarado el año de 41, mandó el rey no fuesen provistos los pueblos que tenía en encomienda, sino incorporados a la corona, fuesen empleados sus tributos en obras públicas de nueva traza de ciudad, y en abrir caminos y hacer puentes. A consecuencia, en cabildo de 27 de mayo de 42 es nombrado Andrés de Ulloa con salario de 150 pesos de oro, situados en propios y tributos vacos, "para que tenga cargo de aderezar los caminos é pasos malos é barrancas que vienen á esta ciudad, así desde Sacatepéquez como de Petapa é otros caminos e los términos de esta ciudad, acudiendo a ello los indios comarcanos".

El propio Remesal, libro VIII, capítulo 25, nota que en cédula de 1º de junio de 49 ordenan Maximiliano y la reina, que en ninguna manera se carguen los indios, sino que a esta gobernación de Guatemala se traigan bestias de carga, y se abran los caminos. Advierte asimismo, que en particular escribió su majestad al Licenciado Cerrato en 1º de mayo del mismo año: "Que en abrir los caminos gaste de su real hacienda mil pesos de oro, demas de lo que está mandado que se aplique para obras públicas". Sin duda se puso mucho en ejecución; pues luego añade este escritor: "A los 16 de setiembre da el rey las gracias al Presidente por el mucho cuidado y diligencia que en esto puso" y para el mismo efecto, segunda vez señaló mucha cantidad de dineros, que estaban recogidos de tributos vacos, como parece por su real carta escrita a la Audiencia de Guatemala a 7 de julio de 1550. Con estos medios y entereza sin duda tuvo efecto no solamente el camino de Puerto Caballos, más también el del Golfo Dulce; pues en cuentas de fábrica de la Catedral de 1560 se data el gasto hecho en las cargas venidas en carretas de este último surgidero. No obstante, debían ser pocos los navíos que llegaban a estos puertos, cuando Hernán Méndez de Sotomayor, nombrado procurador de esta ciudad, para ir a España, dice en Cabildo de 7 de marzo de 48, que no puede ir por Puerto Caballos, porque no hay navíos, y da noticia que va por Veracruz por haber allí buenos navíos. En 20 de mayo de 55 se afirma que por Puerto Caballos va a embarcarse Alonso de Oliveros, nombrado también procurador a España; y en 11 de abril de 72, en que habían sido nombrados otros procuradores, se apresura la conclusión de unos recaudos, porque los navíos están para hacerse a la vela en Puerto Caballos.

Esta escasez de navíos para España fue en algún modo socorrida, porque en cédulas de 16 de julio de 61, que se citan en el epígrafe de las leyes 1 y 55, título 30, libro IX, se previene que ningún navío pudiese ir de las Indias ni venir de ellas, sino en unión o en conserva de las flotas de la armada real, que se dirigían anualmente una a la Nueva España y otra a Tierra Firme. Y por lo que hace a Guatemala, en cédula del año de 64, resumida en la ley 13, título 38, se ordena, que las naos destinadas para Honduras vengán con la flota de Nueva España; en una de 96, resumida en la 14 siguiente, que estas naos tomen licencia de separarse en la isla de Pinos o cabo de San Antón; y en otra de 608, que es la ley 34, título 30, que cada una traiga ocho piezas de artillería. Estas naos son a las que Juarros, tr. 5, capítulo 8º, llama flotilla de Honduras; e isla de Pinos la Guanaxa.

Las provincias de Guatemala no se mostraron satisfechas con el socorro de esta flotilla, y se discurrió acerca del medio de mejorarlo. Trujillo había sido el puerto de la entrada de Colón al continente, y su importancia hizo que Francisco de las Casas fundase en él una ciudad; que Cortés mejorase sus edificios, y que Alvarado la repoblase. Pero Montejó, cuenta Herrera, 6, 7, 4, dio toda su consideración a la capital del distrito que fundó por el año de 36 a 26 leguas de la mar del Sur, y otras tantas de la del Norte, donde hay un río, que va espacio de 12 leguas desde Puerto Caballos, que es navegable para canoas hasta un pueblo de indios, des-

de el cual hasta el asiento de la villa de Comayagua, hay otras 12 leguas de camino cómodo para carretería. Esta comodidad le sugirió ofrecer al rey, que sería muy buena para la contratación de los dos mares, y decía que se excusarían las muchas enfermedades y muertes y grandes trabajos que se pasaban de Nombre de Dios a Panamá, afirmando que la navegación del puerto que se había de tomar en la mar del Sur, era más breve y mejor para la ciudad de los Reyes, que desde Panamá. Quedó en esto, y andando el tiempo el Ayuntamiento de Guatemala adoptó el pensamiento, acaso extendiéndolo al istmo que forma el Golfo Dulce con la mar del Sur, según parece de carta de León de 26 de septiembre de 559, en que muestra haber demorado contestar hasta recibir la respuesta de otras ciudades y villas, y con ella avisa que la provincia veía en la traslación del comercio su destrucción y ruina, y que sólo se avendría a ella, haciéndose al puerto de San Juan.

Mas adelante, una idea semejante parecía olvidada, cuando vino a Guatemala Juan García de Hermosilla y en cabildo de 3 de enero de 72 trató con los señores justicia e regidores sobre la mudada de contratación de Nombre de Dios a los puertos de Honduras, y se vieron unos autos y ciertos papeles que trajo. Luego, en 22 del propio mes, "habiéndose visto y tratado el negocio a que ha venido Juan García de Hermosilla, y que solo pide poder de esta ciudad, para seguir dichos autos, y que esta ciudad informe de ella a su magestad y a su real consejo de las Indias, acordaron que se le dé el dicho poder, y que para informar, muestre el interrogatorio que tiene fecho, para que se vea en este cabildo. Extendióse el poder; y no ocurre otra mención que la de proporcionarle expensas en 30 de mayo, para seguir este negocio". Herrera, en su descrip. capítulo 13, hablando de Valladolid de Comayagua, dice: "Está esta tierra en medio de los dos mares, y hay del uno al otro 53 leguas, desde Puerto de Caballos en el norte, hasta la bahía de Fonseca en el del sur, y este camino visitó el ingeniero Juan Bautista Antoneli, por orden del rey; porque muchos porfiaban que por él era más fácil la contratación del mar del norte al del sur, y halló que tenía muchos inconvenientes".

Todavía revivió esta idea el año de 1607, en instrucción que da el Ayuntamiento al Procurador de la ciudad en España. Pero entonces se propuso la entrada por el puerto de Santo Tomás, y la travesía por la misma Conchagua, "cuya bondad —dice la instrucción—, consta por autos y vista de ojos de ingeniero, mucho tiempo á en el real consejo, para tragar y navegar las mercaderías al Pirú. Propone igualmente la facilidad de aprovecharse los ríos de una y otra costa, no quedando sino veinte y seis leguas de camino por tierra, para lo que ay gran comodidad y muchas récuas y más que se harán".

Habiéndose reducido el comercio de las provincias de Guatemala con España a la flotilla de Honduras, había quedado libre el que tenían con las otras provincias y reinos de las Indias, y con las islas Antillas o de Barlovento. En orden a mantenimientos, estaba expresa la cédula del emperador de 18 de diciembre de 53, redactada en la ley 8, título 18, libro IV, por la cual se permitía comerciar y trajinar libremente de unas provincias a otras de las Indias.

Con respecto a otras mercaderías, lo está igualmente la ordenanza de Felipe II, de 28 de diciembre de 62 en los capítulos 5º y 7º que forman las leyes 9 y 13, título 15, libro 8. Reconquistada la parte de Nicaragua que tomó el nombre de Costa Rica, se ha visto como llegaban naos de registro de la carrera de Cartagena al río, donde situaron la ciudad de Talamanca y castillo de San Eldelfonso; y cómo, no sin interés, se abrieron caminos en dirección de Ujarraz y Esparza.

No obstante, en cabildo de 20 de noviembre de 73, dicen sus individuos: "Que es público y notorio que su magestad ha mandado, que ningún navío pueda salir de las islas cargado para estos puertos sin la flota que viene de Castilla, en lo cual todas estas provincias reciben notable daño y perjuicio; porque como á estos puertos de Trujillo y de Caballos de donde estas provincias se proveen de vino y de las demas cosas de Castilla vienen dos navíos tan solamente, y éstos de dos a dos años, y si los navíos de las islas no hubiesen de venir y traer la provision de vino que suelen traer a estos puertos, y hubiesen de aguardar á la flota; estaría esta tierra y todas estas provincias del distrito de esta real Audiencia por lo ménos un año sin provision de vino, combiene se informe a su magestad del grande daño y perjuicio, que á ésta se siguiera, de que los dichos navíos no pudiesen venir libremente, como se ha acostumbrado hasta agora".

Fuese o no fundada esta alarma del cabildo, no se encuentra vestigio de la prohibición que la motivó, sino por el contrario, repetida memoria de la abundancia de vino de Castilla y de las islas. En 16 de abril de 77 se extraña hubiese en la ciudad treinta y cinco tabernas, no pudiendo haber arriba de doce: en 30 de junio de 79 se ordena, que la taberna que venda de un vino, no venda del otro; y en auto acordado de la Audiencia de 11 de octubre de 83, se refiere que este año habían llegado a Puerto Caballos tres navíos con treinta mil botijuelas de vino y otras mercaderías; aunque se advierte que en años anteriores había venido menos de la mitad de este número. Sin embargo se tasa el precio de la botijuela en junto a catorce reales, y en menudeo a dos reales el cuartillo en esta ciudad y la de San Salvador.

En 21 de agosto de 73 se trató de echar puentes en los ríos de los Esclavos y Aguachapa; y para la costa se arbitró imponer sisa al vino a razón de dos reales botija y para la cual dio permiso el Presidente Villalobos en 18 de noviembre siguiente, hasta en cantidad de 1,400 tostones; pero en octubre de 74 sólo se ordena aderezar el camino para la villa de la Trinidad. El año de 85 se acordó solicitar de nuevo la sisa en mayor cantidad por doce años. El síndico Francisco Díaz del Castillo, hijo del conquistador Bernal Díaz del Castillo, no convino en ella; llevó su contradicción a la Audiencia; y por ello el cabildo le revocó los poderes de síndico. Castillo apeló del despojo, y fue restituído a sus funciones, antes de expirar el año; pero la sisa se concedió, y fue puesta en esta ciudad y las de San Salvador y San Miguel. Con respecto al puente de los Esclavos, Juarrros, trat. 4, capítulo 18, toma su principio del año de 79, por una petición del síndico Baltasar de Orena, y describe su ejecución en los años de

92 y 93 por los arquitectos Francisco Tirado y Diego Felipe. La sisa misma, y la abundancia de vinos, prueban la libertad del comercio de las islas con estas provincias, y se ve todavía comprobada en cédula de 1607, redactada en la ley 17, título 32, libro IX, la cual ordena que las cosas de comer y beber que se trajeren o hayan sido traídas en navíos de permisión a las islas de Barlovento, y no fuesen menester en ellas, se puedan trajinar y llevar a otras partes de las Indias.

CAPITULO XXIX

CORSARIOS

El emperador en el nombramiento de gobernador que dio al Adelantado Alvarado, y corre en cabildo de 20 de abril de 529, le confiere poder para hacer ordenanzas. En uso de él refiere Vásquez libro I, capítulo 31, que formó unas para lo militar, que en su tiempo se hallaban en el archivo de la ciudad en seis fojas; y por ellas en los casos de alarma, expone al capítulo 32, que ordenaba lo siguiente: “El que tuviese dos mil indios de repartimiento tenga siempre prevenidas sus armas duplicadas, ballestas, escopetas, saetas, y dos caballos sustentados, y pueda todo dentro de una hora servir. El que tuviese mil, la mitad, esto es, no duplicadas las armas y caballos. El que tuviese quinientos, una ballesta y saetas, ó escopeta y su espada y daga; y que todos limpien cada tres meses sus armas”. Con este buen gobierno, añade este escritor, no hubo repentino rebelión, que no quedase sojuzgado, ni necesidad á qué no acudiese con tiempo socorro”.

En acta de cabildo de 14 de enero de 1572 se lee: “é luego los dichos señores justicia y regidores digeron, que esta noche pasada el muy ilustre señor doctor Antonio González, presidente é gobernador á algunos de sus mercedes avia enviado a llamar, y avia hecho saber como avian venido a puerto de Caballos tres navíos de franceses y una chalupa, y que eran corsarios luteranos, y que venían á robar y hacer el mal y daño que pudiesen, y que se diese orden como se resistiesen los dichos corsarios, é sobre ello les dixo otras palabras; y que agora era justo que en este cabildo se tratase sobre lo susodicho por los dichos señores justicia y regidores.

En consecuencia, prosigue el acta diciendo: “Se acordó que esta ciudad fuese á se ofrecer al Sr. presidente á ir todos con sus armas y caballos en servicio de su magestad á resistir á los dichos franceses, y darle las gracias del buen proveymiento que avia hecho, y así mismo con la supplicacion de que fuese para una jornada como esta por general un oidor de esta real Audiencia, como solía hacerse en semejantes negocios, y que la bandera del alferéz, que avia de ser en la dicha jornada, fuese persona de este cabildo el que la llevase.

“En la tarde volvió á hacerse cabildo, y como la jornada es breve, y hasta agora su señoría no avia proveydo —dice el acta—, salieron a tratar con su señoría cerca de ello, y qué persona de este cabildo fuese por alferéz general, y luego vinieron y digeron, que tratado con el Sr. Presidente les avia respondido, que no avia lugar”. El Conde de las Casas, hablando de los corsarios franceses, con respecto a La Habana, en el año de 44, dice, que el comandante francés Roberto Boas, que mandaba cinco embarcaciones de guerra, intentó apoderarse de aquella ciudad, y fué rechazado por el valor de los naturales conducidos por su gobernador Juan de Avila. Los vecinos de Guatemala, observantes de las ordenanzas que regían en la materia, desde luego se prestaban e instaron para una semejante defensa, no siendo de olvidar que entre sus regidores existía y firma el conquistador Bernal Díaz del Castillo; mas no hallaron en su gobernador igual actitud: era letrado que sólo provocó a la deliberación sin resolver cosa alguna, sino dar una repulsa forense, y quedó en eso.

Por este tiempo comenzó a decaer la marina española, y a levantarse la inglesa, así por haberse perdido la escuadra llamada “Invencible”, enviada contra la Gran Bretaña, como por haber florecido Francisco Drake, calificado de Ducreux el primer marino de esta nación, quien apresando los restos de la escuadra perdida, se encaminó a ensanchar el curso en los mares de Indias, pasó el estrecho de Magallanes, según relación de Alcedo el año de 78, y entrando en la mar del Sur, recorrió lo largo de la costa hasta Guatemala. El cabildo, en memorial de 24 de marzo de 1580, escribe al rey: “que por el mes de abril pasado se tuvo aviso de ello y como con un navío avia entrado y corrido toda la costa hasta estas provincias, y robado los puertos de Chile, Arica, Callao de Lima, y el navío que traía a Panamá el dinero de V. M. y de particulares para lo enviar a esos reynos, y otros robos en gran cantidad, que le fue todo fácil, aunque trujera menos fuerza por estar en toda esta mar y puertos del sur tan descuidados de semejante suceso como si fuera imposible. Pero entonces se hizo algo más.

“Porque, luego que se tuvo el aviso —dice el memorial—, el licenciado García de Balverde, presidente de esta real Audiencia y gobernador general en su distrito, con parecer de la Audiencia y de toda la gente principal de esta ciudad, acordó de hacer harmada contra el corsario, lo cual se puso en ejecución, y el presidente con su valor y suficiencia tomó este negocio tan de veras y con tanto cuidado y diligencia, que con estar estas provincias desapercibidas de lo necesario para este efecto, en breve tiempo aperció tres navíos y una lancha que pudieron ser avidos y hizo hacer cinco piezas gruesas de artillería de bronce muy buenas, cosa dificultosísima. Envío a México y otras partes por pólvora y otros cañones pequeños, esmeriles y mosquetes y juntó doscientos onbres de guerra que fuesen en los navíos, supliendo su prudencia todas las dificultades que en el discurso deste aparato se ofrecieron, que no fueron pocas. A todo lo cual acudieron los vecinos encomenderos con la voluntad y cuidado que siempre han tenido y tienen para el servicio a V. M. con gasto de sus haciendas y trabajos de sus personas, y fueron en busca del enemigo mas

de trescientas leguas por la costa hasta el puerto de Acapulco de la Nueva España, donde toparon un navío que venía de la China por la misma costa que se entendía, avia de ir ó estar el corsario, del cual fueron avisados como no le avian topado ni tenido nueva dél.

“Y así por esto, como porque la gente de la armada avia enfermado en el puerto de Acapulco y por otras causas, al general no pareció porfiar mas en buscar el corsario y se volvió, de que el presidente recibió gran pena, diciendo ser contra el órden que él avia dado, porque por muchas evidencias se creya le avian de hallar en la ensenada de la californiá reparándose él, su gente y navío de muchas necesidades que forzosamente avia de traer de tan largo viaje, y estarle así hordenado al dicho general por la instruccion que se le dió, por lo cual fué luego preso en esta ciudad y lo está, de lo cual el Audiencia real dará á V. M. cuenta a la cual nos remitimos”. En informe de 2 de mayo de 89 se testifica, que en la expedición para buscar a Francisco Drake en el mar del Sur, fue por capitán general de la armada don Diego de Herrera, que 15 años antes había venido por gobernador de Honduras.

En memorial de 8 de marzo de 586, escribe al rey el mismo Ayuntamiento: “Podrán servir á V. M. de esta ciudad 400 arcabuceros sin la gente de á caballo que es mucha y bien ejercitada”. Luego suplica les envíe armas porque las que hay más son para defender la tierra de los naturales, y no para estos otros enemigos. En el propio año de 586 cuenta el conde de las Casas, hizo Drake segunda jornada, y comenzando por la isla de Santo Domingo, saqueó la capital, y destruyó la mayor parte de ella. Pasó a Cuba, dice también, sitió La Habana con más de quinientos hombres; pero en esta ciudad, añade, todos sus esfuerzos se estrellaron en el patriotismo de sus habitantes, guiados por Gabriel Luján su gobernador en aquella época. Drake siguió su viaje por el estrecho el año de 87, y corrió otra vez la costa del Sur. Toda la provincia se puso en movimiento con la nueva del corsario. Luego salió un capitán con 50 hombres a guarnecer Acajutla, y requeridos los encomenderos por el propio presidente Balverde para que acudiesen al mismo puerto por sí o poniendo otro en su lugar, vinieron en ocurrir personalmente al tiempo y lugar a donde quiera que acudiese el señor Presidente personalmente para el buen suceso de la expedición. Sobre ello se ofrecieron las contestaciones y mensajes que se refieren en cabildo de 11, 12 y 15 de junio; el Presidente manifestó que quería las cosas en avenencia de todos, y la Audiencia declaró: que habiendo marchado 50 hombres a guarnecer el puerto, la ciudad había cumplido.

En auto de nombramiento de Juez de milpas, de 29 de julio de 1648, dado en favor de don Francisco de Santiago, se lee que fue nieto de Francisco de Santiago, capitán y maese de campo general de esta ciudad y su distrito, para la defensa de los puertos, y levantó 550 hombres, y fue al socorro de la villa de la Trinidad y puerto de Acajutla el año de 587, y en el campo general que tuvo en el dicho puerto había 600 españoles y más de 800 indios y mulatos a su orden, y en aquel tiempo socorrió a una ar-

mada que vino del Pirú a dicho puerto, y procuró despachar dicha armada con brevedad. Debe haber pasado así mucho de esto, porque el cabildo de esta ciudad, en carta escrita al cabildo de México a 1º de julio del propio año de 1587, se queja de que “el Presidente de esta Audiencia avia sacado de la caja de su majestad 12 mil tostones y repartido su reposición entre los encomenderos, y aun quería hacer otros gastos que iba a repartir entre todos los vecinos, sobre que dada petición por el procurador de la ciudad en nombre del comun contradiciéndolo, fué preso y también el doctor Eliz que la ordenó y Antonio Maldonado que se halló presente, y pregunta este cabildo al de México, “cual es el estilo de aquella ciudad y cuales las obligaciones de los encomenderos admitidas en ellas para que quede acabado y todos sepan lo que son obligados, sin que cada día por cualquier nueva nos envíen a guardar puertos, y a nuestra costa gente que los guarde”.

Solórzano, libro III, capítulo 26, todo lo que dice en la alabanza de la dirección de esta expediciones, es que en Nueva España, cuando lo de Drake, aun a los encomenderos de Guatemala obligaron a embarcarse y seguirle a su costa hasta el puerto de Acapulco, y cita a fr. Antonio Remesal; mas como no señala el lugar en que este escritor hace narración semejante para dar con su contesto, lo único que se infiere de ella es que los encomenderos de esta provincia ofrecieron un ejemplo de sumisión y entereza en defensa de su país. No puede decirse menos de los subalternos de las provincias del reino. En auto de situado en encomiendas para este fin, dado en 22 de julio de 699, se ve que el capitán Silvestre de Espina, siendo Teniente de Gobernador y Capitán General en Nicaragua por el año de 582, teniendo aviso de haberse visto en la costa del mar del Sur diez navíos de alto bordo de corsarios, hizo muchas prevenciones de guerra, recogiendo gente así españoles y armas, como indios flecheros, con los cuales fue personalmente al Realejo, así para defender el puerto si entraba el enemigo, como también un galeón que estaba fabricando de su majestad.

Con respecto a Honduras, un informe dado por la Audiencia, siendo su Presidente el Doctor González, muestra que Diego López sirvió en cosas de guerra y defensa de la ciudad y puerto de Trujillo, donde él vivía y alcanzó algunas buenas suertes contra corsarios. Otro informe de la Audiencia dado en 575, tratando de la misma ciudad y puerto de Trujillo, dice: “Parece será menester para su fortificación hacer un baluarte, en que se podrán gastar hasta 800 ducados, y demas serán menester cuatro piezas de artillería de buen tamaño que alcancen a todo el puerto, y 200 ducados cada año para municiones y para reparos, porque la gente es toda necesitada”. En otro informe del año de 81, dice la Audiencia del propio López: “después de lo cual tuvo otra victoria contra el capitán Vasca, inglés corsario que en la isla de Guanaxa le cortó la cabeza y mató otros sus compañeros”.

El Comendador Carranza, comisionado del Presidente Sandé para la renovación del camino de Puerto Caballos, y residente en San Pedro Sula, en carta de 29 de agosto de 595 da noticia al Ayuntamiento de esta ciudad, que acometido aquel punto de franceses que llegaron en cuatro raos, desembarcaron, robaron e incendiaron la población, poniendo en

fuga su vecindario, y entendido de que pasaban sobre San Pedro, juntó unos pocos españoles, unos cuantos vaqueros, algunos arrieros e indios flecheros de Ulúa, y les puso espías que les quitaron cosa de cuarenta mulas y caballos que habían recogido: luego fue sobre ellos, armándoles antes emboscadas en el pueblo quemado, tuvo aviso que desembarcó gente de una lancha con mosquetería, y ordenó la suya de a pie y de a caballo en buen puesto: roto el fuego en que le hirieron tres hombres, hicieron una especie de retirada para reforzarse, pero no dejándoles tiempo y dando otra vez Santiago con ellos, fue peleando desde el lavadero hasta la carnicería con tanto ímpetu, que los desbarató; al parecer eran treinta: murieron unos, huyeron otros y, fueron prendidos siete; y se retiraron porque desembarcaban más; en cambio de los presos soltó el enemigo los que tenía en su poder, y a los tres días alzaron velas.

Por lo que se ve, el reino no tenía defensa militar, pues aunque los encomenderos por las ordenanzas de Alvarado, a estilo de señores feudales, acudieron a la voz del Presidente González, prestándose al servicio, ya en tiempo de su sucesor Valverde, lo redimieron con expensas para una armada, y más adelante resistieron las que les fueron repartidas para la guarda de Acajutla. Si se dispuso la armada en el mar del Sur contra Drake, fue porque los mercaderes tenían barcos y gente de mar. Así fue que, no quedando en la capital ni en los puertos gente armada para su resguardo, ni cuerpo de milicias en parte alguna de las provincias, sino a lo más unas cuantas armas para arrieros, vaqueros y vecinos que pudiesen ser habidos en casos de alarma, el territorio permaneció en aquel estado natural, en que todos los habitantes son soldados. Por este tenor el presidente de la Audiencia era Gobernador y Capitán General, y los gobernadores subalternos y corregidores, Tenientes de Capitán General, y la disciplina, tal cual aparece en cabildo de 15 de febrero de 1603: "Propone el síndico que su señoría del señor Presidente ha mandado que se haga reseña y alarde de la gente de a caballo e infantería de la ciudad; y porque no redundase en perjuicio de la nobleza, y vecinos della, se acordó hacer sobre ello contradicción, y se presentasen los autos que avia en razón de ello, é haga el síndico lo que fuere necesario de nuevo".

En las provincias de Nicaragua y Costa Rica las cosas pasaban de otro modo. Favorecidas con el comercio que se hacía por Panamá y con Portobelo, que por el año de 59 se disputaron a Hondúras y Guatemala y sólo les concedían, llevándose al puerto de San Juan, ellas se ocupaban seriamente en la defensa de sus costas. La ciudad y puerto de Talamanca es fortalecidos en 1601 con el castillo de San Ildefonso, y con sus minas y frutos da al comercio de la provincia aquella importancia que le acreditó el nombre de Costa Rica. Nicaragua por su parte, construyendo el fuerte de Santa Cruz en el Desaguadero, y poniéndole presidio en 1602, mantiene por él un comercio que hace de Granada, en concepto de un escritor, una de las ciudades más ricas de la América en este tiempo, por la parte del Norte.

CAPITULO XXX

PUERTO DE ATIQUE

El Conde Las Casas, refiriendo las expediciones marítimas de enemigos de la corona, ocupadas en hostilizar estas costas y las Antillas, hace mención de una de mil hombres con que Chifford tomó Puerto Rico en 1598. Cuenta también que Girón, capitán francés, con una escuadrilla compuesta de diferentes buques y 200 hombres, en 604, desembarcó en Cuba en el puerto de Manzanillo, recorrió los campos, saqueó las haciendas y tomó prisionero al Obispo que visitaba la diócesis. Remesal, libro 11, capítulo 20, con respecto al Puerto de Caballos, escribe que de ordinario acudían a él los enemigos, y por la poca defensa que el sitio daba, robaban la hacienda y quemaban y robaban las naos sin resistencia alguna. Añade que por este tiempo dio noticia de otro puerto de más comodidad Francisco Navarro, piloto viejo y muy cursado en estas costas de Honduras y Yucatán.

Con este motivo, habiendo llegado a Puerto Caballos el capitán Juan de Monasterio, a fines de febrero de 603, con mercaderías de registro en un navío y un bajel, entraron en cuidado en Guatemala, por el riesgo que corrían las unas y los otros; y el día 15 de marzo dispuso ir todo el cuerpo de cabildo a representar a la Audiencia y Presidente los graves daños que hacían los corsarios en los puertos de Caballos y Golfo Dulce, suplicando se tratase de poner guarda en ellos, y pidiendo además nombrase persona de autoridad y confianza, que vea el puerto que dicen hay en la punta de Manabique. Quedaron de ver en ello. Entre tanto, el capitán Juan de Monasterio descargó y condujo sus mercaderías; pero el atraso que no padeció en el puerto tuvo en la capital; pues por sentencia de revista dada por la Audiencia en 31 de julio del propio año de 603, que corre a fojas 41 del volumen 3º de acuerdos de justicia, le fueron decomisadas muchas de ellas que venían fuera de registro, y entre otras, 1532 botijas de vino, de las cuales las últimas 32 habían quedado y se hallaron en el navío.

El cabildo, extrañando que no se tomaba providencia para el reconocimiento del puerto, pidió en 6 de mayo se nombrase un oidor que lo fuese a practicar; y como nada se acordaba, el día 28 pidió se nombrase al Oidor Abaunza. El Presidente respondió que el cabildo nombrase acompañados, y proporcionase ayuda de costa, en lo cual siguió entendiendo. Con el atraso y pérdida que tuvo Monasterio en el pleito se demoró en tomar carga, y mientras duraban en peligro sus naos en el puerto. Ya en 4 de junio había comisionado el Cabildo a un alcalde y tres regidores para que hablasen sobre ello con su señoría del señor Presidente, que opuso la dificultad del costo. Confiriéndose esto en Cabildo de 29 de octubre y enunciándose que los interesados en las mercaderías ayudasen a la costa, quedó la resolución para el día siguiente. Al otro día, que fue 30 de octubre, entraron al Cabildo varios vecinos mercaderes, quienes por sí y por los au-

sentes alegaron, que ellos pagaban dineros en los puertos de Caballos y Golfo Dulce de todas las mercaderías que allí entran y salen, “é que S. M. siendo servido á de tener fortificados estos puertos, así como tiene los demás puertos destas indias, sin que los mercaderes paguen ninguna cosa más de lo que por su real mandado se cobra así en españa como en las indias: y esta provincia y los puertos della no deben ser de peor condicion que los demas puertos que no pagan mas de lo que aquí se paga como son la vera-cruz, puerto belo, cartagena, la habana, sant domingo, y puerto rico y otros que están fortalecidos y presidiados á costa de S. M. y así piden se suplique a su señoría del dicho señor presidente mande a costa de S. M. y de sus reales dineros fortificar e presidar los dichos puertos de caballos y golfo dulce”. En junta de hacienda de 6 de febrero de 604 Juan de Vergara, cabo de las naos de armadas surtas en Puerto Caballos, pide que de los dineros que hay en la caja de aquel puerto se le den veinte o veinte y cuatro mil tostones para sustentar la gente de guerra de su cargo, o se registren los dineros en sus naos por cuenta de Su Majestad; a que no se accedió, disponiéndose la venida de ellos a la capital para su remisión con la demás plata por Veracruz.

Entrado este año, el nuevo Cabildo trató del reconocimiento del nuevo puerto, y en 12 de enero nombró comisionados a don Esteban de Alvarado por unanimidad y don Carlos Vásquez de Coronado por pluralidad, dando aviso el día 16, que estaban a disposición 1,250 tostones de a cuatro reales. Juarros, trat. 5, cap. 8, refiere que el Presidente nombró al piloto Francisco Navarro para la expedición; pero en actas de Cabildo aparece que los comisionados pidieron instrucción para ella al Presidente, quien los remitió al Cabildo, y éste la encomendó en 10 de febrero a Juan Ruiz de Avilés y a Juan Bautista Bartolomé, que la dieron en Cabildo del día 12, y por ella fue ordenada la comisión. A los cuatro meses en Cabildo de 25 de junio dan cuenta que en cumplimiento de lo mandado por su señoría del señor Presidente y del Cabildo ellos han ido a descubrir el puerto de Atique (así en la acta y al margen) el cual se descubrió y camino por tierra. La denominación de Atique debe tener en el idioma indígena sus analogías con Manabique, Amatique, pueblo tres leguas arriba en que estuvo Remesal, y Mobrique, ensenada más distante.

El Cabildo, en carta de 18 de marzo de 606, escrita al Secretario Conde de Lemos, dice: “Ase conocido el fruto é seguro recogimiento del puerto, pues habiendo llegado a él un cosario, con dos naos y un patache de los nuestros de poco porte y ménos defensa se retiraron abiendo recibido mucho daño; y venida á esta ciudad la nueva con todo cuidado y diligencia el Presidente envió alguna infantería y otros pertrechos, y aunque llegó un día después que estaba dado el segundo asalto de los enemigos él fué de mucha importancia”. En instrucción remitida al procurador de la ciudad el año siguiente de 607, mencionando las ventajas del nuevo puerto, dice: “Cada día se va mas manifestando su bondad; pues demas de que el año pasado dos naos pequeñas y un patache se defendieron de siete u ocho velas de naos y lanchas de cosarios, con tan gran fuerza que se retiraron y fueron con mucho daño, este año otros dos ó tres que habia muy

pequeñas y casi sin gente que no abia sino asta 26 hombres y muy poca artillería, se defendieron de ocho naos denemigos olandeses del conde Mauricio, las mas de cuatrocientas toneladas y con mucha artillería y mas de mill hombres, haciéndoles mucho daño las nuestras y su gente y echándoles una nao á pique que dejaron quemada y se fueron”.

Llama la atención verdaderamente que una escuadrilla de 200 hombres del capitán francés fuese bastante para saquear la isla de Cuba y tomar prisionero a su Obispo, y la del Conde Mauricio no fuese competente, sino para irse una de sus naos a pique, batida por 36 hombres; y que mil hombres de la de Chifford fuesen suficientes para tomar Puerto Rico, y más de mil de la del mismo Conde no lo fueron para coger el puerto de Atique. “Sin recebirse —prosigue diciendo la instrucción—, de nuestra parte casi ninguno, es decir, daño, por estar en el abrigo de un morro grande como cerro de piedra y aislado que ay con tres brazas de fondo, cerca de tierra, donde situaron parte de la artillería. Luego, hablando de la necesidad de fortalecer el puerto, avisa que puede hacerse con seis ú ocho piezas de ella, y que para esto ay cuatro que S. M. envió al doctor Francisco de Sandé para el puerto de Caballos”. Juarros, siguiendo a Remesal, discrepa en la narración de lo que va referido, atribuyendo a Monasterio los triunfos mencionados, y el armamento de Atique a artillería propia suya, a tiempo que se lo impedían otras atenciones, y que se habla oficialmente de cuatro piezas de ella de Puerto Caballos.

Herrera, en la dec. 6, lib. 3, cap. 19, escribe: “El doctor Alonso Criado de Castilla, presidente del Audiencia de Guatemala, con gran resolución y prudencia mudó del Puerto de Caballos el comercio y contratación al que decían de Amatique y le llamó de Santo Tomás de Castilla, porque tal día se entró en él, y pobló la villa á donde se tienen todas las comodidades y seguridad necesaria de los enemigos; y este servicio tuvo el rey en mucha estimación por las demostraciones que hizo con el presidente, especialmente llamándole á su Consejo supremo de las Indias; y porque murió luego, hizo merced á su hijo don Andres Criado de Castilla. El pueblo de Amatique donde se fundó la villa, cuando estuvo en él el padre Remesal el año de 613, ya contaba muy pocos de sus vecinos primitivos y comenzaban á caducar doscientos y tantos indígenas tequeguas que le fueron agregados el año de 604. Esta villa se avecindó de españoles, según Remesal, y se ve que tenía ayuntamiento, pues en acuerdo de justicia de 14 de abril de 622 se vota en apelación una sentencia dada por la justicia ordinaria de ella, en pleito entre Núfio de Gudiel, maestre de la almiranta, y Cristóbal de Silieza”.

Por falta de mantenimientos para las cabalgaduras, dice Remesal, no se siguió frecuentando el camino por tierra del nuevo puerto a Guatemala, tornando a subir las mercaderías por el Golfo. Así es que por este tiempo se construyó un reducto que tomó el nombre de castillo de Bustamante, acaso dirigido por el Capitán Pedro de Bustamante, que en el encabezamiento de alcabalas de la capital del año de 624, aparece por vecino de ella entre los dueños de obrajes, ingenios y molinos.

Los corsarios de diferentes naciones, que en el siglo anterior sólo saqueaban las poblaciones españolas, en el presente ya pasaron a posesionarse de muchas islas menores de las Antillas. Alcedo, en su diccionario, en el vocablo relativo a cada una de ellas, refiere que en 623 ocuparon y poblaron los ingleses la Antigua; en 625 la Barbada, San Cristóbal y Santa Cruz; en 650 la Anguila, y así otras. Los franceses ocuparon en 635 la Martinica y Guadalupe; en 638 Granada; en 648 San Bartolomé y Marigalante; los holandeses en 635 las de S. Eustaquio y Curazao. Hasta los dinamarqueses ocuparon por este tiempo la de Santo Thomé; trayendo todos ellos colonos para poblarlas y negros para trabajarlas, con que el grande archipiélago de las Antillas se pobló de europeos ingleses, franceses y holandeses, que poseyendo cada uno de ellos una marina superior, quedaron en aptitud de continuar el corso en las embarcaciones y establecimientos españoles, todas veces que había guerra con alguna de estas naciones; y aunque los daneses se mantenían neutrales, siempre les sirvieron de escala, y las costas e islas de Guatemala, Honduras y Nicaragua, como más comarcanas, estuvieron más que ningunas otras, del todo expuestas a la invasión y al pillaje. Ya antes, desde 1535, según Alcedo, habían comenzado los franceses a apoderarse del Canadá en el Norte; más adelante, por los años de 1606 y 1614, los ingleses habían ocupado también los territorios de la Virginia, la Carolina y otras provincias, donde les fue fácil hacer escala y venir a situarse en las Antillas.

El Conde Las Casas, hablando del capitán francés que invadió y saqueó el año de 604 la isla y ciudad de Cuba, añade que poco después proyectó el mismo capitán otra tentativa, en la que encontró más prevenidos a los cubanos que los batieron y condujeron con 26 prisioneros, los cuales con su jefe fueron ahorcados: era su gobernador entonces Francisco de Guzmán. Igual resultado advierte también, que tuvieron los holandeses en sus tentativas reiteradas para apoderarse de La Habana en los años de 622, 623 y 638, pues no pusieron el pie en sus costas, sino para sufrir un descalabro, en que brilló siempre el desnudo de sus vecinos: lo que mantuvo en ellos un orgullo, que supieron aprovechar sus gobernadores.

No faltó igual ahinco a los moradores del reino de Guatemala, a pesar de la distancia de los puertos, capaz de desalentar su entereza; mas, donde no existía semejante contrapeso como en Trujillo, se dio a conocer muchas veces la intrepidez de sus habitantes. En informe dado por la Audiencia a 8 de junio de 613 acerca de los servicios de Antonio de Cerpa, vecino de Trujillo, refiere que fue capitán y alcalde ordinario, y como tal reparó la fuerza de la dicha ciudad, y cuando llegó Jeremías corsario, hizo la dicha ciudad de Trujillo una armada contra él, para ir en su busca, y fue con la gente y soldados y peleó contra el corsario, hasta que le mataron.

Alguna vez fue adversa la suerte de Trujillo. Vásquez, lib. 5, tr. 2, cap. 15, hablando de esta ciudad, refiere que el año de 630 invadió el puerto una escuadra enemiga conducida por un capitán holandés; tomaron la ciudad, que contaba de 150 vecinos, los más andaluces y vizcaínos, gente muy hacendada, fortificada con un morro de 17 piezas de artillería, y algunos pedreros y buena casa de armas; talaron, quemaron, destruyeron y

robaron cuanto no pudo escapar de su codicia y crueldad. Gage, p. 3, cap. 2, dice: "Cuando yo estaba en este país, los holandeses atacaron a Trujillo....; lejos de fortificar esta plaza e internarse en el país, donde no había quien pudiese resistirles la abandonaron, contentándose con un mediano botín". Invadido el surgidero del Golfo el año de 640, el Presidente Osorio, Marqués de Lorenzana, salió de esta capital, pretendiendo volar en su socorro, y revolvió de Mixco, considerando ser pasada la ocasión, según se refiere en junta de hacienda de 30 de enero de 641, en que se menciona el gasto de esta expedición.

Venido el Presidente Avendaño aplicó también su atención a los puertos. En junta de hacienda de 28 de marzo de 642 se mandan entregar a Juan de Veraza, Alcalde Mayor de Santo Tomás, doce mosquetes con sus bandolas; pero más pronto fue asaltado el puerto, y el Comandante Veraza tomado prisionero, según se refiere en junta de 22 de febrero de 44, en que se anuncia nueva invasión de corsarios. Para ella acudió el Presidente al apresto de armas, acordándose en una junta el gasto de quince mil pesos para comprar en Veracruz mil bocas de fuego; pero no se consiguieron sino muchas menos, unos arcabuces en precio de veinticinco pesos, que se enviaron a Trujillo, otros en el de 33. Ciento veintitrés que se obtuvieron más adelante, costaron 4,136 pesos; y además de haber hecho alistar otros que había inútiles, se dispuso también la adquisición de 1,200 lanzas, chuzos y desjarretaderas, y se dispuso sala de armas a cargo del Capitán Fuentes.

Como los corsarios perseguían las mercaderías aun en la tierra adentro, fue forzoso una vez apostar cincuenta hombres en un punto para su resguardo; y para lo sucesivo que desde Santo Tomás hasta las bodegas viniesen custodiadas las recuas con soldados a razón de real y medio el día a costa del comercio. Se agrega a esto lo que advierte Juarros después de Remesal, que este camino estaba destituido de pastos, y con frecuencia morían las mulas en el tránsito: por lo que muchas naos preferían venir a descargar al surgidero del Golfo Dulce. Los corsarios tampoco se olvidaron de venir las a buscar a este punto, y en la misma junta de 22 de febrero de 44 se ve que una nao varada en la entrada del Golfo, no pudiendo hacer fuego, echó sus piezas al agua, y se enterraron de modo que, buscándolas después el Gobernador de Honduras y el Comandante de Santo Tomás, no dieron con ellas.

Avivándose el anuncio de invasión de enemigos, que pretendían apoderarse de estas provincias, se hicieron prevenciones para su defensa por Trujillo, Santo Tomás y el Golfo. En junta de 22 de febrero de 44, de que se ha hecho mención, se refiere que no habiendo artillería en el fuerte de Bustamante en el Golfo, y quedando fuera de tiro de mosquete el tránsito del enemigo en lanchas, se hizo preciso guardar el paso del pinal de la banda opuesta, formando trinchera y abriendo un foso de 170 pasos, y para cubrirlo, que don Martín Alfonso de la Tubilla alistase en la Verapaz 2,000 indios flecheros y demás gente de que se dió orden al Alcalde Mayor Estopiñán, los cuales estuviesen prevenidos en aquel punto para ponerse a las órdenes del oidor decano don Antonio de Lara Mogrovejo. A Santo

Tomás caminaron cien hombres pagados; y para Trujillo acudieron 600 hombres de San Salvador y San Miguel; y 150 de Tegucigalpa a las órdenes del Gobernador Capitán General de Honduras don Melchor Alonso Tamayo, quien, según se expresa en junta de 7 de abril de 645, “les mandó no pasasen adelante por las causas que significó, que a no avérseles ordenado, pudiera ser llegasen a tiempo que volvió el enemigo”; el acta añade unas palabras que llaman la atención, cuando dice: “no trata su señoría de culpar a dicho Gobernador, quizá por ser de letras, y no de profesión militar”; pero así éstas como las que siguen denotan, que el Presidente no aprobó su conducta. Se deja entender que el enemigo no llegó con mucha fuerza y fue rechazado con pérdida por el vecindario del puerto: pues en junta de 20 de julio siguiente resulta que en su fuga le fueron tomados mosquetes, arcabuces y pistolas, y se mandan adjudicar a la hacienda de Su Majestad.

El Conde Las Casas, hablando de la isla de Santo Domingo con respecto a la guerra, observa, que a esta época el espíritu de sus colonos había degenerado enteramente de sus antepasados. En orden al reino de Guatemala, no dejaría de aventurarse el juicio, afirmando del espíritu de sus colonos una cosa semejante, habiendo motivo para no rehusarles el de sus antepasados, pues se ha visto a los vecinos de la capital ponerse a las órdenes de los Presidente González y Valverde, y negarles éstos su acaudillamiento: se ve ahora a los moradores de las provincias puestos a las del Gobernador Tamayo, y privados de igual dirección; y se ve en fin a los habitantes de Trujillo abandonados a sí mismos y vencedores. Aparecen en la primera mitad del siglo 17 entre los gobernadores de la Española un General de galeras y un Maestro de Campo, y en igual época no suenan entre los del reino de Guatemala, sino doctores, títulos de Castilla y Abogados; y si aparece un gobernador militar en Honduras, no es para ponerse al lado de los Lujanes y Guzmanes de La Habana y Cuba; y no obstante los trujillanos se muestran dignos de este lugar. Más bien puede decirse de los colonos del reino de Guatemala que ellos a esta época demandaban en sus jefes el espíritu de sus antepasados.

CAPITULO XXXI

ALCABALAS

Los conquistadores y primeros pobladores por capitulaciones hechas en su establecimiento, estuvieron exentos de pagar alcabala y toda imposición en lo que comprasen y vendiesen entre sí, dice Herrera, dec. 3, libro 5, cap. 3. Igualmente lo estuvieron, según relación del propio escritor, de todo almojarifazgo en la salida de sus frutos de unos puertos a otros, y aun en el transporte de las Indias para España. Lo mismo testifica Solórzano, lib. 6, cap. 9; y según parece de la ley 1^a, tít. 15, lib. 8, sólo corría el almojarifazgo en la venida de las mercaderías de España a las Indias, pagándose allá dos y medio en la salida, y aquí cinco por ciento en la en-

trada de ellas, a no ser que fuesen armas, o mantenimientos: y así corrió en los principios hasta el año de 566, en que se dobló este derecho, y se intentó poner en los vinos.

Al propio tiempo que la corona libertada de semejantes impuestos a los conquistadores y primeros pobladores, se sujetaron éstos al quinto de oro, plata y perlas que se hubiesen en los rescates, presas de guerra y elaboración de minas; como también el quinto de los esclavos, el cual se comenzó a percibir desde el campo de Utatlán, y continuó valiendo mucho en las provincias de Cuscatlán, Honduras y Nicaragua. A Alvarado, cuenta Remesal, lib. 2, cap. 3, se hicieron grandes cargos en la Corte por los devengados en Guatemala, y se le ocasionó por ello mucho atraso en México. Para la recaudación de estos derechos vinieron oficiales reales a cada provincia, que fueron contador, tesorero y veedor o factor, y en cada una se estableció casa de fundición, donde se fundían y marcaban estos metales, se pagaba el real quinto, y no se podía hacer uso de ellos sin este requisito. En Cabildo de 3 de enero de 1533 se hace mérito de costumbre que había en Guatemala de pagar sólo el diezmo del oro, y se manda obedecer la cédula de Su Majestad que ordenaba el quinto. En el de 3 de febrero de 43 se acuerda hacer casa de fundición a costa de propios y tributos, la cual se concertó con Antonio Ortiz en 600 pesos de oro; y en el de 3 de junio de 44 se trata de imponer las penas de ley a los que tuviesen piezas de plata sin marca.

En cédula de 16 de abril de 38 se concedió a los oficiales reales asiento y voto en los cabildos; y así, desde el año de 39 se les ve tomando la voz y firmando entre alcaldes y regidores. Solórzano, lib. 6, cap. 15, refiere que al principio no se les dió jurisdicción para las cobranzas y pleitos que se ofreciesen; y era obligado el factor a ocurrir ante la justicia a pedir contra los deudores, y seguir las causas en toda instancia. Más adelante, añade, por cédula de 24 de agosto de 63 se les dió plena mano y jurisdicción para todo lo tocante a justicia en la primera instancia, y que las apelaciones de sus autores fuesen a la Audiencia.

Todavía tomaron más consideración los oficiales reales con la creación de la junta de hacienda, instituída el propio año de 63, compuesta del Presidente, Oidor más antiguo, Fiscal y los oficiales reales, y bajo este pie se refiere en acuerdo de 13 de noviembre de 87, eran celebradas estas juntas en casa del Oidor más antiguo. Así fué como los oficiales reales reunieron entonces tres representaciones, teniendo por una parte la cobranza y judicatura en las rentas, siendo, por otra, individuos de la junta de hacienda, y por otra individuos del cabildo en concepto de regidores, de que igualmente se les despachaba por el rey título en forma. De aquí dimanó que presentándose Juan de Rojas, tesorero con sólo el título del oficio, y no con el de Regidor, a tomar asiento en el cabildo a 22 de octubre de 573, y habiendo dificultad en dársele por este defecto, resolvió la Audiencia que se le diera. El Cabildo sujetó la resolución del punto a votación, y se dividió en tres contra dos; y acordado por la mayoría cumplir lo mandado por la Audiencia, Alonso Gutiérrez de Monzón,

y don Diego de la Cerda apelaron para ante Su Majestad. En 10 de diciembre de 87 se ve al tesorero dando audiencia de justicia, y excusándose por ella de ocurrir al cabildo de aquél día.

La exención de alcabalas, cuenta Solórzano, cap. 8, se fué prorrogando en esta y otras provincias, hasta que por parecer entabladas las cosas, y que era justo que los vasallos ayudasen a las urgentes necesidades de los reinos de España, se despachó cédula al Virrey de México el año de 74, para que fuese introduciendo la cobranza de este derecho, moderándole al dos por ciento, y exceptuando siempre a los indígenas. Lo mismo se ordenó, dice este escritor, por otra cédula del año de 76 a la Audiencia de Guatemala, en cuya introducción se da a entender que ya estaba recibido y asentado en la Nueva España. En Cabildo de 22 de enero de 77 se comenzó a tratar sobre su establecimiento, y en 18 de febrero de 78 se acordó suplicar a Su Majestad la abolición de ellas por la pobreza de la tierra; y aunque esto no se consiguió, fué otorgada la prorrogación del diezmo del oro y de la plata durante diez años, según se ve en actas de 7 de septiembre de 81, y 27 de junio de 86. No obstante, en 4 de diciembre de 87 aun no estaba hecho el encabezamiento para las alcabalas, y sólo se ordena suplicar, que ellas sean temporales.

En las provincias del Perú, refiere todavía Solórzano, se trató asimismo de introducir este derecho, y para ello se hizo una junta en Madrid el año de 68, en la cual intervino don Francisco de Toledo, ya proveído por virrey de aquel reino, y se le encargó mucho, que llegado a él lo estableciese; pero teniendo las cosas presentes, no lo intentó, y las dejó correr en esto como antes. Lo mismo hizo el Virrey Conde del Villar, y otros que le sucedieron hasta el año de 91, en que por instar mucho las necesidades del reyno, y no parecer justo que pagándose este derecho en la Nueva España y otras provincias de las Indias, se hallasen exentas las del Perú, pues sería de mal ejemplo. Comenzó entonces, pues, a ponerse en práctica la cobranza de estos dos por ciento a título de alcabala, y quedó asentado, aunque en la Provincia de Quito mostraron algunos sediciosos sentimiento, y comenzaron a formar motín, de que avisado el Virrey envió con presteza gente militar, con que se atajó.

Entonces, prosigue Solórzano, se formó el arancel que corre en las Leyes de Indias, tít. 13, lib. 9, tomado de las de Castilla, en que se sujetan a alcabala todos los objetos de labor y de crianza, los tratos y oficios: plateros, boticarios, silleros, herreros, zapateros y demás oficiales; el maíz, granos y semillas, el vino de Castilla y de la tierra, sedas, brocados, lienzos y demás mercaderías de Castilla; el trigo, cebada, carne, pieles crudas y curtidas, sebo, lana, azúcar, miel, jabón, mantas, algodón, azogue, plomo, cobre, hierro, acero, alambre, pescado, frazadas, sayales, cáñamo, lino, cañafístola, gengibre y otras drogas; añir, zarzaparrilla, palo, cera, plumas, piedras, perlas, vidrio, loza, jarros, tinajas, madera, tablas, y cosas hechas de ella; sal, piedra y arena; casa, heredades, estancias, chozas, esclavos y censos; ajuar de casa, vestidos y demás cosas de venta y trueque. Ahora para la averiguación de los cosecheros, manufactores y traficantes de estos frutos y efectos, para la valuación

de sus tratos y contratos, y liquidación y cobranza de la alcabala, se manda en la misma instrucción hacer nómina de todos los vecinos estantes y habitantes en pueblos, estancias y ventas, españoles, mestizos, mulatos y negros, nombrándose por los oficiales reales, bajo las órdenes de los presidentes y virreyes, y creándose libros y cuentas de todo.

En Guatemala aparece que nada se había hecho hasta el día 17 de septiembre de 1602, en que se halla cédula que ordena al Presidente se haga encabezamiento por alcaldías mayores, o como mejor le parezca que conviene a la administración y cobranza de esta renta. A consecuencia se ve al Cabildo de la capital tomar de su cuenta el encabezamiento de sus vecinos, encargando a un alcalde y dos regidores el repartimiento de la alcabala, y hecha su cobranza por ellos. El primer encabezamiento de la ciudad que aparece, es del año de 4, formado por cuadras y barrios, en que resultan 890 cabezas de familia, que multiplicados por cinco, dan 4,450 habitantes, de que sacados los vecinos y familias pobres, se hizo el repartimiento en la forma siguiente:

Vecinos	Tostones	Vecinos	Tostones
76 encomenderos	599	10 viudas de trato	43
108 mercaderes	2,346	7 molineros	39
13 tratantes	25	8 caleros y tejeros	31
13 pulperos	62	82 labradores	509
22 dueños de obrajes	254	33 criadores de ganado	226
10 dueños de trapiches	132	76 oficiales de todos oficios	145
11 cereros y confiteros	74		
7 herreros	15	Suma	4,500

En cédula de 10 de febrero de 610 dice Solórzano, se aprueba y agradece al Virrey Velasco haber dado la alcabala por encabezamiento a las ciudades del Cuzco, La Plata, Potosí, y otras de aquel reyno; y por un capítulo de carta de 16 de abril de 1618 se le aprueba al Virrey Príncipe de Esquilache haber hecho este mismo encabezamiento con el prior y cónsules de la ciudad de Lima, en orden a las alcabalas de aquel partido, por juzgarse que corriendo por su mano, se cobrarían sin las extorsiones, daños y fraudes, que suele haber cuando corren por otras. En Guatemala, por lo que toca a la ciudad y su corregimiento o distrito del valle, se nota en diez años consecutivos el producto siguiente:

Año de 1604	4,500	Año de 1609	1,935
605	4,422	610	1,548
606	2,463	611	1,394
607	1,975	612	1,262
608	1,914	613	5,195

Las alcabalas de los otros partidos, a saber, la Gobernación de Soconusco, Alcaldía Mayor de Suchitepéquez, y demás corregimientos

subastadas y dadas en arrendamiento en los años de que hay noticia, produjeron las cantidades siguientes:

En 1615	2,560	En 1621	2,000
616	2,665	622 no hubo postura y	
617	2,665	sólo se cobraron ..	1,000
618	2,666	1623	1,000
619	2,666	1624, arrendadas ..	1,330
620	2,500	1625	1,200

Consentida la alcabala, observa Solórzano, cap. 9, se trató de establecer el almojarifazgo de salida y vino cédula del año de 1591, en que se mandó, que de las mercaderías de las cosas propias de la tierra que salían de unos puertos a otros, se cobrasen dos y medio de salida, y cinco de entrada; y aunque en esto pusieron alguna dificultad el Virrey y la Audiencia de Lima, por decir, que se acababa de introducir el derecho de la alcabala, y que con esto otro del nuevo almojarifazgo se estrechaba y encogía en cierta manera el comercio de aquella tierra, y que así convendría moderarle, se les respondió por cédula de 14 de noviembre de 95, que eso se quedaba mirando, y que entretanto cumpliesen lo ordenado. Y por otra de 10 de febrero de 1603 se le dice al Virrey Velasco, se había entendido que en la cobranza de los almojarifazgos del Callao, había poco cuidado, y que este derecho iba en disminución. “Lo mismo se ordenó, añade este escritor, para la Nueva España y demás de las Indias”.

En Guatemala a principios del siglo aparece en corriente la alcabala nombrada del viento, adeudada según el diccionario de la lengua castellana, en las mercaderías forasteras, que viene a ser el almojarifazgo de entrada, y su producto en los años de que hay noticia, es como sigue:

	Tostones		Tostones
En 1614	7,000	En 1620	6,000
615	7,000	621	6,000
616	7,000	622	4,400
617	6,500	623	3,500
618	6,000	624	3,880
619	7,800	625	3,500

Ahora se sigue ver los repartimientos de la alcabala interior de la ciudad, hechos en los mismos años de que se va tratando:

	Tostones		Tostones
En 1614	7,180	En 1621	13,072
615	9,588	622	17,089
616	11,655	623	11,541
617	9,012	624	16,043
618	10,311	625	11,223
619	10,452	626, primero	17,223
620	12,471	Y después	15,980

El aumento notable que se advierte en las alcabalas de la ciudad, no dimanó precisamente de un progreso rápido de riqueza en ella, sino de la diligencia que se puso en el cobro y aumento de las alcabalas mismas: porque en el año 14 apareció la necesidad de enterar en cajas, libre de todo costo, la cantidad de 16 mil tostones, compuesta de la alcabala del viento, de la de los corregimientos, y lo que faltase fuese repartido y tomado de las de la ciudad; de manera, que si el viento daba 7 mil tostones, y los corregimientos 2,500, que hacen 9,500, la ciudad sólo debía enterar 6,500, para ajustar 16 mil; pero si no daba el viento más que 3,500 y los corregimientos 1,000, como sucedió el año de 23, el resto de 11,500 debía sacarse y repartirse en la ciudad, y además los rezagos y expensas de la cobranza: por lo cual el repartimiento de esta última era excesivo, y el del año de 25 terminó en vejaciones de todo género: pues las personas sobre quienes recayó el repartimiento se quejaron de los repartidores, y el Alcalde ordinario más antiguo, don Marcos Estopiñán, fué preso por ello en la cárcel pública, y aunque se reformó por entonces y se redujo a menos en este año, no se encuentra vestigio de otro repartimiento en los sucesivos; antes bien, parece haberse adoptado otro partido; pues en cédula de 3 de agosto de 29 se aprueba el que las alcabalas se hubiesen dado en arrendamiento al Cabildo y regimiento de la ciudad por ocho años, a razón de 10 mil tostones en cada uno.

Para notarse progreso de riqueza, no debía resultar, como se advierte, alguna rebaja en el vecindario pudiente e industrial. Porque si en el año de 4 se contaban 76 encomenderos, en el de 26 sólo se hallan 43; en el de 4, había 144 mercaderes y tratantes, en el de 26 aparecen 100; en el de 4 se numeran 125 dueños de estancia, obrajes, ingenios y molinos, en el de 26 sólo resultan 96; en el de 4 se presentan 102 vecinos artesanos, a saber: cereros, confiteros, caleros, tejeros, sastres, zapateros, herreros, espaderos, barberos, bordadores, dos boticarios, dos escultores, tres pintores, un cantero, dos guanteros, un abogado y un escribano, en el de 26 apenas asoman 80; y lo que es más, en el de 4 reluce entre los contribuyentes el nombre de Pantaleón Herrera, que estaba haciendo un navío en la mar del Sur; y en el de 26 se echa menos un nombre semejante.

Para que no deslumbre el aumento que aparece en la alcabala de la ciudad, basta considerar, que aunque ella resulte doblada en el estado espontáneo de arrendamiento, las otras alcabalas al contrario se ven rebajadas en el transcurso de algunos años; la del viento en una mitad, y la de los corregimientos en más de la mitad; de modo, que si el año de 4 todas tres producían 14 mil tostones, y del 29 producen 14,500, una vigésimanona parte de demasía en 25 años, constando la exactitud de la cobranza, no arguye rapidez sino harta lentitud en la prosperidad del país. No es de olvidar que la alcabala del viento se ve también a cargo del cabildo repartida anualmente por encabezamiento, según parece en acta de 6 de octubre de 637, en que hecha moción para que se pidiese en arrendamiento, se resolvió no hacer novedad.

No será mal confrontar la idea que va dada acerca del vecindario de la capital, con la que presenta después Tomás Gage, viajero que salió

de Guatemala andando el año de 1637, y en la historia de su viaje, al cap. 18, dice: “Esta ciudad puede consistir en cinco mil familias, además del contorno de indios, llamado barrio de Santo Domingo (que tomó después el nombre de Candelaria), en que habrá doscientas familias. La mejor parte de la ciudad es la contigua a él. Aquí se encuentran las tiendas mejores y más ricas de la ciudad, como también los mejores edificios, siendo casas nuevas, y hermosas. Aquí hay también un tiangués en que los indios venden diariamente frutas, yervas y cacao; pero á las cuatro de la tarde este mercado se llena de mugeres de los indios que vienen á vender atol, pinol, plátanos asados, manteca de cacao, bollos hechos de maíz con un pedazo de gallina medio sazonado con chile colorado, á que llaman *anacatamales*.

“El comercio de esta ciudad, añade, es grande, aunque ella no es tan rica como otras ciudades. En mi tiempo había cinco comerciantes, que se consideraban iguales en la riqueza, y reputados de tener cada uno quinientos mil ducados, á mas de muchos otros comerciantes de 20 mil, 30 mil, 50 mil, y hasta 100 mil ducados. El primero de los cinco fué don Tomás de Siliézar, vizcayno, alcalde de la corte, el primer oficial de justicia: el segundo, Antonio Justiniano, nacido en Génova, y uno que muchas veces ocupaba puestos grandes en las oficinas de la ciudad, que poseía muchas casas, y especialmente una hacienda grande de granos en el llano de Mixco; el tercero fué Pedro de Lira, nacido en Castilla; el cuarto y quinto, Antonio Fernández, y Bartolomé Núñez, los dos portugueses, de los cuales, el primero salió en mi tiempo, por razones que debo callar; los otros cuatro yo dejé en el lugar: de las cuales tres vivían en el barrio de Santo Domingo, cuyas casas excedían en magnificencia al resto de la ciudad, y cuya riqueza y comercio eran bastante para dar á Guatemala el nombre de una ciudad rica”.

CAPITULO XXXII

DERECHO DE BARLOVENTO

En cabildo de 25 de enero de 629, a que asistieron el Presidente y Oidor Decano, se recibió cédula en que el rey para necesidades de la corona pedía al virreinato de Nueva España y reino de Guatemala 250 mil ducados anuales durante quince años, situándose en cosas fijas y seguras; leyóse también una carta del Virrey para el Presidente sobre lo mismo; y tomando el cabildo tiempo para contestar, respondió en 15 de febrero que esta ciudad sin las provincias daría 4 mil ducados anuales durante los 15 años asegurándolos en un impuesto sobre el vino que entrase a la tierra, y sobre la tinta y cacao que saliese de ella, a razón de dos reales botija en el primero, de cuatro reales el cajón de tinta, y dos la carga de cacao; lo cual comenzó a tener efecto el año de 32.

De aquí resultaron tres cosas inesperadas. Porque en primer lugar, el rey viendo que la tierra podía sufrir el nuevo almojarifazgo que estaba por entablar, sin descargarla de la obligación de los 4 mil duca-

dos, mandó llevar adelante aquel impuesto; pues el año de 36, a virtud de cédula de Su Majestad, dice una carta de 14 de mayo de 38, el señor Presidente Gobernador y Capitán General impuso, para dotar la armada de barlovento, sobre cada cajón de tinta que saliese de estas provincias 4 reales, sobre la carga de cacao 2, sobre cada arroba de grana silvestre 2, en cada cuero vacuno 1 real, en la petaca de brea 1 real, en la de tabaco 1 real, y en la arroba de zarza 1 real. Es lo que refiere Solórzano, cap. 9, hablando del almojarifazgo de salida, cuando dice, “que después acá se ha ido acrecentando más por pedirlo así las urgentes necesidades del rey y del reyno, y los muchos enemigos y piratas que infestan y acometen las flotas y armadas que van y vienen á las Indias”.

Por otra parte, la ciudad quedando en la obligación de los cuatro mil ducados, pidió y obtuvo rebaja de dos mil tostones de los diez mil en que tenía las alcabalas; y no teniendo otro arbitrio para dar cumplimiento a ellas durante los quince años, dispuso en 29 de agosto de 31 se duplicasen las mismas alcabalas por dicho tiempo, de modo que si habían quedado en 8 mil tostones, subían ahora a 16 mil. Hace mención de ello también Solórzano, cap. 8, exponiendo, “que como cada día iban en aumento los gastos y aprietos de la hacienda real, creció a cuatro el derecho de esta misma alcabala”.

Ultimamente, como los 4 mil ducados anuales en los 15 años habían 60,000 ducados por todo, prescindiendo de la obligación que había tomado la ciudad, y quedando duplicadas las alcabalas, mandó el rey en cédula de 17 de septiembre de 39 se vendiesen sobre las cajas reales 60 mil ducados de renta de juros; y luego, en otra cédula, de que se hace mención en junta de hacienda de 20 de marzo de 52, ordenó la venta de otros 100 mil. En esta junta se hizo presente, que los distintos comisionados habían recibido ya por todo, además de los 160 mil ducados 17,930 tostones 3 reales más, y se acordó en ella devolverlos. También se expresa que se habían conseguido con mucho trabajo, repartiéndolos en todas las provincias. Estando la ciudad con tantos gravámenes, no es mucho, que por la misma junta de hacienda en 23 de noviembre de 47 se autorizase a los oficiales reales, para que por 38,050 tostones de deuda de alcabalas prendiesen al Alcalde y Regidores diputados, y les pusiesen guardias en las casas de cabildo.

De los oficios públicos se había hecho entonces un ramo de hacienda. El Cabildo nombraba en los principios su escribano, y estaba bien servido; mas presentándose en 29 de agosto de 562 Juan de Guevara con nombramiento real, parece adquirió el derecho de sentar sus acuerdos descuidadamente. Juan Orosco de Ayala, Alguacil Mayor de Cabildo, es hecho Regidor con nombramiento real en 30 de enero de 71. En cédula de 17 de octubre de 84 se manda vender por una vida dos regimientos de la ciudad; y por otra de 1º de noviembre de 601, que corre en las mismas actas, ya son vendibles todos los oficios públicos de provisión real y concejil, que no tuviesen administración de justicia. Así es que el de Alférez Mayor de la ciudad, a que hizo postura don Carlos Vásquez de Coronado por 4 mil ducados, fué rematado por 5,000 en Francisco López de Mesa.

Solórzano, cap. 13, refiere, que por este tiempo estaba mandado, que en las Indias se fuesen vendiendo los oficios de escribanos públicos y del número y ayuntamientos de las ciudades, y los de cámara de las audiencias y de otros ministerios y tribunales, y los de regidores, fieles ejecutores, receptores de penas de cámara, curadores, alguaciles mayores, alférez reales, depositarios, tesoreros y otros oficiales de las casas de moneda, correos mayores, y otras varias ocupaciones, que sería cosa larga referir; y ahora últimamente, prosigue, los de alcaldes o provinciales de la hermandad, y de otros juzgados, sobre lo cual hablan los autores que cita, explicando cómo se había de ir a pedir confirmación en el Concejo de las ventas, que de ellos se hiciesen, y conviniendo todos en el grande interés y tesoro que el rey sacaba de las Indias por este camino. En Guatemala el oficio de escribano público de cabildo se remata el año de 13 en Juan Palomino en 13 mil tostones: el de receptor de penas de cámara valía el año de 30 la cantidad de 12 mil tostones de a cuatro reales, según despacho de 30 de diciembre de este año; y el de procurador 3, 760, según cédula de 13 de mayo de 42.

Andando el año de 39, tuvo noticia esta ciudad, de que el Virrey de Nueva España, como General en tierra de la armada de barlovento, enviaba a este reino un comisionado que recaudase los impuestos destinados para ella; pero reclamando el Cabildo primero en la Audiencia y luego en México y en España por medio de procuradores, vino cédula al Virrey para que entrase en asiento con esta ciudad sobre su recaudación, y quedó en 4 mil pesos anuales por quince años. Luego llegó de España otro comisionado que había comprado el oficio en 3 mil pesos. El cabildo hizo nueva oposición, alegando, que éste nombraría aquí otros treinta comisionados con detrimento de la tierra, y en menoscabo del fondo, y obligándose a resarcir los 3 mil pesos del oficio. El comisionado replicó de su parte que había lesión enorme en el asiento, que debía producir otro tanto más de la mitad. Adelantado el negocio, la audiencia se abstuvo de resolver, difiriéndolo al Virrey, quien lo determinó en favor de la ciudad, amparándola en el asiento celebrado según parece en despacho de 5 de septiembre de 47.

En Cabildo de 27 de julio de 40, por noticia que hubo de haber venido el papel sellado, y que Su Majestad mandaba actuar y contratar por escrito en él, cometiendo su ejecución al Oidor Moratalla, se acordó que en nombre de la ciudad se le suplique la suspenda, mientras Su Majestad es informado de la suma pobreza y miseria de la tierra y sus provincias; pues la real persona, como tan piadoso rey, se ha de compadecer de tan leales y humildes vasallos, y no permitirá que estas provincias se acaben de aniquilar y perder, mediante esta carga, después de tantas plagas como en ellas ha habido. Era éste en efecto un idioma propio para pedir, mas no para alcanzar. A la foja siguiente corre la razón del escribano de cabildo, de que no prosigue aquel libro por haber entrado el uso del papel sellado desde primero de agosto de aquel año. En 4 de diciembre del de 44 hizo gracia Felipe IV a Juan López de Arburis de la tesorería y administración general del papel sellado por 17,500 pesos.

El papel que solía sellarse, según razón de junta de mayo de 56, para el bienio eran 6 manos del sello primero, 18 resmas del segundo, 90 del tercero, y 44 del cuarto. El resello está con la firma del tesorero administrador, con estampilla de la tierra, que dice: del sello tal, sirva para los años de tal, y tal; y también Guatemala, para los años de tal y tal, y en figura ya de un paralelogramo, o de un rombo demasiado obtuso. Hay también habilitaciones de un solo año, como la del de 46.

En juntas de hacienda de los años de 45 a 55 se habla corrientemente de despacho de plata, que se hacía anualmente de esta caja a Veracruz para su remisión en la flota; pero no se expresan las partidas, sino sólo uno u otro incidente, como en la de 19 de noviembre de 44, en que se manda recaudar y despachar todo para el primero de enero siguiente: en la de 13 de marzo de 47 se libraron 25 mil pesos para enterarse en la caja de Veracruz, y no se remiten 20 mil por ser poca carga; en 24 de enero de 50 se mencionan iguales libramientos, uno de 20 mil, otro de 4 mil, otro de 2 mil, y otro de 10 mil; en 29 de marzo de 51, almonedada la lleva de la plata a Veracruz, se remató por 70 pesos cada carga de 4 mil pesos, sin expresarse cuántas; en 30 de octubre de 51 y 31 de enero de 53 se permite entregar en Veracruz el producto de almonedas de cacao de tributo de Soconusco; en 18 de abril de 53 aparece la remisión de 93,865 pesos; en 4 de febrero de 54 libramiento de 7,500; en 26 de febrero remisión de 84,510 pesos 4 reales; en 5 de mayo de 55 otro libramiento de 9,893. Lo que da indicios de que entonces caminaban de Guatemala a España anualmente arriba de 50 mil pesos. Bien es que en esta época se hicieron exacciones exorbitantes; mas esto sólo prueba que antes se hacían remisiones inferiores. De Alvaro de Paz refiere un auto de encomienda de don Jacinto Estrada y Medinilla de 29 de mayo de 652, que siendo tesorero y Teniente de Gobernador de Honduras el siglo anterior, por el año de 550, en el espacio de seis años envió a España más de 130 mil pesos.

En cédulas de los años 631, 32, 35 y 53, que corren y se citan en autos acordados de la Audiencia, se dispuso la exacción de la media anata, o mitad del sueldo y de todo aprovechamiento procedentes de un año de los oficios, mercedes y honores obtenidos por provisión real o concejil; se encarga su cobro a los oficiales reales, ordenándose no se dé posesión de ellos sin haberse asegurado su cobro, y para él se permite puedan ser nombrados comisarios. En consecuencia, el oficio de Alférez Mayor de Cabildo es conferido a Juan Bautista de Carranza y Medinilla el año de 31 con cargo de esta exhibición; y en lo sucesivo no se ve librado despacho alguno de encomienda, sino con cláusula de esta obligación. En Cabildo de 15 de mayo de 71, se mandan librar dos títulos de *herrador* a Cristóbal Manuel y Juan Corzo, aprobados para ejercer este oficio, dice el acta, pagando la *media nata*.

Los oficiales reales continuaban con la investidura de regidores. El Presidente Sandé, que de orden real arregló el ceremonial y precedencias, por auto general de 1º de noviembre de 595 daba asiento en el cabildo a los oficiales reales después del de Alférez, que lo tenía inme-

diato a los alcaldes ordinarios, y así se guardó hasta el año de 621, en que cesaron de ser regidores, pero no dejaron en las concurrencias generales el asiento de tales: antes alegando, que en las juntas de hacienda lo tenían después de los oidores, y en sillas, impetraron en 19 de mayo de 31 cédula, que se le daba en el Cabildo, preferente al Alférez, sobre que seguidos autos dilatados, fué amparado en la posesión este último en real provisión de 18 de marzo de 1663. Así fué que siguieron teniéndolo después del alférez, y más adelante después del Alguacil Mayor, prefiriendo siempre a los demás regidores ordinarios y de privilegio, a saber, el depositario general, el receptor de penas de cámara, y el correo mayor, que con voz y voto en el cabildo seguían su antigüedad respectiva.

Los novenos decimales, y las vacantes mayores y menores formaban de antiguo una parte de las rentas reales; como también las mesadas en todos los beneficios eclesiásticos desde el año de 29, a que se agregaron los tercios de las vacantes de encomiendas, el estanco de naipes y a la vez donativos. Entre tanto, el Cabildo en 12 de enero de 44, no pudiendo dar cumplimiento a los 4 mil pesos de barlovento con los impuestos hechos a los frutos de exportación, aumentó la cantidad, uniformándola a razón de cuatro reales en todos los cajones, fardos, cargas, petacas y marquetas que antes tenían uno o dos reales, y colocó entre los frutos gravados el achiote. Resolvió asimismo, que no alcanzando su producto, lo que faltase para los cuatro mil pesos se cargue en el repartimiento de la alcabala interior. El propio cabildo, en los artículos 27 y 28 de la instrucción que da a su procurador en España, deplora el detrimento que la tierra sufre con la administración de la cruzada por los muchos ministros que ha creado, y perjuicio que de ellos reciben las alcabalas, estimando por mejor se hiciese asiento de esta renta, como en México. Asimismo, solicita se consuma el papel sellado, y si esto no es asequible, se supriman el tesorero y veinte ministros que ha creado, y corra esta administración a cargo de los oficiales reales.

Sin embargo que la alcabala se había doblado, y su producto debía llegar a 16 mil tostones, como esto sólo había sido por quince años, en junta de hacienda de 8 de enero de 47 se prorroga su asiento en el Cabildo por otros cuatro años en cantidad de 8 mil tostones. Más adelante se encuentra celebrado el asiento en cantidad de 5 mil pesos, hasta que en cédula de 15 de enero de 67 se ordena administrar este ramo por los oficiales reales, poniéndose, una aduana. En 1º de diciembre de 47 se pide que ha pasado de 10 mil pesos al año, y que ha habido alguno, en que ha informe a la Audiencia de su producto, y ésta en 6 de abril de 75 avisa pasado de 25 mil, incluso gastos de su administración y cobranza; añadiendo que a este respecto pudiera haberse aumentado el derecho impuesto para la formación y sustento de la armada de barlovento, si se hubiese administrado junto con las alcabalas, sin acrecentarse por eso.

De aquí dimanó, que en cédula de 23 de abril de 76 se ordenó continuase la administración de alcabalas en la propia forma bajo la inspección de un Oidor, nombrado comisario, y se juntase con ella la del derecho de la armada de barlovento, separando desde luego a este Cabil-

do de su cobranza y administración. En todo lo cual es de notar, por una parte la avenencia y propensión de la ciudad y sus vecinos a una exhibición directa por capitación, pues siempre y en todos los ramos la procuraron en mucha parte, exponiéndose el cuerpo capitular y sus diputados a apuros y vejaciones de todo género en alivio y defensa de la tierra; y por otra es de alabarse en los sujetos que sucesivamente lo compusieron un amor y celo del bien público superior a su siglo.

CAPITULO XXXIII

PRESIDENTES DE LA AUDIENCIA

El primer Presidente, Licenciado Alonso de Maldonado, solamente fué cabeza de la Audiencia, y no Gobernador del reino por sí sólo; según las ordenanzas de 28 de agosto de 1543, con que fué fundada el año siguiente, a ella sola correspondía la gobernación de las provincias, y en ellas no debía haber gobernadores hasta que otra cosa se dispusiese. En su principio tuvo la denominación de los Confines, por haberse situado en el centro de las dos grandes porciones del continente, y equivale al nombre de Centro América que hoy se le da al país; cuyo distrito, por cédula de 13 de septiembre de 1543, comprendía de una parte la Provincia de Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, y de otra, las de Tabasco, Cózumel y Yucatán. Soconusco, antes sujeto a Nueva España, fué agregado a los Confines en cédula de 6 de agosto de 56. Por las ordenanzas podía la Audiencia crear fiscal en las causas que lo pidiesen; y siendo necesario para la defensa de los indígenas, fué nombrado el año de 45, aprobándolo después el rey, el Licenciado Ortiz, Abogado de ella, que no era el único letrado residente en el lugar, donde aparecen también los Licenciados Bracamonte y Pineda en los acuerdos de justicia, ya acompañando o bien en discordia. En los mismos acuerdos se advierte el uso del tormento para la averiguación de los delitos, y una vez dictaminado para un cacique de Pinula, sin embargo, del privilegio de hidalguía, Remesal cuenta, que hostigada la Audiencia con las reclamaciones del Obispo Casas, el Presidente, para sorprenderle, insinuó a los Oidores, serle ya inoportunos los cocinerillos. El Obispo, que lo percibió, y reconocía en él una hechura suya, respondió: "Sí, señor don Alonso *Maldonado*"; y en la siguiente jornada a España, hizo diligencia por otro presidente.

2º, Licenciado Alonso López de Cerrato en 1548. Recibió repetidas comisiones del rey; de ordinario venían las cédulas rotuladas a él, y rara vez al Presidente y Oidores. En una de 52 aparece que en las cuentas de hacienda real que tomó en las cajas de tres provincias, sacó libres al rey 60 mil pesos de oro. En el tratado sobre nulidad de la esclavitud de los indios, decía Casas al Consejo: "Hallará V. A. que uno ni ningún gobernador ha habido ni hoy lo hay, sacado el virrey don Antonio, y el Licenciado Cerrato de los Presidentes, y el Obispo de Cuenca

don Sebastián Ramírez en los pasados, que haya sido cristiano, ni temido a Dios, ni guardado su ley, ni la de sus reyes, y que no haya sido destruidor, robador, y matador injusto de todo aquel linaje humano". Remesal le considera como un amigo de los indios y freno de los conquistadores. Ximénez, lib. 2, cap. 72, escribe: "Abrió caminos para caballos en todas estas provincias; y quitó los taménes y servicio personal". Juarros lo mira como el fundador de los cabildos de los indios.

3º, Doctor Antonio Rodríguez de Quezada. Nombrado juez de residencia de su antecesor, que había pedido licencia para volverse a España el año de 53, se le ordenó presidir la Audiencia como Oidor más antiguo; y así lo verificó hasta más adelante, que fué provisto tal presidente con título librado en 3 de agosto de 55. Habiendo fallecido en 58, entró a la presidencia en virtud de las ordenanzas, no con antigüedad de privilegio, sino de tiempo el Licenciado Quiñónez.

4º, Licenciado Juan Núñez de Landecho en 1559. Siendo Presidente fué nombrado Gobernador en cédula de 16 de septiembre de 1560, que dice: "Avenos acordado que vos solo tengais la gobernación y proveais los repartimientos que se ovieren de encomendar y los otros oficios que se ovieren de proveer así como lo ha hecho hasta aquí toda esa audiencia: por ende por la presente vos damos poder y facultad para que vos solo tengais la gobernacion así y como la tiene el nuestro visorrey de la Nueva España". Fué repetida esta cédula el 22 del mismo mes. El fiscal comenzó a ser provisto por el rey, y quejoso en materia de preeminencias, recibió el ceremonial de ellas, en que se le da facultad de cubrirse con bonete y tomar asiento en la Audiencia en el banco derecho, antes de los demás abogados, y en la iglesia y capilla, inmediato a los oidores, sin cojín; en la iglesia sólo tenía silla el Presidente, y dos bancos con respaldo los oidores.

5º, Licenciado Francisco Briceño, que habiendo cerrado la Audiencia el 10 de agosto de 64, quedó con el Gobierno de las provincias de Chiapa, Soconusco, Verapaz y Guatemala hasta la línea que sale del río de Ulúa, pasa por Gracias y termina en la bahía de Fonseca y con autoridad en los repartimientos de indios, oficios y aprovechamientos que antes tuvo la Audiencia con sujeción a México, de lo cual da aviso desde España el procurador en carta de 20 de febrero de 64.

6º, Doctor Antonio González. Mandada restablecer la Audiencia en 1567, se restableció en 1570 con jurisdicción en estas últimas provincias y lo demás de Honduras y Nicaragua hasta Cartago. La cédula de 31 de mayo de 1568 dice así al Presidente: "Os damos poder y facultad para que vos solo tengais la gobernación de todo el distrito de la dicha audiencia así y como la tiene el nuestro visorrey de la Nueva España y proveais y encomendeis los repartimientos de indios é otros oficios que se ovieron de proveer, que por esta mi cédula mando á los nuestros oidores, que libremente os dejen entender en las dichas cosas de gobernacion, sin que se entremetan en ello y solamente entiendan en las cosas de justicia juntamente con vos, y la administren de la manera que lo hacen los nuestros oidores de la nuestra audiencia real, que reside en la ciudad de México en la Nueva España".

7º, Doctor Pedro de Villalobos en 1573. En este tiempo aparece ya el oficio de relator, que servía el Licenciado Pedro Navarro.

8º, Licenciado García Balverde en 1578. En sentencia de 6 de febrero de 81, un reo, al parecer español por la duplicación del apellido, culpado de homicidio perpetrado en un indígena, es condenado a muerte, saliendo caballero por las calles acostumbradas, y conducido a la plaza, donde al pie del rollo le sea cortada la cabeza sobre un tapete. En 10 de diciembre de 83, el tumulto de un menorista, tres sacerdotes y siete seculares, que quitaron del suplicio y dieron fuga a Juan Martín, indígena, reo de pecado nefando condenado a muerte de fuego, y quitaron también al alcalde ordinario la espada, es castigado con destierro de los primeros, y 500 ducados de multa en los últimos. La instrucción que da el Presidente a los Oidores para la visita de cárceles en 18 de mayo de 85, previene en un artículo se informen cómo y de qué manera son tratados los pobres y presos, y si tienen camas en que duerman. En 9 de diciembre del mismo año, la amputación de dos dedos de la mano, hecha en un encuentro a Alonso de Nava, Alcalde Mayor que había sido de San Salvador, es castigado con servicio de galeras del hechor y cinco cómplices, y multa de mil ducados en cada uno de cuatro de ellos. El presidente tenía voto en materias de justicia y usaba de él también en las de gobierno apeladas en la Audiencia; y comenzando a disputársele este último en 6 de noviembre de 86, se acordó negárselo en 13 de abril de 87, habida que fué por el Fiscal noticia del estilo de México.

9º, Licenciado Pedro Mallén de Rueda, en 1589. En este tiempo aparecen los oidores en los acuerdos de justicia y de gobierno con el tratamiento de señor y señores, mas no el de don, si no lo tenían por hidalguía. Igual estilo se advierte respecto de los alcaldes ordinarios en el libro de condenaciones de penas de cámara hechas por estos últimos, por los años de setenta y más años, que se les titulaba señor y señores, y no don, si no les correspondía. Vásquez, lib. 2, cap. 20, pinta al Presidente de esta época ocupado en acudir con soldados al convento de San Francisco, primero en pos de un criado de su antecesor, y después de un familiar suyo, hasta poner mano en el superior de la casa. Ocurrencias que, comunicadas a la Corte, anticiparon su residencia. Corriendo el año de 94, habida noticia de que el 3 de junio había desembarcado en Trujillo Visitador suyo, se encerraba muchos ratos, negando su audiencia y concurrencia a los acuerdos. Uno, reunido por aviso que dió el tesorero de Honduras de los daños que hacían los ingleses en Puerto Caballos, se disolvió con su ausencia, declarando los oidores, que no corría riesgo dejarlo para otro día. Entre tanto, tuvo efecto su residencia y cesación.

10, Doctor Francisco de Sandé, en 1594. Dando audiencia con el Oidor Abaunza, en 6 de noviembre de 95, en que se ventilaba la muerte que un casado de San Miguel infirió a su mujer, refieren, no haber otra prueba que declaraciones de esclavos suyos, que solamente ofrecían indicios y presunciones, y dicen: "Considerando el mal recado de personas é instrumentos para poder con tormentos sacar la verdad á luz, y que el más eficaz tormento y remedio para saberla, será ponerle en el ar-

título de la muerte, para que viéndose en él declare y confiese la verdad, como por experiencia se ha visto, resolvieron y determinaron en revista condenarle á muerte de horca y que en ejecución de la sentencia, sea llevado hasta la horca, y si confesare el delito, se ejecute la sentencia, y si no lo confesare, sea revuelto á la cárcel". No solamente se daba á los hombres el tormento, mas también a las mujeres; y razonándose en la misma votación la ineficacia de este medio, así en personas robustas como en flacas, se refiere haber sido fallida su aplicación en las últimas, por estas palabras: "Como se experimentó en los tormentos que se dieron a Catalina Ruiz y a la india su compañera". Sandé fué promovido, y por su ausencia recayeron el gobierno en la Audiencia, y la Presidencia en Abaunza, como más antiguo: quien consultando al uso de sus prerrogativas, llegó el caso de ocupar la silla misma del presidente en 24 de marzo de 96, y todavía blasonaba de rehusar el tratamiento de señoría, con que dice era acometido.

11º, Doctor Alonso Criado de Castilla en 1598. Por acuerdos de 5 y 19 de noviembre de 601, en causa de pecado nefando, don Pedro de Carranza y Juan Ucelo, indios de Chiquimula, son condenados a quemar, y confiscación de todos sus bienes para la real cámara, y Andrés Pérez a tormento de cordeles, agua y toca, reservada la cantidad al señor Oidor que asistiese a verle dar. Se aumentó en este tiempo otra plaza de Oidor, de que hace mención Herrera en la descripción de las Indias; y en nota del libro tercero de acuerdos que comienza en 602, se expresa, que fué nombrado para ella el Doctor Caldierna de Mariaca, que no vino a servirla, hasta que provista en otro, aparecen ya cuatro oidores en 608, continuando el Presidente con voto en las materias de justicia.

La cédula de su nombramiento dice: "El Rey. Doctor Alonso Criado de Castilla, oidor que al presente sois de mi audiencia real de la ciudad de los Reyes. Por la satisfacción que tengo de vuestra persona, y porque entiendo que así conviene á mi servicio y buena gobernación de la Provincia de Guatemala, a cuya audiencia os he proveído por mi presidente, é acordado que juntamente con el dicho cargo vos solo tengáis la gobernacion de la dicha provincia y de todo el distrito de la dicha audiencia, así como lo tiene el mi virrey de la Nueva España en su distrito y proveais y encomendeis los repartimientos de indios y de oficios que se ovieren de proveer, y ansí por la presente os nombro y elijo por mi gobernador de la dicha provincia y distrito de la dicha audiencia, y os doy facultad para encomendar... y mando á mis oidores de la dicha audiencia, que libremente os dejen entender en las dichas cosas de gobernación y proveer los dichos repartimientos y oficios, sin que se entremetan en ello, ni en cosa alguna tocante al gobierno, y que sólo entiendan en las cosas de justicia juntamente con vos, y la administren en aquellas cosas, y de la manera que lo hacen los mis oidores de la real audiencia que reside en la ciudad de México de la Nueva España y en las ciudades de Valladolid y Granada... y en las cosas que vos y ellos proveyéredes, sentenciáredes y despacháredes, firmaréis vos con ellos... Fecha en Toledo á 7 de agosto de 1596". Corre en acta de Cabildo de 1º de enero de 1611.

12º, don Antonio de Peraza y Ayala, Conde de la Gomera, en 1611: provisto, no siendo letrado, sin conocimiento ni voto en materias de justicia. Se conjetura, que a consecuencia de cédulas que prohibían el vecindario de españoles y mulatos en pueblos de indígenas, apercibió a los agregados en los de Zapotitlán; a virtud de lo cual se reunieron muchos de aquellos con que fundó el pueblo llamado villa, a que desde luego dió la denominación de La Gomera y se convirtió en el título de Castilla, con que fué condecorado. Las desazones ocurridas sobre alcabalas al fin hicieron necesaria la venida de un Visitador, y vino de México el Licenciado Ibarra, Oidor de aquella Audiencia, el 10 de julio de 21. A los tres días fueron confinados el Presidente y Oidores a Jocotenango, donde permanecieron durante la visita; concluída ésta a los tres meses, y vueltos todos a sus oficios, no rebajó la eficacia en la exacción de las alcabalas. Además de presos el Alcalde Estopiñan y los dos regidores comisionados, fueron los vecinos ejecutados por rezagos, y preso también por alcances el contador Pedro del Castillo Becerra. Sucesivamente el Visitador dió en sacar y sacó 3 mil ducados de la caja; el Fiscal pidió contra él en la Audiencia; el Visitador multó al Fiscal en 2 mil, aunque sin efecto, remitiéndose todo el negocio al Consejo. Francisco Manuel, mercader envuelto en estas diferencias, resulta asesinado el 6 de febrero de 23, y luego un clérigo diácono procesado por palabras contra el Oidor Balcárcel. En semejantes turbaciones, observa Juarros que la visita dividió la república en bandos, y la dejó con las armas en la mano, hasta que alejándose el Visitador volvió la tranquilidad, gobernando el mismo Conde, a quien se ve todavía en los acuerdos de 18 de enero de 29 de marzo de 27.

13, Doctor don Diego de Acuña, comendador de Hornos en la Orden de Alcántara, a mediados de 1627. Juarros expresa que gobernó el reino en gran paz y tranquilidad.

14, don Alvaro de Quiñónez Osorio, Caballero de la Orden de Santiago, Marqués de Lorenzana, en 1634. Se le ve en acuerdo de 12 de febrero de 37 negarse a dar voto, por no tenerle, en materia de justicia. Se ve también a los oidores en este tiempo condecorados con el tratamiento de don, además del de señor. En 7 de abril de 39 es condenado un reo de homicidio a muerte de horca, trayéndole arrastrando por las calles públicas, y que después de ahorcado le hagan cuartos; y en 30 de mayo de otros dos reos, ambos de hurto y falsedad, uno es condenado a muerte, y otro a 200 azotes, y quitarle los dientes, y diez años de galeras; Juarros expresa, que por haber fundado el pueblo, después villa de San Vicente de Lorenzana, obtuvo este presidente el título de Castilla de esta denominación.

15, Licenciado don Diego de Avendaño en 1642. Llamados ocho sujetos visibles de la ciudad en 8 de octubre de 48, entre ellos don Juan Sarmiento, que hizo esperar a los otros demasiado, recibió del Presidente la siguiente reprensión: "Esta audiencia y real acuerdo está representando la persona de S. M. inmediatamente; y pudiérades aver obedecido luego el llamamiento, como persona de tantas obligaciones, y la grosería

de aver hecho aguardar tanto tiempo á estos señores, se os huviera castigado, sacándoos 500 pesos si no estuviéradéis alcanzado”. Ximénez, lib. 4, cap. 82, recomendado su desinterés cuenta que no tuvo contento en ser galanteado de un corregidor en el costo de dos escritorios con sus mesas mandados hacer en Quezaltenango, hasta que pagó sus hechuras; y que tampoco admitió el presente de vino, pasas y aceitunas que le hacía un mercader en la llegada de un barco del Perú; por lo que Juarros nota su limpieza de manos.

Por fallecimiento suyo en principios de agosto de 50, empuñó indebidamente el bastón del Oidor decano Licenciado don Antonio de Lara Mogrovejo, a virtud de cédula de 640, despachada para Panamá, en que por muerte del Capitán General se aplica el mando de la guerra al Oidor más antiguo, como en Chile y Filipinas; y en consecuencia, proveyó en el espacio de tres meses los oficios militares. A lo cual los otros oidores opusieron, que esta orden hablaba de lugares señalados en que había milicia viva, y no podía aplicarse a los que carecen de ella, como Guatemala, la cual se gobernaba por ordenanza propia, que era la 35, leída y transcrita literalmente en el acuerdo; y además, mandada observar en cédula de 19 de marzo de 1550. El Oidor Mogrovejo no tuvo que replicar, y se convinieron a que esto quedase secreto, ratificándose los nombramientos, y continuando el decano con la presidencia, y la Audiencia toda con el gobierno el espacio de cuatro años. En acuerdo de 5 de septiembre de 50 se refiere, que habida comisión del rey, para ratificar las amistades fechas entre don Antonio de Estrada y don Fernando de Gálvez prestándose mutuamente pleito homenaje, rehusó este último obedecer a la Audiencia, y fué acordada su prisión con guardias.

16, don Fernando de Altamirano y Velasco, Conde de Santiago Calimaya, en 1654. Felipe IV le titula pariente suyo en cédula de 25 de diciembre de 57. Durante muchos años se ve prolongada la falta de paz entre las familias de esta ciudad. Don Diego de Padilla es procesado por un Oidor recusado; es reducido a prisión, oponiéndose y protestando el Oidor Solís en 5 de junio de 51; y al fin desterrado a S. Felipe del Golfo; según Fuentes, murió en aquel punto en 656; y Juarros lo supone en la parcialidad menos valida del vecindario. En 11 de julio de 52 se entendió en la soltura del Capitán don Antonio Estrada y otros. En 20 de julio de 53 se mencionan también desacatos de los oficiales reales a la Audiencia; y en 24 de enero de 56 resulta el contador preso en la cárcel.

Por el año de 1571, restablecida la Audiencia, se intentó dar principio al juzgado de provincia. El Ayuntamiento, en instrucción que da a su procurador en 18 de abril de 1572, se queja de que hacía un año o dos que un Oidor salía dos veces a la semana a hacer audiencia en la plaza, de lo que había poca necesidad, habiendo dos alcaldes, y siendo el vecindario corto, y parece fué suprimido tal juzgado; porque en cédula de 1º de julio de 603 pide el rey informe de las causas que hubo para su abolición, y si convendría su establecimiento; y en otra instrucción de 13 de mayo de 605 avisa el mismo ayuntamiento a su procurador, que se pretendía restablecer el juzgado de provincia por limitar la jurisdicción de

los alcaldes, y que lo contradijese con mucha instancia. Pero pasado medio siglo, en cabildo de 6 de octubre de 665 se menciona ya la introducción del mismo juzgado como nuevamente establecido, y se ve formalmente autorizado con jurisdicción cumulativa en cédula de 24 de noviembre de 671. Así fué que dilató un siglo su establecimiento.

CAPITULO XXXIV

CABILDOS

Robertson, en la Historia de la América, lib. 8, dice que en ella no había poder político derivado del pueblo, y que toda la autoridad estaba concentrada en la corona, y en los oficiales nombrados por el rey; dice también que el pueblo no tenía fuero alguno, que sirviese de barrera al despotismo, y que aunque en las ciudades fundadas y erigidas en corporación, los ciudadanos tenían el derecho de elegir sus magistrados, y ser gobernados por sus ordenanzas; estas eran puramente municipales, que miraban a la policía interior, quedando la administración general y el interés público a la voluntad del soberano.

El derecho de elección, que este escritor atribuye a los vecinos de las ciudades de las Indias, tuvo siempre sus limitaciones: en los principios sus primeros alcaldes y regidores fueron nombrados por los gobernadores. Remesal, lib. 1, cap. 2, refiere que, fundada la ciudad de Guatemala el día 25 de julio de 1524, Alvarado, como Teniente de Cortés, a virtud de los poderes que tenía del Emperador, nombró dos alcaldes, cuatro regidores y un alguacil mayor, y que esta autoridad de nombrar alcaldes y regidores conservó siempre que estuvo presente, como consta de los primeros cabildos en los años de 1525 y 1526. El año de 1527, que vino Jorge de Alvarado por Teniente de Gobernador, nombró también alcaldes y regidores. Orduña que vino el año de 29 por Visitador suyo, nombró asimismo dos alcaldes y seis regidores. Por este tiempo fué provisto en España don Pedro de Alvarado por Adelantado y Gobernador de estas provincias, y llegado el año, de 30 a Guatemala, nombró nuevos alcaldes y regidores; y no fué sino al fin del año que para el nuevo de 31 y los sucesivos, se desprendió del nombramiento de alcaldes, y lo definió, no a los ciudadanos o vecinos de la ciudad en general, sino limitadamente a los regidores, y sobre este pie subsistió siempre la elección de alcaldes. En la primera elección votaron cinco regidores, cada uno por cuatro personas, de las cuales una sacó cinco votos, y otros dos sacaron cuatro, y por empate dió el Adelantado su voto a una de ellas, lo cual se practicó también en casos idénticos ocurridos en los años de 39 y 41; mas en ellos ya corría la votación por sólo dos individuos.

El nombramiento de regidores, lejos de ser deferido a los vecinos de la ciudad, se fué reservando al rey, y muy rara vez por escasez de individuos se ve hecho por los regidores mismos. La audiencia en 3 de julio

de 46, estando en la ciudad de Gracias, libró real provisión nombrando dos regidores en lugar de dos ausentes. Bartolomé Becerra, Regidor, tomó la voz y dijo: “que la obedece como carta de su rey y señor natural, y en cuanto á su cumplimiento no ha lugar, por razón de que despues que faltaron los ausentes, se han proveído por su magestad mas regidores perpetuos que bastan para entrar en cabildo; y que en esta ciudad no ha habido tantos regidores como ahora, por lo cual no hubo necesidad de nombrar regidores en lugar de los ausentes; y ya que la hubiera, en tal caso, el cabildo tiene facultad para elegir, y que en esta costumbre está y los elegirá cuando fuese necesario, y cumplir la dicha provisión era quitar al Cabildo dicha preeminencia, y su voto es, que hasta que su magestad sea informado, no se cumpla la dicha real provisión porque los regimientos no siendo electos por los cabildos, solo á su magestad compete; y porque á ningún pariente ni allegado del Presidente y Oidores se puede proveer en cargo ninguno, y por ello no pudieron proveer a los susodichos, por ser el uno hermano del Presidente, y el otro allegado y amigo suyo. Y por todo ello, dijo, que con todo el acatamiento debido, suplicaba de dicha provisión para ante su majestad y su real Consejo de Indias”. El Cabildo todo siguió su voto, y andando el tiempo se ve que hizo nombramiento de esta clase; y así se notan varios, uno en fines de diciembre de 49, dos en marzo de 51, y otros dos en abril de 52; mas cesó en ello, cuando estos oficios entraron a ser vendibles.

La potestad de darse ordenanzas municipales nunca fué privativa del Cabildo, sino dimanada primero del Adelantado, que la recibió en el título de su nombramiento; y después ellas mismas estuvieron sujetas a la aprobación de la Audiencia, que tan pronto como se trasladó a esta ciudad usó de semejante autoridad, y confirmó sus estatutos el año de 51. Remesal hace el elogio del Cabildo y su policía, lib. 1, cap. 15, cuando dice: “Era forzoso hacer un libro muy grande, si hubiese de contar todo el buen gobierno de la ciudad de Santiago de los Caballeros, diciendo en particular de cada cosa que le pedía, como era la rectitud en el peso y medida, precios de los mantenimientos, y mercaderías, limpieza de la ciudad, curiosidad la que les era posible en los edificios, rectitud y justicia en repartir las tierras y solares, y prudencia grandísima en procurar todo el bien común. Léanse los libros de cabildos de solos los primeros diez y seis años de esta república, en que parece que la puericia de la ciudad, y la descomodidad de sus vecinos pedía alguna relajación en el rigor del gobierno político, y mírenlos los estadistas de nuestro tiempo, y los que más se esmeran en dar trazas de buen gobierno; y estoy cierto que no hallarán cabildo ó junta, escrito, decreto ó ley, que aquellos primeros gobernadores hiciesen que no tenga alguna cosa digna de notar en esta materia, y que no pueda con mucha gloria suya, y alabanza de su prudencia, salir á los ojos del mundo”.

El Cabildo en su principio fué un cuerpo de mucha autoridad, así porque concurrían a él el Adelantado Alvarado como Gobernador y los oficiales reales en concepto de regidores, como también porque este cuerpo tuvo entonces que hacer un pleno uso de sus facultades para la fun-

dación de la ciudad, y el establecimiento de sus pobladores. Además, en él se ventilaron los puntos de paz y de guerra, no sólo con respecto a indígenas, más también en orden a españoles de la gobernación de Pedrarias, que invadieron la provincia: en él se emprendieron por primera vez los caminos y los puentes, y por él se construyó la primera casa de fundición para los quintos reales. Los alcaldes entendían en demandas de hacienda, y los regidores en apelaciones de 44 mil maravedís abajo. Así es que reunía muchos ramos de autoridad que sucesivamente se dividieron. Después del Adelantado Alvarado, el Gobernador Maldonado no cesó de acudir al cabildo, hasta que pasó a ser Presidente de la Audiencia, y los oficiales reales tampoco dejaron de ser regidores, sino después que entraron a ser individuos de la junta de hacienda.

Pero así como la presencia del Adelantado y otros gobernadores o tenientes suyos daban autoridad al Cabildo, también se la quitaban algunos de ellos, impidiendo su libertad. Gaspar Arias lamenta en 19 de enero de 30, que reclamando en Cabildo la vara de Alcalde de que era despojado por el Visitador Orduña, recibió de éste una bofetada en el propio Cabildo; y así, Remesal, lib. 4, cap. 4, cuenta de él, que " viniendo a remediar daños, y deshacer agravios, los hizo mayores. En Cabildo de 8 de mayo de 36 a que asistía el Licenciado Sandoval, Teniente de Alvarado, se levantó Luis Vivar, é dijo, que por experiencia se ha visto, que entrando los gobernadores en este cabildo siempre se hace su voluntad, por donde no se hace, é se impide el bien público, é informar á su magestad las cosas convinientes a la tierra, é luego los dichos señores todos juntos le pidieron que deje este Cabildo libre, é no venga á él dende á adelante: el cual respondió que lo oye, é que él responderá á ello lo que convenga á su oficio". Remesal observa allí mismo, que uno de los desórdenes que hubo antiguamente en las Indias fue oprimir los gobernadores a los cabildos, para que en ellos no se pudiese tratar nada con libertad, sino todo a su gusto. Aun las Audiencias que fueron instituídas para contrapesar el poder de los gobernadores, a la vez alternaron también con ellos en esta parte; y así se ve a la de Guatemala en 29 de enero de 63 ordenar, que el escribano de cabildo vaya cada mes a los primeros acuerdos a hacerle relación de los acuerdos del Cabildo; a lo cual hizo oposición este cuerpo como cosa contraria a sus libertades.

Tasladada la Audiencia a esta ciudad, los presidentes continuaron asistiendo anualmente a los cabildos, en que se hacía elección de nuevos alcaldes, y en defecto suyo por enfermedad u otro impedimento, alguno de los oidores; y sin duda su influencia no dejó alguna vez de disminuir la libertad de la votación, pues una cédula de 8 de abril de 65 les ordena dejen al Cabildo elegir y nombrar libremente; no obstante, otras veces aparece justificada su intervención. En el año de 82 obtuvo elección don Diego de Guzmán, almirante del Sur, estando acusado y procesado en la Audiencia por malos tratamientos hechos a indígenas de su encomienda, y el Presidente Balverde rehusó entregarle la vara, con lo que continuó el Cabildo en la tarde; se anuló la elección, y se procedió a otra nueva el día siguiente. En adelante, la calificación de la elección llevó los nombres

de aprobación y confirmación; y los alcaldes así posesionados se titulaban alcaldes por Su Majestad. "Alvarado en los principios exigió a los nuevos alcaldes juramento, haciendo la cruz sobre la vara, primeramente, de guardar el servicio de Dios é de su magestad; 2º cumplir las ordenanzas del gobierno de la cibdad; 3º cobrar la hacienda de su magestad, y apartar de ella todo daño; 4º librar lealmente los pleitos sin pasión ó mala voluntad; 5º castigar é inquirir los pecados públicos; 6º guardar las provisiones de su magestad; y 7º guardar los aranceles, y no llevar, ni consentir derechos demasiados en los oficios de justicia". El juramento de estos artículos se encuentra consignado en actas, durante muchos años.

Mencionándose las personas que concurrían a estos y otros cabildos, se advierte: que a Cortés, de quien fué Teniente Alvarado, se da tratamiento de muy magnífico señor; igualmente al propio Alvarado, cuando fué provisto Adelantado de estas provincias la primera vez; pero en la segunda, cuando lo fué con particulares privilegios en el Mar del Sur, ya se le dió el de ilustre señor. Al Gobernador Maldonado antes de ser Presidente, se tributó el de muy magnífico; mas venida la Audiencia de Gracias a esta ciudad, a su sucesor Cerrato se confirió el de ilustre, quedando a los demás oidores que entraban a cabildo en su lugar, el de muy magníficos. A los presidentes sucesivos, Quezada y Quiñónez, se siguió dando el de ilustre señor hasta Landecho, a quien desde el tercer año de presidencia, en que sin duda obtuvo sólo el gobierno, se comenzó a dar el de muy ilustre, sin embargo, que lo fué menos que todos los de este empleo, y al que en particular se debe mucha indulgencia por haber ocasionado la disolución del gobierno del reino y la integridad de su territorio; restablecida la Audiencia se siguió dando este último tratamiento a los presidentes inmediatos. A los otros individuos del cabildo no se reservó el ínfimo: los alcaldes tenían el de muy nobles, y los regidores el de nobles señores; y cuando los presidentes admitieron el de muy ilustres, los alcaldes y regidores se dispensaron el de ilustres. Pero todos estos tratamientos desaparecen a fines del siglo: del año de 87 en adelante, el Presidente y Oidores no llevan más que el de Licenciados o doctores, con el de su oficio; y la justicia y regimiento, el de alcaldes y regidores.

Por este tiempo cesó la jurisdicción que los Alcaldes de Guatemala, como corregidores del valle, ejercían en los pueblos de encomienda situados en el distrito del corregimiento de Sonsonate. En febrero de 72 había suplicado al gobierno superior la villa de este nombre, que sus alcaldes pudiesen ejercer jurisdicción en todo el distrito en que la ejercía el corregidor de aquel partido: notificaba la petición al cabildo de esta ciudad, la contradijo de todo punto: no obstante, la jurisdicción fué conferida a los alcaldes de la villa. Más adelante, siendo alcalde don Diego de Guzmán, encomendero de los Izalcos, por el mes de septiembre de 77 pasó a los pueblos de su encomienda, y el Alcalde Mayor de Sonsonate no le permitió traer vara en ellos: el Cabildo de Guatemala alegaba el derecho y la posesión por real provisión ganada poco antes; pero en julio de 82 resulta que don Rodrigo de Fuentes, Alcalde Mayor de la villa de la Trinidad, quebró la vara y puso preso a don Rodrigo de Gálvez, alcalde ordinario de esta ciudad.

En la crónica de alcaldes que presenta Juarros aparecen dos vacíos, uno en fines del siglo que se ha recorrido, y otro en principios del que le sigue, y mencionándose los que fueron en el libro de condonaciones de penas de cámara, y en el corriente de Cabildos, resultan en 1564 Alvaro de Paz y Diego López de Villanueva; en 65 Lope Rodríguez de las Varillas; en 66 Santos de Figueroa y Carlos Bonifaz; en 68 Diego López de Villanueva; y en 69 Alvaro de Paz y Juan de Guzmán. En 617 Francisco del Valle Corral y Alonso Alvarez de Vega: en 18 Antonio de Villela y el Doctor Juan Ruiz de Pereira Dovides; en 19, don Marcos Estopiñán y don Francisco de Obando; en 20 Alonso Alvarez de Vega y Pedro de Lara Quiñónez; en 21 el Doctor Juan Ruiz de Pereira Dovides; y en 22 Pedro de Estrada Medinilla y don Carlos Bonifaz.

Al corregimiento del valle se había quitado de un cabo Suchitepéquez y de otro Sonsonate; después se pensó desmembrarle los partidos de Sacatepéquez y Chimaltenango; y poniéndolo en efecto, dice Juarros, tr. 6, cap. 14, el Presidente Alonso Criado de Castilla, su sobrino, contra los derechos del Cabildo, que los reclamó en España; y el rey en cédula de 4 de noviembre de 604 dice así al Presidente y Oidores: "Por parte de esa ciudad se me ha hecho relación de que sin embargo que por cédula de 30 de abril de 572 está mandado no se nombre ni provea el oficio de corregidor del valle dejando en la jurisdicción dél á los alcaldes ordinarios, de algunos años á esta parte los presidentes que han sido de esa Audiencia para aprovechar y acomodar sus parientes y criados y allegados, han querido y quieren introducir y nombrar en esa jurisdicción corregidor y que traiga vara alta de justicia; y en particular vos el mi presidente habeis proveido en el dicho oficio al capitán Francisco Criado de Castilla, vuestro sobrino, lo que es en mucho daño y perjuicio de la república y de la jurisdicción de los alcaldes ordinarios de esa ciudad; y habiéndose platicado de ello en el dicho mi Consejo, he tenido por bien que veais el dicho capítulo y le guardeis y cumplais, y no consintais ir contra lo en él contenido en manera alguna". En virtud de lo cual, añade el mismo escritor fué restituída la posesión a esta ciudad y alcaldes ordinarios de ella.

Este suceso poco lisonjero para el Presidente, fué seguido de otro, poco placentero para el cabildo en la elección de alcaldes del año de 1611. El mismo Presidente Castilla cometió por enfermedad la asistencia de ella a un Oidor, y luego proveyó un auto, que se hizo saber al Cabildo antes de la votación, en que decía: que habiendo venido a su noticia que se proponían para alcaldes personas menos idóneas y suficientes para el cargo; y de su elección se recrecían inconvenientes que era forzoso excusar, cumpliendo con lo que Su Majestad le ordenaba en cédula que transcribe, de que tuviese el Gobierno de estas provincias como lo tenían los virreyes de la Nueva España, en cuya capital había la ordenación de que el cabildo eligiese para alcaldes dos personas entre doce que le proponía el virrey, conformándose con ella, nombraba diez personas de esta ciudad, para que entre ellas eligiesen dos sus capitulares, so pena cada uno de privación de oficio y 2 mil ducados de multa. El Cabildo obedeció con protesta; y hecha elección en don García de Castellanos y Sancho de Barahona, este

último se excusó de aceptar el cargo alegando estar desterrado de la ciudad por la Audiencia, que no le compelia a salir por cédula que tenía de Su Majestad, y que apelaba de la elección. El Oidor que presidía el acto, le mandó ir a su casa, y la guardara por cárcel pena de 10 mil ducados, y siguiese su apelación.

La existencia de los cabildos era entonces interesante a la real hacienda por lo que producía la venta de sus oficios. Según la relación de Juarros, tr. 4, cap. 9, tomada de las memorias de La Calle, el de Alférez Mayor de Santiago de Guatemala fué rematado el año de 36 en 4 mil ducados, se supone que de plata, los cuales reducidos a reales, hacen:

Pesos	5,514	
El de Alguacil Mayor lo fué el año de 44 en	14,000	} 76,764.
El de depositario general el año de 16 en	14,250	
El de 12 regidores cada uno a razón de 2,000 pesos	24,000	
El de provincial de la hermandad rematado en año de 44 en	8,000	
El de escribano de cabildo en los años de 36 y 39 en	11,000	
El de Alférez de la ciudad de San Salvador fué rematado en los años de 20 y 36 en	1,000	} 22,875.
El de Alguacil Mayor el año de 45 en	7,000	
El de 8 regidores por el año de 45, a razón de 1,250, que hacen	10,000	
El de depositario en	2,875	
Los de provincial de Hermandad y escribano de Cabildo por el año de 41 en	2,000	
El oficio de Alférez de San Miguel se remató el año de 45 en	500	} 12,376.
El de Alguacil Mayor en mil ducados que hacen	1,378	
El de depositario	750	
El de seis regidores, rematado cada uno a razón de 475 pesos en los años de 27 y 42, hacen	2,850	
El de provincial de hermandad rematado el año de 45 en	2,500	
El de alcaldes de ella y escribano el año de 40 en	4,398	
Por este estilo, el Cabildo de Sonsonate producía	9,300.	
El de Ciudad Real de Chiapa	10,614.	
El de Valladolid de Comayagua	5,325.	
El de la ciudad y puerto de Trujillo	2,035.	
El de la ciudad de Gracias	6,050.	
El de San Pedro Zula	465.	
El de Xeres, afuera de regidores y escribano	716.	
El de Olancho	175.	
Pasan	146,695	

Vienen	146,695
El de León de Nicaragua	9,825.
El de Segovia	3,395.
El de Granada	10,122.
El de Realejo	4,350.
El de Cartago en Costa Rica	2,820.
San Vicente, en su principio, dice Juarros, cap. 21, fué una reunión de cincuenta familias de españoles de la comarca, que bajo la autoridad del Presidente Osorio formaron el pueblo de este nombre el año de 35. Por apercebimiento de autos acordados de 34 y 36 para desalojar los pueblos de indígenas, parecen compelidos a ello; y después en el de 58, ofreciendo 1,600 pesos de donativo, y 2,400 por cuatro regimientos dobles, 800 por dos sencillos, y 400 por la escribanía, obtuvieron de la Audiencia goberna- dora Cabildo y título de villa. Se dice que en una elección de alcaldes nombró primero más antiguo al príncipe don Juan de Austria, con que alcanzó por gracia esta deno- minación.	
Donativo y oficios hacen	5,200.
Diez y siete cabildos	182.407.

CAPITULO XXXV

COMUNIDADES Y TRIBUTO

Cuenta Remesal, lib. 8, cap. 25, que asentadas las cosas en Chiapa por el año de 1550, esto es, reunidos los pueblos menores en grandes poblaciones, y puestos cabildos en ellas a estilo de los españoles, fueron empadronados los indios, y tasado el tributo que cada uno debía de dar, anadiendo algo más para los gastos comunes, y se pusieron arcas de depósito con sus libros de cuenta, y el orden que en escribirlos se había de tener. He aquí la creación de los fondos de comunidad. En cédula del año de 82, que forma la ley 31, tít. 4, lib. 6, se refiere, que este fondo se componía en cada pueblo, de real y medio, que cada individuo daba para su comunidad; y en esta ley ya se ordena, que en vez de esta cuota labrase cada indio diez brazas de tierra al año para maíz, es decir, media fanega de este grano, que valía entonces dos reales. En auto acordado de 25 de octubre de 83, ya aparece la caja de estos fondos en poder del corregidor del distrito; y más adelante, en ordenanza del año de 1639, de que se tomaron las leyes 11 y 12 del mismo título, ya resulta la cobranza y administración de las cajas de comunidad a cargo de los oficiales reales, quedando a los cabildos propietarios el derecho de petición. Según la ley 14 tomada de una cédula del año de 1565 y otra de 98, el objeto de estos caudales era el descanso y alivio de los indios, su provecho y utilidad; pero sucediendo que se rezagaban

estos bienes sin gastarse, aparecen cédulas del año de 1619 y siguientes, en que se ordena no esté ociosa esta plata, y se imponga a censo, para que sus réditos engrosen los fondos, quedando solamente alguna cantidad para las necesidades; y así se advierte este ramo de riqueza en los propios de los pueblos de indígenas, que no se encuentran en los de las ciudades de españoles.

En lo que toca a cabildos de indígenas, ellos no tenían oficios vendibles: sus elecciones eran anuales, y sus alcaldes habían de ser aprobados, y cometidas las varas por una autoridad superior. En auto acordado de 26 de febrero de 1585 se ordena, que la confirmación de alcaldes de los pueblos que estuviesen dentro de cinco leguas de la capital debía hacerse por el ilustrísimo Presidente, y la de los pueblos situados a las cinco leguas de la cabecera de los corregimientos por los corregidores; y que los nuevos alcaldes de los pueblos de más distancia no fuesen obligados a ocurrir a la capital del gobierno superior ni a la cabecera de los corregimientos, dando comisión al tatoque y cabildos de los mismos pueblos, para que hecha la elección, pudiesen dar y diesen las varas a los que saliesen elegidos, y usar éstos de sus oficios. Indicio seguro de que no había en estos cabildos autoridad alguna popular, a no ser que se dé este nombre a la de los calpules o tatoques, que se incorporaban con ellos presididos de su gobernador. Según el mismo auto acordado, los corregidores y escribanos de cámara devengaban dos tostones de honorario en esta confirmación de varas, que se pagaban del fondo de propios de la comunidad respectiva.

Con respecto al tributo, él aparece a mediados del siglo 16 reducido a tres tostones, y dos en las mujeres; pero a fines de él, ya resulta aumentado algún tanto con diferente título en auto acordado de 16 de mayo de 1585. Fray Juan Zapata, Obispo que fué de Chiapa y después de Guatemala por los años de 1613 a 1630, en el lugar de sus obras que cita Solórzano, lib. 9, cap. 19, refiere, que además del tributo, por sugestión y porfía de algunos malintencionados o peor entendidos, se añadió otro tostón más, los tres reales para el rey, una gallina para que abundasen, y medio para los jueces: la cual debe igualmente haber sucedido después de la edad del Obispo Casas: pues en el auto acordado del año de 85, que va mencionando, ya se habla del tostón de servicio, como de una cosa establecida. En cédula de primero de julio de 603 se mandan cobrar los cuatro reales del nuevo servicio; y en otra de 29 de agosto de 609 se pide informe a esta Audiencia del origen que tuvo el tostón de servicio; señal poco equívoca de que fué invención particular de Guatemala, extendida a la Nueva España; pues aunque por necesidades públicas que ocurrieron, impuso el rey para todas las Indias en cédula de 1º de noviembre de 1591, redactada en la ley 16, tít. 5, lib. 6, por el tiempo de la voluntad un servicio de la quinta parte más del tributo, esta quinta parte en doce reales, sólo hacía dos reales y trece maravedises, y en este reino se habían puesto tres reales para el rey, y otro real para otros fines, con que había quedado impuesto y ya era establecido el tostón de servicio, por lo que la misma ley ya ordena que en las provincias de Nueva España y Guatemala sirvan los tributarios con los cuatro reales en lugar de la quinta parte. En auto acor-

dato de 8 de febrero de 611 se dispone no sean reservados de este servicio los gobernadores tempentacas ni otros por otra parte exentos del tributo. Unicamente los indígenas de Costa Rica, que por este tiempo aún no estaban acabados de sojuzgar, quedaron reservados de él; y así todavía después de un siglo, en cédula de 15 de marzo de 770, se les manda amparar en la posesión en que estaban de exención, y al propio tiempo se ordena que con suavidad y lentitud se les acostumbre a pagar alguna cosa de dicho servicio.

En el propio auto acordado del año de 11, ya se tasa a las mujeres sólo un tostón de tributo; y sin embargo que en cédula general, despachada para toda la Nueva España en 10 de octubre de 619, que forma la ley 19, tít. 5, lib. 6, son relevadas de pagar tasa alguna, en las provincias de Guatemala continuó la exacción de su tributo todavía por espacio de más de un siglo, pues en provisión especial dirigida a esta Audiencia en 21 de marzo de 702, se manda guardar la costumbre de que las indias paguen tributo; y no se ejecutó su abolición hasta que se ordenó y apercibió sobre ello en real orden de 13 de septiembre de 754, advirtiéndose en otra de 11 de diciembre de 756, que la cédula de 702 no fué consultada, y no pudo derogar la exención que estaba declarada a las mujeres. Así fué como al sexo débil entre los indígenas cupo en Guatemala ser primero víctima del rigor de los conquistadores, y después, de la autoridad ministerial.

CAPITULO XXXVI

NUEVOS REPARTIMIENTOS

El repartimiento de indígenas para trabajar en las minas siguió vedado, pero de una manera que siempre era inútil la prohibición. En cédula de 27 de noviembre de 602 sólo se permite concederlo a los mineros por término de un año, mientras se proveen de negros, u otro género de servicio; mas al propio tiempo se acompaña orden para que con disimulo se haga una junta de personas graves, en que se confiera, si convendría prorrogar el tiempo de la concesión, y que lo resuelto se haga, y de todo se informe. Por este tenor se renovó en cédula de 25 de octubre de 67 la prohibición de repartimientos para ingenios y trapiches; y lo cierto es, que ellos se extendían hasta el sexo débil, pues en auto acordado de 12 de agosto de 36 se renuevan también las órdenes del gobierno general y de los visitadores, dadas en cumplimiento de órdenes de Su Majestad, para que no se consienta el repartimiento de indias con título de molenderas, previniéndose fuesen restituidas a sus casas.

Como para las labores de campo era permitido el repartimiento, y en él se irrogaba todo género de vejaciones a los indígenas, para evitarlas, se formaron ordenanzas, que reglaban el modo de practicarlos. Al fin de un libro de testimonios de escritura y títulos de tierras del convento

de Santo Domingo de esta ciudad se encuentran unas en número de 24, dispuestas por el Oidor Chacón de Abarca en 31 de marzo de 680. En ellas se dispone que los habitantes de cada pueblo se turnen por cuartas partes para el repartimiento: que estén presentes cada domingo por padrón para saber su turno: que pregonado el turno, no puedan ausentarse los repartidos hasta ser entregados el día siguiente: se señala un real por día de jornal, y seis reales en la semana; se prohíbe al repartido desertar a media semana, y al agraciado en el repartimiento se permite despedirlos antes de concluída; se ordena darles herramienta para el trabajo, desobligándolos de llevarla propia; sólo se exceptúan del repartimiento los gobernadores y alcaldes actuales, y el que no lo era, carecía de excepción, aunque fuese propietario; eran exceptuados también los enfermos, y prohibido redimirse del repartimiento pagando seis reales: igualmente lo era para los sanos redimirse, haciendo presentes de dineros, gallinas u otros frutos; y asimismo, obligar a las mujeres de los ausentes a la redención de sus maridos, como también el tomarles prendas de sus casas; se prohíbe en la misma forma, sacar de los seis reales medio para papel del escribano del padrón; y a este tenor se hacen otras prohibiciones, que denotan lo que sucedía.

En cédula de 8 de octubre de 631 se pone el cuidado de los repartimientos a cargo de las justicias ordinarias, las cuales nombraban comisionados, llamados entonces jueces repartidores, como lo eran el del corregimiento del valle, que ya se ha observado, fué constituido muy a principios del siglo, como en triunfo, contra inhibición de la Audiencia, según fué volviendo a caducar la condición del indígena. Estos jueces repartidores, como los escribanos del padrón, eran pagados del fondo formado con un medio real de gratificación que los dueños de labor daban semanariamente por cada repartido. Este fondo obtuvo tal importancia, que en cédula de 30 de noviembre de 72 se dispuso poner bajo la administración de los oficiales reales, y ya en cédulas de 75 y 78 se computa sólo en el distrito del valle de esta ciudad su sobrante anual en cantidad de cinco y de seis mil pesos. Como este medio real, según la expresión de Solórzano, lib. 3, cap. 7, se sacaba del trabajo de los indios, es visto que con él tenían que acudir a cuatro pensiones, a saber: tres tostones de tributo, uno de servicio, dos reales de comunidad, y ocho reales de 16 semanas de repartimiento que cabían a cada uno por su turno en el año, que hacen por todo 6 tostones y medio, o lo que es lo mismo, 3 pesos 2 reales.

Hubo todavía otra pensión igualmente privativa de Guatemala, cual era una contribución derramada en todo el distrito de esta Audiencia para gastos de estrados y fondo de penas de cámara en cantidad de 1095 tostones, que aparece reprobada en real orden de 30 de mayo de 87. Con todo lo cual era restablecida la entidad de tributo de la edad de la conquista, que según se ha visto, fué objeto de las reclamaciones de Casas. En Nueva España guardaban los indígenas la tradición de que debían su libertad a este ilustre defensor de sus derechos; y cuenta Remesal, lib. 4, cap. 13, que hallándose en la Mixteca en la fiesta principal del pueblo de Amahá el año de 1616, cantaban los indios en un baile semejante his-

toría, diciendo: "El Obispo trajo las leyes, démosle gracias por ello" Con estos y otros hechos se irá conociendo el carácter del siglo XVII, que sin las hazañas, flexibilidad y ventajas del siglo XVI, sólo da a conocer en su obscuridad una natural tendencia a frustrar las glorias pasadas.

Además de la especie referida de repartimientos, fué conocida otra, que igualmente tuvo principio en el siglo 16, y tomó más amplitud en el siguiente. Remesal, lib. 9, cap. 4, hablando de los clérigos que administraban la provincia de San Salvador, transcribe una cédula de 1º de agosto de 559 remitida a esta Audiencia, en que se refiere que llevaban a los pueblos de su residencia potros y caballos, para que se los mantuviesen los indios, y que les vendían mercaderías en excesivos precios. En auto acordado de 12 de agosto de 636 se refiere que en el pueblo de San Antonio Suchitepéquez los alcaldes mayores con la mano poderosa de sus oficios contra la voluntad de los indios les repartían y vendían mercaderías a excesivos precios, para que al tiempo de las cosechas de cacao se las pagasen en él. En otro de 4 de septiembre de 37, se apercibe con penas a las justicias que por mano de los alcaldes de los indios repartiesen hilados o mercaderías, o dieran adelantados por sus frutos; y en cédula de 21 de mayo de 78 se previene a esta misma Audiencia, no consienta que los doctrineros gobernadores, corregidores y alcaldes mayores, puedan echar a los indios repartimientos de hilados, tejidos ni otra cualesquiera suerte de trabajos.

Por otra cédula de 21 de julio del mismo año fué revocado un auto de suspensión de oficio y multa que impuso la Audiencia a un escribano real por haber dado al obispo de esta diócesis ciertos testimonios que le mandó sacar como juez comisionado por Su Majestad para conocer de los excesos, que hacían a los indios los gobernadores y corregidores; y la multa de 500 pesos, que impuso el Obispo al escribano de cámara por no haber dado el testimonio que le pidió, fué moderada a la cantidad de 100 pesos. En otra de 16 de septiembre de 80, se multa en 300 pesos a cada uno de los ministros de la Audiencia por haber tolerado interinamente por un auto la práctica observada en el corregimiento de Zapotitlán de que los corregidores repartiesen algodón a los indios, para que se lo hilasen.

En una representación que el Obispo Navas hizo al Gobernador General de estas provincias, y corre impresa su fecha en Santa Inés a 9 de agosto de 87, escribe: "Aviendo repetidas cédulas de su magestad, para que los corregidores no carguen de algodones para hacer hilados a todas las indias de sus partidos, pagándolas tan cortamente como ellas dirán, y yo sé por instrumentos que tengo, no se observan, ni se pide ejecución de ellas; y habiendo tantas cédulas que prohíben el trato y contrato de los corregidores, y las muchas molestias que á los indios hacen, está tan tiranamente establecido y corriente con tantos repartimientos, daños, cargos de conciencia y destrucción de los indios, como constará por los instrumentos que pondré á su magestad muy bien autorizados en su mano, con todos los demás de las muchas cédulas de que está llena la nueva recopilación, archivos y registros, que no se observan sino lo contrario que

se ve, y tiene por bueno y santo". En cédula de 17 de septiembre de 88, se hace mención de un Alcalde Mayor de la Verapaz, que fué capitulado porque repartía hilados y comerciaba.

Faltan aun otras maneras de vejación. En auto acordado de 2 de junio de 1584 se refiere, que los indios asentaban asolada con los españoles, recibiendo dineros adelantados, "é ántes que eumpliesen el término por que se habían concertado, los dichos españoles los iban prendando con mas dineros adelantados, é otras cosas que les dan en precio, con que los hacían servir como perpétuos esclavos, é se les seguían otros inconvenientes". En otro de 16 de febrero de 590 se expresa que los españoles que vivían en esta ciudad, y en los pueblos de los Xuchitépéquez y otras partes de este distrito, "para cautivar los índios é índias, é servirse de ellos muchos años y perpétuamente, les daban mucha cantidad de dineros, é ropas, é otras cosas que lo valían, y les hacían hacer escritura del recibo y de servirles el tiempo que montaba la dicha cantidad, y les hacían con esto otras extorsiones, daños, e malos tratamientos".

La narración que motiva otro auto acordado de 19 de julio de 1634 relativo á las mismas anticipaciones, dice así: "Es la cautela de que se valen los españoles, que cuando los alquilan con pretesto de socorrer su presente necesidad, les dan dineros adelantados, y después en el discurso del tiempo, les hacen recibir cosas de que no necesitan, computándoselos en mas de lo que valen á cuenta de su salario, con que acabado el plazo del servicio concertado quedan los indios deudores de lo que recibieron adelantado, y les obligan á que contra su voluntad empiecen á servir para desquitarlo, sucediéndoles lo que á las buenas boyas, que por la misma razon siempre sirven, y siempre son deudores de nuevo servicio. Otros, con anticipada malicia en figura de préstamo, ó venta al fiado, ofrecen y dan a los indios dineros, mercaderías y otras cosas que ellos no han menester á muy subidos precios, y después que lo han recibido faltándoles otro género de caudal para pagarles, les obligan á que sirvan por el tiempo y razon del concierto que ellos mismos imponen, valiéndose en este maltrato de la industria que en él ya propuesto, para obligarlos á perpétua servidumbre".

En confirmación de lo que va referido, se ve que en cédula de 26 de mayo de 603, se ordena poner remedio en los perjuicios y vejaciones que reciben los indios tanto de los corregidores y alcaldes mayores, como de los españoles que viven en sus pueblos, así en el servicio personal y contribuciones que les imponen, como en impedirles la siembra de sus frutos y la venta de sus ganados; y en otro de 8 de junio de 19, artículo 10, se refiere haberse entendido, que en los perjuicios y males de los indios tienen gran parte los mismos gobernadores y corregidores por llevar las miras en sólo hacerse ricos y juntar hacienda, causándoles vejaciones y molestias en sus bienes y personas, poniendo estanco en los mantenimientos, sin permitir que en sus distritos entren ni se vendan otros, sino los suyos, y haciéndoles toda especie de tiranía.

CAPITULO XXXVII

INDUSTRIA DE LOS INDIGENAS BAJO LOS ESPAÑOLES

Al paso que los conquistadores y primeros pobladores empleaban sus rigores en los naturales del país, los misioneros según la expresión de un escritor moderno, fueron sus defensores y los primeros que se ocuparon en su civilización. Desde luego se les ve aplicados con tenacidad a poseer sus idiomas, para entenderlos e insinuárseles. Remesal, lib. 3, cap. 7, escribe: "Que deprendieron los padres la lengua de la tierra, y era gusto ver maestro de declinaciones, conjugaciones y principios de gramática de la lengua de los naturales al nuevo Obispo de Guatemala, y enseñarlos muy de propósito. Y esto mas se debe á aquel ilustre varón, que aunque otros han aumentado y perfeccionado aquel arte, él la comenzó, y suya es la industria con que le dió principio. Es también el primero que escribió y compuso doctrina en lengua utlateca, que vulgarmente llaman quiché, que para bien común se imprimió en México año de 1556". Es lo que este escritor, lib. 7, cap. 1, echa menos en los clérigos, que los encomenderos ponían á sus encomendados, a quienes no entendían ni daban doctrina, y sólo les decían misa ante una pintura de Santiago a caballo matando moros.

El mismo Remesal, explicando, lib. 6, cap. 10, el esmero y amor entrañable, con que los religiosos acariciaban los indios, dice: peinábanles el cabello, quitábansele, cortábanles las uñas, lavábanles la cara y el cuerpo, vestíanles camisas, poníanles gregüescos o calzones, juntábanles la ropa, ceñíansele, enseñábansele a cortar y coser; y aun no se desdeñaban de decirles el modo de cumplir con sus necesidades corporales decentemente, hacíanles las casas, trazábansele, disponíansele. Y en el capítulo que se celebró en Cobán, año de 1560, hay acta que lo manda, y dice: "Amonestamos á todos á quienes toca, procuren diligentísimamente tengan los indios casas bien hechas, levantadas de la tierra, y con piezas distintas". Y el año de 78 siguiente en el capítulo que se celebró en el mismo convento de Cobán, se manda, que cuando los padres vayan a confesar los indios, les enseñen a tener limpias y aderezadas sus casas.

Juarros, en la introducción al trat. 4, refiere de Fuentes, que escribió la Historia de Guatemala, teniendo a la vista las memorias que escribieron los indios pipiles, quichés, cakchiqueles, pocomanes y otros, que habiendo aprendido a escribir con los españoles, comunicaron muchas noticias, que habían adquirido de sus mayores. Es decir, en concepto del autor, que éstos aprendieron a escribir, y supieron redactar las relaciones de sus mayores acerca de sus antiguos anales. En el capítulo 1 menciona por sus nombres a don Juan Torres, don Juan Macario y don Francisco Gómez, caciques descendientes de los reyes de Utlatlán, autores de otros tantos manuscritos. En efecto, el saber escribir no parece cosa rara en indígenas distinguidos de aquella época. Una posesión de dos caballerías de tierra dada al común de Santa Catarina Pinula en 1595

aparece autorizada con la firma del cacique don Pedro Pérez de Espinal, después de la del Oidor comisionado para ella. El memorial de San Antonio Suchitepéquez, que motivó el auto acordado de 12 de agosto de 1636, de que se ha hecho mérito, igualmente está firmado por don Antonio Velásquez, principal del pueblo.

Bernal Díaz, hablando en el capítulo 208, en general de la Nueva España, y bajo esta denominación de Guatemala, dice: “Los más indios naturales de estas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios, y obremos, y ganan de comer á ello, y los plateros de oro y de plata, así de martillo como de vaciadizo, son muy estremados oficiales, y así mismo lapidarios y pintores; y los entalladores hacen tan primas obras con sus sutiles alegras de hierro; especialmente entallan esmeriles, y dentro de ellos figurados todos los pasos de la santa pasión de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo, que si no los hubiera visto, no pudiera creer que indios lo hacían.

“Demás de esto —prosigue—, todos los hijos de principales solían ser gramáticos, y lo deprendían muy bien, sino se lo mandáran quitar en el santo sínodo, que mandó hacer el reverendísimo Arzobispo de México; y muchos hijos de principales saben leer y escribir, y componer libros de canto llano; y hay oficiales de tejer seda, raso y tafetán, y hacer paños de lana, aunque sean veinticuátrenos, hasta frisas, y sayal, y mantas, y frazadas; y son cardadores, y perayles, y tejedores, segun y de la manera que se hace en Segovia y en Cuenca; y otros sombrereros y jaboneros; solos dos oficios no han podido entrar en ellos, aunque lo han procurado, que es hacer el vidrio, ni ser boticarios; mas yo los tengo por de tan buenos ingénios, que lo deprenderán muy bien, porque algunos de ellos son cirujanos, y herbolarios, y saben jugar de manos, y hacer títeres, y hacen vihuelas muy buenas.

“Pues labradores, de su naturaleza lo son ántes que viniésemos á la Nueva España, y aora crían ganado de todas suertes, y doman bueyes, y lo venden, y hacen pan, y biscocho, y han plantado sus tierras, y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traído de España, y venden el fruto que procede de ello; y han puesto tantos árboles, que porque los duraznos no son buenos para la salud, y los platanales les hacen mucha sombra, han cortado y cortan muchos, y lo ponen de membrillares, y manzanas, y perales, que los tienen en mas estima.

“Demas desto, todos los caciques tienen caballos, y son ricos, traen jaeces con buenas sillas, y se pasean por las ciudades y villa, y lugares donde se van á holgar, ó son naturales, y llevan sus indios por pages que les acompañan; y aun en algunos pueblos juegan cañas, y corren toros, y corren sortijas, especial si es día de Corpus Cristi, ó de señor San Juan, ó señor Santiago, ú de nuestra señora de agosto, ó la advocacion de la iglesia del santo de su pueblo; y ay muchos que aguardan los toros, y aunque sean bravos, y muchos de ellos son ginetes, en especial en un pueblo que se dice Chiapa de los indios, y los que son caciques, todos los más tienen caballos, y algunos hatos de yeguas, y mulas se ayudan con ello a tra-

er leña y maiz y cal, y otras cosas deste arte, y lo venden por las plazas, y son muchos dellos harrieros, y de la manera que en nuestra Castilla se usa.”

Remesal, lib. 6, cap. 5, explicando un recibimiento hecho al obispo Casas, escribe: “Largo seria de contar el aparato de arcos, fiestas, regocijos, cantares, bayles, flores, vestidos, plumages, invenciones, dádivas y presentes, con que el señor obispo fué recibido de los de Chiapa. Los hijos de los principales, que eran mas de ciento, venían vestidos al uso de España”. Hablando del mismo pueblo, lib. 11, cap. 12, siendo ministro suyo un padre Barrientos, dice: “El orden de cantar los niños y niñas la doctrina con los tonos de los salmos y himnos de la iglesia, él le dió, que estando yo allí día de San Ambrosio de 1616, me causó notable devoción. Fué también parte el padre Fr. Pedro, para que los índios del lugar se diesen al servicio de criar caballos, y subir en ellos, correrlos, picarlos y hacerles mal, de donde ha procedido correr tan bien como en Xerés; y hacer un juego de cañas con tanta destreza, y gallardía, como en la ciudad más linda de España. Hácense también aquí muy lucidos jaeces, y aderezos de caballos, que se llevan a muchas partes”.

Haciendo memoria en el capítulo 23 del P. Villacañas, dice: “En Zacapula edificó la puente tan necesaria al bien comun de toda la tierra, por ser el río tan peligroso en tiempo de invierno. Juntó todos los lugares, que administraba el convento, y á cada uno encargó un arco, o a muchos pueblos uno, conforme eran; y él asistía continuamente a la obra. Con una gran avenida se rompieron unos arcos, y siendo prior segunda vez el p. Oleza, los reedificó el año de 1616. Enseñó á los del pueblo de Cunén, á sembrar trigo, y dase muy bueno en aquella tierra.

Juarros, trat. 6, cap. 15, haciendo la descripción de los treinta y dos pueblezuelos situados al contorno de la antigua ciudad de Guatemala; explica cómo fueron fundados por los conquistadores y primeros pobladores de la capital, e impuestos cada uno a diferentes oficios para la asistencia de su vecindario. En efecto, dice, el que necesitaba albañiles los encontraba en los pueblos de Jocotenango, Santa Ana, San Gaspar; canteros en San Cristóbal el bajo; hortelanos en San Pedro de las Huertas; panaderos en Santa Ana; los de Santa Isabel eran cortadores de las carnicerías; los de Almolonga proveían la plaza de Guatemala de multitud de frutas, ya que se daban en sus casas, ya que iban á comprar á los pueblos de la costa, y de los altos: estos mismos y los de S. Cristóbal el Alto traían todo género de flores; los mismos de Almolonga y los otros de San Gaspar proveían la ciudad de pulque o vino de maguey; los de San Pedro de las Huertas abastecen la ciudad de repollos, coliflores, cebollas, remolachas, y todo género de hortalizas; y los pueblos traen leña, carbón y cosas semejantes. El barrio de Santo Domingo, llamado después de Candelaria, se ve que era de carpinteros, porque en 16 de marzo de 1639 se queja el Alcalde Primero don Ignacio Guzmán como corregidor del valle, de que el Doctor don Luis de las Infantas, Fiscal de la Audiencia, había llegado a los corredores del Cabildo a deshacer el repartimiento que tenía hecho de ellos, y desde luego había dado siete a Luis de Palomares, lo

que motivó el auto acordado de aquella fecha, haciendo se guardase la ordenanza, que no daba intervención al Fiscal en los repartimientos. Gage, p 3, cap. 12, escribe: "Yo emprendí una obra bastante difícil en una Iglesia de Mixco donde quería hacer edificar una grandísima bóveda sobre la capilla, cosa tanto mas difícil cuanto era necesario levantar una circunferencia redonda sobre un triángulo; no me serví mas que de indios del mismo lugar y de los pueblos vecinos, los cuales condujeron esta obra como podia haberlo hecho el mejor obrero de los españoles.

"La mayor parte de sus Iglesias son hechas de bóveda y edificadas por los indios.

"En mi tiempo hicieron un nuevo monasterio en el pueblo de Amatitlán, con muchos arcos de piedra tanto en los corredores bajos como en las galerías altas, y tan perfecto y bien acabado como cualquiera otro edificado en otro tiempo por los españoles en la ciudad de Guatemala".

"Finalmente, es constante que si fueran asistidos por los españoles, y mas instruidos de lo que estan, podrian formar entre ellos un estado bien arreglado".

"Son inclinados a la pintura, siendo ellos los que han pintado la mayor parte de sus altares, y cuadros que están en las iglesias del campo".

Vásquez, lib. 4, cap. 65, hablando del P. Cubillas, franciscano, por los años de 1630, escribe: "A los de Almolonga hizo hacer huertas, y que sembrasen frutas de Castilla, para que las pocas que había se multiplicasen; y así se propagaron membrillos muy selectos, que se dan todo el año de henero á henero, granadas dulces y ágrias, duraznos priscos, limones, limas dulces y ágrias, naranjas, cidras, y otras que para antojos y medicinas vas á buscar á Almolonga, cuando en parte ninguna se hallan. Del claustro hizo un paraíso y jardín ameno, sembrando rosas, claveles, azucenas, jazmines, lirios, y cuando juzgó á propósito para lustre, hermosura y servicio del culto divino. Trayendo algunas especies que no había, y cuidando de las que había, no se perdiesen, porque con esto conseguia la utilidad y aprovechamiento de los indios, afecto y cariño al pueblo. Al p. fr. Diego Cubillas se debe el haber hecho sembrar hortaliza, que se dió muy buena en el sitio del convento antiguo, que hasta este tiempo se llama huerta de los frailes".

Humboldt, en el ens. lib. 4, cap. 9, dice: "Si se estudia la historia de la conquista, se admira la actividad extraordinaria con que los españoles del siglo 16 han extendido el cultivo de los vegetales europeos en la loma de las cordilleras de uno a otro extremo del continente. Los eclesiásticos, y en particular los frailes misioneros, han contribuido á estos rápidos progresos de la industria. Las huertas de los conventos y de los Curas han sido otros tantos criaderos de donde han salido los vegetales útiles modernamente connaturalizados. Los mismos conquistadores, que no debemos considerarlos á todos como guerreros bárbaros, en su vejez se dedicaban á la vida campestre. Estos hombres sencillos, rodeados de indios cuya lengua ignoraban, cultivaban con preferencia, como para consolarse de su soledad, las plantas que les recordaban el suelo de Extre-

madura, y de las dos Castillas. La época en que por la primera vez maduraba una fruta de Europa, se señalaba con una fiesta de familia. No se puede leer sin emoción lo que dice el inca Garcilaso sobre la manera de vivir de aquellos primeros colonos. Cuenta con una simplicidad que conmueve, cómo su padre, el valiente Andrés de la Vega, reunió todos sus antiguos camaradas para partir con ellos tres espárragos, los primeros que se criaron en la mesa del Cuzco”.

El mismo Vásquez, lib. 1, cap. 22, tratando por el año de 1550 del sayal de que habían de vestir los religiosos de San Francisco, advierte la falta que había de esta tela, y que aunque el ganado ovejuno había multiplicado, faltaba quien beneficiase las lanas; pero que aplicándose alguno, que supo, a hacer una mediana jerga, se surtieron con ella. Después en la constitución de 18 del capítulo celebrado el año de 67 inmediato, según el mismo escritor, lib. 2, cap. 2, ya se observa, que mejorado el tejido, se trató de suprimir el uso de la jergueta, y se prescribe el del sayal. Como la multiplicación de las lanas ha ocurrido en Quezaltenango, hay motivo para buscar en esta guardianía el origen de los tejidos de esta especie, y su propagación entre los indígenas. Ximénez, que escribió poco después que este autor, tratando en su historia natural del nogal, observa, que los indios de la Verapaz con la madera de aqueste árbol hacían embutidos en escritorios, cajas y baúles; como también con una madera amarilla de otros árboles que no son grandes y tienen muy buen hilo y salsa la obra muy lucida. Aún se ve en el día baúles de esta provincia cubiertos de embutido de ébano y nogal, con labores del orden mosaico.

La ordenanza del gremio de zapateros, dictada por sus individuos en Cabildo de 21 de noviembre de 1560, en el artículo 21 dice: “E por nos visto que hay muchos indios que tienen tienda del dicho oficio, es menester que sean visitadas”. En acta de cabildo de 3 de junio de 579, artículo 10, se ordena: “Que los indios no hagan tablas de hacha, sino de sierra, por que se destruyen los montes”; y como en el siglo en que esto se dispuso se llevaban a efecto esta clase de reglamentos, y se ve aun en principios del siglo siguiente que los españoles ocupaban carpinteros indígenas en sus obras, y contendían por ellos, es de concebirse tuviesen éstas entonces la perfección del arte, que ha recomendado Bernal Díaz. No se advierte que en el siglo 17 se renovase aquella ordenanza importante, porque ya se ha dicho, este siglo se mostró menos atento a objetos de esa clase. Sin embargo, Juarros, trat. 1, cap. 3, menciona las maderas y tablazones que los indígenas de Tecpán Guatemala traen a la capital; los taburetes, bancos y otras piezas semejantes que fabrican los de Atitlán, y las guitarras, cajetas, y otras piezas que construyen los de Totonicapán, tales cuales ellas en la actualidad salen espontáneamente de sus manos. De igual origen puede blasonar las medias, guantes y gorros de Sumpango.

Herrera, dec. 4, lib. 8, cap. 7, hablando de los indígenas de Nicaragua, dice: “La gente es muy ladina en la lengua castellana, y ha tomado bien sus costumbres, y va toda vestida; salvo los chontales, que como serranos todavía mantienen más su antigüedad y rustiqueza. Son los otros indios grandes plateros, y músicos y saben cualquier oficio de Castilla,

como de labrar cera, sastres, zapateros, herreros, alpargateros, jaquimeros, y que hacen todo cordage de pita, y tienen otros oficios, que han aprendido con la buena inclinación que siempre tuvieron á los castellanos". El propio Juarros con referencia a los de Sutiaba dice, que tejen colchas de algodón muy hermosas y durables, generalmente estimadas en estos países.

CAPITULO XXXVIII

ALCALDES DE LA HERMANDAD Y VISITADORES

Solórzano, lib. 5, cap. 1, escribe: "Conforme á cédulas antiguas, y principalmente una del año de 1559, conocían los alcaldes ordinarios de las causas y casos que llaman de hermandad; aunque despues se hizo de ellas y para ellas oficio y tribunal de por sí con distintos ministros, que llaman alcaldes de la hermandad". Sin embargo, antes de esta época aparece en los libros de Cabildo un auto acordado de 18 de abril de 1555, en que el Presidente y Oidores, dijeron: "Que entendiendo la mucha necesidad que ay en esta ciudad y en las demás ciudades, villas y lugares de esta gobernacion é distrito de perseguir é castigar los malhechores, robadores, y forzadores, y salteadores de caminos, por aver mucha gente perdida, que anda vagando por esta tierra de los del Perú y de la Nueva España, por ser el paso por esta tierra y aviendo visto por experiencia las alteraciones, é robos, é instrupos, que a avido, acordaron, que en esta dicha ciudad, y en las demas ciudades é villas de españoles desta gobernacion hasta en tanto su magestad sobre ello mande y provea lo que mas fuere servido, aya alcaldes y alguaciles y oficiales de la hermandad, como los ay en la ciudad de México y en las demas provincias de la Nueva España, para que los delincuentes puedan ser perseguidos y presos y castigados conforme á las leyes de la hermandad, y para que lo susodicho aya efecto, declararon y mandaron, que usen los dichos oficios los que hubieren dejado de ser alcaldes ordinarios del año próximo pasado, con que no se entiende causa de hermandad delito alguno de indios naturales de este distrito, y con que esta real Audiencia pueda conocer de los tales casos y advocarlos así en primera y segunda instancia".

El Cabildo, en cumplimiento de ello, y usando de un derecho propio que le daban las leyes de Castilla, nombró por alcaldes de la hermandad en esta ciudad a Juan Vásquez de Coronado, y a Juan de López, que no lo habían sido ordinarios, y que fueron los primeros; y continuaron eligiéndose anualmente durante más de un siglo, hasta el año de 1683, en que salieron nombrados don José Lobo Jirón y don Pedro Barahona, que fueron los últimos, y no aparece más nombramiento de ellos.

El propio Solórzano advierte, que ya en su tiempo, por otras cédulas nuevas, en las más provincias de Indias se habían comenzado a vender y perpetuar estos oficios con títulos y honores de provinciales de la hermandad; pero en la de Guatemala, si bien aparecen en septiembre

de 1642, en que lo era Juan de Astorga, y en diciembre de 79 se remató este oficio en cantidad de seis mil pesos en el Capitán don Sebastián de Aguilar, caballero del orden de Calatrava, ellos no hicieron cesar los alcaldes de la hermandad, y se nota que el título de este último fué dado para los contornos de este valle, y para los corregimientos de Escuintepeque, Goazacapán, Chiquimula de la Sierra y Acasaguastlán hasta el Golfo Dulce, donde no hubieren Cabildo ni Ayuntamiento. Debe haber sido el postrero de este oficio, porque no se hace mención en adelante de otro provincial de la hermandad, y sí de sus alcaldes.

En orden a esta clase de oficios no ocurre más que un auto acordado de 23 de abril de 1628, en que se refiere: "Que algunos alcaldes de la hermandad, que han sido en esta ciudad comó en otras del distrito de esta real audiencia, van á los pueblos de los indios y á las estancias de ellos y de españoles, y so color de visita hacen juntar y recoger las bestias y ganados que tienen, pidiéndoles los títulos de ellos ó hierros, y que no mostrándolos, se los llevan y depositan en quien les parecen y les llevan dineros por la visita y manifestaciones, causándoles muchas molestias y agravios y que lo mismo hacen con los dueños de recuas y otros ganados; y que asimismo los dichos alcaldes de la hermandad, nombran cuadrilleros, que no son de las partes y calidades necesarias, de que resultan muchos inconvenientes".

Gage, p. 3, cap. 8, escribe: "Los que son mas considerados y ricos... viven en sus propias haciendas, y trafican en el campo con sus mulas, o tienen tienda en las ciudades y en los pueblos...; el gobernador mas considerado de los indios, ó el mas rico de ellos, podrá tener cosa de cuatro á cinco mil ducados".

Fuentes, lib. 16, cap. 5, hace mención en el pueblo de Mixco de Sebastián Pey, y entre sus herederos de Matías Pey, con opulenta fortuna y ricas alhajas, y otros vecinos indígenas de su clase con labores de trigo, recuas y hornos de cal.

Lo que va referido es un monumento convincente de que los indígenas se aplicaron también a la crianza y pasto de ganados de Castilla y que poseían estancias de esta especie a principios del siglo 17. En las actas de cabildo de 1652 a 1698 aparecen muestras y registros de fierros y licencias del gobierno general concedidas a indígenas de los pueblos del corregimiento del valle para la marca de sus ganados, mulas y bestias. No será fuera de propósito dar sus nombres, por si existen rastros de sus familias y comodidad, mayormente ocurriendo entre ellos algunos caciques gobernadores y principales nombrados con distinción. De San Juan Sacatepéquez son 15, a saber: Juan Pérez Catti, Jacinto Güiste, Diego Hernández Sequer, Juan Tonoa, Juan Bernabé, Pedro Yoc, Baltazar Pérez Puy, Pedro Pérez Puy, Juan Hernández, Diego Pérez Puy, otro Pedro Yoc, Domingo Rubíquis, Miguel López, Diego Sarac, Bernardino Quijal. De Pason 13, a saber: Domingo Chigüen, Juan Pérez Yaqui, Baltazar Xiquitah, Esteban Tige, Lucas Xineo, Diego Mahuon, Nicolás Canix, Tomás Cipilap, Bartolomé Jaquín, Raymundo Jaquín, Marcos López, Gaspar Pez, don Francisco Cipac, gobernador. De San

Pedro Sacatepéquez 12, a saber: Pedro Mártir Mingecitla, Melchor Exca, Tomás López, Pedro Pérez Tocay, Felipe Tocay, Baltazar Tocay, Vicente López, Juan López, Juan Hernández, Gaspar Reyes, Gerónimo de la Cruz. De Xenacó los 5 siguientes Diego Rashot, Juan Chopen, Pedro Ochón, Pedro Chuzis, Juan Tuy. De Petapa los 6 siguientes: Diego Ventura, Nicolás Ventura, don Jerónimo Vásquez de Quiñónez gobernador, Juan López alcalde, Juan Bautista Hernández, Juan Suárez. De Almolonga los 5 siguientes: Gaspar Reyes, Domingo Felipe, Marcos Pérez, Francisco Mejía, Sebastián de Jesús. De San Martín Xilotepeque los siguientes: Gaspar Lucas, Martín Sotón, Martín López. De Amatitlán, Juan Pérez, don Diego Vásquez, Juan Roque. De Pinula, Pascual Rodríguez, Miguel Sebastián, Bernardo García. De Comalapa, Mateo Pérez, Gaspar Ordóñez. De Santa Apolonia, Mateo López. De Santiago Sacatepéquez, Lucas Pirir, y Ambrosio Pirir y Gregorio Pirir. De San Pedro Pinula, Melchor Gómez. De San Raimundo, Pablo Ilario. De Mixco, don Diego Solís. De Patzicía, Juan López. Por sólo los propietarios, de que se ha hecho mención, no se puede sacar aquí comparativamente la población respectiva de aquella época, pero ni aun la riqueza, pues Gage sólo habla de los gobernadores, y los pajuyúes de vecinos de unos pueblos se contrapesaban con las sementeras e industria de otros. Mas, siempre resulta una masa de propiedad y de riqueza en la tribu indígena.

Llegamos a esta institución privativa de Guatemala conocida sólo en este reino, y no imitada en otro alguno de las Indias, a saber: los jueces de milpas, de los cuales se da idea por primera vez en real orden de 8 de junio de 1581, redactada en la ley 18, tít. 17, lib. 4, que dice así: "En la gobernacion y distrito de Guatemala despachan los presidentes algunos jueces de milpas, que hagan á los indios sembrar y cultivar la tierra con grave daño de los naturales; y porque este cuidado ha de ser a cargo de las justicias ordinarias, mandamos, que no se despachen tales comisiones". Por *milpas* se entiende aquí toda sementera de granos maíz, cacao, trigo y demás. La misma prohibición de tales jueces de milpas fue renovada en cédula de 12 de diciembre de 1619 por las extorsiones, dice, y perjuicios que causan a los indios.

No obstante el Cabildo, firme en sostener el interés de los conquistadores y pobladores contra la libertad de los indígenas, acordó en 14 de julio de 1620 representar contra ella, informando, que por experiencia se veía, que "cuando se proveían jueces de milpas, la fanega de maíz estaba a 4 y a 5 reales, mas si faltaban, se ponía a dos é tres y cuatro tostones". De aquí resultó, que en cédula de 8 de junio de 26, que forma la ley 45, tít. 2, lib. 3, se dispuso lo siguiente: "Sin embargo de haberse ordenado, que en la provincia de Guatemala no haya jueces de milpas, pareció necesarios que los hubiese; y es nuestra voluntad, que por ahora y mientras otra cosa no mandásemos, los pueda haber". Así sucedió con efecto en cédulas de 21 de mayo de 30, de 4 de septiembre de 32 y 15 de abril de 40, por las cuales se dispone, que no sean molestados los indios, y se excuse nombrar jueces de milpas; y que con respecto a los agravios, extorsiones y perjuicios, que sufren los indios de las

provincias de Nicaragua, Costa Rica y Nicoya por los corregidores y jueces se proviene por separado al fiscal de la audiencia haga ejecutar inviolablemente lo dispuesto en ellas.

Sin embargo, el Cabildo de Guatemala, constante en su propósito, en instrucción que da a su Procurador en España, a 31 de mayo de 47, pide en el art. 10, que su majestad se sirva mandar se provean los jueces de milpas, para que los indios las siembren, por la flojedad que en hacerlo tienen, y se ha experimentado, cuando han faltado. Smith observó en los jornaleros ingleses, que huían del trabajo cuando no les tenía cuenta, y decían "para no ganar, más vale ocíar que trabajar"; pero en los indígenas, aunque no ganasen o fuesen privados de sus ganancias con los manejos de la administración y vejaciones de que se ha hecho mérito, no cabía esta consideración: antes bien el Cabildo, repitiendo su solicitud, en instrucción de 27 de mayo del año 50, para justificar la necesidad de apremiarlos a cultivar sus tierras, y que en ello no se les hacía agravio, antes beneficio, les vitupera, que se sustentaban con muy poco, y muchas veces con raíces, y otras cosas de esta calidad: lo cual, bien visto, no parece absolutamente cierto.

Se encuentra un dato de lo contrario en el abastecimiento y consumo de las carnes, hecho en los pueblos de indígenas en el tiempo mismo, de que se va hablando, en que estaban suprimidos y se solicitaban los jueces de milpas; pues sin salir de los pueblos del valle, no falta como averiguar, si era de alguna importancia el de carne de vaca que había en ellos. Su surtimiento debía ser libre de todo impuesto, y si no lo estaba, su producto debía entrar en los fondos de las respectivas comunidades; mas porque la ciudad cabecera del corregimiento tenía derecho para cobrarlo en el surtimiento y consumo de su vecindario para sus propios, dió también en cobrarlo en el de los pueblos de indígenas del distrito del corregimiento, y porque ya era costumbre antigua, cuando éstos sintieron y reclamaron el gravamen, fue el Cabildo amparado en ella en cédula de 20 de octubre de 48, que corre en sus actas. Como la concesión era condicional, esto es, sin perjuicio de tercero, y andando el tiempo, siguió el descontento, los pueblos de San Juan del Obispo y Santa María de Jesús pusieron instancia en su defensa, y ganada por ellos en la Audiencia, el cabildo apeló, y en acta de 15 de enero de 69, acordó nombrar diputados, además del síndico y abogado del cuerpo para que diesen calor a su causa.

No se sabe el éxito que tuvo este negocio en particular; sólo consta que en cédula de 14 de noviembre del propio año de 69, se renovó la prohibición de los jueces de milpas, y que a pesar de no haberlos, el consumo de carnes y producto de su sisa era de tal importancia en los pueblos del valle, que junto con el de la ciudad se mandó aplicar al situado de las fortalezas de Granada y el Golfo. En el libro de la caja del año de 79 aparecen en cargo de esta cuenta en 16 de enero 6 mil tostones en que se remató al comisario general de la caballería, Pedro de Gastañaza, en los años de 75, 76 y 77 el abasto de carne de esta ciudad y de los pueblos de Santa María de Jesús, y San Juan del Obispo. En 6 de junio pagó don

Juan de Gálvez 80 tostones por el abasto de un año de los pueblos de Mixco, Santiago y San Lucas; en la misma fecha pagó Luis de la Rosa 40 tostones por el de San Martín; en 7 pagó Juan García de Salas 10 por el de San Raimundo; y en 27 de septiembre el Capitán don Fernando de la Tovilla y Gálvez 60 por el de varios pueblos de la costa de Escuintla.

Por este tiempo se había concluido la recopilación de las leyes dadas para estos reinos, comenzada hacía más de medio siglo, y redactada por letrados consumados en la magistratura de las audiencias y Consejo de Indias, y se publicó el año de 80. No faltan en ella incongruencias, contradicciones y disposiciones antiguas derogadas por otras nuevas o secretas, todas igualmente vigentes. Por lo que respecta a Guatemala, en la ley 1, tít. 2, lib. 5, se considera la provincia de Comayagua distinta de la de Honduras, asignándose al Gobernador de aquella el sueldo de dos mil pesos de oro, y al de ésta, el de un mil; la ley 8, tít. 12, lib. 6, prohíbe el repartimiento de indios en obrajes; y la 13, tít. 15, lib. 5, declara sujetos a residencia a los jueces repartidores de obrajes; y en orden a jueces de milpas, como se ha visto la ley 42, tít. 2, lib. 3, prohíbe su nombramiento y la 18, tít. 17, lib. 4, lo permite. De aquí fue que siendo ambas obligatorias, y ofreciendo el nombramiento de ellos sueldos tomados de fondos de comunidades, y los sueldos medias annatas, que producían tres mil tostones a la hacienda real, el Presidente Berrospe se halló en aptitud de nombrarlos según oficio que pasó al Cabildo en 6 de julio de 1696. Una cédula del año de 545 ordena la sementera y beneficio del lino, y es recopilada en la ley 20, tít. 18, lib. 4; más la instrucción secreta, de que se ha hecho mención, despachada a la Nueva España, que ordena no consentirlo, queda reservada. Las leyes de aquel género servían de regla al súbdito, y las de éste a los gobernadores; por lo que semejante código, en mano de los últimos, era el gorrión del adivino de Atenas.

Acerca de los Oidores visitadores, sólo ocurre observar, que el Cabildo de esta ciudad, en acta de 29 de marzo de 1588, estimaba la visita del distrito del valle en detrimento de la jurisdicción de sus corregidores, compadeciéndose entonces, y alegando los muchos agravios que en ella recibían los indios; y que en real orden de 25 de agosto de 1620 se impone silencio al oidor que debía practicarla sobre la familia que había de llevar, convenciendo en su pretensión, que no se trataba del servicio, sino de los particulares aprovechamientos. Su autoridad llegaba hasta la facultad de dictar ordenanzas en el distrito de la visita, de las cuales unas dadas para Chiapa, fueron mandadas recoger por la inquisición de México, movida competencia por la Audiencia, y desaprobada su publicación por el rey en cédula de 25 de abril de 1698.

CAPITULO XXXIX

NUEVA CONSUNCION DE INDIGENAS

Establecido el gobierno de las audiencias de mediado el siglo 16 en adelante, mudada la naturaleza de las encomiendas en sólo un derecho a los tributos, formados nuevos padrones según queda referido, y hechas nuevas tasaciones, había mejorado la condición del indígena; no obstante, en fin del siglo, ellos continúan en desaparecer notablemente. En real provisión librada por esta Audiencia a 15 de diciembre de 1572, se expresa con referencia a la provincia de la Verapaz, que en los pueblos de San Miguel Tucurú y San Esteban Tamahú, habían muerto y faltaban de la última numeración en el primero treinta tributarios, y en el segundo veinticinco. Más adelante, ya se ve desaparecer un tercio de los mismos tributarios generalmente en todo el reino, según parece de cédula de 27 de mayo de 1582, que corre en los libros de Cabildo, y dice así: "Presidente y oidores de la nuestra audiencia real que reside en la ciudad de Santiago de la provincia de Guatemala: nos somos informado que en esa provincia se van acabando los indios naturales de ella por los malos tratamientos que sus encomenderos les hacen, y que habiéndose disminuído tanto los dichos indios, que en algunas tierras faltan mas de la tercia parte, les llévan las tasas por entero, que es de tres partes las dos mas de lo que son obligados á pagar y los tratan peor que esclavos y que como tales se hallan muchos vendidos y comprados de unos encomenderos a otros, y algunos muertos á azotes, y mugeres que mueren y rebientan con las pesadas cargas, y á otras y á sus hijos los hacen servir en sus grangerías, y duermen en los campos y allí paren y crían mordidos de zabandijas ponzoñosas, y muchos se ahorcan, y otros toman yerbas venenosas, y que hay madres que matan á sus hijos en pariéndolos, diciéndolo que lo hacen por librarlos de trabajos que ellas padecen".

No eran sólo los tributarios de encomienda los que padecían estos desastres, que estos daños, dice la propia cédula, son mayores a los indios que están en nuestra real corona, por estar en administración; ni sucedían en un sólo distrito del reino, pues encargando la misma cédula la privación de tales encomenderos y administradores, añade, que con el castigo de dos o tres en cada provincia se pondría freno a todos. El Ayuntamiento de esta capital representó al rey en 11 de noviembre del mismo año, que el informe que se le había hecho era contrario a la verdad, acompañándole información del buen tratamiento que se daba a los indígenas; mas sin contradecir su disminución. Acerca de las ventas que hacían de los indígenas por esclavos unos encomenderos en otros, es un mal que se prolongó durante un siglo, y no acababa de desarraigarse según convencen repetidas cédulas de 23 de diciembre de 1672, de 2 de abril de 76, y 12 de junio de 79, en cada una de las cuales se previene sean puestos inmediatamente en libertad.

Vásquez, lib. 2, cap. 22, hablando de Honduras por el año de 1582, es decir, de fines del siglo 16 en adelante, refiere que comenzaban a irse disminuyendo los pueblos de aquella provincia. Después que Bernal Díaz, escribiendo por este tiempo, supone rebajada la población de Soconusco de quince mil vecinos abajo, sin expresar si en una tercia parte, o en una mitad, entrando el siglo 17, en cédula de 15 de noviembre de 1618, se refiere no existir sino dos mil tributarios, es decir, otra tercia parte menos de la población que había sobrevivido a la primera destrucción. En carta de esta ciudad al rey, de 29 de abril de 1611, se le informa, que el camino por tierra para Puerto Caballos se había abierto con mucha costa de dineros y muerte de indios, añadiendo: "y muchos de los indios que trabajaron personalmente en abrir este camino, están hoy por pagar". En cédula de 3 de diciembre de 1631, que corre a fojas 22 del libro 16 de Cabildo, se refiere que Sebastián Ramírez, en nombre y como Procurador General de la provincia de Nicaragua, hacía al rey la siguiente relación: los indios no hallan ningún remedio, ni se pueden quejar de los agravios que reciben, y si lo hacen no parecen las peticiones que dan pidiendo se remedie, y se quedan sin castigo, y se van acabando, por hacerles los dichos corregidores y alcaldes mayores hilar, tejer, sembrar y acudir a otras muchas grangerías de mucho trabajo para ellos y grande aprovechamiento para los dichos corregidores y alcaldes mayores, sin pagarles su trabajo; y demás de lo referido, tratan y contratan por sí y por interpósitas personas, y son públicos mercaderes, sin mirar de ninguna manera por el bien de la tierra ni de sus vecinos naturales como son obligados.

En auto acordado de 22 de marzo de 35, tratándose de la provincia de San Salvador, se expresa que la población de esta gente (los indígenas), está en aquellas provincias muy acabada. En otro de 7 de julio del año anterior, el Presidente Osorio, a virtud de estar mandado por cédulas de Su Majestad que no se consienta que ningún español, mestizo, negro, ni mulato vivan, ni se avecinden en los pueblos de los indios por las vejaciones y molestias que de ellos reciben, y otros inconvenientes en cuya conformidad los señores Oidores visitadores por ordenanzas lo tienen así prohibido, y en contravención de ello en la provincia de Zapotitlán y en los demás corregimientos de este distrito viven en los dichos pueblos muchas de tales personas, "y se avecindan en ellos, unos con casas propias que han comprado, é otros alquilando, y otros en casas de los mismos indios, para la conservación de los naturales mandaba y mandó que los alcaldes mayores echen de dichos pueblos á los españoles, mestizos, negros y mulatos dentro de tercero día". Y por queja de la provincia de San Salvador de haber hecho casas y bohíos mulatos en un pueblo, se ordena en otro auto de 14 de junio de 36 al Alcalde Mayor, y por ocupación al alcalde ordinario, que se informen y constando de ello, derriben dichos bohíos; y porque los españoles que tienen obrages, acabada su temporada, acostumbran ir á vivir los restantes del año a los lugares de los indios con sus hijos y negros esclavos, que ha sido y es una de las causas mayores de la destrucción y asolamiento

de los lugares de los indios, les compelan que salgan, así a ellos como a sus negros, y que por ningún caso vuelvan con pretexto de breve tiempo, y se avencinden en las poblaciones de españoles donde tengan domicilio.

Otro auto acordado de 6 del mismo junio de 36, hablando de las costas de estas y otras provincias del reino, y luego de la de San Salvador, expresa lo siguiente: "La experiencia a mostrado los grandes daños que los indios naturales de estas provincias an recebido y reciben en averlos metido en los obrajes de tinta añil, pues aviéndose comenzado en tierras valdías de la costa y otras partes donde simplemente se produce la yerva de que se hace la dicha tinta, la codicia de los españoles extendió tanto este género, ocupando no sólo las tierras de los indios sino sus personas, de manera que lo que hoy generalmente hablando son obrajes, fueron pueblos de indios ya extintos y acabados, de que no se ve, sino sólo el sitio que tuvieron los dichos pueblos; y otros muy numerosos de gente en la provincia de San Salvador hoy tienen solos los nombres de lugares vacíos de gente consumida y acabada no sólo por el excesivo trabajo que les dan los obrajeros, mayor que toleran las fuerzas humanas, y en tierra caliente y la mala calidad de la tinta, si no ejecutando con rigor y opresión por mano de sus esclavos y negros que cargándoles á los indios el servicio que ellos deben, como esclavos, tratan á estos miserables como si los fueran suyos, cuya crueldad es notoria".

No es de olvidar, que en el repartimiento de alcabalas hecho el año de 604, aparecen entre los obrajeros del valle diez y ocho vecinos de esta ciudad, que hacían tinta añil en la costa de Guazacapán y Jalpatagua; como también que en acuerdo de justicia de 22 de diciembre de 626 se expone: "los obrajes de los vecinos de esta ciudad son en las jurisdicciones de los corregimientos de Escuintepeque y Guazacapán y Alcaldía Mayor de Suchitepéquez"; y así muy bien puede hablar de ellos tanto el auto acordado de gobierno, que va referido, como otro de 12 de febrero de 38, que tratando también de los pueblos de indígenas convertidos en tierras baldías, dice: en las provincias de San Salvador, San Miguel, villa de Sonsonate, partido de Guazacapán y Escuintepeque, y otras partes de este distrito y jurisdicción, donde ha habido poblaciones de indios, y se han consumido y acabado, quedando desiertos los sitios de ellos, y las tierras que les pertenecían, los dueños de haciendas de campo circunvecinas a ellas las tienen ocupadas juntamente con las suyas, y se han aprovechado y aprovechan del fruto y esquilmo de las dichas tierras, sin haberlas medido, ni compuesto con Su Majestad. En cedula de 1º de diciembre de 40 despachada a Guatemala, se lamenta haberse minorado los situados en encomiendas por faltar los indios.

Las islas Guanajas no quedaron libres de su última devastación. No habiendo fuerzas, como debiera haber para resguardarlas y alojándose en ellas los corsarios que las invadían y tomaban sus bastimentos, se acriminó a sus moradores, imputándoles que no habían dado aviso de su alojamiento, y que abrigaban y trataban con el enemigo; sobre que seguidos autos, el gobernador del distrito fué de parecer que los in-

dios isleños de las islas fuesen mudados a tierra firme, y vistos en acuerdos de justicia de 22 de octubre de 640, se determinó de conformidad; en consecuencia, el presidente Avendaño dispuso su cumplimiento, ordenando sacar de las islas la población indígena, que había sobrevivido a su primera destrucción. Sus vecinos tenían sus ranchos, crías, sementeras y demás comodidades para la vida, que constituían el hogar doméstico y su patria, donde los piratas precisamente encontraban provisión de bastimento y hacían mansión para acechar los puertos, y asimismo los navíos que salían y entraban en ellos. Para quitarles pues esta mansión y los bastimentos, pareció oportuno quitarlos a sus naturales y quitarlos a ellos, talándole sus casas y sementeras, y pasándolos a la tierra firme sin costa ni auxilio para proveerse de lo uno y de lo otro. Es el acontecimiento que se lee en acuerdo de la junta de hacienda de 22 de febrero de 1644, cuya relación es, que los designios del enemigo parecen fueron de volver este año a invadir estas provincias, hubieran quedándose a invernar en las islas de Guanaja, a no haber hecho sacar su señoría todos los indios de ella, y talado casas y sementeras.

Habiendo quedado todavía algunos en Roatán, antes Guaymas, y en Utila, otro acuerdo de la misma junta de 11 de abril de 47, dice: "Se ha resuelto vayan de esta ciudad sesenta hombres, y que el gobernador de la dicha provincia baje al puerto de Caballos con otros veinte, para que en las naos que de próximo están surtas en el puerto de Santo Tomás de Castilla, y de partida para los reinos de España, vayan a desalojar al dicho enemigo de las islas de Roatán y Utila, donde se avisa está, y á sacar los pocos indios que han quedado, y a sacarlos a tierra firme". Seguidamente se habla de arbitrios para el costo de la jornada, mas no para el socorro de los sacados. En auto de nombramiento de comandante para la segunda facción a las islas de Roatán, Maza y Utila, hecho en don Juan Hordóñez de Romana en 10 de marzo del mismo año, se expresa que en la primera se sacaron al pie de setecientas almas: lo que denota que después de ella quedaban habitantes en las tres islas, los cuales en vez de defensa experimentaron la confiscación y el destierro, y por consiguiente la muerte. Juarros, trat. 5, cap. 9, tratando de las islas que se encuentran en el Golfo de Honduras dice, que al tiempo de la conquista se hallaban bien pobladas; pero que las hostilidades que sufrieron primero de los conquistadores, y después de los piratas, que infestaron estos mares, consumieron y agotaron sus poblaciones, no quedando habitadas sino algunas de las Guanajas, hasta el año de 650, añade al fin del capítulo, en que sus últimos habitantes fueron trasladados al puerto de Santo Tomás.

Solórzano, autor que escribió a mediados del siglo, tratando, lib. 2, cap. 5, de los daños ocasionados por los servicios personales que se habían tolerado, dice: "Son causa de que los indios se vayan consumiendo y acabando con las opresiones y malos tratamientos que reciben, y las ausencias que de sus casas y haciendas hacen, sin quedarles tiempo desocupado, para atender a sus grangerías, ni al sustento de sus mujeres ni hijos, de que depende su conservación y aumento". Tratando de

los mismos servicios en el quinto lugar, dice: "Atenta la rendida y humilde condición de los indios y la grande codicia de los que los piden, no hay males por grandes que sean, que no se puedan temer, y la ordinaria experiencia no haya manifestado en vejacion, opresion y menoscabo de los indios, sin que las muchas leyes basten á remediarlos". Más adelante, escribe: "Se van multiplicando los españoles, y menoscabando los indios". Al capítulo 9 transcribe las siguientes palabras de una cédula: "Los trabajos que los indios han padecido y padecen en estos ingénios de azúcar es muy grande, y causa de que se hayan consumido y acabado en él muchos". Al capítulo 14 hablando, de la dureza de los servicios, y del poco tiempo que dejaban a los indios hacer vida con sus mujeres, dice: "Siempre he oído decir a varones cuerdos la gran disminución en que han venido". En el capítulo 19, refiriéndose al testimonio del Obispo Zapata, que lo fué de Chiapa y Guatemala a principios del mismo siglo, nota unas palabras suyas, en que afirma, que los indios eran menos en número, y más pobres que nunca. En el libro 3, capítulo 32 se puede y debe considerar, dice, "el presente estado en que hoy tenemos los indios, que en todas partes se hallan muchos ménos de los que solía aver"; y más adelante, en el propio capítulo, atribuye a esta causa la gran disminución a que han llegado las encomiendas.

Ximénez, autor que escribió comenzado el siglo 18, al referir, lib. 4, cap. 3, que el cuerpo principal de la nación chol comprendió antiguamente lo que después han sido curatos de Chiquimula, Esquipulas y Casaguastlán, expresa: "que estos pueblos estaban á la sazón muy deteriorados, además de los muchos que consumió la guerra de la conquista". En el capítulo 66, hablando del resto de choles regados en la costa de la Verapaz desde las montañas del Golfo, y refiriéndose al río que desagua en él, expone: que el brazo que baja de Cahabón, y es el más caudaloso, estaba más poblado; luego, haciendo mención de los pueblos de San Andrés Polochic, de Santa Catarina Jocoló, Amatique, pueblo distinto del comarcano a Santo Tomás, Tukurú, Tamajum y otros situados a la inmediación de aquel lago, todos, dice, se han acabado, ya de invasiones de enemigos, ya de enfermedades. Remesal, lib. 11, cap. 21, describiendo el sitio de Cahal junto a este río, expresa, "avia sido población de indios". El mismo Ximénez, lib. 5, cap. 32, hablando del río Yaxal, brazo que por esta parte da nacimiento al de Zacapulas, dice, que tambien se llamó Pusitlá por un pueblo que hubo allí de ese nombre.

El propio escritor, lib. 4, cap. 3, haciendo mención de los acalanos, nación situada antes entre la Verapaz y el Lacandón, en que según queda expuesto el gobernador de aquella provincia ahorcó 80 caciques a mediados del siglo 16, literalmente dice: "ya de los Acaláes no hay memoria". Luego, con respecto a los lacandones, refiriéndose igualmente a fines del siglo 17, escribe: "sólo de los lacandones avia alguna gente". En orden a los pueblos de la provincia de los Llanos en Chiapa, especifica en el capítulo 65 muchos consumidos del todo, y otros solamente disminuídos. Entre los primeros coloca a Teculuta anexo que era a Copanaguastla, acabado el año de 1640; el mismo Copanaguastla acabado

en 1645, trasladándose una imagen de la virgen del Rosario muy venerada a Zosocaltenango, pueblo antes grande, y entonces pequeño. De desapareció también el año de 665 el de Tritalá, que le era anexo: igualmente pereció el de Cuapa en 680, de tanto gentío antes, dice, que era denominado Tepanguapa, camino real para Escuintenango, que en la misma forma quedó desierto. Lo propio afirma de Cituta, pueblo del curato de Acalá, como también del de Aquespala, el primero en la entrada de los Llanos; y del de Zacuapa, Santa Lucía y Chalchitán, acabados en 1698. Entre los disminuídos numera a Istapilla, Pinula, Coneta, Bitatán y otro Aquespala anexo a Escuintenango.

Otro motivo de desaparición de los indígenas puede hallarse en la deserción de sus pueblos, y en la emigración a los desiertos. Se ha visto cuánto lamenta Remesal, que naturales acomodados en pequeñas reducciones trasladados y avicinados en pueblos mayores, los abandonaron, no volviendo a reconocer los unos ni los otros; y siendo éstos muchos y no resultando en otros lugares, ¿qué puede pensarse sino su retiro a los montes y retorno a la gentilidad?

La distribución del reino en treinta y dos provincias, hecha mediado el siglo 16, de que resultaban otras tantas gobernaciones, alcaldías mayores y corregimientos, era ya embarazosa mediado el 17, a consecuencia de la disminución de la población indígena, que no podía ya sustentar otros tantos gobernadores, alcaldes mayores y corregidores, y hacía necesaria una reforma, que se practicó, uniendo las provincias menores a las mayores, y suprimiendo muchos corregimientos; por lo cual de veintidós que había de provisión de la Audiencia, quedaron solamente trece. Sobre ello hizo mucha contradicción Francisco Romero Baltodano, vecino particular de la capital, representando al rey vivamente contra la Audiencia y extendiéndose a otros puntos, en un memorial concebido sin duda con más celo que acierto, de que se ofendió la Audiencia, y que se imprimió en España. El Ayuntamiento de esta capital emprendió la defensa de esta última, y el rey, en cédula de 22 de abril de 1643 previene que en la reforma de los trece corregimientos no se haga novedad; y en real orden de 8 de septiembre siguiente, expresa que Su Majestad queda con muy particular cuidado de mirar por el crédito y autoridad de este tribunal. Era de desear que semejante declamación hubiese tenido efectos más importantes. Todavía en 22 de diciembre de 49, y 30 de enero de 52, gobernando la Audiencia, se ven librados dos nombramientos de Alcalde Mayor, uno para el partido de Turrialba y puerto de Suerre en Costa Rica, y otro para el de Pacacúa de la misma provincia.

Juarros, trat. 4, cap. 8, habla de esta supresión de corregimientos, y dice: "Habiendo decaído la población de la provincia de Costa Rica, se extinguieron los corregimientos de Quepo, Chirripo, Ujarraz y Pacaca, uniéndose al gobierno de Costa Rica de orden de S. M. por los años de 1660, o poco después. También se unieron por este tiempo al Gobierno de Comayagua el corregimiento de Tencoa, y al de Nicaragua los de Monimbo, Chontales, y Quezalguaque. A principios del siglo 18, prosigue,

se extinguieron las alcaldías mayores de Amatique y San Andrés de la Nueva Zaragoza, y algunos años después, de los corregimientos de Escuintla y Guazacapán se formó la alcaldía mayor de Escuintla, y de los de Atitlán y Tecpanatitán la de Sololá. Pero en el año de 694, en que fueron requeridas todas las alcaldías y corregimientos por auxilios de dinero, bastimentos y caballos para la expedición al Lacandón, ya se hecha menos la Alcaldía Mayor de Amatique, subsistiendo separados el de Acasaguastlán y Chiquimula solamente: por lo que es visto, que la supresión de corregimientos tuvo efecto casi en todas las provincias en el transcurso del siglo 17, como un efecto de la despoblación indígena”.

CAPITULO XL

ENTRADA DE LOS PADRES DOMINICOS EN EL CHOL

La costa de Tesulutlán, no es en 1602 lo que fue en 1502. Poblada entonces la tierra firme y sus islas de gente marítima y mercantil que Colón encontró cruzando el océano, ella, según se ha visto, es empobrecida y asolada antes de la conquista desde Cuba por Diego Velásquez con el salteamiento de esclavos; aterrorizada y dispersa al tiempo de la conquista por Cortés con el tránsito y vejaciones de su ejército; y después de la conquista, asolada hasta el extremo por soldados de Pedrarias, y asimismo por los Montejos padre e hijo, con nueva presa de esclavos y otras vejaciones. La población fugitiva que escapa y sobrevive al exterminio, reducida a tribus errantes sin sociedad, sin edificios, sin sembrerías, sin trojes, sin corrales de cuadrúpedos, sin jaulas de aves, sin utensilios de labor y de industria se halla en la inclemencia, en la indigencia, en el sobresalto, sin asiento, sin seguridad, sin reposo, incapaz de domicilio y de propagación. Desaparecen los templos, las ciudades, las provincias, y aun los huertos y caminos; y la tierra antes habitada y culta, se cambia en dilatados desiertos y bosques apenas interrumpidos por rancherías volantes, sin otros nombres que los de familia, ni otro título de nación que el de Choles; no ya valientes e industriosos sino tímidos y salvajes. ¡He aquí un nuevo indigenato!

El problema de la degeneración de los indígenas se ve en ellos decidido a cabo de un siglo. Ya había sido resuelto en general por el Obispo Casas en la raz. 2 del 8 remed., cuando dice: “Son los indios tímidos y pusilánimes, ó por mejor decir, las crueldades que han en ellos cometido los españoles les han entrañado el miedo en los corazones, que los han convertido casi en natura de liebres, y echo degenerar de ser hombres”. Condillac, hablando de las conjeturas en materia de historia, admite su uso cuando las causas son por su naturaleza eficientes de los sucesos; por ejemplo, cuando ellas inducen en los hombres cierta necesidad, y la necesidad un carácter particular; con que siendo inducida en los indígenas por la persecución de los españoles, la necesidad de huir y ocultarse,

¿qué duda cabe, en que la fugacidad y privaciones prolongadas por ellos hasta la habituación, que constituye el estado salvaje, sea una degeneración y un carácter nuevo, que adquirieron con la hostilidad de sus opresores?

Como aquí se describe la suerte de los indígenas en tiempo de los españoles, naturalmente somos llevados a hacer distinción entre los que se sujetaron a ellos, y entraron en sociedad y vasallaje suyo, de quienes se ha dicho ya lo bastante; y aquellos que huyendo de su sociedad y vasallaje, por su misma fugacidad carecían de libertad y sociedad, y sufriendo toda privación, caminaron a la barbarie, de los cuales se sigue dar alguna idea. De este género es la nación que ahora se presenta, por lo que al comenzar su historia, es bien advertir, que no debe juzgarse de los antiguos choles por los actuales, indistintamente denominados lacandones, y que se habla de unas tribus errantes, más y más selváticas, tales como debían resultar de un estado tan violento.

El fue objeto de la compasión de los españoles, y del celo de los padres dominicos, que tenían la administración religiosa de la Verapaz. De tiempo en tiempo, dice Remesal, lib. 11, cap. 18, acudían a Cahabón algunos de estos indios, y los religiosos los acariciaban, dándoles agujas, cuchillos, tijeras y otras cosas, y tratándoles materias de religión. El año de 1594 ocurrió entre otros Ahuz Ahao cacique de Cucul, que se detuvo en recibir la fe cristiana por el temor de otros caciques de las tribus, o pueblos comarcanos. El Obispo de la Verapaz, don Juan Fernández Rosillo, dispuso un mensaje a ellos, enviando a un indígena de Cahabón, que sabía leer y escribir con una carta en que les mostraba amor y voluntad, y exhortaban a la fe, remitiéndoles además, machetes, cuchillos y cosas semejantes, a que los choles correspondieron con presentes de cacao y achiote, agradeciendo su buena voluntad, y reservándose el deliberar en materia de religión.

El Padre Esquerra, pasado tiempo, tuvo la resolución de enviar a rogar a los caciques, que se viniesen a ver con él en Cahabón, y en efecto vinieron 40 de seis pueblos, quienes escuchadas algunas razones en su idioma, se volvieron inclinados a abrazar la fe. Estos pueblos eran el de Cucul, que va mencionado, al Norte a 23 leguas de Cahabón; el de Manché, más adelante a 15 leguas con cien casas; el de Hixil, al mediodía con 17; el de Matzin, al Poniente, con 30; el de Ixbox, entre Poniente y mediodía, con 25; y el de Yahxa con 22; cada casa, advierte Remesal, es una familia con hijos y nueras, nietos, cuñados y parientes.

El Presidente, Doctor Alonso Criado de Castilla, habida noticia de ello, envió para que se les diesen 40 hachas, 40 machetes y 40 sombreros, con que se aficionaron mucho los caciques. Sin embargo, no se determinaban a abrazar la fe, porque entendieron, dice este escritor, que luego en recibéndola, habían de entrar españoles en su tierra, que era gente muy cruel, y los habían de tratar mal a ellos y a sus hijos y mujeres, y que los habían de cargar de tributos intolerables y servirse de ellos, sacándolos de sus tierras, y llevándolos cargados muy lejos.

En 1602, continúa Remesal, dispuso el Padre Esquerria con el Padre Cipriano, igualmente perito en los idiomas, hacer jornada a dichos pueblos. En Cucul fueron bien recibidos de su cacique Zelut Ahao, y a él acudieron los caciques de los otros pueblos, con quienes habidas largas pláticas y allanadas dificultades, todos vinieron en ser cristianos, y pidieron maestros que los enseñasen. Los padres repartieron doce indios bien instruídos de Cahabón en los seis pueblos. El cacique de Cucul Zelut Ahao, que en el bautismo se había de llamar Diego Ahao, luego comenzó a usar de este nombre, y fue denominado don Diego. Entretanto, quedando en la misión el P. Cipriano, hizo viaje el P. Esquerria a esta capital. El Presidente recibió mucho contento de lo que se había adelantado en ella; y como los padres, entre otros gastos, hacían el de ropa para cubrir hombres y mujeres, les dio 400 tostones de tributos vacos para ayuda de costa, y pidió que le trajesen algunos de los indios infieles, para verlos y regalarlos, y que con esto los que estaban en los montes perdiesen el miedo que tenían a los españoles, y así echasen de ver que no se pretendía sino su bien.

Puso en aprieto al Padre Esquerria esta petición; pero, cuando menos lo pensaba, los persuadió tanto a los choles el Padre Cipriano, que consiguió venir a la ciudad con Chiquimul, cacique de Matzin, llamado después don Juan, y otros dos indios; y fue mucho el contento que causó su venida; los padres los llevaban por las calles, y no se podían valer con ellos; en todas las casas que entraban los regalaban y daban bujerías de Castilla; en particular el Presidente se holgó de verlos, los regaló mucho, y los vistió de seda, y les dió vestidos y galas para sus mujeres. El buen tratamiento y regalo que a estos indios se hizo, fue causa de que dando ellos la vuelta, vinieran otros; uno fue don Diego Ahao, cacique de Cucul, y el otro don Juan Aychichén, cacique de Manché, con otros cuatro, que vinieron en su compañía; hubo también en la ciudad mucho contento con ellos, y el Presidente los regaló y vistió como a los otros, con que volvieron gozosos a su tierra.

Los padres Esquerria y Cipriano volvieron también al Chol, y haciendo mansión en los pueblos, descubrieron en cada uno, dice Remesal, otras muchas casas, además de las que van dichas, con cantidad de gente; y con el tiempo extendieron su misión a otros cuatro pueblos: el de Secupín al Poniente de Manché, más adelante el de Chacahaoc con cien casas, y a la inmediación del uno y el otro los de Yool y Jocmo, los cuales, según relación de Ximénez, lib. 4, cap. 68, aparecen reducidos a la fe el año de 1622; y no deja de llamar la atención, como después de despoblada la tierra, aún se encuentran en tan corto distrito diez pueblos más o menos numerosos. Así es, que exigiendo su asistencia número de sacerdotes, se hizo vicaría de todos ellos, refiere este escritor, lib. 5, cap. 16, y se estableció convento en el de Manché en capítulo provincial de 15 de enero de 28, con voto en los capítulos.

Hallándose los pueblos de la vicaría, escribe el propio Ximénez, quietos y sosegados, y pareciendo al Padre Fray Francisco Morán que ya era tiempo de que Su Majestad se posesionase de ellos, para quien los

habían juntado a costa de tantos gastos y trabajos de los religiosos, llamó al Alcalde Mayor de la Verapaz, que a la sazón era Juan Santiago de Velasco, para que en nombre de Su Majestad tomase la posesión de aquellos pueblos, como lo hizo, tomándola del primero, que fué San Francisco Jocmo, en 3 de diciembre del mismo año de 28 y de los demás los días siguientes.

No fué menester más, para que se perdiese la confianza. Los mopanes, rama de los itzapetenes, y los mismos itzanos, fronteros suyos al sudeste, recelando que las entradas de los padres llegasen a sus pueblos, tenían a mal, y vituperaban a los pueblos reducidos al que se hubiesen sujetado a los españoles; con lo que muchos mancheses de diferentes pueblos seducidos dejaban su casa, y su pueblo, y huyeron a los montes.

El Padre Morán, con deseo de recobrarlos, salió a las montañas, redujo a muchos, y ganó otros. Los mopanes e itzanos de la seducción pasaron a las amenazas, lo que infundió recelo a los padres; y el Presidente, que entonces era el Doctor Acuña, para prestar resguardo a aquellas reducciones envió veinte hombres, y por cabo de ellos a don Martín Alfonso de la Tovilla, Alcalde Mayor que había sido de la Verapaz. Corría el año de 1632, y a fines de él, en una noche acometieron más de mil enemigos, dice Ximénez, los cuales mataron dos españoles de la escolta, y otros indios que les hicieron resistencia, con lo cual ahuyentaron a unos, y llevaron otros. ¡Ojalá se hubiese extendido este presidente a levantar una fortaleza en los límites del país sometido y pacificado, según el dictamen del Obispo Casas!

En fin, ufanos con este triunfo, volvieron a principios del año siguiente: dieron sobre la guarnición en una madrugada: pusieron en fuga a los españoles, que sorprendidos huyeron sin armas, dice el propio autor, porque todos las dejaron. El Padre Morán, que guardó más detención, apenas escapó encaramado en un árbol, y tomó el camino para Cahabón. Los vecinos de Manché, unidos a los invasores, se apoderaron de todo, quemaron el pueblo, la iglesia y casa de los padres; lo mismo hicieron los otros pueblos, y dejaron los lugares desiertos.

Gage, que en Guatemala estuvo de dominico, en la p. 3, cap. 18 y 19, dice: “que acompañó a Morán en jornada semejante y no conviene en la derrota de los españoles, sino sólo en su retirada”. Mas, sea como fuere, he aquí el éxito de la conquista de Manché en el Chol: diez pueblos antiguos dispersos, asolados y desiertos; sus vecinos fugitivos en los montes, inhabilitados para asociarse, incapaces de domicilio; y por aquí es de inferirse la suerte de otras expediciones subsiguientes de los mismos religiosos en el propio país, una el año de 40, otra en el de 72, y otra en el de 85. En la primera el propio P. Morán, cuenta Ximénez, lib. 5, cap. 7, recogiendo muchos de los dispersos, restableció tres pueblos, a que viniendo otra escolta española para guarnecerlos, a pesar que puso en fuga otros invasores, quedando dueña del campo, le dejaron el suyo, quedando solos los sacerdotes, que se volvieron a la Verapaz con los soldados victoriosos.

En la segunda que, según el propio escritor, cap. 23 a 39, emprendieron los padres Torres, Delgado y Gallegos, todos sujetos distinguidos por su grado, virtud, letras, idioma y padecimientos, penetraron más en las montañas lograron juntar pueblos; pero estableciendo en ellos el Alcalde Mayor Sebastián de Solivera y Angulo los repartimientos hasta el extremo de exigir por un machete un xiquipil de cacao, que eran ocho mil granos, o porción equivalente de achiote, con otras extorsiones, los mancheses, ayudados de un pueblo vecino, los Yaxanos, se alzaron, y caminando sobre los otros cuatro pueblos cercanos a ellos, los dispersaron; y los otros tres de la entrada en que se hallaban los padres, sobreviniendo una peste, en que murieron como cuatrocientos niños, se dispersaron igualmente sin que valiera arbitrio para detenerlo, volviéndose solos los padres para la Verapaz con sus ornamentos y recados de decir misa: lo cual sucedió andando el año de 82.

En la tercera, que hicieron el año de 85 los padres Cano, el mismo Delgado y otros, sujetos también distinguidos y peritos por principios en el idioma chol, hallaron estos naturales más remontados que nunca. Andando en esta solicitud, dieron con la ranchería de Agustín Cucul, descendiente de un cacique de este nombre, que al verlos se enfureció en tal manera que tomó el arco y la flecha para dispararles; pero acudieron a impedirlo los indígenas de Cahabón, que iban a su resguardo en número de veinte, y daba tan descompasadas voces de indignación, y hacía tales extremos, que no pudiendo contener su furia, sino atándolo, todavía atado, sin dejar su altivez, hacía esfuerzos y daba voces, diciendo unas veces que viniesen a matar a aquellos padres, y otras, que huyesen porque los padres no los cogiesen. Huyeron muchos, y sólo pudieron reducir a treinta personas, que llevaron consigo, y al cacique enviaron a Cahabón, porque no les estorbare.

Por este estilo juntaron hasta trescientas personas, para formar un pueblo que llamaron San Lucas, que se aumentó todavía más con otras familias; entre ellas contaban los jectanes, uchines, jichalnées, cantées, canatzines, piaces, chumpanées, chunquices, matcines, y otras varias, de las cuales era una la del cacique don Martín Matcin, que tenía una hija de doce años llamada María de tan feliz memoria, escribe Ximénez, cap. 45, que a la segunda vez que oyó la doctrina cristiana, la decía toda con admirable expedición, sin tropezar en ningún término, y después se conoció mucho más esta habilidad, porque predicándoles unos sermones muy largos en que se les daba razón de la creación del mundo, del pecado de Adán, las penas en que habían incurrido los hombres por su culpa, las promesas que hizo Dios a Abraham, a Daniel y a los profetas de la venida del Redentor al mundo, su venida, su muerte, resurrección, etcétera, la muchacha estaba oyendo con mucha atención los sermones, y luego los repetía todos, y los nombres propios de los santos, que se habían nombrado con admiración de los que vimos aquella maravilla.

En fin, el pueblo acabó incendiado una noche, acertando los padres a huir desnudos, para escapar la vida el año de 89. Los cahabones, por no ser requeridos, para acompañar a los padres en nuevas entradas,

pidieron licencia para entrar a sacar a los desertores del pueblo incendiado, y poblarlos adentro de la Verapaz; y seguido expediente con audiencia del Fiscal, y voto del acuerdo, concedió el Presidente Barrios la licencia, costeando y ordenando en partidas el Alcalde Mayor don José Calvo de Lara 150 indígenas, que en tres entradas sacaron cosa de 300 choles, los cuales fueron situados el año de 90 en el valle de Urrán entre Rabinal y San Raimundo, donde hoy existe el pueblo de Santa Cruz el Chol.

Los religiosos conocieron en tiempo la inutilidad de sus afanes y la necesidad de otros elementos para el intento de la conquista y civilización de aquellos naturales. Proponían, dice Ximénez, cap. 43 el establecimiento de una población española en las llanuras de Manché, que sirviese de escala para la apertura de un camino a Yucatán, saliendo por un río inmediato a entrar por Bacalar, y así suscitar un comercio recíproco. Emprendió la primera vez su descubrimiento, escribe este autor, lib. 4, cap. 68, el P. Fr. Gabriel Salazar, aviándose á su costa, y llegando hasta el río, ya prevenidas las canoas, no pudo embarcarse, porque el bastimento que dejó en Cahabón no quisieron llevarlo los indios, porque no se les obligase a abrir el camino.

La segunda vez se emprendió de orden del Presidente, y fueron tantos los servidores, que a treinta hombres se nombraron teniente general, maese de campo, capitanes, sargentos y cabos que hicieron alto diez leguas antes del lugar a donde había llegado el P. Salazar, y pidiendo éste cuatro soldados que siguiesen en su compañía, puso el General pena de la vida por traidor al rey al que lo intentase: con que hubieron de volverse todos, y gastarse en vano el haber real.

Ocupado Salazar en su propósito, dirigió a la Audiencia un memorial, su fecha de 20 de diciembre de 36, en que representa: que la Verapaz y Zacapulas estaban aisladas, cada una en la necesidad de salir por el camino que se entraba; que las tierras intermedias entre Verapaz y Yucatán sobre Campeche, eran todas de cacao y achiote; que eran tan buenas y mejores —son sus palabras—, huertas de cacao y achiote, que minas de oro y plata, porque éstas consumían los indios y las otras los sustentaban; y en fin, que a solicitud del cabildo secular, nobles y plebeyos de Mérida, había enviado S. M. cédula al Gobernador de Yucatán para que abriese camino a esta provincia de Guatemala, y que ningún gobernador ponía en ello diligencia porque en sabiendo S. M. que estaba abierto, sujetaría aquel gobernador a esta Audiencia y chancillería, lo que iban excusando, porque debido la mayor distancia que había a México, no podían acudir los pobres con sus quejas y apelaciones. Acerca del trato del achiote, escribe Villagutierre, lib. 3, cap. 2, que no teniendo ningunos pies de esta planta los indios de la Verapaz, sólo del que rescataban del Chol, salían todos los años por la Veracruz y Castillo del Golfo sobre 36 mil libras; y Ximénez, lib. 5, cap. 37, hablando del comercio de este género, que hacía el Alcalde Mayor Solivera, dice, que sólo una remisión le valió en la Veracruz 50 mil pesos.

El designio del camino proyectado obligó también al Padre Morán a hacer jornada por tierra a Yucatán, y dió su derrotero hasta Bacalar. Después la emprendió el Padre Delgado por tierra y por agua, sacando letras del Presidente Escobedo para el Gobernador de aquella provincia. Expresa en la relación de su viaje, transcrita por Ximénez, cap. 33, su fecha en Bacalar a 26 de septiembre de 677, que a cuatro días de camino de Manché llegó a ranchería del cacique Martín Petz, contigua al río Yaxal, verosíblemente el mismo que Juarros llama Chaxal y el mapa del estado Jabón, donde se embarcó en una piragua. Nombrando los ríos que bañan la costa por aquella parte hasta Bacalar, menciona entre ellos uno que llaman Balix y Valenzuela, que escribió el año de 96, cap. 4, copió Valis: señal de que es voz originaria.

La población de españoles y camino que los religiosos anhelaban y procuraron por tanto tiempo y con tanto afán, no solamente habrían aprovechado para su comunicación y comercio con Yucatán, mas también habrían servido de resguardo y defensa a los diez pueblos hasta entonces formados, que componían la vicaría de Manché; y así resguardados contra las irrupciones de infieles, la misma fortaleza y presidio de la población habrían servido de escala para nuevas entradas y reducciones; pero no realizados los caminos, ni verificada la población, imposible era pasar adelante, ni conservar lo adquirido.

CAPITULO XLI

ENTRADA DE FRANCISCANOS EN TEGUZGALPA Y TOLOGALPA

Con el nombre de Teguzgalpa es conocida por Vásquez la extremidad oriental de la costa de Honduras, y con el de Tologalpa la costa oriental de Nicaragua, lindantes entre sí divididas por el río Yare, llamado de Segovia. Una cédula que cita este escritor, lib. 5, tr. 1, c. 1, dirigida al Presidente Cerrato en 3 de octubre de 547, no permite a un capitán la salida de la ciudad de Segovia a poblar ni conquistar esta provincia, según lo ordenado en las nuevas leyes. En otra de 31 de agosto de 560 se refiere, que al tiempo que la provincia de Honduras se descubrió y conquistó los indios naturales de ellas se fueron huyendo a estas montañas; y en otra de 2 de junio de 594 se avisa, que algunas personas se ofrecían a hacer el descubrimiento, pacificación y población de esta provincia, por ser tierra rica y poblada de naturales, y se pide a esta Audiencia informe de las condiciones con que esto pudiera concederse. Pero esto, dice Vásquez, se dificultó emprender, porque los indios se fueron haciendo montaraces, errando de lugar en lugar, sin tenerlo fijo, para ser menos apercibidos, y tener en todo caso fácil la huida a los montes.

Se ve pues suceder en esta provincia, en el siglo XVI lo que en la de Chol. Es a saber: haber sido la tierra rica y poblada de naturales; entrañarse en ellos el miedo así de los españoles que asaltaban esclavos en la costa, como de los que conquistaban la tierra adentro; dejar de vivir en pueblos y ciudades, y volverse montaraces fugitivos en su misma patria. Es decir: que no eran al comenzar el siglo XVII, lo que fueron al empezar el antecedente; en fin, que habían degenerado de ser hombres y convirtiéndose en natura de liebres.

En cartas dirigidas al Presidente Doctor Alonso Criado de Castilla, de 7 de junio de 607 y 22 de octubre de 609, le recomienda el rey, se procure la conquista de esta provincia sin armas, y con sólo la predicación de los religiosos. Los franciscanos la emprendieron entonces. Verdelete y Monteagudo entran el año de 610 por el río de Segovia, y llegan a los lencas, los cuales en número de ciento los recibieron con muestras de regocijo; no dejaron luego de ofrecer motivos de recelo. Un secular Daza, que fué en compañía de los religiosos, como por diversión disparó algunos tiros de arcabuz, con que acobardados los indígenas, no por eso dejaron de inspirar confianza. Comenzó la predicación y luego se formaron dos reducciones; mas a poco comenzaron también a ausentarse los reducidos. Para contener la deserción se tomaron algunos niños por prenda, y más pronto fueron incendiadas ambas poblaciones. Huídos sus vecinos, y no pareciendo tampoco en los montes inmediatos, los religiosos trataron de volverse a esta capital, e informar de lo que había pasado, y que para entrar de nuevo era forzoso algún resguardo de soldados.

Así lo practicaron volviendo el año siguiente con 22 hombres, y Daza por cabo de ellos; tomaron en la entrada el mismo rumbo en busca de los lencas y luego de los taguacas, y reduciendo muchos de los unos y los otros, los reunieron en forma de pueblos. Determinando seguir su camino en solicitud de más infieles, mayormente siendo llamados de otros taguacas en lo interior de la tierra, ocurrió a Daza detener a los padres, y pasar él delante, para reconocer la disposición de los naturales y darles aviso. Lo hizo así, y en efecto, los halló alborotados y atrevidos; y tratando de sosegarlos, dice Vásquez, cap. 8, con el rumor de tiros al aire, los fué retirando, no sin muerte de algunos españoles. Al dar la vuelta para verse con los padres, uno de los soldados traía consigo prisionero un indio tan valeroso, que él solo había muerto dos españoles y venía respirando coraje. Siendo por ello reprendido del soldado, todavía más airado, le dió un bofetón. El español, que se vió herido tan afrentosamente, prosigue este escritor, ayudado de otro, forcejó con el indio y después de algunas coces y bofetadas que le dió, atándole la mano izquierda fuertemente con una liga a la cintura, le clavó la derecha contra un árbol con una herradura de caballo y ocho clavos, con mucha crueldad, dejándolo así preso desesperadamente, sin que lo supiese otro que los dos soldados.

Los taguacas, recorriendo las selvas, hallaron el prisionero clavado al árbol, muerto, y concibieron gran odio contra los españoles, y para buscar la venganza hicieron viaje a los pueblecillos formados, en que a

la sazón hacían mansión los padres, y el Capitán Daza con su gente. Se humillaron y pidieron perdón de la refriega pasada, solicitando entrasen sin soldados, o si éstos iban, fuesen sin armas; pues no querían guerra sino paz. Los padres y el Capitán, que ignoraban lo del soldado, aunque no hallaban sinceridad en ellos, condescendieron, adelantándose otra vez Daza, para dar noticia de si era positiva la sumisión que ofrecían; y juzgando los padres que era cobardía dejar al Capitán y los soldados solos en el riesgo, tomaron también el camino. Primero tuvieron aviso de Daza, por carta suya, de que los taguacas estaban disgustados, sin saberse la causa de ello; más adelante les salieron al encuentro ocho canoas con dos indígenas cada una, y mensaje de que el Capitán los llamaba; y aunque pedían carta suya, respondieron que no la habían dado por estar componiendo diferencias suscitadas entre ellos; y como esto hacía alusión a la carta que habían recibido, lo creyeron.

Caminaron río abajo buen trecho, hasta dar vuelta a un ribazo de tierra, en cuya caída vieron innumerables indios tiznados y embijados con sus penachos, plumas, y lanzas, y en una de éstas alta, puesta una cabeza, que parecía, como era en efecto, la del Capitán Daza, y en otras, algunas manos de españoles, una de ellas con herradura, y clavos. Puestos en sus manos sin esperar a que salieran a tierra, saltaron sobre ellos, y les dieron cruel muerte. De los soldados sólo escaparon algunos, ayudados de las bocas de fuego, pero heridos y maltratados. Pasó esto entrando el año de 1612.

La tercera entrada, al paso que presenta más regularidad, no por eso dejó de tener igual éxito. La dispuso el Padre Martínez, el año de 622, por la costa, saliendo de Trujillo en una fragata del Gobernador Juan de Miranda, que viajaba a Jamaica, y fué a desembarcar el Cabo de Gracias en Tologalpa, territorio dilatado, el más septentrional de Nicaragua, donde quedó con el lego Vaena, y cuatro indígenas de la Guanaja, que Vásquez, cap. 16, llama Ruatán. Con ellos al cabo de dos días penetró entre las playas: le salió al encuentro un anciano blanco de color, con mucha comitiva de hombres y mujeres cortésmente, dándole acogida en términos que, hallando lugar para la predicación, se formó el pueblo de Xarúa. Más adelante, reduciendo nuevas tribus, dispuso otros seis pueblos; pero, ausentándose de uno en uno sus vecinos, comenzando el año de 23, quedaron los lugares desiertos. Llegó a ese tiempo una fragata de Trujillo con bastimento y con otro padre que fué en su auxilio; y llevándolo en su compañía el Padre Martínez, sin desviarse de la costa pasó treinta leguas adelante al paraje de los guabas, que el propio Vásquez juzga mestizos de indígenas y españoles, arribados años antes a aquella playa, que corresponde al antiguo Cariay, visitado por Colón. Estos, continúa, recibiendo la predicación, y reuniéndose en pueblo, sirvieron de ejemplo, para que las tribus de jicaques a donde se dirigieron los padres en la tierra adentro la recibiesen también y formasen otros pueblos. Andando más, llegaron a los albatuinas, quienes, simulando recibirlos, dieron sobre ellos, y condujeron al suplicio estacando a uno en alto, partiendo a cercén la cabeza a los otros. El Gobernador

Miranda, que lo entendió, entró a castigar el hecho, y dando con sus cenizas, fueron éstas conducidas a Trujillo y luego traídas a la capital el año siguiente de 24.

La cuarta entrada, comenzada con nuevas circunstancias, terminó del modo que los anteriores. Por el año de 61, cuenta el propio escritor, cap. 23, experimentando don Bartolomé Escoto, hacendado de Olancho, los daños que le hacían unas tribus de payas conocidas por jicaques, juntando gente hizo entradas en ellos, aprisionó algunos, y los pobló en paraje conveniente el año de 64. En el de 67 vinieron tres de estos infieles a la capital, a pedir ministro que repitiese su misión en aquellas montañas. Hizo viaje el Padre Espino, y llegó a los indios parakas, de nación lencas, y consiguió formar con ellos siete reducciones: de modo que el año de 79 contaban en ellas porción de vecindario. El hacendado Escoto, que daba favor a estos trabajos, en el de 85 redujo los siete pueblos a tres que situó más cerca de su antigua mansión, pero comarcanos a otras tribus que les eran enemigas; y viniendo éstas sobre ellos, las dispersaron.

He aquí frustrado lamentablemente el éxito de las entradas de los misioneros en Teguzgalpa y Tologalpa, por más que en ellas se emplearon hombres de letras, de idiomas, de robustez y virtud, sacerdotes que habían sido maestros y prelados ministros de toda aptitud. Sus esfuerzos, en mucha parte lisonjeros y fructuosos al fin caducan y son malogrados. En unas misiones faltan a la compañía y resguardo la discreción y el acierto; y las otras, después de mucho adquirido, son destituidas de toda defensa. Pues si bien se forman Tologalpa las reducciones de Xarúa y los huabas, y en Teguzgalpa los de los payas y lencas, nunca se destina para ellas una población española, que se sitúe en la frontera y las resguarde; lejos de eso, estas últimas son desalojadas de su sitio, y aproximadas a tribus enemigas; y de consiguiente expuestas al riesgo de su agresión y ruina, como sucedió.

En Nueva España se emprendieron también misiones por este tiempo, pero con método diferente, esto es, seguidas de resguardo militar, y de colonias españolas, conforme a ordenanzas posteriores de Felipe II, recopiladas en el título y libro 3 a que da lugar el sistema de Casas, que permite a distancia en las comarcas reducidas, y fronteras que las siguen, poblaciones de esta clase. El Virrey Mendoza, que trató a este benemérito prelado, lo adoptó y transmitió a sus sucesores, de que hace memoria Torquemada, lib. 18, cap. 21, mencionando las emprendidas desde los años de 540, 581 y 596.

Murillo, en su Geografía, lib. 9, cap. 5, describiendo la Nueva Vizcaya, cuenta que entró a poblarla por el año de 608 el Capitán Francisco de Ibarra, de orden del Virrey Marqués de Salinas, y que la reducción de sus habitantes se encomendó a los padres jesuitas. Alcedo, hablando de esta provincia, refiere que se fundaron cinco presidios para contener las incursiones de los chichimecas; luego, recorriendo los diferentes partidos y naciones que la componen, muestra el progreso de las misiones y número de pueblos formados, las haciendas y reales de minas establecidos en

ellas. Llegando al partido de Tepeguana, dice: “Los españoles se establecieron pacíficamente entre ellos, llevados de las riquezas de las minas de plata, y entró a predicarles y reducirlos a la fe el Padre Jerónimo Ramírez, de la extinguida compañía, natural de Sevilla, que fundó los pueblos de Santiago y Santa Catarina, cuyas reducciones aumentaron otros religiosos, hasta que el año de 1616 se sublevaron, apostatando de la religión, y empeñando en la rebelión a las otras naciones, con que dieron muerte al P. Hernando de Tovar de la referida Compañía, al P. Fr. Juan Gutierrez del orden de San Francisco y a doscientos españoles con las crueldades mas atroces; pero con el castigo que hizo en varias entradas el Gobernador de la Nueva Vizcaya, don Gaspar de Alvear, del orden Santiago, volvieron á reducirse, y admitió los religiosos de la Compañía”.

Alcedo añade, que se fundaron todavía otros siete presidios, a diferentes distancias, y numera veintidós alcaldías mayores en el distrito. En fin, la provincia se erigió en obispado el año de 620, de que la capital fué Durango.

Por este tenor habla de las provincias de Sinaloa y Sonora; tratando de esta última, cuenta que comenzaron sus misiones el año de 638, de que más adelante se formaron veinticuatro pueblos, y añade: “Para seguridad de los pueblos de esta provincia, contra las invasiones de los indios apalaches, se han ido estableciendo presidios”, y da el nombre de cinco, de que el último fué el de Horcasitas. Murillo, cap. 8, tratando de Nuevo México, refiere, que en 1608, estaban bautizadas ocho mil almas; pero Alcedo hablando de esta provincia, dice: “volvieron a rebelarse, dando muerte al gobernador”; también expresa, que en 1644 había ya muchos religiosos misioneros. Sin duda fueron reprimidos, porque el propio Murillo asegura, que en 645 estaban reducidos 80 mil, exponiendo que hubo otro alzamiento general en 1660, en cuyas guerras se acabaron los tom-piras. Deben haber sucumbido, porque Alcedo hace relación de que en este año establecieron dilatadas misiones los religiosos de San Francisco. Humboldt, lib. 3, cap. 8, pone a esta provincia tres villas y 26 pueblos con 18,500 habitantes.

Se ha visto que Remesal, lib. 8, cap. 25, tratando de la reducción de los indígenas a poblado, se lisonjea del acierto que hubo en la de los pueblos, que refiere y añade: “Que si en la Nueva España se guardara este orden en 1562, no se hubiera errado tanto en la junta de los pueblos que se pretendió hacer, y el Rey ahorrára más de 300 mil ducados de los salarios, que dió á sus ministros, y la tierra tuviera más de un millón de moradores que faltaron, por quererlos mudar de sus asientos”.

Ahora, es de decir en retorno, que si en Guatemala se guardara en las entradas de misiones en las costas de Tesulutlán, y en las de Teguzgalpa y Tologalpa el orden que se guardó en Nueva España, y en las de Nueva Vizcaya y en las de Sinaloa y Sonora, hasta el Nuevo México, no se hubiera errado tanto en la reducción que se intentó de sus diversas tribus y naciones; se habrían también ahorrado vidas y gastos, o por lo menos, no se habrían malogrado, y se habrían agregado nuevas poblaciones de indígenas y españoles, y habrían crecido las provincias de Ve-

rapaz, de Honduras y Nicaragua, y no se habría redundado, que por falta de este aumento quedasen truancas, diminutas y desiertas todas estas tres provincias, de que dimanó que a tiempo que en Nueva España se erigió el obispado de Durango en 1620, en Guatemala se suprimió el de Verapaz, y se unió al de la capital de su nombre en 1607.

CAPITULO XLII

ENTRADA DEL PRESIDENTE BARRIOS AL LACANDON

El mal éxito que tuvieron en Guatemala las entradas de religiosos en países de infieles, emprendidas durante el siglo 17, había puesto en descrédito la antigua doctrina de Casas de la conquista sin armas, y ocasionó en orden a las leyes favorables a los infieles un retroceso de ideas, que después de la edad de aquel Obispo, se experimentó también respecto de los fieles, volviendo éstos, bajo las nuevas leyes de libertad y alivio suyo, al antiguo tributo y vejaciones que antes habían sufrido. El mismo Vásquez, cap. 1, lamentando las leyes prohibitivas de conquista con armas, vitupera al que influyó en ellas, diciendo: "Dios haya perdonado a quien las motivó, sin con buen celo, con tema, y poca experiencia, que han sido causa de averse retardado la cristiandad de tantos infieles". Y como el rey en cédulas del año de 680 y siguientes, urgía con la conquista de las naciones infieles esparcidas en las costas del Norte de los cuatro obispados de Chiapa, Guatemala, Honduras y Nicaragua, y se experimentaba lo infructuoso de las entradas de religiosos, se esforzó la opinión de que no podía practicarse, sino con armas.

Del retroceso de las ideas se pasó al de las virtudes, por más que algunos se creyeron transportados a la edad heroica de los Corteses, Pizarros y Alvarados, para no ser de menos, y pretender descubrimientos y conquistas. D. Diego Ordóñez de Villaquirán, corregidor de Chiapa, obtuvo la del Lacandón con título de Adelantado, y entró por Ococingo a este país con muchos españoles, y 600 indígenas chiapenses, refiere Valenzuela, autor de un manuscrito con 400 fojas de la historia de esta conquista, cap. 4, y a día y medio de camino, dice, formó el ejército, y al toque de tambor publicó un bando, en que otorgaba perdón general a los indios de la montaña, ordenándoles, que dentro un breve término le viniesen a dar obediencia en nombre de S. M. y que de no hacerlo, les publicaba la guerra a sangre y fuego, y en señal de ello, mandó tirar cuatro lanzas hacia las cuatro partes del mundo. Como los indios de la montaña no aparecieron, se fué desbaratando el ejército, y se tuvo por dueño del campo el Adelantado, al cual, nota este escritor, que la gravedad de la materia no le permitió llamar caballero andante; pero Ximénez, lib. 4, cap. 70, advierte, que le importó una rica encomienda de indios en el partido de Mita.

Igual gracia solicitó del rey el Presidente de esta Audiencia, don Sebastián Alvarez, Alfonso Rosica de Caldas, en carta que transcribe el mismo Ximénez, lib. 5, cap. 20, ofreciendo hacer la conquista a su costa,

depositando antes 30 mil pesos para gastos de ella, y asignando entre las condiciones de su solicitud por 12ª la de que pacificada la provincia, se llamase en lo sucesivo, la provincia de Caldas, en memoria de quien la conquistó. Por el año de 87 el Oidor Zaraza, escribe Valenzuela, cap. 5, acudiendo a la Verapaz para las averiguaciones del Alcalde Mayor Amileta, que fue depuesto, dio más importancia a su visita, informando desde Cahabón al acuerdo ser muy conveniente, que por las alcaldías mayores de la misma Verapaz, de Huehuetenango y Chiapas, se atacase a un tiempo a los infieles del Lacandón y el Chol, y se situase en el centro una población española para resguardo de las reducciones, ofreciendo además sus servicios para el efecto; pasó al Fiscal, que pidió otros informes.

Don Juan de Mendoza, que a petición del hacendado Escoto había sido enviado por el Gobierno General de Honduras por cabo de la gente que hizo la entrada en Teguzgalpa, ocurrió al rey, manifestando sus servicios practicados en ella, y ofreciéndolos para entrar en el Lacandón con título de sargento y Gobernador de la entrada; acompañó su solicitud con recaudos de la Audiencia, que informó en su favor, añadiendo, que convenía hacer la entrada por los tres puntos que van referidos. El rey, en cédula de 24 de noviembre de 92, que transcribe Valenzuela, cap. 8, ordena que sin pérdida de tiempo se ponga diligencia en dicha entrada por los rumbos indicados, nombrándose al efecto al mismo Mendoza, si es idóneo para el efecto, en inteligencia, que la gente armada no sea para hacer guerra a los indios, sino para resguardo de los religiosos, que les prediquen la palabra evangélica.

No cedió a otros este honor el Presidente Barrios Leal, pero deliberando cuál de los tres puntos escogería, cometió a otros la entrada por la Verapaz y Huehuetenango, y tomó de su cuenta la del más distante que era la de Chiapa a entrar por Ococingo. Corría entonces el mes de agosto de 94 y librados gastos sobre tributos, como también habidos donativos de San Salvador, Guatemala y Chiapa en cantidad de 3,830 pesos, a fuerza de granos, gallinas, reses y caballos con sus albardillas, estribos y frenos y por último, ofreciéndose gente voluntaria, armó 200 españoles y mestizos con otros tantos arcabuces y dos mosquetes, 200 indígenas con flecha y lanza, y 150 gastadores, para abrir camino en la montaña. Salió de esta capital el 17 de diciembre, y en último de febrero siguiente, a los dos meses trece días llegó a Ococingo, donde ya el ejército ascendía a más de 600 hombres. Desde allí se tomó el 1º de marzo el camino para la montaña que ya comenzaba a asolarse desde la jornada de Quiñóniz, se halla ahora desierta en todo el tránsito, hasta el 12 de abril, que se descubrieron dos espías, y a lo lejos la laguna y unos indígenas en su contorno.

Por la Verapaz, refiere Ximénez, lib. 5, cap. 65, fué destinado a salir el 28 de febrero Juan Díaz de Velasco con 70 soldados, 100 flecheros, 70 gastadores y 50 cargadores, que caminaron el 5 de marzo; pero no encontraron las poblaciones, que Cortés dos siglos antes, con abundantes bastimentos, sino sólo rancherías de 4, de 5, hasta 100 casas, y caciques a quienes a lo menos obligaron a abrir caminos y hacer ranchos

para el ejército. En Campamac saludaron al capitán y su gente con este razonamiento: "Seais bien venidos, y decidnos cuando os vais?" Domingo Canté, cacique de Bictelum, Agustín Xiquín de Noxoy, Matías que lo era de Muy, y Simón de Chocaban, desertores de los pueblos de Manché, prestaron servicio. La primera ranchería de Mopán contaba 500 indios, había en ella un ídolo con ojos de nácar, y su cacique Taxin Chan, rehusando recibir a los españoles, contestó que no sabía abrir caminos; así estos como los otros se ocuparon en hacer oposición: de dos espías uno que fue tomado, sufrió tormento para que declarase los términos y disposición de aquella provincia, y la de Itzá, que le seguía; a un cacique que cayó prisionero no podían sujetar diez ni doce hombres; más adelante, las rancherías quedaban solas, y las milpas fueron taladas para que no sirviesen a los españoles; pero al fin del distrito fueron recibidos de paz, y un cacique se presentó con casaca de manta negra, de que hacían uso, así como de mantas de otros colores. Pasado Mopán, los itzanos, irritados con la noticia de que iban padres, acometieron en pequeñas partidas, que fueron hostilizadas, y de ellos murieron seis, otros quedaron heridos; entre éstos un cacique por nombre Quixán, que fue remitido a la capital; otro, todavía atravesado con lanza, dió un machetazo a un español; otro, con una puñalada, botó a brazos al soldado que se la dió. En otra refriega un cacique llamado Chan, tomado prisionero cortó el cordel con los dientes, y a saltos huyó; otro lo fue también, que peleaba herido con lanza y cuatro balazos. Dos de estos pueblos se llamaban, uno Tivayal y otro Batarima. No se consideró el capitán con fuerzas para aproximarse a la laguna, y mucho menos para arribar a la isla de Petén, cabecera del territorio, y por otra parte, entradas allí las lluvias, que embarazaban los caminos y la retirada, no teniendo noticia del Presidente Barrios, determinó el 24 de abril volverse a la Verapaz.

El Capitán Melchor Rodríguez fué destinado para entrar por Huehuetenango el mismo día 28 de febrero, y penetrando en la tierra, no hallando sino desiertos, aun en los lugares, en que siglo y medio antes fue disputado el paso al Oidor Quiñónez, llegó a encontrar pasado un mes, huella de hombres; siguiendo el rastro, dió el 9 de abril con la laguna y población de Lacandón, antes llamada Pochutla, que halló desierta, y saliendo por diferentes rumbos en solicitud de los fugitivos, divisó la gente del General Presidente, quien con el aviso, luego se dirigió a la población a que llegó el día 19, haciendo presa de algunos fugitivos, que se descubrieron, y por ellos a muchas familias y caciques que pudieron ser habidos en número de trescientas personas. Entonces, por cartas que el Presidente recibía de Guatemala tuvo noticia del Capitán Velasco, que por este tiempo llegaba al territorio de Itzá, denominado antes Acalá, cuya laguna era distinta de esta última, y distinta dice Ximénez, libro 5, capítulo 57, de la Pochutla. El Presidente no había seguido en la jornada el dictamen de los dominicos, que la persuadían por la Verapaz, y tomada en el pueblo de Lacandón noticia de que la laguna de Itzá distaba de allí 30 leguas, dispuso primero construir una fortificación para mantener aquel punto en sujeción, y luego continuar la jornada a la otra provincia.

En Lacandón, que llamaron pueblo de Dolores, refiere Valenzuela, cap. 29, se encontraron 103 casas de habitación de los vecinos, más bien construídas y de mejor parecer que las de los pueblos de indígenas sometidos al Gobierno español; tres de ellas en el centro, de extraña capacidad, destinadas al uso común; una que servía de templo, otra para juntas de hombres, y otra para mujeres; todas emparedadas de estacada de madera muy bien ajustada, embarnizada y blanquecida, sin distinguirse de la mampostería, sino por el tacto, acercándose. En medio del templo había un lugar cerrado con puerta a donde sólo entraba el sacerdote, y en él una peana de barro, sobre que estaban dos macetas también de barro de una vara de alto, pintadas con fondo blanco, y labor de diferentes colores, con vestigios de sangre de aves, que sacrificaban en ellas. Había también trajes de paño tejido de algodón de diversos colores, con cordones y borlas pendientes en las esquinas, jubones para bailes, sin mangas y con faldillas; y manípulos también con cordones y borlas, que se ponían las indias en las muñecas y asimismo tepanaguastes, flautas y otros instrumentos de música. En la sala de juntas había más de doscientas tablas colgadas para asientos. Tenían en las otras, casas sus huertas con piñas, patatas, plátanos, jícamos, zapotes, jocotes y otras frutas; asimismo corrales con gallinas de la tierra y de Castilla, como también perros y guacamayas mansas, y en el campo dilatadas sementeras de maíz, chile y frijol, que se recogió de orden del Presidente para que no se sirviese a los fugitivos.

Entre sus utensilios de labor se hallaron hachuelas de piedra, escoplos, instrumentos de tejer y ajuar de ollas, y comales. Torcían sus cigarros, que llamaban puquiet, en hoja de nance, y sacaban fuego por la frotación del corcho ajustado a un molinillo, que les servía de eslabón. Mecían los niños en cunillas de carrizo; y por lo general, nota del mismo escritor, capítulo 33, con ser la tierra muy caliente, eran sus naturales más trabajadores que nuestros indios pacificados. La educación de sus niños y niñas consistía en hacerlos trabajar en labores de su sexo para su mantención. Fueron reconocidos algunos caciques, a saber: Cabnal, Tuxnol, Tuxtecat, Buban, Sulabnachichel, Tzatzí, Quin, Chancut y Polón. El primero, que mostraba menos paciencia, pidió licencia para irse a su milpa, y achacaba a los españoles que era gente muy desaseada, porque a la gotera de las casas habían hecho sus necesidades, como si no hubiera montes y sabanas a la inmediación; con esto el Presidente mandó limpiarlo todo. Un indígena tomado por guía para descubrir fugitivos, porque no entendía los intérpretes, ni era entendido de ellos, dió motivo a un español para que agarrándole un bigote y retorciéndoselo, le diese tan fuerte tirón, que se lo arrancó; el paciente sólo miró al hechor con severidad, asomándole la lágrima a los ojos; el Presidente, ignorando lo sucedido, lo envió a los suyos, para que informando, que no había recibido molestia ni agravio, los indujese a venir al pueblo.

Entre tanto, se formó la fortificación, incluyendo en ella las tres casas del común, en que estaba alojado el ejército: en su construcción se siguió el uso de la estacada para las paredes o murallas con que se formó un cuadro, prolongándose un lienzo en cada esquina. Cuando el Presidente

disponía seguir la jornada para Itzá, la gente del ejército comenzó a representar achaques, y solicitar licencias para volverse, con que no pudo verificarse la jornada, y aun el Presidente emprendió también su regreso a la capital, dejando guarnición, y para los indígenas nombrando gobernador en nombre del rey al cacique Izquitzin, que tomó el apelativo de don Pedro de Barrios, en honra del Presidente, y por este tenor alcaldes y demás oficiales de justicia y regimiento del pueblo.

El Presidente, quebrantado con la jornada, murió luego, escribe Ximénez, lib. 5, cap. 73, y la Audiencia que tomó el Gobierno, dispuso otra para principios del año de 96 cometida al Oidor Amésqueta, que caminó con 150 hombres a cargo del Capitán Juan Díaz de Velasco, para la Verapaz de una parte, y de otra el Capitán don Jacobo de Alcayaga por Huehuetenango. Este llegó a Lacandón a fines de febrero, y se embarcó en canoas con la gente en demanda de la laguna de Itzá en un río que desagua en el lago de Bacalar, por lo que al cabo de setenta y cinco días de navegación se volvió sin hallar noticia. Amésqueta entró en la Verapaz a principios de febrero, pasó el Chol, y llegó a Mopán, en principios de marzo, y ya en distrito de Itzá, se adelantó el Capitán Velasco a la inmediación de la laguna con sesenta hombres, y el cacique Quixán prisionero, para entablar por su medio mensajes de paz con el rey Canek, o cacique de Petén, entretanto llegaba el mismo General con el resto del ejército. El cacique Canek no dió contestación al mensaje, pero sí remitió socorro de víveres, refiere el mismo Ximénez, cap. 76, y muchos regalos, con que infundió confianza e introdujo gente en el campo de los españoles, y a la seña dada ocurrieron nubes de indígenas armados, en cuyo encuentro perecieron ochenta de ellos; pero llegando a las manos, no quedó uno vivo de los españoles, y como treinta flecheros de Salamá.

El Oidor Amésqueta, no teniendo noticia alguna del Capitán Velasco ni de su gente, infirió su derrota y exterminio, y recelando una irrupción de los itzanos, construyó una fortificación a orillas del río Chacal, que sirviese de resguardo y escala para las entradas. Los dominicos habían clamado siempre por una población y establecimiento de esta clase en aquel punto; pero llegando a la capital el Presidente Berrospe, ajeno de estas empresas, le envió orden para que se retirase y abandonase aquella fortificación.

CAPITULO XLIII

CONQUISTA DEL PETEN POR URSUA

Don Martín Ursúa, menos ocupado con la fantasía de los conquistadores del país, limitó sus designios a lo útil. Tenía el grado de Sargento Mayor en Mérida de Yucatán, y siendo un vecino particular, ganó cédula de sucesión en el gobierno de la provincia, que ocupaba don Roque Soberanis; pero llamado éste de la Audiencia de México, por desazones con

el Obispo, entre tanto se detenía, fungió sus veces Ursúa, el cual había propuesto al rey y obtenido también cédula, que lo autorizaba para abrir a su costa camino de Yucatán a la laguna de Itzá, y al propio tiempo sujetar sus habitadores; como también encontrando el paso de ella para la Verapaz, dejar abierta la ruta de comunicación de Yucatán a Guatemala, que tanto se había deseado, y encargado el rey, y tanto convenía al trato y comercio de una con otra provincia.

Ursúa, según la narración de Villagutierre, lib. 5, cap. 1, por el mes de julio de 95, armó cincuenta hombres con todo género de arma, y tres compañías de flecheros y gastadores, a cargo de un teniente suyo y un ingeniero, pagando a los primeros a ocho pesos el mes, cuatro a los segundos, y tres diarios a los últimos, los cuales saliendo de Chabih, último pueblo de Yucatán, fueron reconociendo y desmontando un camino antiguo, que a pocas leguas desapareció y tomando el abujón siguieron rompiendo al sudeste, por donde a diez leguas llegaron primero a Nobecán, lugar despoblado en que hallaron vestigios de edificios antiguos, entre ellos una pila de piedra en que cabrían treinta botijas de agua; luego a Thub, lugar grande, también despoblado, en que se descubrió otra, en que cabrían cien, dice el mismo escritor, cap. 3. Más adelante llegaron a la ranchería de Zutok, en que había 48 indios; luego a las de Chumpic y Bateab; y por último a las de Chutumqui, en que llevaban abiertas ya ochenta leguas de camino. Aquí pelearon seis indios hasta morir, y muertos se entregaron las mujeres y niños en número de quince personas. De las cuatro rancherías y otras ocho que les eran contiguas, formaron dos pueblos, el de Zutok y Bateab.

En México, Soberanis, mandado restituir a su gobierno, comenzó a litigar con el Fiscal, que a él correspondía la apertura del camino, y reducción de Itzá, como encargado a los gobernadores comarcanos en cédulas anteriores, oponiendo, que la merced hecha a Ursúa, era para cuando fuese gobernador. Entretanto, este último envió otros cincuenta hombres, y artillería a la montaña para dar cuerpo a la tropa que había en ella, al propio tiempo que su aproximación llegaba a noticia de los itzanos, alarmados ya hacia la banda de Mopán, por donde había penetrado pocos meses antes de parte de Guatemala el Capitán Díaz de Velasco, hasta el río Chaxal, distrito de la isla. Con estas ocurrencias entraron en debate los itzanos sobre el partido que les convenía tomar para su defensa. El gran Canek, señor de la isla principal, tenía bajo de sí otros cuatro caciques dueños de las otras islas y poblaciones de la ribera, y disentían en someterse a los españoles o rechazarlos; pero todos convinieron según su política en mostrarse de paz, y enviar una embajada de obediencia al Gobernador Ursúa.

En efecto, fue enviado Can, sobrino del rey Canek, con otros dos hermanos suyos, por Typú, una de las diez provincias de Itzá, situada en la costa, y pasando por la villa de Salamanca, llegaron a Mérida. De lo que avisado el Gobernador Ursúa, dispuso salirlos a encontrar con toda pompa, y recibirlos en la sala principal del palacio. El embajador Can tomó en las manos una corona de plumas de varios colores, que traía, y la puso

en las del gobernador, haciéndole un razonamiento de parte de su tío el gran Canek, que concluyó diciendo: "para que en nombre de tu gran rey, cuya persona representas, nos admitas y recibas en su servicio". Hospedado Can, que luego tomó el nombre de don Martín, y obsequiado como correspondía, sin admirarse de cuanto podía causarle novedad, dio la vuelta por el propio camino, con presente para el rey Canek, su tío. Ursúa, por el suyo, envió orden a su Teniente General Paredes, para que, en nombre del Rey don Carlos II, y suyo, fuese a tomar posesión de los señoríos de la isla.

El Teniente Paredes, hallándose achacoso, envió en su lugar a Zabiaur, segundo cabo de la expedición, con sesenta hombres y algunos indios de guerra y de servicio, que se pusieron en camino y llegaron a la orilla de la laguna, mediando ya el año de 76. Los caciques itzanos, que no estaban en manera alguna conformes en entregarse a los españoles, y acababan de agasajar y destruir al Capitán Díaz de Velasco con toda su gente, engreídos con este triunfo, se prometían todavía otro, y se alegraron de haber a las manos por la banda opuesta a la gente de Ursúa para concluir con ella. Se juntaron, dice Villagutierre, lib. 7, cap. 4, hasta diez mil indios en inmensidad de canoas; pero siendo menos el número los que salieron a tierra, en ademán de paz y amistad, acercándose a los españoles, solamente lograron asir a tres de ellos, que llevaron a las canoas, y a otro despedazaron en su presencia en el campo, como también dos indios de Yucatán, y en seguida dieron a flecharlos. Comenzada así la batalla, Zabiaur se vio en la necesidad de hacerles una descarga, en que murieron cuarenta itzanos, que amedrentados, tuvieron a bien retirarse algún tanto. Zabiaur, en la precisión de aprovechar los momentos, considerándose con poca gente, dispuso hacer lo mismo, tomando su camino hasta el real de la montaña, de donde luego dio aviso de todo al General Ursúa.

El real de la montaña puntualmente se hallaba a poca distancia, pues el camino se venía abriendo, y estaban ya desmontadas 110 leguas. Ursúa, con noticia de lo uno y lo otro, trató de formalizar la expedición. Armó otros 100 hombres, y los envió con artillería gruesa y munición, todo a su costa; envió también carpinteros de ribera para la construcción de piraguas y bergantines, que sirviesen en la laguna. El mismo autor escribe, cap. 5, que en el curso del camino se encontraron tres rancherías, y que agregándose otros muchos indios queaches y chelenes, que salían de la montaña, se redujeron a pueblos, que se situaron en el tránsito, con quienes se surtían de bastimentos; pero aproximado el real a la laguna, y no asomándose sino itzanos, se dificultó el surtimiento en la inmediación. Una partida del ejército bien armada llegó hasta la ribera en solicitud de cambio y rescate de ellos; luego se presentaron innumerables canoas en aptitud hostil, que no abandonaban antes apuraban disparando flechas, por más que se les requería de paz, hasta que, haciéndoles una descarga al aire, huyeron las más, quedando sólo cuatro de ellas. Los soldados se acercaron, y al contesto los mismos itzanos, pero como denegaban los bastimentos, se volvió la partida al real, que distaba ya 16 leguas. El Teniente General Paredes dispuso construir allí un reducto para mayor resguardo, y esperar en aquel punto a Ursúa.

En México, el Virrey Conde de Gálve, embarazaba a Soberanis la venida a Yucatán con el cargo del camino, y reducción de Itzá, que estaban ya en mucho adelantamiento; pero se le concedió, permitiéndole solamente el gobierno de la provincia, e inhibiendo a Ursúa, como futurario en el Gobierno, residir en ella, con prevención a este último de que afuera de su distrito acudiese al seguimiento de lo comenzado, y orden al primero para que auxiliase en lo que pudiese a su costa. Así fue, que llegado Soberanis a Yucatán, Ursúa tomó el camino para su expedición.

Puesto al frente de su ejército, fue siguiendo la apertura del camino hasta dos leguas de la laguna, en donde los itzanos, saliendo a tierra en partidas, le disputaron tenazmente el paso; pero allanado al fin sin estrago, el ejército y el astillero se situaron en la propia ribera; se cortaron maderas, y se construyeron una galeota de 30 codos de quilla, y otra piragua menor. Era entonces entrado el año de 97: todo el tiempo que duró hacerse las embarcaciones, se ocuparon las canoas itzanas en presentarse a los españoles en el agua, amenazando con la guerra; luego en saltar gente a tierra, provocando para la batalla; y por último en parlamentos de sumisión conducidos por Chamazulú, uno de los señores, y Quincanek sumo sacerdote del país, a quien siempre despidió el general con presentes de Castilla. En medio de estas ocurrencias pasó don Martín Can, sobrino del gran Canek embajador suyo, que había ido a Mérida el año anterior, quien manifestó las angustias que sufrió en la vuelta de su embajada, las contradicciones que sufrió su tío por conciliarlos en la sumisión a España, y la osadía con que los indios de los pueblos de Chatá y Puc se habían apresurado en asaltar y consumir al Capitán Velasco y gente de Guatemala. Ursúa tomó la resolución de llamar y emplazar ante sí al gran Canek para el día siguiente, en que eran ya concluidas las embarcaciones. En vez de Canek sólo acudieron en las canoas grupos de mujeres entre ellas muchas lucidas, que saltaron a tierra a presentarse a los españoles, sin designar su objeto. El General Ursúa ocurrió a su recato y contemplación para su regreso, y celebró consejo de guerra, en que se resolvió la ocupación de la isla principal.

El día siguiente se echaron las embarcaciones al agua. Entró en la galeota el General con 106 hombres, 6 criados, 2 sacerdotes y don Martín Can, dejando el campamento y la piragua con el resto de gente, tomó dirección para la isla; a la mitad de la laguna comenzaron a presentarse por todas partes canoas armadas; la galeota seguía su camino, divisó la isla, sus altos adoratorios parecieron coronados de baterías, y las orillas con trincheras de piedra y lodo. Las canoas formaron media luna a espaldas de la galeota, la cual acercándose a tierra requirió de nuevo con la paz. La resulta fue llover flechas de las canoas y la isla sobre la galeota en todas direcciones, hasta que heridos el Sargento Mayor González y un soldado Durán, dispararon, y en pos de ellos todos los demás. Continuó la descarga reciamente la fusilería; saltó en tierra el General con número de tropa, sin cesar de hacer fuego, hasta que desapareció el enemigo. De una parte, los flecheros se echaban al agua huyendo, y dejando en presa muchas canoas, y de otra, la isla regada de muertos, se despobló, haciendo

fuga sus habitantes por la banda opuesta. Abandonado así el campo, el General subió a la población, colocó la bandera en la altura del adoratorio principal, y quedó ocupada la plaza el 15 de marzo del propio año de 97.

Ninguno de los españoles pereció: itzanos murieron innumerables. Pasado el estrépito, en pos de uno u otro menos desafectos que llegaron a la isla, fueron volviendo muchos a sus hogares, que siendo acariciados, llamaban a los otros, y algunos dueños de las canoas, las cuales les fueron restituidas. De las otras islas y pueblos acudieron muchos a rendir obediencia, entre aquellas, las de Capui y Aquejil, y entre éstos, los de Ahin, de cuyo cacique Chamazulú se valió el General para haber al gran Canek, que acudió a darla, advirtiéndole, que desde el principio envió al efecto su corona. Llamado por una orden Cobox, cacique de doce pueblos de la ribera, respondió, que fuese su señoría, y sería bien recibido. Fue en efecto el General en la galeota, y siendo bien recibido, llevó consigo al cacique a recorrer los doce pueblos de su mando, que le obsequiaron con presentes. Se imputó al propio cacique, que había impedido a otros señores de lugares someterse a los españoles, y echándosele grillos por ello, dijo con serenidad: que se sabría la verdad; y sabido, que sólo resistió por sí, unido a los que espontáneamente se opusieron, se le quitaron, y volvió a sus pueblos; únicamente quedaron presos Canek, señor principal, Quincanek, pontífice, y otro Canek sobrino suyo.

En la población de la isla principal había veinte adoratorios grandes con multitud de ídolos, muchos de los primeros formados con piedra de alabastro, de que escribe el mismo Villagutierre, lib. 8, cap. 12, hay una sierra a diez leguas, donde se despeñó el caballo de Cortés. Los ídolos se hallaron de diversas materias y figuras; algunos de piedra de jaspe, uno se reconoció de esmeralda, con tamaño de un jeme, que tomó para sí Ursúa; uno había con rostro de sol, y rayos de nácar. Advierte el mismo escritor, cap. sig., que muchas estatuas de piedra, madera y yeso, estaban muy bien esculpidas, aunque algunas horribles. Entre los frutos del territorio se nota excelente género de añil; y además grana, vainilla, cacao, achiote, algodón, cera, miel, y todas legumbres, y aves de Castilla y de la tierra. Los hombres estaban vestidos de ayate, y las mujeres con unas fajas de cuatro varas de largo y una tercia de ancho.

Terminada la reducción del territorio, continuó Ursúa la apertura del camino, descabezando la laguna, para unirlo por tierra con el de Guatemala, e hizo descubrir otro más grave para San Agustín Lanquín de la Verapaz.

Construyó en lo eminente de la plaza un reduto en forma cuadrada con cuatro baluartes, en que colocó tres piezas de artillería, seis pedreiros y seis esmeriles, puso una guardia de 50 hombres con sus armas y pertrechos, nombrando a Estenez por su Capitán, a quien hizo entrega de la galeota y piragua, con su armamento, y de los tres personajes presos. Como esta reducción estaba tan recomendada al Presidente y Audiencia de Guatemala, Ursúa les dio aviso del estado que tenía, pidiéndoles dinero para la manutención del presidio, y poniéndolo a su disposición, para que

en adelante cuidasen de él. Pareciendo concluido su objeto, trató de volverse a Yucatán, y se puso en camino con la demás gente, la cual en su llegada pagó y despidió.

Vuelto a Yucatán Ursúa, que no podía olvidarse de Itzá, pasó a Campeche a negociar algunos menesteres para su surtimiento, conservación y adelantamiento. El gobernador Soberanis, que no juzgaba de provecho alguno aquella conquista, ni la residencia de un futurario en la provincia, dio orden para que Ursúa no se moviese del lugar, lo que le perjudicó y mortificó bastante, pues luego comenzó a tener avisos de la falta de bastimentos que padecía el presidio, la deserción que sus habitantes hacían de la isla, y las amenazas de un alzamiento contra su guarnición. Todo hacía que llegase a noticia del Presidente y Audiencia de Guatemala, quienes al principio enviaron algunos dineros, pero no continuaron los necesarios; y de nuevo escribió, no sólo haciéndoles cargo de la guarnición y todo lo adquirido, mas también explicándoles la necesidad de hombres que repusiesen sus faltas, la de familias que se estableciesen en la población, y de varios géneros de bastimento, que allí no podían lograrse, concluyendo con que aquello estaba para perderse en todos conceptos, que él con haber gastado cuanto tenía, y estar preso, no podía prestar asistencia ni socorro alguno, y lo mucho que convenía sacar secretamente los tres presos de la isla para Guatemala.

Ursúa, según fue dando cuenta al rey, siempre obtuvo cédulas en su favor, primero inhibiendo a Soberanis el camino y la reducción, amparando en ella a Ursúa: después eximiéndolo de él para sus auxilios y surtimiento y por último, en 24 de enero de 97, otra, nombrándole Capitán General de la reducción independiente del Virrey de México, del Presidente de Guatemala, y del Gobernador de Yucatán; con cuya prerrogativa quedó libre de la prisión, y en aptitud de entender en todo lo perteneciente a la isla; pero siempre insistió en que el Presidente de Guatemala cuidase de ella. Este último, atendiendo a su instancia más allá de lo conducente, aprestó 25 familias para establecer en la población, 1,500 cabezas de ganado para consumo y propagación, armó 200 hombres y 2,000 indios de guerra con capitanes, oficiales, y por Teniente de Capitán General y Cabo superior de todos, en real provisión de 20 de diciembre de 98, al comisario de la caballería don Melchor de Mencos, que se pusieron en camino para Itzá.

A Ursúa, luego que llegó la noticia, desagradó el aparato militar, de necesidad chocante, en una reducción reciente, pacífica, descontenta y escasa de bastimentos, y haciendo nuevos esfuerzos para surtirse de muchos, partió con ellos a la isla, a donde llegó poco antes que la gente de Guatemala. Con la llegada de Ursúa volvieron los habitantes que habían desamparado el vecindario, y los pueblos recobraron la subordinación que habían perdido, con que se restableció el orden en mucha parte, y ya fue fácil prevenir alojamientos y recibir al General y ejército que esperaba. Saliéndole al encuentro, se suscitó por precisión una contienda rara en su género, entre uno y otro general, porque Ursúa se sometió como soldado al nuevo General, para que él mandara y dispusiese de todo, puesto que la

reducción y el presidio estaban a cargo del Presidente y Audiencia de Guatemala, y el General Mencos se sometía como soldado al General en razón de que lo era nombrado por el rey, y era quien lo había trabajado. Ursúa, que desaprobó la multitud de tropa, que debía disgustarse, falta de bastimentos y el aparato de guerra capaz de alarmar a los reducidos, insistía en no mandar, para que el General Mencos gobernase a su modo, y viese como conciliaba la paz y contento de ellos. Este último alcanzó la razón e inconvenientes de todo, e instando de nuevo, sacó el partido de que ambos gobernasen como concabos y superiores de la expedición. Ursúa vino en ello, y dadas las providencias para el socorro del momento, para el establecimiento de las familias, el bienestar de los reducidos, y fomento de la guarnición, trataron de volverse. Ursúa para Yucatán, a tiempo que muerto Soberanis, le tocó substituirle plenamente en el gobierno; y Mencos a Guatemala con el resto de gente, y los tres presos, que trajo a su casa con estimación.

Por este tiempo los ingleses del Norte, según el compendio citado, al interés de dilatar sus posesiones, habían hallado motivo de hacer la guerra a los naturales del país; pero las batallas que estos daban entonces, surtidos de armas de fuego, y ya disciplinados por los franceses del Canadá, no eran como las refriegas en que se ocupaban los itzanos, lacandones y acalanos, y ellos mismos, un siglo antes. Los ingleses se armaban seriamente, y aunque la superioridad que es de suponer en los europeos, les daba la ventaja, ellos soportaron a veces enormes estragos. Antes de 1650, Opcharkanon en la Virginia, cansado de ver a unos extranjeros, que poco a poco iban invadiendo su territorio, resolvió expulsarlos; cuatro años empleó en preparar su proyecto; la constancia de los salvajes en guardar secreto, excedió a cuanto puede imaginarse: el día señalado se arrojaron de golpe en las habitaciones de los colonos, y asesinaron cuanto encontraron, sin distinción de edad ni de sexo. La Carolina, por los años de 1712, fue el teatro de una espantosa carnicería ejecutada por los indios, y desde mucho tiempo preparada en las tinieblas. Más adelante, el joven Felipe, príncipe de la Bahía de Massachusetts, ligado con otras naciones, después de incendiar muchos lugares, hizo perecer más de seiscientos ingleses. La misma Carolina y la Georgia repetidas ocasiones vieron sus fronteras asoladas por las tribus Cherökis. Así es que se les ve hacer tratados, alianzas y amistad con los indios.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO I

	PAGINA
El Doctor don Francisco de Paula García Peláez, por el socio Francisco Fernández Hall	9
Ascendencia del Ilustrísimo señor doctor don Francisco de Paula García Peláez	27
Introducción	31
División de épocas	32
<i>PRIMERA EPOCA:</i>	
Población	33
Antigüedades	38
Monarquías	41
Ciudades	42
Edificios	43
Agricultura	45
Artes	48
Ciencias	51
Comercio	52
Recreaciones	53
Epílogo	54
<i>SEGUNDA EPOCA:</i>	
CAPITULO I.—Descubrimiento de Guatemala	55
CAPITULO II.—Salteamiento de guatemalanos	59
CAPITULO III.—Conquista del reino	63
CAPITULO IV.—División de provincias	69
CAPITULO V.—Colonización española	75
CAPITULO VI.—Vejación de los indígenas	78
CAPITULO VII.—Jornadas de Cortés y Alvarado	84
CAPITULO VIII.—Otras vejaciones de los conquistadores	90
CAPITULO IX.—Despoblación de aquella época	95
CAPITULO X.—Certidumbre de esta despoblación	100
CAPITULO XI.—Vicariato de Casas en Guatemala	103

	PAGINA
CAPITULO XII.—Nuevas leyes	108
CAPITULO XIII.—Audiencia de los Confines	113
CAPITULO XIV.—Memoriales de los conquistadores	119
CAPITULO XV.—Concurrencias de Casas y Marroquín a México	123
CAPITULO XVI.—Expedición de Quiñónez al Perú	128
CAPITULO XVII.—Alteraciones en las provincias del reino	132
CAPITULO XVIII.—Presidente Cerrato	135
CAPITULO XIX.—Establecimiento de Corregidores	140
CAPITULO XX.—Jornadas del Gobernador de la Verapaz al Lacandón	145
CAPITULO XXI.—Jornada del Oidor Quñónez al propio Lacandón	150
CAPITULO XXII.—Supresión y reposición de la Audiencia	154
CAPITULO XXIII.—Reducción de las poblaciones indígenas	160
CAPITULO XXIV.—Propiedad territorial del país	160
CAPITULO XXV.—Frutos de la tierra	171
CAPITULO XXVI.—Mandamiento de los indígenas	175
CAPITULO XXVII.—Libertades primitivas del comercio	179
CAPITULO XXVIII.—Libertades del comercio en la mar del Norte	184
CAPITULO XXIX.—Corsarios	189
CAPITULO XXX.—Puerto de Atique	194
CAPITULO XXXI.—Alcabalas	199
CAPITULO XXXII.—Derechos de Barlovento	205
CAPITULO XXXIII.—Presidentes de la Audiencia	210
CAPITULO XXXIV.—Cabildos	216
CAPITULO XXXV.—Comunidades y tributo	222
CAPITULO XXXVI.—Nuevos repartimientos	224
CAPITULO XXXVII.—Industria de los indígenas bajo los españoles	228
CAPITULO XXXVIII.—Alcaldes de la Hermandad y Visitadores	233
CAPITULO XXXIX.—Nueva consunción de indígenas	238
CAPITULO XL.—Entrada de los padres dominicos en El Chol	244
CAPITULO XLI.—Entrada de franciscanos en Teguzgalpa y Tologalpa	250
CAPITULO XLII.—Entrada del Presidente Barrios al Lacandón... ..	255
CAPITULO XLIII.—Conquista del Petén por Ursúa... ..	259

